
Ann
Napolitano
Hola, preciosa
AdN

Ann Napolitano

Hola, preciosa

Traducido del inglés por Sonia Tapia

AdN

Para Julie y Whit

¿Alguien pensó que es una suerte nacer?
Pues me apresuro a informar de
que la misma suerte es morir, yo lo sé.

Muero con el moribundo y nazco con el niño
recién nacido, y no estoy contenido entre mi
sombrero y mis botas.
Y contemplo múltiples objetos, todos distintos
y todos buenos, la tierra es buena, y las estrellas,
buenas, y sus anexos, todos buenos.

Hojas de hierba, Walt Whitman,
«Canto a mí mismo», estrofa 7

William

Febrero de 1960 – diciembre de 1978

Durante los primeros seis días de la vida de William Waters, no fue hijo único. Tenía una hermana de tres años, una pelirroja llamada Caroline. En casa había películas mudas de Caroline en las que su padre se reía, un espectáculo que William nunca volvió a ver. El hombre mostraba una expresión radiante y la pequeña pelirroja, que se subía el vestido sobre la cara y corría en círculos muerta de risa, parecía ser la razón. Caroline contrajo una fiebre con tos poco después de que William naciera, mientras todavía estaba con su madre en el hospital. Cuando volvieron a casa, la niña mejoró un poco, pero todavía tosía mucho. Una mañana, sus padres fueron a buscarla a su habitación y se la encontraron muerta en la cuna.

Los padres de William jamás mencionaron a Caroline cuando él era pequeño. Tan solo había una foto de ella en una mesa del salón, a la que William se acercaba de vez en cuando para convencerse de que de verdad había tenido una hermana. La familia se trasladó a una casa revestida de tejas azules al otro lado de Newton, una zona residencial de Boston, y en ella William siempre fue hijo único. Su padre era contable y trabajaba muchas horas en la ciudad. Desde la muerte de su hija, el hombre jamás volvió a mostrar una expresión afable. La madre de William fumaba y bebía burbon en el salón, unas veces sola y otras con una vecina. Poseía una colección de delantales con volantes que llevaba para cocinar y se agitaba mucho si alguno se manchaba o se arrugaba.

—A lo mejor no deberías ponerte los delantales para cocinar —sugirió William una vez, cuando su madre, con la cara colorada, estaba a punto de echarse a llorar por una oscura

mancha de salsa que había en la tela—. Podrías ponerte solo un trapo enganchado en el cinturón, como la señora Kornet.

Su madre lo miró como si le hubiera hablado en chino.

—La señora Kornet, de la casa de al lado —aclaró William—. Que se pone un trapo…

Desde que tenía cinco años, William iba al parque cercano casi todas las tardes con una pelota de baloncesto. Era un deporte al que, a diferencia del béisbol o el fútbol, podía jugar solo. Había una maltrecha cancha que por lo general tenía un aro libre y ahí se pasaba horas lanzando, imaginándose que era un jugador de los Celtics. Su favorito era Bill Russell, pero para ser él hacía falta otra persona a la que bloquear o contra la que defender. Sam Jones era el mejor lanzador, así que William casi siempre era Jones. Intentaba imitar la perfecta posición de lanzamiento del base mientras los árboles que rodeaban la cancha hacían de público entusiasmado.

Una tarde, cuando tenía diez años, se encontró la cancha ocupada. Unos seis chicos de su edad se perseguían unos a otros y lanzaban la pelota entre los aros. William se dispuso a alejarse, pero uno de los niños le gritó:

—Oye, ¿quieres jugar? —Y sin aguardar respuesta, añadió—: Vas en el equipo azul.

En pocos segundos, William estaba entregado al juego y el corazón le martilleaba en el pecho. Un chico le pasó la pelota y él también la pasó de inmediato, pues temía lanzar y fallar y que luego le dijeran que era un paquete. Unos minutos más tarde, el juego se interrumpió de manera brusca porque alguien tenía que marcharse y los niños se dispersaron en distintas direcciones. William volvió andando a su casa con el corazón todavía acelerado. Después de aquello, de vez en cuando, al llegar con la pelota, se encontraba a los chicos en la cancha. Su presencia no parecía responder a ningún patrón discernible, pero siempre lo incluían en el juego como si fuera uno de ellos. Esto jamás dejó de pasmar a William, pues hasta entonces ni niños ni adultos habían reparado en él, como si fuera invisible. Sus padres apenas lo miraban siquiera. William había aceptado todo esto y lo consideraba comprensible: al fin y al cabo, era un niño aburrido y anodino. Su principal

característica era la falta de color. Tenía el pelo rubio color arena, los ojos azul claro y la piel blanca de la gente de ascendencia inglesa o irlandesa. Por dentro, sabía que era tan apagado y poco interesante como por fuera. En el colegio no hablaba nunca y nadie jugaba con él. Pero los chicos de la cancha de baloncesto le habían ofrecido por primera vez la ocasión de formar parte de algo sin tener que hablar.

En quinto curso, el profesor de gimnasia del colegio le dijo:

—Te he visto por las tardes tirando a canasta ahí fuera. ¿Tu padre es muy alto?

William se lo quedó mirando sin comprender.

—No lo sé. Es normal.

—Vale, o sea que lo más seguro es que seas base. Tienes que trabajar en el manejo del balón. ¿Conoces a Bill Bradley, el tipo ese desgarbado de los Knicks? De niño se pegaba un cartón a las gafas para no mirar hacia abajo. No se veía los pies. Y se ponía a driblar arriba y abajo por la calle con esas gafas puestas. Debía de parecer un loco, sin duda, pero consiguió un manejo del balón impecable. Sabe a la perfección cómo se va a comportar la pelota y cómo encontrarla sin mirar.

Esa tarde, William volvió a casa corriendo, un hormigueo le recorría todo el cuerpo. Era la primera vez que un adulto lo miraba directamente, que advertía su presencia, que se fijaba en lo que hacía, y esa atención lo había angustiado. Sufrió un ataque de estornudos mientras revolvía el fondo del cajón de su mesa buscando unas gafas de juguete. Fue al baño dos veces antes de pegar cuidadosamente con celo unos rectángulos de cartón en la parte inferior de las gafas.

Cada vez que se sentía raro o mareado, tenía miedo de morirse. Por lo menos una vez al mes se metía bajo las mantas cuando volvía del colegio, pues estaba convencido de que sufría una enfermedad terminal. No se lo decía a sus padres porque en su casa no estaba permitido ponerse enfermo. En concreto, toser se consideraba una terrible traición. Cuando tenía un resfriado, William solo se permitía toser dentro de su armario con la puerta cerrada y la cara pegada a la hilera de camisas colgadas que tenía que ponerse para ir al colegio. Era

muy consciente de aquella familiar preocupación que le hormigueaba en los hombros y en la nuca mientras salía corriendo a la calle con la pelota y las gafas, pero William no tenía tiempo para enfermedades, no tenía tiempo para miedos. Era como si en aquel momento la última pieza de su identidad estuviera encajando en su lugar. Los chicos de la cancha lo habían reconocido y el profesor de gimnasia también. Tal vez William no tuviera ni idea de quién era, pero el mundo se lo había dicho: era un jugador de baloncesto.

El profesor de gimnasia le dio otros consejos que le permitieron adquirir nuevas habilidades:

—Para defender, empuja a los chicos con el hombro y el culo. Los árbitros no pitan falta por eso. Y haz esprints: da un primer paso rápido y sácale la delantera al contrario.

William también trabajó en sus pases para poder lanzarle la pelota a los mejores jugadores en el parque. Quería mantener su lugar en la cancha y sabía que, si mejoraba el juego de los otros, él mismo adquiriría un valor. Aprendió adónde correr para ofrecer a los lanzadores un espacio por donde colarse. Hacía pantalla para que pudieran tirar desde sus posiciones favoritas. Los chicos le daban palmadas en la espalda después de un buen partido y todos lo querían en su equipo. Aquella aceptación calmó un poco el miedo que William llevaba dentro. En la cancha de baloncesto, sabía qué hacer.

Cuando llegó al instituto, era ya lo bastante bueno como para entrar en el equipo escolar. Medía un metro setenta y tres y jugaba de base. Las horas de práctica con las gafas habían dado su fruto: era con mucho el mejor driblador del equipo y tenía un buen salto a media distancia. Había trabajado en sus rebotes, lo cual ayudó a compensar las pérdidas de balón de su equipo. Lo que mejor se le daba seguían siendo los pases y sus compañeros sabían que jugaban mejor cuando William estaba en la alineación. Era el único del equipo que estaba en primer curso, de manera que cuando los otros iban a beber cerveza al sótano de cualquier padre dispuesto a hacer la vista gorda, nunca lo invitaban. Todos se llevaron una buena sorpresa cuando, durante el verano que siguió a su segundo año, William creció trece centímetros. Y, una vez que su cuerpo

empezó a crecer, ya no hubo manera de detenerlo. Para cuando acabó el instituto, medía dos metros. No podía comer bastante para mantenerse al ritmo de su crecimiento y se fue quedando casi esquelético. Su madre ponía cara de susto cuando lo veía entrar dando bandazos en la cocina por las mañanas y le tendía algo de comer cada vez que se cruzaba con él. Parecía pensar que su delgadez la hacía quedar mal a ella, pues su trabajo era alimentarlo. Sus padres acudían a algún que otro partido de baloncesto, pero solo muy de vez en cuando, y se sentaban educadamente en las gradas como si no conocieran a ningún jugador.

De hecho, no estaban en el partido en el que William fue a por un rebote y lo empujaron en el aire. Su cuerpo se retorció al caer y aterrizó mal sobre la rodilla derecha, que absorbió todo el impacto y todo su peso. William oyó un crujido y luego se hundió en la niebla. El entrenador, que solo tenía dos registros (gritar y farfullar), le gritaba al oído:

—¿Estás bien, Waters?

William, por lo general, respondía tanto a los gritos como a los farfullos con una entonación interrogativa porque nunca se sentía bastante seguro para afirmar nada. Entonces, carraspeó. La niebla que lo rodeaba y que estaba dentro de él era densa y estaba entrelazada con el dolor que le irradiaba desde la rodilla.

—No —contestó.

Se había fracturado la rótula, lo cual significaba que se perdería las últimas siete semanas de la temporada de su penúltimo año. Le pusieron una escayola y tuvo que llevar muletas dos meses. Por primera vez desde que tenía cinco años, no podría jugar al baloncesto.

Sentado a su escritorio en su habitación, tiraba papeles arrugados a la papelera en el otro extremo. Las nubes que habían descendido sobre él con la lesión seguían ahí; notaba la piel húmeda y fría. El médico le había dicho que se recuperaría del todo y podría jugar la temporada de su último año, pero aun así sentía angustia a todas horas. El tiempo también se le hacía raro. Tenía la impresión de que estaría encerrado en su escayola, en su silla, en su casa para siempre. Empezó a pensar

que no podía seguir así, no podía quedarse sin hacer nada dentro de su cuerpo roto ni un momento más. Pensó en su hermana, Caroline, que ya no estaba. Pensó en su ausencia, que no comprendía, pero mientras la manilla del reloj iba pasando laboriosamente de un minuto a otro, deseó desaparecer él también. Fuera de la cancha de baloncesto, no servía para nada. Nadie lo echaría de menos. Si desaparecía, sería como si nunca hubiera existido. Nadie hablaba de Caroline y nadie hablaría de él. Solo cuando por fin le quitaron la escayola y pudo correr y tirar de nuevo, tanto la niebla como la idea de desaparecer fueron desvaneciéndose.

Gracias a sus notas decentes y a que era una promesa como jugador de baloncesto, le ofrecieron un puñado de becas en universidades con programas de baloncesto de primera división. William agradeció las becas porque sus padres jamás habían insinuado que fueran a pagarle la universidad, y también porque se lo tomó como una garantía de que jugaría al baloncesto. Quería marcharse de Boston —nunca había estado a más de ciento veinte kilómetros del centro de la ciudad—, pero el calor húmedo del sur le ponía nervioso, de manera que aceptó la beca de la Universidad Northwestern, en Chicago. A finales de agosto de 1978, se despidió con un beso de su madre y le estrechó la mano a su padre en la estación. Mientras apretaba la palma contra la de su padre, se le ocurrió la extraña idea de que tal vez no volvería a verlos nunca. Ellos solo habían tenido un hijo y no era él.

En la universidad, William se decantó por las clases de Historia a la hora de elegir optativas. Tenía hondas lagunas en su conocimiento de cómo funcionaba el mundo y pensaba que encontraría las respuestas en la historia. Le gustaba que la asignatura se centrase en eventos dispares para encontrar un patrón entre ellos. Si pasaba tal cosa, entonces pasaba la otra. Nada sucedía por puro azar y, por lo tanto, podía trazarse una línea desde un archiduque austriaco hasta una guerra mundial.

La vida universitaria era demasiado nueva como para resultar predecible, por eso a William le resultaba imposible

encontrar el equilibrio entre los animosos estudiantes que le ofrecían chocar los cinco por el ruidoso pasillo de su residencia. Dedicaba los días a estudiar en la biblioteca, a entrenar en la cancha de baloncesto y a asistir a clases. Sabía qué hacer en cada lugar. En las aulas, se dejaba caer en la silla, abría el cuaderno y notaba que el cuerpo se le aflojaba de alivio cuando el profesor comenzaba a hablar.

Apenas advertía a los otros estudiantes durante las clases, pero Julia Padavano destacaba en el seminario de Historia Europea. Parecía que tenía el rostro iluminado de indignación y volvía loco con sus preguntas al profesor, un anciano británico que estrujaba en el puño un pañuelo enorme. Tenía el pelo largo y rizado, que se meneaba como unas cortinas en torno a su cara luminosa cuando decía cosas como: «Profesor, me interesa el papel de Clementine en todo esto. ¿No es cierto que era la principal consejera de Churchill?» o «¿Podría explicar el sistema de codificación en tiempos de guerra? Me refiero a cómo funcionaba en concreto. Me gustaría ver algún ejemplo».

William jamás hablaba en clase ni utilizaba las horas de tutoría del profesor. Pensaba que el papel de un estudiante era mantener la boca cerrada y empaparse de todo el conocimiento posible. Compartía la opinión del docente sobre la chica de cabello rizado, a saber, que sus frecuentes interrupciones y preguntas eran de mala educación, aunque a menudo a William le resultaban interesantes. El tejido de una clase seria consistía en que los estudiantes escucharan y el profesor impartiera sabiduría desenrollando con primor una alfombra de palabras. Aquella chica horadaba agujeros en ese tejido, como si ni siquiera supiera de su existencia.

Una tarde, después de clase, William se llevó un sobresalto cuando la joven apareció a su lado y dijo:

—Hola. Me llamo Julia.

—Yo, William. Hola. —Tuvo que carraspear. Aquella bien podía ser la primera vez que había hablado en todo el día.

Ella lo miraba con unos ojos grandes y serios. William advirtió que el sol le arrancaba destellos de color miel en el pelo. Parecía iluminada, por dentro y por fuera.

—¿Por qué eres tan alto?

No era raro que la gente hiciera comentarios sobre su altura. Él comprendía que su tamaño resultaba sorprendente y que casi todo el mundo se sentía impulsado a decir algo. No había día que no oyera varias veces la frase: «¿Qué tal se respira por ahí arriba?».

Pero Julia había hecho la pregunta con aire suspicaz y su expresión le hizo reír. Se detuvo en el camino que rodeaba el patio, de manera que ella se paró también. William apenas se reía nunca y le hormigueaban las manos como si acabaran de despertar de un entumecimiento por falta de oxígeno. La sensación general era de un agradable cosquilleo. Más tarde, recordaría ese momento y sabría que fue entonces cuando se enamoró de ella. O, por decirlo con más precisión, cuando su cuerpo se enamoró de ella. En mitad del patio, la atención de una chica en particular hizo temblar de risa hasta a los rincones más remotos de su ser. Su cuerpo, cansado y aburrido de su mente vacilante, había hecho estallar fuegos artificiales en los nervios y los músculos para alertarlo de que estaba sucediendo algo importante.

—¿De qué te ríes? —preguntó Julia.

Él casi consiguió dominarse.

—No te ofendas, por favor.

Ella hizo un gesto de impaciencia con la cabeza.

—No me ofendo.

—No sé por qué soy tan alto. —Aunque lo cierto era que en secreto creía que había crecido por pura fuerza de voluntad. Un baloncestista serio necesitaba medir por lo menos uno noventa, y William había estado tan empeñado en ello que se las había apañado para desafiar su herencia genética—. Estoy en el equipo de baloncesto.

—Así que por lo menos has hecho de ello una virtud. A lo mejor voy a ver algún partido. Por lo general, no me interesan los deportes y solo vengo al campus a las clases. —Hizo una pausa y luego añadió muy deprisa, como avergonzada—: Vivo en casa para ahorrar dinero.

Julia le pidió que le escribiera su número de teléfono en el cuaderno de Historia y, antes de que se marchara, William

quedó en llamarla la tarde siguiente. Hasta cierto punto, era irrelevante que a él le gustara o no, pues aquella joven parecía haber decidido a mitad del partido que saldrían juntos. Más tarde le contaría que llevaba semanas fijándose en él en clase y que le gustaba lo atento y serio que era.

—No medio tonto, como los otros chicos —añadió.

Incluso después de conocer a Julia, el baloncesto siguió ocupando la mayor parte del tiempo y los pensamientos de William. Había sido el mejor jugador en el equipo del instituto, pero en Northwestern le horrorizó descubrir que estaba entre los más débiles. En su equipo, su altura no era suficiente para hacerlo destacar y los otros jóvenes eran más fuertes que él. La mayoría llevaban años levantando pesas y a William le dio pánico que nunca se le hubiera ocurrido hacer lo mismo. Durante los entrenamientos, lo apartaban con facilidad, lo tiraban al suelo. Empezó a ir a la sala de pesas antes de los entrenamientos y se quedaba en la cancha hasta tarde para lanzar tiros desde diferentes ángulos. Tenía hambre a todas horas y siempre llevaba bocadillos en los bolsillos de la chaqueta. Se dio cuenta de que era posible que su papel allí fuera el de «jugador de equipo». Era bastante bueno en los pases, los lanzamientos y la defensa, de manera que podía resultar de utilidad por más que no fuera un atleta muy dotado. Su mejor habilidad era que rara vez cometía errores en la cancha.

—Un cociente intelectual de baloncesto alto, pero de pocos vuelos —oyó decir de él a uno de sus entrenadores.

Su beca requería que realizara algún trabajo en el campus y de la lista de posibilidades eligió la que tenía lugar en el edificio del gimnasio, pues resultaría conveniente para el baloncesto. Se presentó a la hora indicada en la lavandería del sótano del enorme edificio, donde lo aguardaba una mujer flaca con gafas y un alto peinado afro. Ella meneó la cabeza.

—Este no es tu sitio. ¿Te han dicho que vengas aquí? A los chicos blancos no les asignan la lavandería. Tienes que meterte en la biblioteca o en el centro de recreo de los estudiantes. Anda, ve.

William recorrió con la mirada la estrecha sala. En una

pared había una hilera de treinta lavadoras y, en la otra, otras tantas secadoras. Era cierto que, por lo que podía ver, allí no había ningún otro blanco.

—¿Y eso importa? —preguntó—. Quiero trabajar aquí. Por favor.

La mujer meneó de nuevo la cabeza y las gafas le bailaron en la nariz, pero antes de que pudiera decir nada, una mano se posó brusca sobre el hombro de William y una voz profunda pronunció su nombre. Era uno de los jugadores, también de primer año, un potente delantero llamado Kent. Kent poseía casi las habilidades contrarias de William: era un atleta supremo que encestaba teatrales canastas, rompía los tableros y corría disparado cada minuto del partido, pero no interpretaba bien las jugadas, provocaba múltiples fallos y nunca sabía dónde ponerse para defender. El entrenador se llevaba las manos a la cabeza cuando veía a Kent correr por la pista, probablemente sobrecogido por la disparidad que había entre el potencial físico del joven y su juego tan veloz como errático.

—Hey, tío, ¿tú trabajas aquí también? Yo le puedo enseñar cómo va esto, si quiere, señora. —Kent le ofreció a la estricta mujer una ancha y encantadora sonrisa que logró ablandarla.

—Vale, bien. Llévatelo y yo haré como que no está aquí.

A partir de ese momento, William y Kent programaban sus turnos en la lavandería para poder trabajar juntos. Lavaban cientos de toallas y los uniformes de todos los equipos. Las equipaciones de fútbol americano eran las peores debido al olor y a las marcadas manchas de hierba, que requerían que se frotara la tela con una lejía especial. Ambos chicos desarrollaron un ritmo para llevar a cabo cada paso del proceso de lavado y así, centrados en la sincronización y la eficiencia, el trabajo parecía una extensión de los entrenamientos. Aprovechaban el tiempo para analizar partidos y cavilar cómo podría mejorar el equipo.

Una tarde, mientras doblaban una enorme pila de toallas, William le explicó:

—La cosa va así: base a escolta para empezar, el alero sale de la pantalla de línea de fondo y el base o el escolta hace

pantalla al ala-pívot. —William hizo una pausa para ver si Kent lo entendía—. Si el pase va al ala-pívot, el alero sale de la esquina y el escolta sale de esa pantalla, y el base hace pantalla en el lado débil.

—Haciendo una pantalla a la pantalla.

—Exacto, y si el ala-pívot la pasa al alero, entonces se repite la ofensiva flex.

—¡Es demasiado predecible! El entrenador nos quiere hacer repetir lo mismo una y otra vez.

—Pero si lo hacemos bien, la defensa no puede hacer gran cosa para parar la jugada, aunque la vean venir, sobre todo si nosotros…

—Chicos —los interrumpió un hombre que estaba en la secadora de al lado—, no se entiende nada de lo que decís. O sea, yo veo baloncesto y no tengo ni idea de lo que estáis hablando.

Kent y William sonrieron. Al final de su turno, subieron al gimnasio, donde por lo menos había diez grados menos, a tirar unas canastas.

Kent era de Detroit. Daba su opinión sobre todos los equipos y los jugadores de la NBA a gritos y a menudo interrumpía las frases a la mitad para reírse de alguno de los chistes malos que volaban como aviones de papel por todo el vestuario. Durante los entrenamientos, recibía constantes gritos del entrenador por sus fanfarronas jugadas. Kent se disculpaba, pero era incapaz de dominarse y a los cinco minutos volvía a hacer lo mismo.

—¡Los fundamentos! —bramaba el entrenador una y otra vez.

Kent aseguraba que era pariente de Magic Johnson, que era sénior en Michigan y, según la opinión común, sería al primero que eligirían en la selección de la NBA. Kent caía bien a todo el mundo y le resultaba tan fácil hacer amigos que a William le sorprendía que hubiera decidido dedicarle su tiempo. La única explicación posible era que Kent parecía disfrutar del talante callado de William, pues lo consideraba una oportunidad para llevar la voz cantante. Kent era casi el único que hablaba y William tardó en irse dando cuenta de que le contaba cosas

personales para incitarlo a él a hacer lo mismo. Después de enterarse de que la abuela de Kent había padecido leucemia, cosa que había dejado a toda la familia impactada (por lo visto, la mujer había afirmado que viviría para siempre y era una persona tan formidable que todos se lo habían creído), William le contó que hasta el momento solo había enviado una carta a sus padres y que se iba a quedar en el campus durante las vacaciones de Navidad.

Tras una larga tarde de entrenamiento, mientras todos volvían andando despacio por el patio, con los músculos agotados y agarrotados, Kent le dijo:

—A veces tengo que acordarme de que da igual que el entrenador me siente en el banquillo o me grite porque no sabe apreciar mi precioso juego. Voy a estudiar Medicina. El entrenador no puede evitar mi futuro.

William quedó sorprendido.

—¿Vas a ser médico?

—Fijo, al cien por cien. Todavía no sé cómo voy a pagar los estudios, pero lo haré. ¿Tú a qué te vas a dedicar?

William era consciente del frío que sentía en los dedos. Estaban a principios de noviembre y el aire era como hielo en los pulmones. Lo cierto era que nunca había pensado en la vida más allá del instituto y sabía que se negaba a mirar hacia el futuro a propósito. Quería responder «al baloncesto», pero no era lo bastante bueno como para dedicarse a ello de manera profesional. La pregunta de Kent confirmaba que él tampoco lo consideraba bastante bueno.

—No lo sé.

—Pues empezaremos a pensarlo —replicó Kent—. Tienes talentos. Tenemos tiempo.

«¿Tenía talentos?», pensó William. No se le ocurría ninguno fuera de la cancha.

Un viernes por la noche a principios de diciembre, Julia fue a un partido. Cuando William la vio en las gradas, se le nubló la vista y le pasó la pelota al equipo contrario.

—¡Eh! —gritó Kent, corriendo junto a él—. ¿Qué coño ha sido eso?

En la línea de defensa, William robó el balón dos veces, lo

que inclinó la balanza del juego a favor de los Wildcats. En la ofensiva, en la línea de tiro libre, hizo un pase con rebote a un lanzador abierto en la esquina.

Justo antes del descanso, Kent exclamó:

—¡Ya lo sé! ¡Tienes ahí a una chica! ¿Dónde está?

Después del partido —los Wildcats ganaron y William había jugado sus mejores minutos del principio de temporada—, subió a las gradas para ver a Julia. Solo al acercarse se dio cuenta de que estaba sentada con tres chicas que se parecían a ella. Todas tenían los mismos rizos alborotados que les llegaban hasta los hombros.

—Son mis hermanas. Las he traído para que te ojeen. Eso es jerga de baloncesto, ¿no?

William asintió con la cabeza y, bajo el escrutinio de las cuatro chicas, de pronto fue muy consciente de lo cortos que eran sus pantalones y de lo finísima que era su camiseta sin mangas.

—Nos ha gustado —aseguró una de las más pequeñas—, pero parece agotador. Yo no he sudado en toda mi vida tanto como has sudado tú. Soy Cecelia y esta es mi gemela, Emeline. Tenemos catorce años.

Emeline y Cecelia le dedicaron sendas sonrisas amistosas que él les devolvió. Julia y la hermana que tenía al otro lado lo observaban como un joyero observaría una piedra preciosa para tasarla. No le habría sorprendido que una de ellas se sacara del bolso una lupa para llevársela al ojo.

—Parecías tan fuerte… ahí, en la cancha.

William se sonrojó y las mejillas de Julia también se tiñeron de rosa. Era evidente que aquella preciosa chica lo deseaba. William no se podía creer la suerte que tenía. Nadie lo había deseado antes. Ansiaba estrecharla entre los brazos, delante de sus hermanas, delante de todo el mundo, pero aquella clase de atrevimiento no estaba en su naturaleza. Estaba empapado en sudor y Julia hablaba de nuevo.

—Esta es mi hermana Sylvie. Yo soy la mayor, pero solo por diez meses.

—Encantada —saludó Sylvie. Tenía el pelo un poco más oscuro que Julia y era más menuda, tenía menos curvas.

Seguía observando a William mientras Julia se ufanaba como un pavo real desplegando la cola.

Él vio de pronto que uno de los botones de Julia, demasiado tenso sobre su generoso pecho, se desabrochaba, y logró atisbar un instante su sujetador rosa antes de que ella volviera a recolocárselo todo.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó Emeline o tal vez Cecelia. No eran idénticas, pero sí muy parecidas: tenían la misma tez color oliva y el mismo pelo castaño claro.

—¿Hermanos? Ninguno. —Aunque, por supuesto, pensó en la fotografía enmarcada de la pequeña pelirroja que había en el salón de sus padres.

Julia ya sabía que era hijo único —había sido una de las primeras preguntas que le había hecho durante su primera llamada telefónica—, pero las otras tres niñas se mostraron impactadas de una forma un tanto cómica.

—Eso es terrible —dijo Emeline o Cecelia.

—Deberíamos invitarlo a cenar a casa —sugirió Sylvie. Las otras asintieron—. Está muy solo.

Así pues, a los cuatro meses de llegar a la universidad, William se encontró con su primera novia y una nueva familia.

Julia

Diciembre de 1978 – julio de 1981

Julia estaba en el jardín trasero, un rectángulo de seis metros por cinco bordeado de cercas de madera, mientras su madre sacaba de la tierra las últimas patatas de la temporada, justo cuando William tenía que llegar a la casa. Julia sabía que sería puntual y que una de sus hermanas le abriría la puerta. Seguro que el chico se agobiaría con su padre, que le preguntaría si se sabía algún poema de memoria, y con Emeline y Cecelia, que no dejarían de moverse ni de hablar. Sylvie estaba trabajando en la biblioteca, de manera que William se ahorraría su mirada inquisitiva. Unos cuantos minutos a solas con sus hermanas y su padre ayudarían a su novio a conocerlos —Julia quería que viera lo adorables que eran— y, encima, se llevaría una buena alegría después al verla entrar a ella. Julia era famosa en su familia por sus entradas dramáticas, lo cual en realidad solo significaba que sabía reconocer un momento oportuno, cosa que el resto de la familia ignoraba. De pequeña, Julia solía entrar haciendo una pirueta en la cocina o en el salón al grito de: «¡Tachán!».

¿Qué pensaría William de su casita, encerrada entre idénticas casas bajas de ladrillo en la calle Place número 18? Los Padavano vivían en Pilsen, un barrio obrero lleno de inmigrantes. Coloridos murales adornaban las paredes de los edificios y, en el supermercado local, había las mismas posibilidades de oír hablar español o polaco que inglés. A Julia le preocupaba que a William le pareciesen cutres tanto el barrio como el interior de la casa: el sofá de flores cubierto de plástico, el crucifijo de madera en la pared, el despliegue de santas enmarcadas junto a la mesa del comedor… Cuando la

madre de Julia se exasperaba, iba nombrando en voz alta a las santas, con la mirada fija en sus rostros, como si les implorara que la salvaran de aquella familia. Adelaida, Inés de Roma, Caterina de Siena, Clara de Asís, Brígida de Irlanda, María Magdalena, Filomena, Teresa de Ávila, María Goretti. Las cuatro hermanas Padavano eran capaces de recitar esos nombres mejor que el rosario. No era extraño que la cena familiar concluyera con su padre recitando poesía o con su madre recitando a sus santas.

Julia se estremeció. No llevaba abrigo. El termómetro marcaba cuatro grados fuera y la mayoría de los habitantes de Chicago se negaban a considerar que hacía frío hasta que la temperatura descendía bajo cero.

—Me gusta —le dijo Julia a la espalda de su madre.

—¿Es un borracho?

—No. Es jugador de baloncesto. Y un estudiante de sobresaliente. Se va a graduar en Historia.

—¿Es tan listo como tú?

Julia se lo pensó. Era evidente que William era listo. El cerebro le funcionaba. Le planteaba preguntas que dejaban claro que le interesaba entenderla. Su inteligencia no se expresaba, no obstante, en forma de opiniones firmes. Le interesaban las preguntas y se mostraba inseguro en sus respuestas; era moldeable. Había estudiado con ella algunas veces en la biblioteca Lozano, que quedaba a pocas calles de la casa de los Padavano. Sylvie trabajaba en la biblioteca y todos los del barrio la usaban como lugar de encuentro. Pero estudiar allí obligaba a William a realizar el trayecto de una hora hasta su residencia universitaria bien entrada la noche. Cuando hacían planes para el fin de semana, siempre decía:

—Hacemos lo que tú quieras. Tus ideas son mejores.

Julia jamás había considerado la idea de la inteligencia física hasta que asistió al último partido de William. Le sorprendió lo emocionante que le resultaba verlo competir con su equipo. Había visto un lado de él más enérgico que el que exhibía fuera del campo: les gritaba órdenes a sus compañeros, usaba su cuerpo alto y fuerte para bloquear a los rivales… A Julia no le interesaban nada los deportes y no entendía las

reglas del juego, pero su guapo novio corría, saltaba y giraba con tal fuerza física y tal concentración que ella se encontró pensando: «Sí».

—Es una persona seria —prosiguió—. Se toma la vida en serio, igual que yo.

Rose se levantó. Cualquier desconocido se habría reído al verla, pero Julia estaba acostumbrada al atuendo de su madre. Cuando se dedicaba al jardín, Rose se ponía una equipación de cátcher de béisbol modificada, culminada con un sombrero azul marino. Se lo había encontrado todo en la calle. Aquel extremo de la manzana era italiano al cien por cien, pero muchas de las otras calles del barrio estaban llenas de familias mexicanas, por eso Rose había sacado el sombrero de un cubo de basura después de una celebración del Cinco de Mayo. La equipación de cátcher la cogió cuando Frank Ceccione, que vivía dos casas más abajo, se metió en las drogas y dejó el equipo de béisbol del colegio. Rose llevaba los enormes protectores de piernas y había cosido en la pechera unos grandes bolsillos para llevar los aperos de jardinería. Parecía preparada para alguna clase de deporte, pero no estaba muy claro cuál.

—Así que no es más inteligente que tú. —Rose se levantó el sombrero y se pasó la mano por el pelo; era rizado como el de sus hijas, pero estaba salpicado de canas. No era ni mucho menos tan mayor como parecía, pero hacía ya años que Rose había prohibido cualquier celebración de su cumpleaños como declaración de guerra personal contra el paso del tiempo. La madre de Julia contempló las hileras del huerto: lo único que quedaba por recolectar eran patatas y cebollas, así que la mayor parte del trabajo consistía en preparar la tierra para el invierno. Las únicas secciones de suelo que quedaban sin cultivar estaban reservadas para un estrecho sendero entre las plantas y una escultura blanca de la Virgen María, que se apoyaba contra la esquina trasera izquierda de la cerca.

Rose suspiró.

—Bueno, imagino que es mejor así. Yo soy más lista que tu padre de aquí a la luna.

Julia entendía que «listo» era un término peliagudo. ¿Cómo

se cuantificaba, sobre todo cuando ninguno de sus padres había ido a la universidad? Pero su madre tenía razón. Julia había visto fotos de Rose, guapa, pulcra y sonriendo en aquel mismo jardín, con Charlie en los primeros tiempos de su matrimonio. Pero su madre había terminado por aceptar y vestir la decepción marital de la misma manera que vestía su estrambótico atavío de jardinería. Todos sus considerables esfuerzos por impulsar a su marido hacia una mínima estabilidad económica y algo de éxito habían muerto a la primera. La casa era el espacio de Charlie, mientras que el jardín era el refugio de Rose.

El cielo se oscurecía y el aire se hizo más frío. Cuando ya el termómetro caía a bajo cero, el barrio se sumía en el silencio, pero esa noche parloteaba como si intentara decir sus últimas palabras: unos niños reían a gritos a lo lejos, la vieja señora Ceccione gorjeaba en su jardín, una moto tosió tres veces antes de arrancar.

—Supongo que ya toca entrar en casa —dijo Rose—. ¿Te avergüenza que tu madre tenga esta pinta?

—No. —Julia sabía que William le estaría prestando atención a ella. Le encantaba aquella mirada esperanzada que siempre le dirigía, como si fuera un barco avistando el puerto ideal. William se había criado en una casa buena, con un padre trabajador, un jardín grande y su propia habitación. Era evidente que sabía lo que eran el éxito y la seguridad económica, así que el hecho de que viera en Julia esas posibilidades le producía un inmenso placer a la joven.

Rose había intentado construir una vida sólida, pero Charlie se había llevado o había apartado a patadas cada piedra con la que ella pavimentaba el camino. Julia había decidido, durante su primera conversación con William, que era el hombre que le convenía. Tenía todo lo que ella buscaba y, tal como le había dicho a su madre, le gustaba de verdad. Verlo la hacía sonreír y le encantaba encajar su mano pequeña en la suya tan grande. Formaban un equipo excelente: William había experimentado la clase de vida que Julia deseaba, de manera que podría dirigir la incansable energía de ella mientras construían juntos su futuro. Una vez que estuvieran casados y establecidos en su

propia casa, ella ayudaría a su familia. Sus sólidos cimientos se extenderían para alcanzarlos a todos.

Casi se echó a reír ante la expresión de alivio de su novio cuando entró en el salón. Estaba sentado junto a su padre en el chirriante sofá y Charlie le tenía puesta la mano en el hombro. Cecelia estaba atravesada en la vieja butaca roja y Emeline no dejaba de mirarse en el enorme espejo colgado junto a la puerta mientras se atusaba el cabello.

—Tienes una nariz excelente, William —decía Cecelia.

—Ah —se sorprendió él—. Gracias… supongo.

Julia sonrió.

—No le hagas caso. Cecelia habla así porque es artista.

Cecelia tenía acceso especial a la sala de arte en el instituto y consideraba que todo cuanto alcanzara su vista era material para futuros cuadros. La última vez que Julia, intrigada por la expresión concentrada de Cecelia, le había preguntado en qué pensaba, su hermana había contestado: «En púrpura».

—Sí que tienes una nariz bonita —intervino Emeline con educación, pues había notado que William se sonrojaba y quería tranquilizarlo. Emeline sabía interpretar el ambiente emocional de cualquier sala y deseaba que todo el mundo se sintiera cómodo y contento en todo momento.

—No sabe absolutamente nada de Whitman —le comentó Charlie a Julia—. ¿Te imaginas? Desde luego, ha llegado justo a tiempo. Le he recitado unos cuantos versos para que al menos se las apañe.

—Nadie se sabe a Whitman de memoria, aparte de ti —señaló Cecelia.

El hecho de que William no se supiera ningún poema de Walt Whitman fue una confirmación más de que su novio era distinto de su padre. Se notaba en la voz de Charlie que había estado bebiendo, pero todavía no estaba borracho. Tenía un vaso en la mano, medio lleno de cubitos de hielo algo derretidos.

—Te puedo reservar *Hojas de hierba* en la biblioteca, si quieres —se ofreció Sylvie—. Vale la pena leerlo.

Julia no había advertido a Sylvie, que estaba en la puerta de la cocina. Lo más seguro es que acabara de llegar a casa de

trabajar en la biblioteca y tenía los labios de ese vivo color rojo que indicaba que había estado besándose con uno de sus chicos entre las estanterías. Sylvie estaba en el último curso del instituto y se pasaba las horas libres trabajando todos los turnos posibles para ahorrar dinero para la universidad pública. A ella no le darían una beca, como a Julia, pues no había mostrado el mismo empeño que su hermana en obtenerla. Sylvie destacaba en las asignaturas que le interesaban, pero en todo lo demás suspendía o sacaba aprobados justos. Julia, en cambio, había empleado su determinación a modo de cortacésped, con el que fue abriendo el camino de sus estudios con la vista siempre puesta en el siguiente paso.

—Gracias —contestó William—. Me temo que no he leído mucha poesía que digamos.

Julia estaba segura de que William no había reparado en los labios de su hermana y, aunque lo hubiera hecho, tampoco sabría lo que significaban. Sylvie era la hermana con la que Julia tenía una relación más cercana y la única persona que la bloqueaba, que la dejaba sin palabras. Su hermana había leído cientos de novelas —había sido su único interés y su única afición durante toda su vida—, y de esos libros había sacado un objetivo en la vida: vivir una historia de amor extraordinaria, una historia única. Era un sueño infantil, pero Sylvie seguía aferrándose a él con las dos manos. Y se pasaba cada día de su vida buscándolo a «él», a su alma gemela. Mientras lo encontrara, se entretenía enrollándose con chicos durante sus turnos en la biblioteca.

—No está bien practicar así —le reprochó Julia en una ocasión, ya acostadas lado a lado en su dormitorio a oscuras—. Y, de todas formas, el amor que estás buscando es un invento. La idea del amor en esos libros es que es una fuerza que te anula. *Cumbres borrascosas, Jane Eyre, Anna Karenina*… Todo son tragedias, Sylvie. Piénsalo. Esas novelas acaban en desesperación o en muerte.

Sylvie suspiró.

—La tragedia es lo de menos. Hoy leemos esos libros porque el romance es tan intenso y verdadero que no podemos apartar

la vista. No es anulación, es una especie de expansión, creo yo. Si tengo la suerte de conocer un amor así… —Sylvie se calló, incapaz de expresar con palabras lo mucho que aquello significaría.

Julia meneó la cabeza al ver los labios enrojecidos de su hermana, porque aquel sueño estaba destinado a explotar. A Sylvie le importaba demasiado y, además, vivía demasiado en las nubes. La tacharían de chica fácil y, al final, se casaría con algún pringado guapetón solo por mirarla con una expresión que a ella le recordara a Heathcliff.

Emeline hablaba de su profesor, que estaba en libertad condicional por fumar marihuana.

—Es muy sincero —comentó—. Nos contó cómo lo habían cogido y todo. Me da miedo que se meta todavía en más líos por contárnoslo. No parece entender las reglas de los adultos sobre lo que se puede decir y lo que no. Yo solo quería decirle que se callara.

—Deberías decirle también que no fume hierba —apuntó Cecelia.

—Deberíamos comer, ¿no? —Rose había salido de su habitación, aseada y con uno de sus vestidos de casa más bonitos—. Es un placer conocerte, William. ¿Te gusta el vino tinto?

Él se puso en pie, desplegando su largo cuerpo del bajo sillón, y asintió con la cabeza.

—Hola, señora.

—¡Madre de Dios! —Rose alzó la cabeza para mirarlo. Ella apenas medía metro y medio—. ¿No se te ocurrió mencionar que es un gigante, Julia?

—Pero es una maravilla, ¿verdad? —terció Charlie—. Ha civilizado bastante a nuestra Julia, cosa que jamás habría creído posible. Mira cómo sonríe.

—Papá —dijo Julia.

—¿En qué posición juegas? —preguntó Charlie.

—De alero.

—Claro. Desde luego, eres una torre humana.

—¿Cuál será la explicación evolutiva para una altura así? —preguntó Sylvie—. ¿Es que necesitábamos a gente que pudiera

mirar por encima de los muros para ver si venía el enemigo?

Todos se echaron a reír, incluido William, y a Julia le pareció que estaba como un poco lloroso. Se acercó a él y susurró:

—¿Somos demasiado para ti?

Él le apretó la mano, un gesto que Julia entendía que significaba a la vez sí y no.

La cena no estaba muy rica. A pesar de que cultivaba unas verduras excelentes, a Rose no le gustaba nada cocinar, de manera que se turnaban para batallar con la comida. De todas formas, las verduras no eran para ellos: las gemelas las vendían todos los fines de semana en el mercado de un barrio adinerado cercano. Le tocaba a Emeline cocinar, lo que significaba preparados congelados. El invitado elegía el primero, de manera que William optó por el pavo, que venía en una bandeja con pequeños compartimentos con puré de patata, guisantes y salsa de arándanos. Los miembros de la familia escogieron después sin pensárselo mucho y empezaron a comer. Emeline también había hecho unos panecillos con una masa que se sacaba de un tubo y se metía al horno. Aquellos fueron recibidos con más entusiasmo y desaparecieron en diez minutos.

—Mi madre me hacía comida de esta marca cuando era pequeño —comentó William—. Es agradable volverla a probar. Gracias.

—Me alegro de que nuestra hospitalidad no te parezca un horror —comentó Rose—. Me gustaría saber si te educaron como católico.

—Fui siempre al colegio católico de Boston.

—¿Y vas a seguir la línea de trabajo de tu padre? —inquirió Charlie.

La pregunta sorprendió tanto a Julia como a sus hermanas. Charlie jamás hablaba de trabajo, jamás le preguntaba a nadie por su trabajo. Odiaba su puesto en la fábrica de papel. Según Rose, no lo habían despedido solo porque el dueño de la empresa era un amigo de la infancia. Charlie solía decirles a sus hijas que un trabajo no realizaba a una persona.

—¿Y a ti qué te realiza, papá? —le había preguntado

Emeline unos días antes con toda la dulzura de sus pocos años. Todos estaban de acuerdo en que era la más dulce y sentida de las cuatro niñas.

—Tu sonrisa. El cielo de noche. El cornejo en flor delante de la casa de la señora Ceccione.

Y Julia pensó entonces: «Eso es una tontería. Y algo inútil para mamá, que todas las semanas tiene que hacerles la colada a unos desconocidos para pagar las facturas».

Tal vez Charlie intentaba formular la clase de preguntas que imaginaba que otros padres planteaban a los novios de sus hijas. En cuanto las palabras salieron de su boca, se terminó la copa y tendió la mano hacia la botella de vino.

«Papá parecía asustado —le comentaría Sylvie a Julia esa misma noche, en la oscuridad—. ¿Y te has dado cuenta de cómo hablaba mamá? Ella nunca habla así. Estaban los dos intentando impresionar a William.»

—No, señor —le contestó William a Charlie—. Mi padre es contable y yo… —Vaciló.

«Esto es difícil para él —pensó Julia—, porque no tiene la respuesta. No tiene respuestas.» Un escalofrío de placer le recorrió la espalda. Julia estaba especializada en respuestas. Desde que había tenido edad suficiente para hablar, había mangoneado a sus hermanas señalándoles sus problemas y ofreciendo soluciones. A veces esto les resultaba irritante, pero también tenían que admitir que contar con un «super solucionador de problemas» en casa tenía sus ventajas. Una a una, la buscaban y le decían con timidez: «Julia, tengo un problema». Podía tratarse de un niño que las había tratado mal, de una maestra estricta o de un collar prestado perdido. Y Julia se entusiasmaba ante la petición, se frotaba las manos y daba con lo que había que hacer.

—Si lo del baloncesto no sale, podría… —La voz de William se apagó. Parecía tan perdido como Charlie un momento antes, suspendido en el tiempo, como si su única esperanza fuera que el final de la frase apareciera por arte de magia.

—Podría ser profesor de universidad —intervino Julia.

—Oooh —aprobó Emeline—. A un par de calles de aquí, hay un profesor muy guapo y las chicas lo siguen a todas

partes. Lleva unas chaquetas excelentes.

—¿Profesor de qué? —se interesó Sylvie.

—Ni idea —contestó Emeline—. Pero no importa, ¿no?

—Pues claro que importa.

—Profesor de universidad —repitió Charlie, como si Julia hubiera dicho astronauta o presidente de los Estados Unidos. Rose hablaba a todas horas de la universidad, pero su educación había concluido nada más salir del instituto, y Charlie había dejado los estudios cuando nació Julia—. Eso sería algo grande.

William dirigió una mirada a Julia, en parte de agradecimiento y en parte de otra cosa, y la charla prosiguió en torno a ellos.

Más tarde, esa misma noche, cuando fueron a dar un paseo por el barrio, William le preguntó:

—¿Qué es eso de que voy a ser profesor de universidad?

Julia se sonrojó.

—Es que quería echarte una mano. Y Kent me dijo que estabas escribiendo un libro sobre la historia del baloncesto.

William le soltó la mano sin darse cuenta.

—¿Eso te ha dicho? No es un libro. De momento, solo son unas notas. No sé si llegará a ser un libro algún día. No sé qué llegará a ser.

—Pues es impresionante. Yo no conozco a ningún otro estudiante que esté escribiendo un libro en su tiempo libre. Es muy ambicioso. A mí eso me suena a futuro profesor.

Él se encogió de hombros, pero era obvio que estaba considerando la posibilidad.

William era una sombra alta a su lado, un hombre, pero joven. Pilsen estaba tranquila esa noche bajo un cielo azul marino. Se encontraban en una callejuela secundaria, desde donde se veía el chapitel de St. Procopius, donde su familia asistía a la misa los domingos, a unos cuantos bloques a la derecha. Julia pensó en Sylvie, besándose con algún chico contra una hilera de novelas de ciencia ficción bajo las fuertes luces de la biblioteca. Tendió la mano y tiró de la solapa del abrigo de William. «Ven aquí.»

Él conocía la señal y bajó la cabeza. Sus labios se

encontraron, dulces, cálidos, en mitad de la calle, en mitad de su historia de amor, en mitad de su barrio. A Julia le encantaba besar a William. Había besado a un par de chicos antes de él, pero para esos chicos los besos parecían más bien el pistoletazo de salida de una carrera. Se suponía que la meta final era el sexo, aunque ninguno de ellos había esperado llegar tan lejos: tan solo intentaban cubrir el máximo recorrido posible antes de que Julia cancelara la carrera. Un beso en la mejilla se deslizaba a un beso en los labios, que a toda prisa ascendía a beso con lengua y, al momento, el chico le toqueteaba los pechos como si intentara calcular cuánto medían. Julia jamás había dejado que nadie pasara más allá de ese punto, pero todo aquel esfuerzo resultaba tan estresante que solo había podido vivir los besos como algo húmedo y temerario. William era diferente. Sus besos eran lentos y no formaban parte de ninguna carrera, lo cual le permitía a Julia relajarse. Y, como se sentía segura, se iban encendiendo distintas partes de su cuerpo, que se apretaba contra él. Con William, quería más por primera vez. Lo deseaba.

Cuando por fin se separaron, susurró contra su pecho:

—Me voy a marchar de aquí.

—¿De dónde? ¿De casa de tus padres?

—Sí, y del barrio. Después de la universidad. Cuando… —Entonces fue Julia quien vaciló—. Cuando empiece mi vida de verdad. Aquí no empieza nada. Ya has visto a mi familia. Aquí la gente se queda estancada. —Visualizó la tierra del huerto de Rose: densa, pedregosa, pegajosa. Frotó la mano contra la chaqueta de William, como para limpiársela—. En Chicago hay barrios mucho mejores. Son como otro mundo. ¿Tú querrías volver a Boston?

—A mí me gusta esto. Me gusta tu familia.

Julia se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento en espera de su respuesta. Había decidido que William era su futuro, pero no sabía si él sentía lo mismo, aunque sospechaba que sí.

—A mí también me gusta. Pero es que no quiero ser como ellos.

Cuando Julia volvió a casa más tarde esa noche y entró en

la pequeña habitación que compartía con Sylvie, se encontró a todas sus hermanas esperándola en camisón con unas sonrisas triunfales.

—¿Qué? —susurró ella, incapaz de evitar también dibujar una sonrisa.

—¡Estás enamorada! —exclamó Emeline.

Todas tiraron de Julia hacia la cama, celebrando que la primera de ellas hubiera dado ese paso, que la primera de ellas le hubiera entregado el corazón a un chico. Las gemelas y Sylvie se amontonaron en la cama con ella. Lo habían hecho incontables veces, aunque a medida que crecían, se iba tornando algo más difícil. Aun así, sabían cómo entrelazar brazos y piernas, cómo colocarse para encajar bien.

Julia se rio tapándose la boca con la mano, con cuidado de no hacer ruido para no despertar a sus padres. Se sorprendió cuando se le saltaron las lágrimas, envuelta en los brazos de sus hermanas.

—Podría ser —admitió.

—Nos parece bien —declaró Sylvie—. Te mira como si fueras increíble, que lo eres.

—A mí me gusta el color de sus ojos —apuntó Cecelia—. Son de un azul muy peculiar. Los voy a pintar.

—No es un amor de los tuyos, Sylvie —advirtió Julia, que quería dejar eso claro—. Es un amor sensato.

—Pues claro. —Sylvie le dio un beso en la mejilla—. Porque tú eres una persona sensata. Y nos alegramos mucho por ti.

William le propuso matrimonio en tercero. Ese había sido el plan. El plan de Julia. Se casarían justo después de graduarse. Ella había cambiado sus estudios de Humanidades a Económicas tras asistir a un curso fascinante de Psicología Empresarial. Aprendió de sistemas, aprendió que cada empresa estaba formada por una colección de intrincadas partes, motivaciones y movimientos y que, si una parte se fracturaba o se rezagaba, podía dar al traste con toda la empresa. Su profesor era un consultor empresarial que asesoraba a las compañías para que su flujo de trabajo fuera más «eficiente» y

«efectivo». Julia trabajó con el profesor Cooper durante el verano, entre tercero y cuarto de carrera, tomando notas y dibujando gráficos de operaciones empresariales sobre papel de arquitectura. Su familia se burló de sus tacones azules y su traje de falda y chaqueta, pero a ella le encantaba entrar en el frescor del aire acondicionado de las oficinas, le encantaba que todo el mundo vistiera como si se tomaran el trabajo y a ellos mismos en serio. Incluso le encantaba atravesar las nubes de humo de tabaco por los pasillos cuando se encaminaba a los servicios de señoras. Los hombres tenían el aspecto que debían tener los hombres y ese año le compró a William una almidonada camisa blanca por su cumpleaños. Pensaba completarla con una chaqueta de pana en Navidad. William había decidido hacer realidad la sugerencia de Julia: ser profesor de Historia en la universidad. A Julia le gustaba la elegancia de sus propios planes: el compromiso ese verano, graduación y boda el verano siguiente, y luego William comenzaría un doctorado. A Julia le encantaba la vida en ese momento, cuando la tenía justo delante, no allá a lo lejos. Se había pasado toda la infancia deseando hacerse mayor para poder estar justo donde estaba en ese momento, tocando todas las campanas de la edad adulta.

William estaba pasando el último verano en Northwestern, en un campamento de entrenamiento de baloncesto, y Julia solía encontrarse con él en el centro de atletismo al final del día para cenar juntos. De vez en cuando, se encontraba con Kent en el patio, cuando él salía del entrenamiento un poco antes para acudir a su trabajo estival en la enfermería de la universidad. A Julia le caía bien, pero siempre se sentía un poco incómoda a su lado. Era como si no supieran sincronizarse, hasta el punto de que a menudo hablaban a la vez. Cuando estaban juntos y William decía algo, los dos respondían atropellándose el uno al otro. Julia respetaba a Kent —al fin y al cabo, planeaba pagarse los estudios de Medicina— y lo consideraba una buena influencia para William. Parte de su incomodidad se debía al deseo de caerle bien. No estaba muy segura de haberlo logrado. En su presencia, repasaba mentalmente posibles conversaciones,

buscando alguna que supusiera un terreno seguro.

—Buenas tardes, generala —saludó Kent al verla esa tarde —. Me han dicho que estás arrasando en el mundo empresarial.

—No me llames así. —Pero lo dijo sonriendo. Era imposible tomarse como un insulto nada de lo que dijera Kent: su tono y su sempiterna sonrisa lo impedían—. ¿Qué tal el baloncesto?

—Divertido. —Y tal como lo dijo, Julia se acordó de cuando su hermana Cecelia respondía a una pregunta con un emocionado «púrpura»—. Nuestro muchacho está hoy que se sale. Este verano se lo está pasando bien. Da gusto verlo.

A Julia le pareció captar una nota de reproche, pero no imaginaba qué podría estarle reprochando Kent a ella. ¿Acaso pensaba que no quería que William se divirtiera?

Cuando se despidieron, Julia se sentó en un banco a esperar y meneó la cabeza. Le molestaba haber permitido que el amigo de William la aturullara. Se sacó del bolso una cajita de maquillaje y se retocó los labios, luego se puso en pie y vio a su guapo prometido salir del gimnasio entre un rebaño de jóvenes altos y desgarbados. Hacía poco se había encontrado con una conocida de su clase de Biología de primero que le dijo: «Me he enterado de que estás prometida con el chico alto de los ojos bonitos. Es monísimo». Julia se cogió con fuerza a la mano de William mientras se dirigían hacia una cafetería para cenar.

William se movía despacio y era incapaz de mantener una conversación hasta que no hubiera ingerido mil calorías y recuperado el color del rostro. Julia, muy al contrario, parloteaba emocionada, era incapaz de dejar de hablar sobre cada momento del día.

—El profesor Cooper dice que soy fantástica a la hora de resolver problemas.

—Tiene razón. —William cortó una patata asada en cuadraditos y se comió uno.

—Te quería preguntar, ¿has estado escribiendo lo tuyo? —Había aprendido a no usar la palabra «libro»—. Podrías usarlo para tu tesis.

—Es un desastre. Últimamente no he tenido mucho tiempo

para eso. Además, no tengo ni idea de cómo organizar el material.

—Me encantaría leerlo.

William negó con la cabeza.

A ella le habría gustado preguntar si Kent lo había leído, pero no quería que la respuesta fuera que sí. Deseaba leer el libro porque le interesaba y también para estimar si era bueno, si tenía potencial para forjar una carrera en torno a él.

—Este año salgo al principio —dijo William—. El entrenador dice que mi juego ha dado un salto cualitativo.

—¿Al principio?

—Sí, en cada partido. Formaré parte de los cinco mejores. Cuando vengan los ojeadores de la NBA, me verán jugar.

—Qué divertido. Iré a aplaudirte.

William sonrió.

—Gracias.

—¿Le has contado ya a tus padres lo de nuestro compromiso?

—Pues no. Ya sé que debería, pero… —William vaciló—. No creo que les interese.

Julia esbozó una sonrisa demasiado tensa. William llevaba semanas evitando contárselo a sus padres. Ella lo achacaba a que le daba vergüenza decirles que se iba a casar con una chica italoamericana de una familia pobre. William le había contado bastante sobre su infancia para saber que su padre tenía un trabajo impresionante y que a su madre no le hacía falta trabajar. Lo más probable era que albergaran pretensiones y expectativas para su único hijo, pero William no lo admitía y ella se negaba a expresar sus temores de manera directa.

—No digas tonterías —replicó ella con una voz tan tensa como su sonrisa—. Son tus padres.

—Escucha, ya sé que sería raro no invitarlos a la boda, pero es que no creo que tengamos que hacerlo. —Al ver la cara de Julia, William aclaró—: Solo te digo la verdad. Ya sé que es raro.

—Los vas a llamar esta noche —ordenó ella—. Y yo estaré al teléfono contigo. Soy encantadora. Me van a adorar.

William guardó silencio un momento y bajó los párpados

con la expresión de alguien que se había alejado muchísimo. Cuando alzó la vista, la miró como si fuera un problema que necesitara resolver.

—Tú me quieres —dijo Julia.

—Sí. —Y la palabra pareció aquietar algo en su interior—. Vale, está bien.

Una hora más tarde, compartiendo el duro taburete de madera de la antigua cabina telefónica que había en el pasillo de la residencia universitaria, llamaron a Boston. Contestó la madre de William, que pareció sorprendida de saber de él, pero se mostró cortés. Entonces, se puso Julia. Su voz sonaba demasiado amplificada en sus propios oídos, como si hablara por un megáfono, y la voz de la madre de William, en cambio, se oía muy lejana. Dijo que tenía algo en el horno y que estaba muy bien que se casaran, pero que tenía que colgar.

La llamada duró menos de diez minutos en total.

Julia resolló al colgar. Se había quedado sin aliento por el esfuerzo de haber intentado llegar de alguna manera hasta la lejana mujer que había al otro extremo de la línea.

—Tenías razón. No quiere venir —dijo por fin, cuando recuperó el habla.

—Lo siento. Ya sé que es una desilusión para ti. Tú querías una boda a la que asistiera todo el mundo.

Julia se apretaba contra William en el diminuto asiento. En la cabina hacía calor. Sintió que en su interior también aumentaba la temperatura, la decepción y el cariño por aquel joven, que merecía unos padres que le dieran besos como a ella la besaban sus padres. Habían acordado no hacer el amor hasta estar casados, aunque estuvieron a punto de anular esa decisión una o dos veces. Pero entonces, la mujer fría del teléfono le había entregado a William en un acto que le pareció tan significativo como un voto de casamiento. Julia tenía que cuidar de él, tenía que amarlo con todo su ser. De hecho, tenía que hacerlo en ese mismo instante. Estaba sonrojada, con la falda retorcida en torno a la cintura por lo estrecho del asiento, y necesitaba estar todavía más cerca de él para que todo estuviera bien.

—¿Podemos tener intimidad en tu habitación? —preguntó.

Su compañero se había marchado ya de veraneo. William asintió con una expresión interrogante. Ella lo tomó de la mano y lo llevó por el pasillo hasta su habitación. Una vez allí, cerró la puerta con pestillo.

Sylvie

Agosto de 1981 – junio de 1982

La biblioteca Lozano daba a un cruce de tres calles en el centro de Pilsen. Sylvie adoraba cada centímetro de la espaciosa biblioteca, los ventanales que iban del techo al suelo, los cuales dejaban pasar toda la luz y mostraban el clima que la ciudad tuviera que ofrecer. Le encantaba que todo el mundo fuera bienvenido y que los bibliotecarios respondieran con diligencia a todas las preguntas que les plantearan, por muy arcanas o ridículas que fueran. Sylvie llevaba trabajando ahí desde los trece. Había empezado colocando libros en las estanterías y entonces, con veinte, ostentaba el título de ayudante de bibliotecaria.

Estaba colocando ejemplares de *¿De qué color es tu paracaídas?* cuando Ernie, un chico de su edad que tenía un hoyuelo en el mentón, se acercó sonriendo. Habían ido juntos al instituto y a veces se pasaba después de sus clases de electricista. Tras asegurarse de que no había nadie a la vista, Sylvie se le abalanzó a los brazos. Se besaron durante unos noventa segundos, en dos rondas lentas por el pasillo, él con la mano en la parte baja de su espalda. Luego Sylvie le dio unos golpecitos en el hombro y Ernie se marchó.

Sylvie le decía a Julia que besaba a los chicos para practicar antes de encontrar a su gran amor y era cierto. Pero también lo hacía porque le gustaba. Había esperado durante toda su infancia, escrutando las aulas en busca de su hombre, su versión de Gilbert Blythe en *Ana la de las tejas verdes.* Todavía no lo había encontrado, pero le gustaba la emoción que sentía cuando un chico la tomaba entre sus brazos. Sylvie era de naturaleza tímida y estudiosa, se sonrojaba cuando Ernie la

miraba a los ojos.

—Se me dan mejor los besos —le comentó a Julia cuando volvieron a hablar del tema aquella noche en sus camas—. Está claro que es una habilidad adquirida.

Julia meneó la cabeza.

—La gente ya está hablando de lo que haces con esos chicos. Como se entere mamá… —No hacía falta terminar la frase, porque las dos sabían que Rose se pondría furiosa. Si Sylvie intentaba explicarle que estaba practicando para cuando encontrase al amor de su vida, su madre no entendería nada y lo más seguro es que la encerrara con llave en su habitación. Rose jamás había pronunciado la palabra «amor» delante de sus hijas; ellas sabían que las quería por la furiosa atención que les dedicaba. También sabían, de la misma manera implícita, que Rose amaba a Charlie. Su amor era justo la razón de que estuviera tan decepcionada con su matrimonio. Por eso era esencial que las niñas crecieran fuertes y tuvieran una educación, que fueran capaces de sostenerse sobre sus propios pies, sin doblegarse ante algo tan engañoso y tan poco de fiar como el amor.

Julia solía burlarse también de la idea del amor, pero de pronto estaba enamorada de William Waters. A Sylvie le resultaba fascinante ver que la persona a la que mejor conocía en el mundo sucumbía a la pasión. Julia se pasaba el día sonriendo, imperturbable ante cosas que por lo general la irritaban: que Charlie se sirviera una segunda copa; que Cecelia llegara tarde a cenar; que Emeline jugara en la calle con los niños pequeños del barrio, cuando se suponía que era demasiado mayor para eso. El amor había hecho más feliz a Julia, pero ella lo consideraba parte de una vida bien ensamblada y no, como era para Sylvie, una razón para vivir.

Julia creía en varios pasos directos: la educación llevaba a un buen matrimonio, que a su vez llevaba a un número razonable de hijos, a la seguridad económica y luego a la compra una propiedad. Le alarmaba el comportamiento de Sylvie en la biblioteca porque eso de permitir que los chicos, en plural, le cubrieran la cara de besos o le deslizaran la mano bajo el jersey para tocarle los pechos, incluso cuando la

bibliotecaria en jefe, Elaine —que insistía en que todo el mundo la llamara así— estaba solo a dos pasillos de distancia, todo eso implicaba un turbio abandono.

—¿Por qué no sales con ellos de uno en uno como la gente normal? —le imploraba. Quería que su hermana se comportara de una manera lógica.

—No me interesa salir con nadie. Eso de salir supone arreglarse y fingir que eres una niña bonita que solo piensa en casarse y tener hijos. Y yo no pienso en esas cosas, me pone triste fingir que soy algo que no soy. ¡Ah! —Se incorporó sobre un codo para mirar a su hermana bajo la tenue luz—. Hoy se me ha ocurrido una metáfora mientras estaba colocando libros. Imagínate que soy una casa y, cuando encuentre a mi gran amor, me convertiré en el mundo entero. Nuestro amor me mostrará muchas más cosas de las que puedo ver yo sola.

—Qué tontería —juzgó Julia, pero lo dijo sonriendo. Su propia historia de amor y las ganas que tenía de que Sylvie estuviera contenta la habían ablandado, por más que pensara que su sueño era absurdo.

Sylvie no carecía de un cierto lado práctico. Se graduaría en Literatura Inglesa, lo cual le permitiría entender algo del misterio, la belleza y la simetría de las novelas que tanto amaba, incluso le otorgaría las cualificaciones necesarias para obtener un trabajo como profesora o editora. Entregaría a su madre todo el dinero que pudiera para hacerle la vida más fácil. Su madre y ella no se llevaban muy bien y se pasaban el santo día discutiendo por todo. A Sylvie no le gustaba que Rose fuera dejando vasos y platos sucios por toda la casa; las gemelas también lo hacían, pero Sylvie las excusaba porque eran las pequeñas de la familia. Rose se quejaba de que a Sylvie no le interesaba el huerto, lo cual era cierto. Sylvie era la única de las chicas que insistía en que todas sus tareas tuvieran lugar dentro de casa y solo salía para tender la colada en las muchas cuerdas del tendedero. Cuando Rose se encontraba a su hija leyendo, hacía una mueca y lanzaba un sonoro suspiro. Aquello tenía pasmada a Sylvie: ¿cómo podía su madre reprobar sus lecturas cuando insistía tanto en que sus cuatro hijas fueran a la universidad? Sylvie había observado

que Julia y su madre a menudo compartían un tranquilo silencio en la mesa de la cocina. En cambio, cuando era ella la que estaba con Rose, saltaban chispas como si el aire estuviera cargado de electricidad estática.

Rose peinaba a Emeline y Cecelia y las mangoneaba como si fueran todavía niñas pequeñas, cosa que ellas aceptaban. Eran las que arrancaban las malas hierbas del jardín y ayudaban a Rose a doblar la colada. Las gemelas parecían necesitarse solo la una a la otra y a menudo les sorprendía para bien el afecto que sus padres y sus hermanas mayores les mostraban. Emeline, en particular, se sobresaltaba cuando algún otro miembro de la familia se unía a cualquier conversación que estuviera manteniendo con Cecelia, como si se le hubiera olvidado que en la casa vivían otras personas. Tenían su propio lenguaje inventado, con el que se habían comunicado hasta el final de la escuela primaria, y todavía usaban parte de ese vocabulario si estaban a solas.

Sylvie cerró los ojos, con un libro en las manos, para revivir el beso de Ernie. La gente que decía que era una chica fácil, o directamente una furcia, era perezosa de mente. Jamás había pasado de besos y toqueteos con Ernie o Miles o el tipo de traje y cejas pobladas. Aquellos jóvenes parecían conformarse con besarla y el límite de los noventa segundos impedía que pudiera salir nada serio de ahí, lo cual a Sylvie le venía de perlas. Si tener un novio formal o ser una furcia eran las dos únicas salidas existentes, ella había encontrado y abierto una tercera puerta. Lo que más ilusión le hacía de su futuro era la idea de encontrar más puertas alternativas. Su alma gemela estaría tras una de ellas. Sería más que un novio o un marido, la vería como tras un cristal transparente y no querría cambiarla en nada. Sylvie veía todos los días a su madre intentar cambiar a su padre y también veía a Julia modelando a William poco a poco para convertirlo en su futuro marido ideal. Ella amaría de otra forma. Apreciaría a su amado esposo fuera como fuera, sentiría curiosidad por sus peculiaridades y se sumergiría en un amor honesto sin fisuras.

«Mi corazón está abierto», se dijo. Luego se quedó pensativa. ¿Era el verso de algún poema? ¿Habría oído a su

padre recitar esas palabras en casa? Compartía con él la afición por Walt Whitman y, cuando se leían sus poemas, se imaginaba al barbudo poeta en la popa de un barco de vapor, con los ojos llenos de lágrimas ante la belleza que veía en el mundo.

Cuando salió del pasillo con el carrito de libros, vio a Julia y a William sentados a su mesa favorita. Una viga estructural la escondía en parte y les ofrecía un poco de intimidad, aunque Sylvie jamás había visto que hicieran otra cosa que darse la mano. En ese momento, se miraban a los ojos, inclinados el uno hacia el otro. Sylvie comprendía la concentrada determinación de su hermana. Sabía que lo había apostado todo por William Waters: sería su esposo, la viga estructural de su futuro. Julia era obstinada y su formidable motor los impulsaba a ambos hacia adelante.

—Yo sé por qué te gusta tanto —se burló una vez Cecelia de su hermana mayor—. Porque hace todo lo que le dices.

Sylvie no conocía a William tan bien como a su hermana, por supuesto, pero advertía en él una especie de miedo, por más que presentara una fachada estable y tranquila. Se aferraba a Julia como un náufrago a una tabla y Sylvie no sabía por qué. No era dada al cotilleo, pero le gustaba comprender el arco completo de una historia, sobre todo cuando se presentaba en forma de un hombre de dos metros de altura que su querida hermana había traído a la familia.

Empujó el carrito hacia su mesa y los dos la saludaron con una sonrisa.

—Se os da de miedo estudiar. —Sylvie miró con codicia la panoplia de libros que cubría la mesa. Ella había tenido que dejar los estudios cuando a Charlie volvieron a recortarle el sueldo. Desde entonces, trabajaba todos los turnos posibles en la biblioteca y ahorraba para volver a matricularse.

—Yo no soy tan inteligente como tu hermana —comentó William—. Tengo que estudiar mucho si no quiero que me bajen las notas, porque entonces no podría jugar al baloncesto.

—Tú pronto volverás a la universidad —le aseguró Julia a su hermana.

Sylvie se encogió de hombros, le ardían las mejillas. No quería hablar de sus problemas económicos delante de su

futuro cuñado.

—¿Qué tal van los planes de boda? —cambió de tema—. Estará bien conocer a tu familia, William.

Una extraña expresión atravesó el rostro del joven. Sylvie no supo si había metido la pata.

—En realidad —terció deprisa Julia—, sus padres no van a venir a la boda. No quieren.

Sylvie ladeó la cabeza, intentando comprender la lógica de aquello. La gente «no quiere» hacer ejercicio o comer ensaladas o madrugar. Decir que unos padres no querían asistir a la boda de su hijo parecía un error.

—No entiendo…

William estaba cansado. Algo en su interior se veía como desvaído, hacía juego con sus ojos desvaídos.

—No creo que podáis entenderlo, ni tú ni tu hermana —dijo —. En tu familia todos os queréis. Yo no creo que mis padres me quieran.

Él mismo parecía sorprendido por lo que acababa de revelar. Sylvie también se sorprendió. Se sentó a la mesa, mientras Julia ponía la mano sobre la de William.

—Nuestra boda va a ser maravillosa sin ellos —declaró con su tono más decidido.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Sylvie—. Siento haber dicho nada… No sabía…

—No son mala gente —aclaró William—, pero es una suerte tener unos padres como Rose y Charlie.

—Sí.

El sol entró en la biblioteca por los ventanales y los atrapó en su resplandor. Los obligó a parpadear y hacerse sombra sobre los ojos, hasta que una nube se movió o el sol bajó una pizca y la sala recuperó su color habitual.

La bibliotecaria en jefe Elaine chasqueó la lengua con fuerza en algún sitio y Sylvie se puso en pie.

—¿Tienes a algún chico escondido entre los pasillos? —preguntó Julia.

—Ahora mismo no. Estoy yo sola con mil libros.

Un mes después, Sylvie había vuelto a la universidad gracias a su hermana. Julia se dedicó una tarde a observar con atención a los usuarios habituales de la biblioteca Lozano. Resultó que un señor ya mayor, que acudía a la hora del almuerzo y le leía a Sylvie su horóscopo en el periódico, trabajaba en el banco del barrio. Julia se fue derecha a él y, cuando le explicó la situación de su hermana, el hombre se mostró encantado de ayudar. Esa misma tarde gestionó un pequeño préstamo estudiantil para Sylvie.

—No podemos permitir que un talento como el tuyo se desperdicie —comentó mientras le tendía los papeles.

Aquella generosidad, del hombre y de Julia, hizo que a Sylvie se le saltaran las lágrimas, aunque rara vez lloraba. La bibliotecaria en jefe Elaine chasqueó la lengua al verle el rostro enrojecido y los ojos llorosos.

—Bueno, supongo que querrás modificar tus turnos otra vez para compaginarlos con las clases.

—Sí, por favor.

Sus hermanas le hicieron una tarta y Cecelia dibujó una pancarta que decía: «¡Felicidades, Sylvie!», pero la colgó en la diminuta habitación que compartían sus dos hermanas mayores para no herir los sentimientos de Charlie. Su padre había evitado comentar que Sylvie hubiera dejado los estudios —porque lo había hecho por él—, de forma que también prefirió ignorar que se hubiera vuelto a matricular. Las cuatro chicas se comieron la tarta en el suelo del dormitorio, con las piernas cruzadas y hablando sin parar.

—Esta tarta también es para ti—dijo Sylvie, señalando con la cabeza a Julia—. De no ser por ti, no habría podido volver a estudiar.

Julia tragó un bocado.

—Tendrías que haber caído tú misma en esta solución. Todo el mundo te adora en la biblioteca. Si hubieran sabido que necesitabas ayuda, te la habrían ofrecido antes.

De pronto se oyeron voces al otro lado de la puerta, venían del salón y las chicas se callaron para escuchar. La voz de Rose alcanzó unos agudos que manifestaban su enfado, luego Charlie respondió y la mujer bajó la voz. Lo que al principio

parecía una pelea descendió a una conversación y las chicas se calmaron.

—Os voy a decir lo que vais a hacer —dijo Julia.

—¡Uy, qué bien! —exclamó Cecelia. Emeline dejó el tenedor, expectante.

Las gemelas acababan de cumplir diecisiete años y empezaban el último curso en el instituto. Sylvie tenía veinte y Julia, veintiuno. Ya eran un poco mayores para ese pasatiempo, que había comenzado en su infancia, pero no habían sido capaces de abandonarlo. El juego consistía en que Julia les vaticinaba a cada una su futuro; levantaba una bola de cristal invisible y la sacudía como si fuera un globo de nieve para ir buscando las respuestas. Cuando estaban en primaria, había pasado por una etapa de amor a los animales en la que ella iba a ser veterinaria y Sylvie su asistente. Julia no soportaba tener que poner inyecciones, de manera que necesitaba a una ayudante que asumiera esa responsabilidad. En esta visión del futuro, Emeline y Cecelia trabajarían en el zoo. Desde entonces, todas habían pasado por incontables profesiones y maridos, una visión caleidoscópica de los años que tenían por delante.

—Sylvie conocerá en un tren a un hombre alto, de ojos oscuros, llamado Balthazar, y dará comienzo la gran historia de amor de su vida. También escribirá la gran novela americana y ganará el premio Pulitzer antes de cumplir los treinta.

Sylvie apretó el pie desnudo contra el muslo de su hermana a modo de agradecimiento, con la boca llena del glaseado de la tarta.

—Yo me casaré con William el verano que viene y tendremos dos hijos perfectos. Viviremos en una elegante casa unifamiliar con un jardín de verdad, lo más seguro que en Forest Glen, y las tres vendréis todos los domingos, como mínimo, a cenar. Y yo presidiré la junta del colegio de mis hijos y seré la esposa perfecta de un profesor de universidad.

—¿Y si entra en la liga de baloncesto? —preguntó Emeline—. ¿No es eso lo que quiere de verdad?

Julia se apartó los rizos de la cara.

—Ser atleta no es una carrera, es algo que uno hace mientras estudia.

—Así que tú lo dirigirás todo —aclaró Cecelia, deseando que Julia prosiguiera.

—Sí. Y tú, Emmie, te casarás con un médico escocés y tendrás tres pares de gemelos. Viviréis en una granja junto a un páramo.

En alguno de los futuros siempre aparecía un páramo: las chicas sentían una fascinación colectiva por ese misterioso paisaje que aparecía en casi todas las novelas inglesas que tanto les gustaban.

—¡Ooooh! —exclamó Emeline, echándose hacia atrás en la cama, encantada. Su mayor deseo era ser madre, un papel que llevaba toda su vida practicando. Desde que era muy pequeña, llevaba galletitas y tiritas en un bolsito para atender a sus hermanas cada vez que tenían hambre o se hacían daño. Los niños del bloque la seguían como patitos, encantados con la atención que les dedicaba. Era la canguro más solicitada a ese lado de Pilsen y, como resultado, guardaba una considerable cantidad de dinero debajo del colchón.

—Tres niños y tres niñas —prosiguió Julia, anticipándose a la pregunta de su hermana, que asintió satisfecha.

—¡Me toca! —pidió Cecelia.

—Tú irás a la escuela de arte y te convertirás en una pintora famosa. No puedes estar demasiado lejos de Emeline durante mucho tiempo…

—Porque nos moriríamos —concluyó Emeline.

—… así que tendrás un apartamento en París y otro en Escocia, cerca de su granja, lo cual tiene mucha lógica porque te encanta la lluvia.

—Sí —dijo Cecelia—. Me gustaría pintar la lluvia, igual que Van Gogh pintaba el cielo nocturno.

Emeline asintió con la cabeza.

—Y yo colgaré tus cuadros por toda mi casa.

Sylvie tuvo que hacer un esfuerzo por tragarse otro trozo de tarta, porque de pronto tenía un gusto amargo en la boca. Había estado a punto de decir algo desagradable, como: «Nada de eso va a pasar nunca», pero se dominó. El juego ya no le

resultaba divertido y estaba claro que Julia también tenía que fingir su entusiasmo. Sylvie nunca había admitido, ni siquiera a sí misma, que su sueño era escribir una novela. Pero su hermana le había arrebatado ese secreto para contarlo delante de todo el mundo y, aunque lo había hecho con buena intención, a ella le resultó doloroso. Lo curioso es que lo sintió como una pérdida: el sueño estaba desvelado, sometido al embate de los elementos, fuera de su alcance.

El día de la boda de Julia, Rose despertó a las cuatro chicas al amanecer.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Emeline al ver su expresión frenética.

Las hermanas se frotaron los ojos y caminaron bostezando en un temeroso silencio, se esperaban lo peor. William se había muerto o había huido o la iglesia se había incendiado o Charlie estaba demasiado borracho como para llegar a la boda. O tal vez había sucedido algo terrible en el huerto: una inundación o un ejército de hormigas asesinas…

—Hay… muchísimo… que hacer —resolló Rose—. ¡Espabilad!

Julia ya estaba levantada, alisándose el pelo. Siguió a su madre a la cocina mientras recitaba su propia lista de tareas.

—Tenemos que asegurarnos de que haya una silla para William, separada de las de la gente mayor. No puede estar mucho tiempo de pie por lo de su rodilla. Sylvie irá a por las flores del señor Luis. ¿Las galletas?

—Listas para entrar en los hornos.

Las cuatro casas vecinas habían ofrecido sus cocinas a Rose y estaban preparadas para hornear su parte de las quinientas galletas necesarias para la recepción. A las diez en punto, Emeline tenía que correr de casa en casa gritando: «¡Ya!». Y las galletas entrarían de manera simultánea en los hornos.

La boda se celebraría en St. Procopius a las doce del mediodía y luego habría una recepción con vino y galletas en el jardín lateral de la iglesia. El vestido de Julia lo había confeccionado la costurera italiana que vivía dos calles más

allá. A cambio, Rose llevaba meses lavándole gratis vestidos y telas, pues era una maestra del trueque. En el rincón trasero izquierdo de su huerto, cultivaba una variedad específica de calabaza solo porque el carnicero del barrio la echaba muchísimo de menos de su infancia en Grecia. Rose le daba toda la cosecha cada año a cambio de pollo y ternera para su familia. Así había organizado todo lo necesario para la boda, excepto el vino. Charlie era amigote de copas de los dueños de cuatro licorerías cercanas y Rose insistió en que, después de todo el dinero que había gastado en sus establecimientos, lo menos que podían hacer era donar una caja cada uno para la boda de su hija mayor.

—Sylvie, tú no te casarás y me abandonarás, ¿verdad? —Charlie estaba en su butaca del salón con una vieja camiseta blanca y una taza de café entre las manos.

—¡Ay, papá! —Sylvie se acercó para darle un beso en la cabeza—. Yo nunca te abandonaría.

—¿Emmie? ¿Cece?

—No seas tonto, papá —contestó una de las gemelas desde su habitación—. Pues claro que nos vamos a casar. Algún día.

Charlie se reclinó en la butaca. A Sylvie le pareció más mayor que nunca. Se volvió hacia la ventana, donde empezaba a asomar la primera luz del día.

—Sí, todas echaréis el vuelo, como tiene que ser, y nos dejaréis aquí a vuestra madre y a mí. Ha sido así desde que el mundo es mundo.

Después del desayuno, Sylvie se acercó andando a la floristería, que estaba a seis calles. El señor Luis, un diminuto ecuatoriano, resopló tras el mostrador y le aseguró que las flores se entregarían a tiempo en la iglesia. Le ofendió que tuvieran que ir a comprobarlo.

—Seguro que tienes algo mejor que hacer un día como hoy. Arréglate el pelo, píntate los labios… Haz algo para estar bien guapa, niña.

Sylvie frunció el ceño. ¿Tal mal estaba? Era la dama de honor, lo cual significaba que estaría al frente de la iglesia junto a su hermana durante la ceremonia. Deseaba estar guapa por Julia, pero eso requería uno de esos días mágicos en que

tenía bien el pelo, pues le resultaba imposible dominarlo para dejarlo presentable. Esa mañana no se había mirado al espejo, pero el señor Luis parecía sugerir que no estaba de suerte. Le dio las gracias y salió de la tienda. Contó los pasos que tuvo que alejarse de la puerta para dejar de oler a rosas: trece.

Pasó por delante de la biblioteca, que estaba a punto de abrir, y saludó por la ventana a las chicas que se encontraban tras el mostrador. Sintió el impulso de entrar y ponerse a trabajar, de pasar el día entre las frescas estanterías. La boda, el sol, la sonrisa obligatoria..., todo ello se le antojaba agotador. Sabía que era una extraña contradicción, pero a pesar de su interés por el amor, las bodas la incomodaban. El amor profundo entre dos personas era algo privado, callado, y colocar a los amantes vestidos de gala delante de una multitud parecía justo la antítesis de eso. El amor no se «veía». O al menos eso creía Sylvie. Era un estado interno, y esa exhibición pública que era una boda le parecía mal, casi una blasfemia.

Estaba contenta por Julia y William, pero aun así tendría que fingir esa especie de alegría juvenil que se suponía que debían provocarle las bodas. La besarían todas las ancianas del barrio, le repetirían una y otra vez que ella era la siguiente, lo cual la pondría melancólica, porque su verdadero amor todavía no había aparecido. ¿Qué probabilidades había de que apareciera en la biblioteca Lozano, donde se pasaba la mayor parte del tiempo? ¿Y si nunca lo encontraba?

Casi se tropezó con Cecelia, que estaba sentada en la acera, un poco más allá de la biblioteca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida. ¿Había sacado tiempo en la agenda de Rose para sentarse en la calle y mirar al vacío?

—Ah. Estoy esperando a Emeline, que ha entrado en la farmacia.

Sylvie se sentó en el suelo junto a su hermana. Si había tiempo en la agenda para eso, también quería participar. Le vendría bien un momento de calma antes de volver a entrar en el frenético torbellino de la casa.

—Hoy soy Beth —declaró Cecelia.

Sylvie asintió. Aquello provenía de una conversación

recurrente entre las cuatro hermanas Padavano. Cuando Julia se leyó *Mujercitas,* les habló de los cuatro personajes femeninos del libro, y se pusieron a discutir quién era quién de las hermanas March. Julia y Sylvie se veían como la energética Jo, y las dos tenían razón, pensaba Sylvie. Entre las dos eran Jo: Julia tenía la exuberancia y la pasión de Jo March, y Sylvie, su independencia y su afición por la literatura. Emeline y Cecelia se intercambiaban las identidades de Meg y Amy, y cada vez que una de las dos se sentía enferma o triste, decía ser Beth. «Una de nosotras será la primera en morir», se decían por turnos la una a la otra. Y las cuatro se estremecían al pensarlo.

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—Tengo un secreto —declaró Cecelia—, pero no se lo puedes contar a Julia. Se lo diré después de la luna de miel. O no.

Sylvie aguardó. El barrio se agitaba a su alrededor. Unos adolescentes ruidosos se empujaban unos a otros al caminar; un chico botaba una pelota mientras esperaba para cruzar la calle; una hilera de judíos jasídicos dobló una esquina. Personas con antepasados de todas las partes del mundo caminaban en todas direcciones. Era sábado y una hermosa mañana de junio, de manera que todos parecían más contentos de lo normal, un poco más libres.

—Estoy embarazada.

Sylvie sintió tal nudo en la garganta que tuvo que carraspear. «Pero si yo todavía soy virgen», pensó.

—No, es imposible —dijo—. Tienes diecisiete años. Te equivocas.

Cecelia se encogió de hombros. Emeline y ella se acababan de graduar en el instituto, un evento que había quedado eclipsado por la graduación y la boda de Julia. Charlie esa mañana parecía mayor. Cecelia también lo había notado.

—Ha sido un chico de mi clase que siempre me había gustado. Bebí demasiado en la fiesta de Laurie Genovese. Él no lo sabe. No sé qué voy a hacer.

La segunda reacción de Sylvie fue la de rabia. ¡Con el cuidado que había tenido ella, que solo se había permitido momentos de placer sin peligro! Igual que Julia, que había

planeado y ejecutado su vida con precisión militar desde el colegio y no había dejado margen de maniobra para ninguna sorpresa. Las dos habían pensado que su mero ejemplo mantendría a salvo a Emeline y Cecelia, que las seguirían por el buen camino hasta la edad adulta. Pero aquello había sido una negligencia por su parte. Sylvie conocía la existencia de las puertas alternativas. Aunque Julia y ella hubieran estado entrando y saliendo por la misma puerta, por supuesto que cabía la posibilidad de que las gemelas encontrasen otra salida. Cecelia era adorable: menuda y con curvas, de risa generosa, siempre dispuesta a dibujar retratos de sus muchos amigos por sus cumpleaños. Los chicos se arremolinaban a su alrededor y sus hermanas no le habían contado cómo y por qué había que pararles los pies. Tal como Charlie había dicho esa mañana: eso era así desde que el mundo era mundo.

Sylvie se sentía pegada al suelo. Incluso cuando se levantó, cuando volvió a casa con sus dos hermanas pequeñas, cuando dejó que Rose le pusiera el vestido rosa de dama de honor e intentó dominar su rebelde cabello, se notaba pegada a aquella acera, viendo la vida pasar a toda prisa. La biblioteca a su espalda, Cecelia como una bomba de relojería, Julia tan contenta que parecía soltar chispas, William a punto de unirse a la familia, Rose y Charlie sin saber que una nueva generación ya estaba en camino. Cuando el sol ya estaba alto en el cielo y Sylvie se encontraba ante el altar con una sonrisa dibujada en el rostro, todavía estaba en aquella acera, calculando si era demasiado tarde para retroceder el tiempo.

William

Marzo de 1982 – junio de 1982

La acción, desde los ángulos del cuerpo de los jugadores hasta su propio salto, era tan familiar que cuando William fue a bloquear pensó: «Ten cuidado». Aquellas palabras seguían en su mente cuando un pívot colosal con rastas y gafas se estampó contra su pecho. William era más fuerte que antes, de manera que empujó también, todavía en el aire, y salió despedido hacia atrás. Colisionó con otro jugador y se venció a un lado. Cayó al suelo sobre la rodilla derecha.

Kent se inclinó sobre él y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Estás bien?

William apenas podía oír a su amigo. La rodilla le zumbaba. Tenía una rara conciencia del interior de su rodilla, que era como un castillo de arena arrollado por una ola. Se miró la pierna mientras el árbitro tocaba el silbato y unos hombres sacaban una camilla a la cancha. William había reconocido la jugada y en ese momento también reconoció la niebla y el dolor.

Necesitó dos operaciones porque tuvieron que reconstruirle la rodilla. Cada vez que el cirujano o algún médico entraba en la habitación, William escuchaba con atención para intentar comprender. La rodilla era lo único en lo que podía concentrarse, cualquier otra información parecía provenir de muy muy lejos. Captaba palabras, fragmentos, pero ningún significado.

Tenía suerte de disponer de una habitación para él solo. Por lo general, enviaban a los pacientes a casa durante las dos semanas que separaban ambas operaciones, pero como William

debía tener la pierna inmovilizada en alto y su dormitorio en la residencia universitaria estaba en una tercera planta sin ascensor, se quedó ingresado. Las enfermeras le advirtieron de que en cualquier momento podía llegar un compañero de habitación, pero nunca apareció ninguno. Kent iba a verlo cuando podía, pero no tenía mucho tiempo entre los estudios, el baloncesto y su trabajo en la lavandería. Julia lo visitaba al menos una o dos veces al día. Intentaba hacerle reír con sus entradas dramáticas: aparecía dando vueltas como una bailarina en el escenario o con paso firme y la barbilla alta para fingir que era una severa enfermera. Una vez entró con varios libros en equilibrio sobre la cabeza y llegó hasta la mitad de la habitación antes de que se le cayeran. A William le gustaban sus entradas, pero no le hacían falta. Se alegraba de verla sin más.

Julia le llevaba sus libros de texto para que no se retrasara en los estudios. Faltaban dos meses para los exámenes finales y luego llegaría la graduación.

—Recordaremos junio de 1982 como el mejor mes de nuestra vida —dijo Julia—. La graduación y la boda. —Nombró ambos eventos con placer, saboreando la solidez de aquellos hitos. A William le gustaba que hablara así; admiraba que viera la vida como un sistema de autopistas por las que circular con pericia y agradecía ir en el mismo vehículo que ella.

Pero, cuando se marchaba, William a menudo se quedaba solo durante horas. Ignoraba los libros de texto y zapeaba entre los canales de televisión. Veía partidos de los Bulls sin sonido. Kent le había llevado el correo en su última visita y William había reconocido la enmarañada caligrafía de su padre en uno de los sobres. Cuando tocó la carta, un sudor helado le cubrió la piel. Estaba seguro de haber abandonado toda esperanza en lo referente a sus padres, pero con aquella carta sintió una punzada de emoción que no deseaba. Metió el sobre bajo la almohada mientras se esforzaba por ahuyentar de nuevo la esperanza, como si fuera un pájaro molesto. William siempre había aceptado que sus padres no querían saber nada de él. Se sintió casi en calma cuando llamaron por teléfono a su madre

para contarle lo de la boda, porque sabía cuál sería el resultado y su única preocupación había sido la decepción de Julia.

No obstante, sus padres habrían tenido tiempo de pensar después de aquella llamada y habían hecho el esfuerzo de escribirle una carta. No podían saber que estaba en el hospital, ¿cómo iban a saberlo? La universidad se hacía cargo de sus gastos médicos y, aunque se habían ofrecido a hablar con sus padres, él dijo que no era necesario. ¿Tal vez le habían escrito presas de algún remordimiento? Puesto que William era un hombre a punto de casarse, quizás se habían dado cuenta de lo mucho que se habían perdido. A lo mejor querían formar parte de su vida adulta. William esperaba —y la esperanza una vez más se mostró en forma de sudor helado— que fuera una carta larga, que incluyera una disculpa por haberlo ignorado durante tanto tiempo. La carta podía pedirle perdón, podía pedir una invitación para asistir a la boda.

Apagó la televisión y abrió un poco el sobre. De inmediato vio que allí no había ninguna carta. Solo un cheque. En la línea del concepto ponía: «Felicidades por la boda/graduación». El cheque era de diez mil dólares. William miró los ceros y pensó: «Ahora sí que se ha acabado». No cobraría el cheque, eso lo supo al instante. No tocaría su dinero. El corazón se le ralentizó hasta convertirse en un mero murmullo dentro del pecho y tuvo que respirar de una forma muy rara para no echarse a llorar. Le sorprendió lo dolido que estaba. Era como si algo se hubiera roto en su interior.

Su equipo de baloncesto y el entrenador fueron a verlo entre las dos operaciones. Sus compañeros, muchos de los cuales tuvieron que inclinarse para pasar por la puerta, iban con las camisetas oficiales. William se hundió por dentro en su cama de hospital al verse rodeado por aquel grupo. Era como si sus entrañas, su ser, se hubiera estrechado como la punta de un lápiz. Todas las líneas y colores se desvanecieron.

Todos mostraban una ensayada sonrisa con la que pretendían animarlo.

—Estás bien. —Kent, que estaba más cerca de William, le

dio dos golpecitos en el hombro, como para martillear algo de certeza con sus palabras. «Estás bien.»

«No lo creo», pensó William.

El entrenador carraspeó:

—Hijo, has tenido suerte de que esto te pasara ahora. Llegaste hasta el torneo y has vivido esa experiencia. Nos has sido muy útil durante el momento álgido de la temporada. Y me han contado que te vas a casar…

—Sí, señor.

—¡Estupendo! Esa es la vida real. ¿Ves? Todo pinta bien.

«No lo dices en serio —pensó William—. Sabes que no podré volver a jugar. Sabes que estoy acabado.»

El base, Gus, le tendió una tarjeta que todos habían firmado, un par de chicos hicieron bromas sobre la comida de hospital y luego, por fin, se marcharon. Salvo el fisioterapeuta, un hombre barbudo llamado Arash, que se acercó a la cama.

—¿Cuál es la historia de esa rodilla? —preguntó arrugando la frente.

William agradeció la pregunta, pues la rodilla sí que tenía una historia. La punta de lápiz de su interior se ablandó y logró reunir aire suficiente para respirar.

—Me rompí la rótula en primero de bachillerato. En una jugada muy parecida, por cierto.

—Ya me imaginaba. De manera que la rótula se hizo añicos porque ya estaba débil de antes.

Arash miró la radiografía que tenía en la mano. La rótula parecía más granujienta, en peores condiciones que los huesos superiores e inferiores. El nudo blanco estaba entreverado de múltiples líneas.

—Parece un mosaico.

—El fin de mi carrera —dijo William.

—Pues sí. Mira, ya sé que te encanta jugar. He visto eso y he visto tu rodilla débil. Podrías seguir en el baloncesto, ¿sabes? Podrías ser entrenador o algo. Mira la cantidad de puestos que hay a ver si alguno te gusta. El baloncesto es una gran máquina con muchos componentes.

William se inclinó hacia adelante.

—¿Qué es eso de que viste mi rodilla débil?

Arash era un hombre fornido de fuertes antebrazos.

—La protegiste una o dos veces. También me di cuenta de que usabas el otro lado para girar y saltar. Eso pasa cuando ha habido una lesión a temprana edad. La rodilla no funciona ella sola, sino que hay una interrelación entre todas las articulaciones. La cadera y el tobillo empiezan a usarse de forma distinta y todo el equilibrio se rompe. Se ve que nadie te dijo que entrenaras la pierna débil hasta que recuperaras toda su fuerza. Seguro que, en cuanto te quitaron la escayola la última vez, volviste de inmediato a la cancha sin modificar nada, ¿a que sí?

William asintió.

—Justo lo que pensaba.

Julia llegó poco después de que Arash se marchara. Al ver la cara de William, supo que estaba alterado.

—¿Ha pasado algo?

—La rodilla me duele muchísimo.

—Ay, pobre. Intenta pensar en otra cosa. Piensa en la boda. Es algo maravilloso y te hará ilusión, ¿no?

—Eso mismo dijo el entrenador.

Julia se animó.

—¡Qué bien!

Le tendió su portapapeles, donde había páginas de planes: la lista de invitados, los arreglos florales con fotos de diferentes flores, un plan de acción trazado minuto a minuto, una cronología de cosas que hacer, cada una con su fecha, una tabla que mostraba quién era responsable de qué. En casi todas las casillas aparecía el nombre de Julia o de Rose.

William ojeó aquello. Faltaban nueve semanas para la boda. Era un evento concreto que podía comprender, como la realidad de su rodilla. Tenía que aparecer en lo primero y tener cuidado con lo segundo.

Julia le alisó el pelo; el contacto era agradable. Estaba hablando, de manera que William intentó concentrarse.

—Cuando fui al departamento de Historia a por tus deberes, pregunté por los trabajos de ayudante de profesor. Resulta que el próximo otoño se queda libre un puesto que todavía no se ha publicado. ¿Quieres que les entregue tu currículum?

William comenzaría en septiembre el programa de doctorado en Historia en Northwestern. Fue tanto una sorpresa como un alivio que lo aceptaran. Se consideraba un estudiante mediocre, pero lo cierto era que había mejorado mucho durante los cuatro años anteriores a base de estudiar con Kent y Julia. Su novia y su amigo lo habían acostumbrado al trabajo duro y le habían enseñado a estudiar de forma efectiva. Y esas capacidades, combinadas con el miedo constante a obtener una nota media baja y que lo echaran del equipo de baloncesto, lo habían catapultado a la lista del decano.

La solicitud del doctorado requería que se centrara en un periodo histórico y le había costado mucho decidirse. Lo que más le gustaba de la historia era precisamente su amplitud, las conexiones entre eventos y personajes. Cómo Leon Tolstoy había inspirado a Mahatma Gandhi, que a su vez había inspirado a Martin Luther King. No le parecía posible plantar el pie en ningún siglo en particular, en un solo continente, en una guerra concreta. Cuando discutió el problema con Kent, su amigo meneó la cabeza.

—Ya tienes un área de interés, tonto. Estás escribiendo un libro sobre la historia del baloncesto.

William se sorprendió. Aquello no se le había ocurrido.

—Pero no puedo estudiar baloncesto. No parece un tema académico serio.

No obstante, en la solicitud escogió estudiar historia americana de 1890 a 1969, un periodo que le permitiría por lo menos compaginar su interés privado con su trabajo legítimo.

Tendría que trabajar como ayudante de profesor para obtener algunos ingresos durante el largo doctorado. Compuso en el rostro el gesto de estar atendiendo a su prometida y sus planes, pero en su interior se repetía el mismo susurro: «boda», «rodilla».

—¿Sí? —dijo por fin—. Pero no sé yo si tengo currículum para eso.

—Yo te lo arreglo, se me da muy bien. El año pasado leí un montón de currículums para el profesor Cooper, ¿te acuerdas? En cuanto salgas de aquí, necesitas un corte de pelo. —Julia le tocó el brazo y, tras una pausa, añadió en voz baja—: Ojalá

pudiera meterme en la cama contigo.

William se imaginó sus curvas pegadas a su costado. Se imaginó lo que pasaría en cuanto se cubrieran con las sábanas.

—¿Me das un beso en la mano? —pidió.

Julia le tomó la mano, la besó por fuera, en el punto sensible entre el pulgar y el índice, luego le besó la palma con suavidad, una y otra vez. «Boda.» «Rodilla.»

Rose y Julia presidieron una reunión de ensayo en el comedor de los Padavano unos días antes de la boda. Charlie no estaba, pero no se mencionó su ausencia. William pensó que tal vez habían programado la reunión para cuando no estuviera. Sylvie, sentada en la esquina más alejada de su madre, leía el libro que sostenía en el regazo. Solo prestaba atención cuando se dirigían directamente a ella. Emeline era la encargada de tomar notas de todas las decisiones, de manera que estaba lista con cuaderno y lápiz. Cecelia se apoyaba contra el brazo de su gemela con aspecto aburrido o soñoliento.

William había tardado un tiempo en distinguir lo que las diferenciaba, pero ya no tenía problemas en saber quién era quién. Cecelia siempre llevaba restos de pintura en las manos y la ropa y pasaba del buen humor al mal genio a una velocidad alarmante. Le gustaba probar su expresión severa con la gente y, cuando lo hacía, le recordaba a Julia. Emeline era más plácida, más lenta de reacción que su gemela, la más callada de las cuatro hermanas, pero cuando sonaba el teléfono, por lo general era alguien que requería sus servicios de canguro. William había llegado a imaginar que su prometida iba dando zancadas por el mundo con una batuta, mientras Sylvie blandía algún libro y Cecelia un pincel. Emeline, sin embargo, mantenía las manos libres para poder ayudar o para coger en brazos y consolar a algún niño vecino. Cada vez que veía a William desde su lesión, se ofrecía a llevarle cualquier cosa o le iba abriendo las puertas.

William escuchaba mientras Julia y su madre recitaban por turnos el programa con las tareas asignadas. Solo intervino cuando Rose declaró que la mañana de la boda Charlie lo

recogería en Northwestern:

—No hace falta. Puedo llegar yo solo a la iglesia.

—Estás lesionado. —El tono de reproche sugería que se había destrozado la rótula a propósito—. ¿Y cómo pretendes exactamente llegar a la iglesia con el traje y las muletas? ¿En autobús? Charlie te recogerá con el coche de un vecino. Y sanseacabó.

Emeline sonrió.

—Es que mamá quiere estar segurísima de que llegas a la iglesia a tiempo.

—Pues entonces no debería haber designado a papá como chófer —objetó Cecelia.

Rose meneó la cabeza, agitando su cabello gris.

—Silencio, niñas. William y Charlie se encargarán el uno del otro, y los dos estarán en la iglesia a tiempo.

—¡Ah! —Emeline dio unas palmadas sobre la mesa—. Ahora lo entiendo: le das a papá una responsabilidad y haces a William responsable de papá. Eres una genia maligna, mamá. —Y alzó la mano para chocar los cinco con su madre, que no le hizo ni caso.

—¿Le has dado instrucciones al padrino? —preguntó.

—Kent sabe dónde tiene que estar y a qué hora.

—¿Vendrá borracho?

William la miró sorprendido.

—Pues… no.

—No le hagas caso —intervino Julia—. Es que da por sentado que todos los hombres beben.

—Solo hasta que me demuestren lo contrario. Cecelia, ¿por qué estás medio tumbada en la mesa durante una reunión? Siéntate derecha, por favor.

—Pues me parece que ya lo tenemos todo —dijo Sylvie—. La boda va a ir como un reloj. Yo tengo que ir a trabajar pronto, ¿te acuerdas?

Rose se volvió hacia William.

—Después de la boda me llamarás mamá o madre. Se acabó lo de señora Padavano. —Lo dijo con una expresión severa, pero William notó que con la mirada le transmitía otro mensaje: que lamentaba que sus padres no asistieran a la boda,

que sentía que no lo quisieran y que ella lo querría para llenar esa ausencia.

Julia le apretó la rodilla buena por debajo de la mesa. William tardó un momento en encontrar su voz.

—Gracias.

—No digas tonterías. —Rose ya había vuelto a su lista.

Pero William le dio las gracias de nuevo y puso la mano sobre la de Julia.

Más tarde se le ocurrió que Rose había convocado la reunión para decirle eso. No necesitaba repasar los planes. Era la comandante en jefe y el día de la boda dirigiría a sus soldados. Rose no delegaba, daba órdenes. Tan solo quería dar fe de ello delante de testigos.

La graduación tuvo lugar una semana antes de la boda y, puesto que el evento incluía sus propias celebraciones de diversas envergaduras, los días comenzaron a señalarse según William se ponía y se quitaba la ropa de gala. La noche antes de la boda, salió con Kent a comer unos burritos y brindaron con demasiadas cervezas. El lunes, Kent se marchaba a Milwaukee, a la facultad de Medicina.

—Queda a menos de dos horas. Ya sé que me vas a echar de menos, pero podemos ir uno a casa del otro. Y haremos la colada juntos, por los viejos tiempos.

Sareka, la jefa de la lavandería que había querido rechazar a William el primer día que apareció en el sótano, fue a la graduación y aplaudió con locura cuando pronunciaron los nombres de William y Kent. Oficialmente, nunca había cambiado de idea: siempre mantuvo que no se fiaba de William y que Kent le caía bien, pero para el final del primer curso estaba claro que era todo fingido y William se tomó su afecto como el mayor de los cumplidos. La había invitado a la boda, pero ella había declinado la invitación sin pensárselo dos veces: «Prefiero no estar con tanta gente blanca».

—Vas a ser un gran médico —le dijo William a su amigo.

Kent lo miró.

—¿Tú tienes ganas de ser profesor?

—¿Te conté que Arash se dio cuenta de que mi rodilla derecha ya estaba débil antes de la lesión? Me lo dijo en el hospital.

—¡Anda! Qué interesante. Pero no me sorprende. Ese tío tiene un don. A Butler lo avisó de que tenía los tobillos rígidos y, unos días después, se rompió uno en un entrenamiento. ¿Te acuerdas?

—Si lo hubiera sabido, podía haber fortalecido la rodilla y así habría evitado rompérmela.

—Ah, ah.

—¿Ah, ah qué?

Kent meneó la cabeza.

—Que no digas esas cosas. Nos hemos graduado. Haz rehabilitación en esa rodilla y podremos dedicarnos en serio a jugar por diversión, pero ahora lo que nos toca es ser adultos. —Y alzó la cerveza—. Brindo por ti y por la generala y por mí y por un millón de horas de estudio.

Charlie llegó puntual. William lo esperaba en la calle. Esa mañana había tardado mucho en vestirse. Se había dado dos duchas heladas porque estaba acalorado y le preocupaba sudar con aquel traje. Una vez vestido, se puso y se quitó la rodillera mil veces, pues quería asegurarse de que los pantalones quedaban bien lisos y no se fruncieran por encima de la férula de metal.

Metió las muletas en el asiento trasero del sedán azul que le habían prestado a Charlie, deslizó el asiento delantero hacia atrás todo lo que pudo y se sentó.

—Un gran día. —Charlie, con su traje de chaqueta, parecía pequeño e incómodo al volante—. Solo me pongo esto para los funerales, por lo general —comentó mientras se incorporaba al tráfico.

William iba mirando los edificios y las casas por la ventana. Le parecía estar en la escena de una película: joven, con su inminente suegro, a punto de casarse. Quería interpretar su papel lo mejor posible.

—Vas a tratar bien a Julia. —Era una afirmación, no una

pregunta.

—Sí, señor. Así es.

El hombre dobló una esquina y cambió de carril tras mirar por los retrovisores. Al ver un camión grande delante, frenó lo suficiente para mantener la distancia entre los vehículos. Era un buen conductor, lo cual resultaba sorprendente. El padre de Julia siempre se presentaba como el hombre distraído y algo incompetente que sus hijas y su esposa consideraban. William se preguntó por primera vez hasta qué punto el comportamiento habitual de Charlie era puro teatro.

—¿Sabías que Rose y yo nos fugamos? No se celebró la boda. Creo que eso explica el frenesí de esta. La boda no es solo por Julia, sino también por Rose.

—No lo sabía.

—Estaba embarazada de Julia y nuestras madres no se llevaban bien debido a una antigua enemistad en el país de origen. Nos largamos a Las Vegas.

William sonrió pensando en Rose y Charlie en el Strip de Las Vegas. ¿Sabía Julia que había sido concebida antes de que sus padres se casaran?

Como si le leyera el pensamiento, Charlie comentó:

—Julia lo sabe. Es una leyenda familiar. Jamás ocultamos la verdad, pero Rose aborreció Las Vegas. Desprecia un poco a la gente que va allí todos los años. Jamás ha superado aquel mal sabor de boca.

Se suponía que era un chiste, pero el ánimo de Charlie era demasiado sombrío como para que tuviera gracia. William lo sintió por él. Estaba a punto de entregar en matrimonio a su hija mayor y se encontraba totalmente sobrio, lo cual ya era raro. El alcohol lo ponía de mejor humor.

—Nunca he sido capaz de ofrecerle a Rose lo que ella quería, aparte de las chicas. Intenta darle a Julia lo que quiera siempre que puedas. Es fuerte, y tan decidida como su madre. Dará estructura a tu vida. Rose me sostiene en muchos aspectos y me considero un hombre afortunado. Tú también lo eres.

William estaba de acuerdo: tenía suerte. Julia ya le había dado mucho y lo único que parecía requerir de él era que la

quisiera y que le entusiasmaran los planes. Y a él le resultaría fácil hacerlo. Esperaba que bastara con eso. Desde fuera, el matrimonio de Charlie y Rose se veía complicado, como los engranajes de un reloj que giraban sin llegar a conectar.

Charlie se inclinó para mirar a través del amplio parabrisas.

—Ahí está la iglesia. A ver si encontramos sitio para aparcar.

Durante las siguientes seis horas, salvo durante el momento que estuvieron ante el altar, William tuvo la impresión de que siempre estaba donde no debía. Julia, Rose o Charlie lo llamaban todo el rato, le pedían que hablara con un primo lejano, que abrazara a la profesora de primero de las niñas, que hablara de baloncesto con un fan de los Bulls o que hablara de Boston con un tío que había estado allí una vez. La rodilla le dolía la pusiera como la pusiera. Julia se irritaba porque no se sentaba, pero luego lo llevaba por todo el jardín para que le estrechara la mano al hombre que había puesto las flores. Kent, que poseía la capacidad mágica de estar cómodo en cualquier situación, andaba por el jardín estrechando manos como si se presentara a la alcaldía. William se fijó en que siempre lo seguía una bandada de jovencitas guapas. Sylvie, Emeline y Cecelia revoloteaban en torno a William y Julia como constelaciones de color rosa.

—Cuánta sonrisa —le comentó una vez Sylvie al pasar.

Hacia el atardecer, Cecelia le tendió a William los tacones y se alejó por el césped. Charlie, con el pelo de punta y una copa en la mano, le daba una palmada en la espalda cada vez que se le acercaba.

Pero todo aquello quedaba eclipsado por la luminiscencia de Julia. Su vestido blanco estaba cubierto de diminutas cuentas blancas que susurraban al andar. La tela abrazaba su figura de reloj de arena, llevaba el pelo en un recogido y le brillaban los ojos. Parecía que la hubieran conectado a un enchufe eléctrico al que los demás no tuvieran acceso. William se sentía agradecido cada vez que lo agarraba del brazo o le daba un beso en la mejilla.

—Mi mujer —susurraba.

Rose fue a buscarlos cuando llegó la limusina.

—Es hora de que os marchéis. Disfrutad, que yo me voy a pasar tres días durmiendo.

Julia le dio un abrazo. Las dos mujeres se estrecharon con fuerza durante un buen rato.

—¿William? —dijo Rose.

El aludido contemplaba toda la escena: la iglesia de piedra; la multitud de gente sonriente y algo achispada; sus compañeros del equipo de baloncesto, más altos que nadie, con las piernas ya algo trémulas por el alcohol; las cintas blancas que conectaban las ramas de los árboles; sus nuevas cuñadas en los alrededores de la fiesta, despidiendo a los invitados más ancianos…

—Gracias por todo, mamá. —El apelativo le arañó la garganta. Apenas lo había usado, puesto que su propia madre prefería que no la llamara nada en absoluto y el término había permanecido dormido mucho tiempo en su interior, polvoriento y oxidado.

Rose asintió, satisfecha, y se giró para abrirles camino hasta el vehículo, hacia lo que quisiera que sucediera después de «boda», «rodilla» y el resto de sus vidas.

Julia

Junio de 1982 – octubre de 1982

Por curioso que pueda parecer, Julia no estaba preparada para la luna de miel, que pasaron en un complejo turístico a la orilla del lago Michigan. Había dedicado tanto tiempo y energía a planear la boda que no había pensado mucho en el viaje. En los momentos de ensoñación, se visualizaba tumbada junto a él en unas hamacas al sol, cogidos de la mano. En la vida real, durante los cinco días que pasaron en el hotel, soplaron fuertes vientos que provocaban en la playa tormentas de arena y, además, a William le costaba caminar en terreno irregular con las muletas. De hecho, le costaba andar por cualquier terreno. Después de pasear unos treinta metros, arrugaba la frente y se ponía pálido. Daba unos pasos tan lentos que a Julia le costaba dominarse y acoplarse a su ritmo. Desarrolló el hábito de adelantarse para luego volver. Después del final de curso y la boda, estaban ambos exhaustos, de manera que una vez que Julia se convenció de que en realidad no tenían que hacer nada —ni explorar el pueblo, ni salir a almorzar ni ir a ver antigüedades porque la zona fuera famosa por sus antigüedades—, pudieron disfrutar del último día y medio, en el que apenas salieron de la habitación.

Ya de vuelta en Chicago, fueron directos a su nuevo apartamento en el edificio de parejas casadas del campus de Northwestern. Tenían derecho al alojamiento porque William comenzaría allí el doctorado en otoño y había obtenido un trabajo en el campus, en la oficina de admisiones, ayudando a reorganizar el sistema de archivos. A Julia le encantó la casa de un dormitorio. La ventana del salón daba a un patio y el sol entraba a raudales. Nunca había vivido en otro lugar que no

fuera la casita del número 18 de Place, con sus padres y sus hermanas. Le parecía increíble lo tranquilo que era ese apartamento en el que solo vivían ellos dos. Tenían su propia cocina, un baño y una mesita redonda amarilla donde comer juntos.

Acompañó a William a la revisión del médico, que examinó el encaje de cicatrices en torno y a través de la rótula y declaró que se estaba curando de maravilla.

—Es hora de dejar las muletas, jovencito. También tienes que andar más, hay que fortalecer esos músculos. Eres jugador de baloncesto, así que yo te recomendaría dar todos los días un largo paseo mientras botas una pelota.

—Era jugador de baloncesto —puntualizó William.

—Lo de botar la pelota es para distraerte y para que recuperes el equilibrio. En cualquier caso, veo que tu esposa sí me presta atención.

—Yo también —se ofendió William.

El médico miró a Julia.

—Asegúrate de que tu marido anda. Si hace vida sedentaria, la rodilla siempre le dará problemas. No permitas que le falte el respeto a mi trabajo.

El lunes siguiente, William se presentó en la oficina de admisiones de Northwestern y Julia se fue a la compra. Aquello también le resultó maravilloso. Podía comprar plátanos, aunque Rose odiaba el olor a plátanos y se negaba a tenerlos en casa. Emeline era alérgica a los cacahuetes, así que nunca compraban mantequilla de cacahuete, pero ya podía echar un bote a la cesta. Compró embutidos, pan y una mostaza buena para los almuerzos de William. Se tomó más tiempo del necesario para recorrer los pasillos de arriba abajo. Cuando volvió al apartamento, se encontró a sus tres hermanas delante de la puerta y el corazón le dio un brinco.

—¡Os he echado de menos! —exclamó—. Pero ¿qué hacéis aquí? Íbamos a ir a cenar mañana.

—Queríamos ver tu casa.

Julia quiso fruncir el ceño, pero su rostro no podía dejar de sonreír. Estaba contenta de ser el centro de atención de sus hermanas. Sabía que estaba radiante y se notaba que a las

chicas les encantaba ser el motivo.

—Os dije que la semana que viene. Primero quería añadir algunos toques, colgar cuadros y esas cosas, para que estuviera bonita cuando la vierais por primera vez.

—¿Y la luna de miel? ¿Fue superromántica? —Emeline se apoyó contra la pared fingiendo estar un poco mareada.

—No hemos venido a ver la casa —dijo Cecelia—, pero vamos dentro.

Julia les tendió las bolsas y abrió la puerta con la llave. Sus hermanas lanzaron suspiros de alegría.

—¡Es preciosa! —exclamó Sylvie.

Y sí que lo era, con el sol de la mañana entrando a raudales. Las tres chicas entendían el lujo que era disponer de un espacio propio. Habían crecido en una casa pequeña y atestada de gente, y gran parte del sueño de hacerse mayores era vivir en un lugar más espacioso, un lugar propio que no hubiera que compartir.

Julia les hizo un breve tour y luego se sentaron en el sofá y la butaca del salón. Cecelia llevaba algo debajo del brazo.

—¿Qué es eso? —quiso saber la anfitriona.

—Ah. —Cecelia lo mostró—. Es mi letra escarlata, de parte de mamá. Quiere que la lleve a todas partes durante una semana por lo menos. Le prometí que lo haría. —Era una de las santas enmarcadas de la pared del comedor. Julia se la quedó mirando, intentando recordar su nombre. Se sabía las santas solo en su contexto, puestas en fila en la pared de su casa.

—Santa Clara de Asís.

Sylvie y Emeline bajaron la vista como para contemplarse los pies. Su madre les había dado lecciones sobre cada una de las santas, pero jamás había quitado a ninguna de la pared y mucho menos las había utilizado como castigo.

Julia la recordó entonces: santa Clara se había negado a casarse a la edad de quince años y había huido de su casa. Se cortó el pelo y dedicó su vida a Dios. Creó la orden de las clarisas y su propia hermana y su madre se fueron a vivir con ella a su abadía. Fue la primera mujer en la historia que escribió una regla monástica. Julia miró con atención a su

hermana. Cecelia había nacido tres minutos después de Emeline, así que a veces la llamaban «bebé». A Charlie le encantaba cantarle la canción de Frank Sinatra: *«Yes sir, that's my baby. No sir, I don't mean maybe»*.

—¿Qué ha pasado? —Julia tenía las manos heladas. Estaba asustada.

—Estoy embarazada. Casi de cinco meses. —Cecelia habló con calma—. Mamá piensa que voy de cabeza a una vida de indigencia, pero yo pienso quedarme con el niño. Y no le voy a decir nada al padre porque… —Se calló un momento—. Porque de eso no puede salir nada bueno.

Julia negó con la cabeza. Aquello no podía ser cierto.

—¿Que estás embarazada?

—Sí.

—Vas a tener un hijo. Con diecisiete años.

—Tendré dieciocho cuando nazca.

Algo se endureció en el interior de la mayor. Miró a las demás: estaba claro que había sido la última en enterarse. Ellas ya habían digerido la noticia, habían encontrado la manera de aceptarla. Emeline mantenía una lealtad incondicional hacia su gemela y, además, le encantaban los niños. Sylvie estaba decepcionada con Cecelia, se le notaba en la expresión, pero para ella la vida era como una historia y estaría impresionada de que su hermana pequeña se hubiera convertido en protagonista de la narrativa que compartían.

—Se supone que yo tenía que ser la primera en tener hijos.

Sylvie y Emeline alzaron la cabeza, sorprendidas.

—Lo siento —prosiguió Julia—, pero esto es ridículo. Es obvio que deberías dar al niño en adopción. ¿Por qué vas a destrozarte la vida por culpa de un error?

Cecelia se levantó, enderezó la postura y su embarazo fue visible por primera vez. ¿Cuánto tiempo llevaba andando inclinada, con la ropa dispuesta con cuidado para disimular? Vestía una blusa de botones color lavanda y el duro vientre abultado le estiraba la tela.

—Sylvie y tú nos veis como niñas. Mamá se cree que todo el mundo está a todas horas al borde de la catástrofe. Y a mí no me pasa ni lo uno ni lo otro. Yo nunca quise ir a la

universidad. Estudiaré y me dedicaré al arte, con mi hijo. Esta es mi vida y mi decisión. Jamás seré una carga para nadie. —Con su metro sesenta y los hombros echados hacia atrás, Cecelia pronunció la última frase con un gruñido.

—La señora Ceccione ha dicho que Cecelia puede quedarse en la habitación de Frank y está dispuesta a ayudar con el bebé si nosotras hacemos las comidas y otras tareas —terció Emeline—. Yo empiezo la universidad en otoño, claro, pero también colaboraría. Y tengo bastante dinero de ser canguro para que podamos comprar lo que necesitemos.

Julia se la quedó mirando.

—¿Te vas a mudar dos casas más abajo?

—No puedo quedarme en casa —contestó Cecelia—. Mamá me lo ha dejado claro. Perdona si te da la sensación de que te he destronado, Julia. Ya sé lo mucho que te gusta ser la primera.

Cecelia lo había dicho con dulzura y, aunque Julia tenía las manos como témpanos de hielo y estaba furiosa por la noticia, por aquel desastre, asintió con la cabeza aceptando la situación.

Sylvie carraspeó mirándola.

—Mamá nos ha pedido que te dijéramos que no vinieras a cenar. Dice que te recibirá cuando termine su periodo de duelo.

—Me gustaría irme ya —declaró Cecelia—, pero tengo que hacer pis. ¿Puedo usar el baño?

Cuando salió de la habitación, Julia, Sylvie y Emeline se miraron unas a otras. Sylvie parecía preocupada y Emeline mostraba una apenada arruga entre las cejas.

—¿Y papá? —quiso saber Julia.

—No ha abierto la boca. Mamá dice que ella tampoco piensa hablar, pero la verdad es que no calla. Papá vuelve a casa más tarde de lo habitual. —Lo cual significaba «más borracho de lo habitual».

—Se les ve mayores —dijo Emeline—. No quieren que Cecelia se vaya de casa, pero mamá le dijo que tendría que marcharse si tomaba esta decisión y no iba a la universidad.

«¿Por qué? —pensó Julia, cuando volvió Cecelia del baño y

se marcharon todas—. ¿Por qué estropearlo todo? ¿Por qué nos haces esto?» Julia había puesto muchísimo esfuerzo en hacerlo todo bien y lo había logrado. Se sentía tan acalorada que abrió la ventana. Recordó a Cecelia con su blusa color lavanda en mitad de su apartamento tan bonito, tan perfecto, y deseó que le hubieran dado la noticia en otra parte, en cualquier otra parte. Julia acabó saliendo para recorrer el sendero que rodeaba el patio. Al otro lado había un banco, donde se sentó hasta que necesitó volver a ponerse en movimiento.

Cuando William llegó a casa esa noche, le espetó:

—Creo que deberíamos tener un hijo.

Él se frenó en seco, con las muletas adelantadas para dar el siguiente paso. Parecía un árbol apuntalado con estacas de madera. Ya solo usaba las muletas en casa, cuando tenía la pierna cansada y dolorida.

—¿Ahora? —Lo escuchó tragar saliva—. Yo pensaba… Primero tenemos que estabilizarnos un poco, Julia. Yo ni siquiera he empezado el doctorado.

—Tienes el trabajo de ayudante de profesor para el otoño. Eres maravilloso.

Julia maquinaba un plan: una respuesta al desastre, una manera de arreglarlo todo, de solucionar la situación de la familia. Ahorraría todo lo posible del pequeño salario de William y le daría ese dinero a Cecelia o a la señora Ceccione para que su hermana tuviera todo lo necesario y estuviera bien. La independencia que había demostrado esa tarde era como una bandera plantada en suelo arenoso, el caprichoso deseo de una niña embarazada. No era ella misma. Cecelia no tenía la fuerza que fingía tener y verse obligada a vivir al lado del tsunami de dolor y reproches de Rose la iba a llevar al límite. Así pues, el dinero sería de ayuda. Y Julia se quedaría embarazada lo antes posible, algo más que aceptable siendo una mujer recién casada. Pondría su abultada barriga junto a la de Cecelia, y Rose y Charlie recibirían encantados a sus dos nietos porque vendrían en pack. Todos volvería a estar unidos y habría amor para dar y regalar. Julia visualizó una imagen de dos bebés sobre una manta al sol, uno de ellos era suyo, pero no sabía muy bien cuál.

—Ni siquiera me has preguntado por mi primer día —protestó William—. ¿Ha pasado algo? —Tiró de las muletas para colocárselas a ambos lados. Ya parecía un árbol erguido—. Pareces… ¿agitada?

Julia sonrió. William era todo preguntas, cosa que le encantaba, porque ella era todo respuestas. Se acercó a él para abrazarlo. Le desabrochó el primer botón de la camisa blanca que le había regalado por su cumpleaños. Luego el siguiente. Le pasó el dedo por la suave camiseta que llevaba debajo.

—¿Tienes hambre? —susurró.

Él negó con un gesto.

Julia tiró de su camisa para bajarle la cabeza. «Esto va a funcionar», pensó distraída, mientras él pegaba los labios a los suyos y ella lo iba llevando despacio, como danzando, hacia el sofá.

Al día siguiente fue en autobús de Northwestern a Pilsen. No quería ir, pero le resultaba imposible no presentarse ante su madre después de haberse enterado de la noticia. No habría sabido explicar muy bien por qué, pero necesitaba mostrar a Rose el respeto de su presencia.

La encontró sudando en el jardín, doblada sobre las hierbas aromáticas. El calor subía del suelo en oleadas: el verano en Chicago era inclemente. Julia sabía por experiencia que cuidar de las hierbas exigía el máximo rigor y atención al detalle. Rose insistía en que quien estuviera trabajando en esa parte del jardín tenía que utilizar una lupa y unas pinzas. Había que localizar y eliminar los insectos más pequeños, así como detectar cuanto antes una mala hierba muy fina que tendía a crecer por las plantas y las estrangulaba.

—No está —declaró su madre—. Si es que has venido a verla.

—He venido a verte a ti.

Esto pareció sorprender a Rose, que se detuvo cuando estaba arrancando un matojo de césped salvaje. Se puso las manos en los muslos y Julia le vio la cara por primera vez. Estaba deteriorada, como si hubiera sufrido un accidente de

coche. Todas sus partes estaban ahí, pero como mal puestas y, de alguna manera, rotas.

—Tenía que marcar un límite.

A Julia le resultaba muy difícil soportar aquella expresión de angustia, de manera que alzó la vista al pesado y caluroso cielo. Buscó en su mente las palabras que pudieran hacer que su madre se sintiera mejor, pero Rose se le adelantó:

—Yo solo os he pedido una cosa, niñas.

—Que fuéramos a la universidad.

Rose la miró enfadada.

—No. Os pedí que no cometierais el mismo error que yo. ¿Era mucho pedir?

Julia negó con la cabeza, aunque no recordaba que su madre les hubiera trasladado esa petición específica. Lo que Rose había repetido una y otra vez era: «Tenéis que ir a la universidad». Jamás les había dicho que no se quedaran embarazadas antes de casarse. Aquella era una expectativa tácita, pero resultaba que era la más importante.

—Se suponía que vosotras teníais que llegar más lejos que yo. Quería que fuerais mejores. —Y su voz se tornó tan seca como la tierra que había a sus pies—. Ese era el único objetivo de mi vida.

—¡Ay, mamá! —Se horrorizó Julia.

En el torbellino de las noticias del día anterior, no se había planteado que Cecelia estaba repitiendo la historia de su madre. Rose se había quedado embarazada de Julia cuando tenía diecinueve años, antes de casarse, y su propia madre le había retirado la palabra. Madre e hija no se volvieron a hablar. Las niñas no conocían a su abuela. Charlie siempre dijo que no se perdían nada, porque era una mujer hostil y amargada. Pero, cada vez que salía el tema, Rose se marchaba sin decir jamás una palabra. Y ahora era ella la madre que se alejaba de su hija y de su nieto, la que estaba dispuesta a cortar una rama de su propio árbol genealógico, lo cual significaba que estaba, a la vez, infligiendo dolor y sufriendo.

—He fracasado —concluyó.

—No, eso no es así. Has sido una madre estupenda.

—He fracasado. —Esta vez Rose lo dijo en una voz suave

que se parecía a la de Emeline. Julia jamás había oído a su madre hablar en ese tono y no la hubiera creído capaz de ello. Pensó que tal vez las voces de las cuatro vivían dentro de su madre: la franqueza de Emeline, las órdenes claras de Julia, la emoción de Cecelia ante la paleta de colores que componían el mundo, las ansias románticas de Sylvie. Tal vez Rose enmascaraba las voces de sus hijas con su propio tono malhumorado, su propio aporte de enfado y decepción. Pero, aun así, ahí estaban esas voces, enterradas en ella.

—Mírame —le pidió Julia—. Yo estoy casada, graduada. No pasó nada porque te quedaras embarazada de mí antes de casarte. No tiene por qué significar nada.

A Julia nunca le había importado que la concibieran antes del matrimonio. No era nada insólito en su barrio y siempre había sentido un aleteo de orgullo por haber sido quien comenzara la familia. Sin ella, Charlie y Rose tal vez no se habrían casado. Sylvie, las gemelas, la casa no habrían existido. Julia había sido el catalizador.

—Por lo menos Charlie se casó conmigo —dijo Rose—. Tu hermana finge que el padre no existe, que no importa. Se niega a decirme quién es, de forma que no he podido llamar a sus padres para enmendar todo este asunto. ¿Tú sabes quién es? —Los ojos le llamearon con una esperanza súbita.

—Pues no.

—Demonios —le dijo Rose a la tierra.

Julia pensaba que meter a otra persona en aquel solo complicaría aún más el error, pero se guardó su opinión.

—Cecelia nos tiene a todas nosotras. Es de la familia. Podemos darle a su hijo o a su hija todo lo que necesite.

A Rose se le ensombreció el semblante.

—El niño estará bien, pero a Cecelia se le ha acabado la vida.

Lo mismo podía haber dicho: «Mi vida se acabó porque me quedé embarazada de ti». Pero Julia no se sintió ofendida porque su madre en ese momento solo veía el lado negativo de las cosas. Con su humor sombrío, todo era oscuridad. Escudriñaba el jardín y era obvio que solo se fijaba en los problemas: los insectos que se comían las plantas, las hojas con

agujeros, la posible podredumbre, los tallos débiles…

—¿Cómo está William? —preguntó por fin en tono apagado.

—Bien. Ya casi no usa las muletas.

Rose asintió con la cabeza, pero Julia sabía que no la había oído, que no podía oírla. Había fracasado y, por lo tanto, era una ruina: una estatua rota como la de la Virgen María apoyada contra la cerca en el rincón del jardín. «No te preocupes, mamá —hubiera querido tranquilizarla—. Yo me voy a quedar embarazada. Me aseguraré de que las ramas de nuestro árbol permanezcan intactas.» Pero no podía decirlo. Su plan no era más que eso: un plan. Todavía no era una respuesta al dolor de su madre. Julia pensó en el hijo de Cecelia. A menos que hiciera algo, el bebé llegaría al mundo igual que llegó ella: en una estela de desprecio e indignación, con la separación de una madre y una hija. Por primera vez, sintió afecto por ese niño, se sintió identificada con él.

Cuando se marchó, estaba exhausta, como si hubiera estado ayudando a su madre con una pala en el jardín. En el autobús de vuelta a casa, se preguntó cuál era el objetivo de su propia vida. Jamás se lo había planteado en esos términos. Su padre le decía desde pequeña que era su cohete. «Estoy deseando verte volar.» Era la que siempre solucionaba los problemas, pero en ese momento tenía delante un desafío enorme, el mayor al que se había enfrentado, una madeja con toda su familia enredada en ella, lo cual significaba que estaban en juego todos sus seres queridos: sus hermanas, sus padres, William, los bebés que ni siquiera habían nacido aún. Julia sintió una oleada de miedo: ¿y si no lo lograba? Pero aplastó su temor. Jamás había fallado en nada que se hubiera propuesto y esta no sería la primera vez.

Cecelia se puso de parto a finales de octubre, cuando Julia estaba embarazada de casi cuatro meses. La señora Ceccione la llevó en coche al hospital y sus hermanas se reunieron allí con ella. Solo se permitía entrar en el quirófano a una persona. La enfermera, con la bata y la mascarilla, anunció en la sala de espera que la madre había preguntado por una tal Julia.

La aludida, encantada, se puso una bata de hospital e hizo todo lo posible por guardarse el pelo bajo el gorro de ducha que le tendieron. Cuando entró en la sala, se encontró a Cecelia llorando.

—Quiero a mamá —sollozó—. Es a quien más quiero y tú me recuerdas mucho a ella.

—Ay, pequeñaja. —Julia le apartó el pelo de la cara enrojecida. Así llamaba Rose a sus hijas cuando estaban tristes o enfermas.

—La echo muchísimo de menos. —Cecelia miró a su hermana con expresión desencajada—. Es que no te lo puedes ni imaginar. Todos los días me cuesta la vida no volver a casa. Es como si el niño quisiera verla. Mi cuerpo odia estar lejos de ella.

—¿Quieres que la llame? —se ofreció Julia—. Vendría. —No estaba segura de que fuera cierto, pero era lo que su hermana quería oír y, al ver su angustia, Julia estaba más que dispuesta a alterar la realidad.

Cecelia se retorció bajo las sábanas con un grito. Agarró la mano de Julia y la apretó con tal fuerza que la dejó sin aliento. ¿Cómo era posible que su hermana tuviera esa fuerza? Julia experimentó con Cecelia las oleadas de contracciones durante los siguientes veinte minutos, sintiendo la enormidad de crear y conocer a un nuevo ser humano. Le limpió el sudor de la frente a la parturienta con un paño y dejó que le estrujara la mano. Estaba segura de que Rose se equivocaba al darle la espalda a aquello, a su propia hija, a la llegada de su primer nieto. Se prometió que ella jamás sería tan terca.

—Tengo como ganas de hacer caca —dijo Cecelia en un fuerte susurro.

—Eso significa que ha llegado el momento de empujar —comentó desde la esquina la enfermera con aire aburrido. Julia ni siquiera había advertido su presencia—. Voy a por el médico.

La niña llegó sonrojada, arrugada, chillando con tal furia que Julia y Cecelia suspiraron de alivio.

—Está aquí —dijo Cecelia, ya con su hija sobre el pecho.

La pequeña golpeaba con el puño la piel de su madre,

inspiraba deprisa, espiraba. Aquel ser humano recién nacido parecía estar concentrando todo su diminuto ser en el acto de vivir.

—Mírala —dijo Julia. Deseó que toda la gente que conocían estuviera allí. De hecho, deseaba que miles de personas estuvieran allí hacinadas, toda la humanidad, porque aquello era increíble.

—Isabella Rose Padavano —dijo Cecelia—. Te llamaremos Izzy. Bienvenida al mundo.

—Mamá no se va a poder resistir a ella. —Julia seguía mirando maravillada a la niña. Sus ojos perfectos, su diminuta naricilla perfecta, su boca rosa perfecta—. Es irresistible.

Esa misma noche, después de que Julia y sus hermanas se marcharan del hospital, llegó Charlie. La señora Ceccione debía de haberle contado la noticia.

Cuando apareció en la puerta de la habitación, no mencionó los anteriores cinco meses ni el enfado de Rose ni el hecho de que jamás hubiera recorrido los veinticuatro pasos que lo separaban de la casa de la señora Ceccione para visitar a su hija. Se limitó a mirar a Cecelia y a la niña un largo rato. Luego sonrió con afecto, como si un sol hubiera amanecido en su interior.

—Hola, preciosa. —Y con estas palabras, Cecelia supo que estaba perdonada, y también lo perdonó a él.

Charlie le dio un beso en la mejilla y se sentó junto a la cama con la niña en los brazos. Izzy miró fijamente a su abuelo con ojos oscuros, serios y brillantes.

—Apenas ha oído hablar de momento. ¿La iniciamos con un encantamiento, con un poco de magia? —dijo él.

—Sí, por favor.

—«Y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también» —le recitó al oído mientras la estrechaba contra su pecho. Le cubrió de besos la suave mejilla. Parecía sobrio y derramaba todo su amor sobre su nieta, les contaría más tarde Cecelia a sus hermanas.

Luego Charlie se levantó, le tendió al bebé y besó a su hija

de nuevo.

—Gracias, cariño.

Llegó a la mitad del pasillo del hospital antes de caer al suelo. Una enfermera, detrás de la esquina, oyó y reconoció el sonido de un cuerpo humano desplomado. Llegó en menos de un minuto, pero el corazón de Charlie ya se había rendido. Ninguna de las máquinas o especialistas del hospital lograron reanimarlo.

Sylvie

Octubre de 1982 – marzo de 1983

Durante las tres sesiones del velatorio se formó una cola a la puerta de la funeraria. Dentro, Sylvie, junto a Rose, Julia y Emeline iban dando las gracias cada vez que un desconocido les decía lo maravilloso que había sido su padre. Una mujer contó que se había encontrado con él todos los días en la parada de autobús de Loomis durante años, porque ambos hacían trasbordo allí, y que la había tratado con más bondad que nadie en su vida. El señor Luis, que había dispuesto las flores en la boda de Julia y también para el velatorio y el funeral, comentó que Charlie lo había ayudado a negociar un alquiler barato para la floristería cuando llegó a Pilsen.

—Mi negocio no existiría de no ser por él —les aseguró—. Yo no creía en mí mismo, pero Charlie, que acababa de conocerme, sí creía en mí.

Por lo visto, también tenía la costumbre de ayudar a las jóvenes madres: varias mujeres dijeron que les había comprado leche en polvo cuando ellas no tenían dinero. La bibliotecaria en jefe Elaine se plantó ante Sylvie en el segundo velatorio y afirmó, con voz severa, que su padre había sido un caballero encantador y que una vez le había hecho un favor muy importante. Sylvie ignoraba que Charlie y la bibliotecaria en jefe Elaine, que era quince años mayor que sus padres, se conocieran, ni siquiera de vista. Unos cuantos amigos de francachela entraron en la funeraria bastante perjudicados y fueron objeto de las nerviosas miradas de las amigas de Rose. Acudieron también sus compañeros de trabajo en la fábrica de papel, todos con camisas blancas y corbatas negras, como si fuera un uniforme.

—Es imposible que ya no esté —comentó uno de los más jóvenes.

Sylvie estaba de acuerdo. Era imposible.

Muchos lloraban a ratos, derramaban lágrimas por Charlie, pero también por ellos mismos y su sufrimiento personal: un amor perdido antes de tiempo, un aborto, el constante dolor de cabeza por no tener dinero. Aprovechaban la ocasión en un entorno donde llorar era aceptable. El ritual era claro: primero se ponían a la cola pegados a la pared del fondo, se detenían ante el ataúd abierto y luego giraban a la izquierda para darle las condolencias a la familia. Llegados a ese punto, o salían de la sala o se iban hacia el centro, donde había sillas. Las Padavano no dieron ningún discurso en el velatorio, pero en cada sesión se ponía en pie alguien, algún hombre que pertenecía a otra parte de la vida de Charlie, y hablaba de él con la voz ahogada.

Sylvie ni se acercó al féretro. Había avistado a su padre nada más llegar: inmóvil, ceroso, ausente. No quería ver de cerca aquel cuerpo vacío. Se quedó clavada en el sitio, como encerrada en una celda. Oía su propia voz dando las gracias o expresando cualquier frase pertinente. Se veía las manos estrechando otras manos. Cuando las mujeres insistían en darle un beso, les acercaba la mejilla. En un momento dado, William acercó una silla para su mujer embarazada, pero fue Rose quien se sentó, aunque llevaba toda la noche rechazando las sillas que le ofrecían.

La señora Ceccione entraba y salía sin acercarse a las Padavano. Evitaba a Rose desde que Cecelia se había ido a vivir con ella, pero sin duda le preocupaba ir al infierno si no mostraba sus respetos a los muertos. Desfilaban también parientes y primos a los que Sylvie solo había visto unas cuantas veces porque fulanito no soportaba a menganito.

—Esa mujer —susurró Rose con enfado al menos una vez por velatorio, pero Sylvie ni siquiera sabía a quién se refería. Toda una infraestructura de rencillas y rencores daba forma a las familias de Charlie y Rose y las mantenían apartadas. Cuando las hermanas Padavano pensaban en la familia, solo incluían a las seis personas que vivían bajo su techo. Tíos,

abuelos y primos siempre se habían considerado enemigos reales o potenciales.

Sylvie veía la marea de gente que entraba y salía de la habitación como olas de teatral sufrimiento, pero era sobre todo consciente de una ausencia: Cecelia con su hija.

Esa misma tarde las dos habían salido del hospital. El plan original, diseñado en su mayor parte por Julia, consistía en que Cecelia fuera directa a casa de Rose, donde el bebé haría las veces de ofrenda de paz. Pero el plan se evaporó con la muerte de Charlie. Fue Sylvie la que contestó al teléfono de la cocina cuando Cecelia llamó del hospital, llorando de tal manera que al principio fue imposible saber quién era. Rose recibió la noticia como si le hubiera caído un rayo. Su cuerpo se tensó, luego se destensó y se desplomó en el suelo. Sylvie se arrodilló junto a ella. Emeline corrió al hospital para estar con Cecelia, aunque todavía le resonaba en los oídos la terrible frase «Papá está muerto». Julia, que todavía no sabía nada, iba tan tranquila en el autobús hacia Northwestern.

—¿Ella fue la última en verlo? ¿Estaba con ella? —Fueron las primeras palabras de Rose, las pronunció en un tono raro.

Sylvie al principio no entendió:

—¿Con Cecelia?

—Con ella —repitió Rose con aquella extraña voz.

—Murió en el pasillo. —Pero Sylvie supo entonces que la puerta a la reconciliación con Cecelia y la hermosa recién nacida se había cerrado. Esa muerte y la traición que Rose veía en ella habían acabado con cualquier posibilidad de reencuentro. Sylvie se quedó en el suelo, pero se apartó de su madre. Charlie siempre quiso dulcificar a Rose, insistía en que no fuera tan dura. Sin duda, también llegó a pensar que el bebé lo arreglaría todo. Sylvie deseó haber hablado con su padre de ello, haberlo incluido en el plan de sus hermanas. Así tal vez no habría ido a ver a Cecelia al hospital. Tal vez aquello no habría ocurrido.

Aun así, le dijo a su madre:

—No tiene nada que ver con Cecelia. Le falló el corazón.

—Conmigo no —replicó Rose—. Conmigo no le habría pasado.

Detrás de ellas estaba la butaca favorita de Charlie. La butaca desde donde hablaba en verso y se tomaba sus copas y les decía a sus hijas cuánto las quería. A Sylvie nunca le había importado que trajera más o menos dinero a casa o si bebía demasiado. Tenía con él una relación especial y, durante toda su vida, se habían estado intercambiando libros. De pequeña, ya se había fijado en que su padre nunca salía al jardín, de manera que ella también dejó de salir. Aquel temprano impulso de seguir a su padre, de imitarlo, había elevado un muro entre Rose y ella.

El funeral se celebró cinco días después de la muerte. Se presentó tanta gente en St. Procopius que no cabían todos en la gran iglesia. Rose llevaba un vestido negro con un paño de encaje negro sujeto al pelo. Se sentó en la primera fila, flanqueada por Sylvie y Julia. Junto a esta, William, con el traje negro de su boda. Al otro lado de Sylvie, Emeline se retorcía en el asiento para ver si su gemela entraba en la iglesia, pues sin duda Cecelia no se perdería aquello. Sylvie le buscó la mirada a su hermana pequeña para preguntarle: «¿La ves?». Emeline negó con la cabeza.

Sudando bajo su grueso vestido y las medias, Sylvie recordó la última vez que estuvo a solas con su padre, un mes atrás. Una noche, después de la cena, Rose los mandó al supermercado a por un pedido grande que había encargado. Como todavía no estaba listo, se quedaron esperando en los escalones traseros de la tienda. La señora DiPietro le dio un vasito de cerveza a Charlie, que se quedó mirando el agreste jardincito que tenía delante.

—No se puede ni comparar con el de tu madre —comentó.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Sylvie se sostenía el pelo sobre la cabeza para que le llegara algo de aire al cuello. El sol ya se ponía, pero había sido un día de septiembre excepcionalmente caluroso—. Si tú nunca sales al jardín.

Charlie esbozó una sonrisilla.

—Doy por sentada su grandeza.

Su padre parecía cansado y Sylvie pensó entonces que igual estaba durmiendo mal. Pero lo más probable es que el corazón ya le empezaba a fallar; ya le fallaba aquel día en los

escalones, con la cerveza en la mano. Y tal vez él lo notaba, porque dijo:

—Cariño, ya sé que te saltaste un montón de clases en el instituto.

Sylvie lo miró sorprendida.

—¿Sí?

—Butch era un viejo amigo, de manera que le pedí que hiciera la vista gorda todo el tiempo posible y que luego te pusiera un castigo leve.

Butch McGuire había sido el director del instituto de Sylvie. Tras más de un año viendo que faltaba a Matemáticas y Química más veces de las que iba, le impuso el castigo de repintar la pared trasera del colegio. Cecelia la ayudó, siempre estaba encantada de tener un pincel en la mano. Emeline les llevaba aperitivos. Sylvie siempre creyó que sus padres no sabían nada ni de sus faltas ni de su penitencia.

—¿Por qué? —preguntó, pero lo que quería decir era: «¿Por qué hiciste eso y por qué me lo cuentas ahora?».

—¿Qué hacías cuando te saltabas las clases?

—Leer. —Sylvie meneó la mano—. Las clases eran una pérdida de tiempo. Si algo no me interesa, no puedo aprenderlo. —Lo cierto era que se iba a leer a un parque que había cerca del colegio y guardaba las novelas en el hueco de un anciano roble al que consideraba un amigo. Sylvie no les contó nada a sus hermanas, porque Julia se pondría furiosa e insistiría en que volviera a clase y porque no quería que las gemelas creyeran que estaba bien lo que hacía. Tal vez fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba eligiendo un camino distinto al de Julia. Ella leía novelas que escondía en un árbol, al cual le contaba sus pensamientos y preocupaciones, mientras Julia iba saltando cada obstáculo académico que le ponían por delante.

Charlie asintió con la cabeza.

—Eres demasiado joven para entender de verdad que la vida es corta, pero es así. No quería impedir que te alejaras de algo que no importaba para acercarte a algo importante. Tú y yo estamos cortados por el mismo patrón, chiquita. Ninguno esperaríamos que la escuela o el trabajo nos llene. Miramos por

la ventana o en nuestro interior para buscar algo más. —Charlie se la quedó mirando—. Tú sabes que eres más que la ayudante de una bibliotecaria y una estudiante universitaria, ¿verdad? Tú eres Sylvie Padavano. —Pronunció el nombre con deleite, como si fuera una exploradora famosa o una guerrera—. Porque sabes que es posible algo más, sabes que no tiene sentido seguir una norma estúpida o hacer acto de presencia en una clase aburrida. La mayoría de la gente eso no lo ve, así que hace lo que le dicen. Y, claro, así se vuelven aburridos y amargados, pero se creen que es la condición humana. Tú y yo tenemos la suerte de ver que no tiene por qué ser así.

La verdad que contenían aquellas palabras le provocó un escalofrío en la espalda.

—Menudo discurso te estoy soltando, ¿eh? —sonrió Charlie—. Pues qué se le va a hacer. Nuestros propios límites no nos separan del mundo. —Entonces dejó el vaso vacío de cerveza y se frotó el brazo de arriba abajo, como si pusiera un ejemplo de uno de sus límites—. Formamos parte del cielo y de las piedras del jardín de tu madre y del viejo que duerme junto a la estación. Todos estamos conectados. Cuando lo veas, entenderás lo hermosa que es la vida. Ni tu madre ni tus hermanas tienen esa conciencia. Al menos no todavía. Creen que están contenidas en sus cuerpos, en los hechos biográficos de sus vidas.

Sylvie sintió que su padre le había mostrado una parte de sí misma cuya existencia ignoraba hasta entonces.

—«No estamos contenidos entre nuestros sombreros y nuestras botas» —replicó, parafraseando al poeta favorito de su padre, que se mostró encantado.

Entonces, la señora DiPietro salió con sus bolsas y padre e hija volvieron andando a casa. Se rozaban con los brazos, las moléculas danzaban entre ellos y las estrellas se encendían como diminutas bombillas en el cielo nocturno.

Cuando después recordara ese momento, en el funeral o más tarde durante el transcurso de su vida, siempre se alegraría enormemente de haberlo vivido.

El cura hablaba de Charlie. Intentaba hacer que su trabajo en la fábrica pareciera interesante, fingía que Charlie había

sido el cabeza de familia cuando sabía muy bien que era Rose la que tomaba todas las decisiones. A Sylvie le dolió que tanto el sacerdote como todos los presentes definieran a Charlie mediante sus datos biográficos cuando él había sido mucho más que eso, había sido inmenso y hermoso. Había estado más presente al regalar leche en polvo a una joven madre que en cualquier tarea de la fábrica de papel. Charlie era sus actos de bondad, su amor por sus hijas y los veinte minutos que había pasado con Sylvie detrás de la tienda aquella tarde.

La conversación la había ayudado a comprenderse de otra manera. Supo que buscaba terceras puertas porque era como su padre. Julia quería coleccionar etiquetas como «estudiante modelo», «novia», «esposa», pero Sylvie se alejaba de esos encasillamientos. Ella quería ser honesta consigo misma en cada palabra que pronunciara, en cada uno de sus actos, en todas sus creencias. Besar a los chicos en la biblioteca durante noventa segundos era algo que no tenía etiqueta y, en parte, por eso la hacía feliz e incomodaba a Julia. Sylvie seguiría faltando a clases aburridas para leer en los parques. No se conformaría con menos que un amor verdadero, por más que todas sus hermanas suspirasen cuando les contó que Ernie le había pedido una cita y ella lo había rechazado. Esperaría, para siempre si era necesario, a un hombre que la viera en toda su expansión, como la había visto su padre. Sylvie se removió en el banco, los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Agobiada, acalorada y pegajosa, llena de las lágrimas que todavía no había derramado. Sabía, lo notaba en el cuerpo, en los huesos, en las células, que su padre ya no estaba. Había muerto y no quedaba nadie que la conociera de verdad. Julia, Emeline y Cecelia veían cada una a una Sylvie distinta: con Emeline era dulce, en respuesta a su dulzura; con Julia, juguetona, porque disfrutaban retándose la una a la otra; y con Cecelia, curiosa, porque su hermana artista hablaba y pensaba de manera diferente a cualquier otra persona que conociera.

Miró a su alrededor: las cabezas gachas, el rostro pétreo de su madre, sus hermanas llorosas y sudorosas, y supo que iban a tener problemas. Charlie las había visto y amado a cada una de ellas por quienes eran. Cuando cualquiera de sus chicas

aparecía, incluida Rose, siempre les había dado la misma bienvenida: «¡Hola, preciosa!», un saludo tan estupendo que daban ganas de salir de la habitación para volver a entrar. Se había deleitado en la ambición de Julia y la había apodado su «cohete». Llevaba a Cecelia al museo de arte los sábados por la mañana. Mantenía junto con Emeline un inventario de los niños del barrio porque le encantaba verla entusiasmarse cuando hablaba de los gustos de alguno o las razones concretas por las que otro era especial. Sylvie y sus hermanas se habían conocido bajo la mirada de su padre. Y esa mirada había desaparecido, los lazos que con tanta fuerza unían a su familia se habían aflojado. Lo que antes no requería esfuerzo, desde entonces lo exigiría. Lo que había sido para todas un hogar, era ahora solo la casa de Rose. Emeline ya dormía donde la señora Ceccione, en el suelo de la habitación de Cecelia para ayudarla con la niña. Julia estaba casada. Y Sylvie supo en ese momento que ella también tendría que marcharse.

Volvió a casa con Rose después del funeral. Tenía pensado hablar con su madre del tema de su partida, pero aquel no era el momento. Debería quedar para otro día, cuando hubiera pasado algún tiempo. ¿Tal vez al cabo de un mes? Pero Rose no la miró ni dijo palabra en todo el camino. Se metió directamente en su habitación y se puso la ropa de jardinería. Cuando salió al jardín, pasó junto a Sylvie apartando la cara.

—¿Puedo hacer algo por ti, mamá? ¿Qué te apetece cenar?

Su madre se detuvo.

—Todas tus hermanas me han abandonado —dijo con un hilo de voz—. Todos se han ido.

—Yo estoy aquí.

Pero su madre no dio señales de haberla oído y Sylvie pensó que tal vez no estaba allí en realidad. Su certeza vaciló y con ella su conciencia de sí misma. Tuvo la sensación de estar desvaneciéndose dentro del vestido y sus medias negras. Bajo la mirada de Charlie, Sylvie era muy sólida. En ese momento, frente a su madre, se tornaba en algo poroso que desaparecía.

—Deberías irte con alguna de tus hermanas. Me gustaría estar sola. —Y con esto, Rose abrió la puerta y salió al jardín.

La joven se quedó inmóvil un momento en la casa vacía,

esforzándose por coger aire, pues sentía que los pulmones se le habían agarrotado. La segunda hija de Rose no era suficiente y nunca lo sería. Cuando por fin logró respirar con normalidad, se fue a su habitación a recoger sus pertenencias.

Esa noche durmió en el sofá de William y Julia. Llevaba la ropa en unas bolsas de papel del supermercado. Le sorprendió lo poco que poseía. La habitación que Julia y ella habían compartido toda su vida era tan diminuta que nunca hubo sitio para nada más que sus camas y una cómoda. Nunca había comprado libros, gracias a la biblioteca. Esa noche, tumbada en el sofá en camisón, bajo una áspera manta, con las bolsas de papel bien alineadas ante su vista, se sintió trabada en una red de dolor. Su padre había muerto y su madre la había echado. «Mi alma gemela me salvará —pensó—. Él me verá y yo me sentiré más sólida.» Pero aquello la sumió de nuevo en la tristeza porque, si alguna vez encontraba a ese hombre, él jamás conocería a su padre. Sylvie se quedó casi toda la noche mirando el techo. Notaba las lágrimas en su interior, pero no parecían encontrar el camino de salida. Todavía no había llorado.

Al día siguiente, en la biblioteca, colgó un anuncio en el enorme tablón público: «¿Necesita que cuiden de su casa o de su mascota? ¿Necesita a alguien que le riegue las plantas cuando está de vacaciones? Hago tareas caseras a cambio de cama. Por favor, diríjase a la ayudante de bibliotecaria, Sylvie, en el mostrador central».

Pero nadie se acercó a ella. Ni siquiera los chicos, justo cuando le hubiera encantado que la besaran o la abrazaran, aunque fuera un momento. Ernie y Miles habían asistido al velatorio, pero evitaron mirarla. Sylvie no los había avisado, pero alguien había colgado el anuncio de la defunción y la misa de funeral en el tablón de la biblioteca. Todos los que se cruzaban con ella parecían darse cuenta de que llevaba la muerte encima y la esquivaban. Una o dos veces incluso se olió la ropa para asegurarse de no que no estaba emitiendo un terrible hedor. Empujaba el carrito entre los estantes, estudiaba las asignaturas de la universidad cuando no estaba de turno y luego dormía en el sofá de William y Julia.

—¿Le has dicho a mamá que te vas a quedar aquí una temporada? —le preguntó su hermana.

Sylvie negó con la cabeza.

—Para ella es un alivio no tenerme allí.

—Pero está muy sola. No ha vivido nunca sola.

—Tú has ido a verla esta tarde.

Julia alzó la mano para asegurarse de que seguía teniendo el pelo en su sitio.

—Creo que se pasa todo el santo día en el jardín. Todos los días. Apenas habló cuando estuve allí. Ya sé que está de duelo, pero…

—Mamá no me quiere allí —replicó Sylvie con certeza.

Al día siguiente, en la biblioteca, vio pasar a su madre a través los ventanales. Seguía vestida de negro, aunque ya no llevaba el paño de encaje en la cabeza. Caminaba despacio, erguida. No miró hacia la biblioteca, aun sabiendo que su hija casi siempre estaba allí. Sylvie tampoco salió corriendo para hablar con ella. Se quedó paralizada detrás del mostrador, mirando a su madre al otro lado de los cristales hasta que desapareció.

Julia adquirió la costumbre de tumbarse en el sofá con Sylvie en mitad de la noche. Todavía no se le notaba el embarazo, pero ya necesitaba sujetadores más grandes y abultaba más—, así que Sylvie tenía que ponerse de costado, tan al borde que se abrazaba a ella para no caerse. La noche palpitaba a su alrededor y Sylvie agradecía estar pegada a su hermana. Era ya finales de noviembre, varias semanas después de la muerte de su padre.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Julia.

Si cerraban los ojos, Sylvie podía fingir que estaban en sus camas, en la habitación de su infancia. Al fin y al cabo, habían charlado en la oscuridad desde que tenían memoria.

—Vas a tener un hijo. Yo voy a merecer pronto un aumento de sueldo y me buscaré mi propia casa.

Sylvie había cambiado los estudios de Literatura Inglesa por los de Biblioteconomía porque sabía que la bibliotecaria en jefe

Elaine necesitaba una nueva encargada y la contrataría a ella si tenía las cualificaciones necesarias. Miraba todos los días los anuncios de alquiler de pisos en el periódico, segura de que con su nuevo trabajo podría pagarse un pequeño estudio.

—Me siento Beth —dijo Julia.

Sylvie la abrazó con más fuerza. En toda su vida, solo Sylvie, Emeline y Cecelia se habían identificado con Beth. Julia, nunca. Cuando estaba enferma, con una gripe o un constipado, bebía zumo de naranja, tomaba pastillas de zinc y comía ensaladas para coger fuerzas y curarse sola. La enfermedad o el desengaño eran tan solo obstáculos que superar. Julia no mencionaba el verbo «rendirse» ni en broma.

Pero desde la muerte de Charlie, había pánico en su mirada. Y Sylvie, que la entendía muy bien, sabía que su hermana no solo lloraba a su padre, sino que le costaba aceptar el hecho de que hubiera muerto. Era algo que no tenía planeado y ese shock amenazaba toda su visión del mundo. Al fin y al cabo, la ausencia de su padre era algo irreparable.

—Ya nos las apañaremos. Se te ocurrirá otro plan. Siempre se te ocurren. Lo que pasa es que es difícil ahora que estás embarazada. Date un poco de tiempo.

—¿Me equivoqué al intentar arreglarlo todo? —Julia puso la mano de Sylvie sobre su vientre. En los últimos días, habían comenzado a notarse los movimientos del bebé.

Sylvie guardó silencio porque cuando el niño se movía la sensación era muy delicada, imposible de captar a menos que una estuviera quieta. Se le ocurrió la idea de que el pequeño abultamiento de Julia era como un tambor, pero con la percusión dentro del instrumento. Notó algo y se emocionó: un burbujeo, tal vez el gesto de una mano diminuta.

—No —contestó al fin—. No te equivocabas.

Había momentos de silencio, cuando una u otra se adormecían. Solo una vez habían dormido las dos como troncos y por la mañana William las había encontrado acurrucadas. Por lo general solo dormitaban. Sylvie se aferraba a su hermana en parte porque de noche se sentía a la deriva, como engullida por el cielo, su manta y las bolsas de papel que contenían su ropa. En la oscuridad faltaba Charlie y Rose

miraba ceñuda en su dirección con una rabia que Sylvie no entendía, pero que aun así le tensaba todo el cuerpo con una sensación de culpa.

Sabía que Cecelia lloraba con cada logro de Izzy porque había perdido tanto a su padre como a su madre, así como el mundo en el que su hijita tenía que haber crecido. Rose, sumida en un silencio brutal, a dos casas de distancia de su hija y de su nieta, se hundía más y más en su tozudo dolor. La última vez que Julia fue a verla, Rose la echó.

Sylvie estaba casi dormida cuando su hermana dijo:

—Después del funeral, William pidió una excedencia para el resto del semestre. Contó en el departamento que necesitaba pasar tiempo conmigo porque mi padre había muerto.

—Un detalle por su parte.

—Pero nos hace falta el dinero. Yo contaba con él y no me lo consultó. De todas formas, preferiría que siguiera dando clases porque si no va a causar una primera impresión terrible. Los profesores van a pensar que es un vago o un blandengue. —Julia pronunció la palabra «blandengue» como si fuera el peor insulto que se le pudiera ocurrir.

Sylvie se quedó pensando. Su cuñado cojeaba por la casa y le sonreía para hacerle saber que no le importaba tenerla allí, cuando por fuerza tenía que importarle. No se sentía en posición de criticarlo.

—Pero ¿tú le has dicho algo?

—Es demasiado tarde para cambiar nada. ¿Me harías un favor?

Aquello no necesitaba respuesta, de manera que Sylvie se limitó a esperar.

—¿Leerías su libro? Él dice que solo es un proyecto. Yo le insistí hasta que por fin me dejó leerlo y la verdad es que no sé qué pensar. Pero para nada. —Julia miró a Sylvie con los ojos muy abiertos—. He estado evitando hablar con él porque no sé qué decir. Tú eres aquí la lectora… Sabrás de qué va la cosa. Y a lo mejor ves si tiene potencial, ¿no? A lo mejor le puede ayudar a encontrar un trabajo cuando se gradúe, ¿verdad?

Tanto signo de interrogación era algo muy inusual viniendo de Julia. «Estamos todas desquiciadas —pensó Sylvie—. ¿Hasta

cuándo puede durar esto?»

—Pues claro. Mañana mismo lo leeré en la biblioteca. O igual hoy, dependiendo de qué hora sea.

Julia le dio un beso en la mejilla.

—Muchísimas gracias. A él no le puedes decir nada, por supuesto.

Sylvie trató de ver el reloj en la oscuridad, una burbuja de pánico aumentaba en su interior. ¿Qué hora era? ¿Faltaría poco para el amanecer? Con la falta de sueño, los días arrastraban el tinte emocional de las noches y sus estrepitosas derrotas.

Comenzó a leer en la mesa de la biblioteca antes de su turno, siguió mientras se tomaba un sándwich en el almuerzo y volvió a leer en el autobús de camino a sus clases. Lo que Julia le había dado era un verdadero caos: unas doscientas páginas escritas a máquina, unidas por una banda de goma dentro de una bolsa de papel. La primera impresión era que se trataba, en efecto, de un proyecto en construcción. Algunos capítulos terminaban en mitad de un párrafo. Las frases estaban intercaladas de interrogaciones que William tendría que responder en algún momento. Había notas a pie de página llenas de sugerencias, ideas y cuestiones sobre la dirección en la que podría encaminarse el material.

Se trataba de un libro sobre la historia del baloncesto y comenzaba en 1891 en Massachusetts, cuando el profesor James Naismith inventó el juego —utilizando cestas de melocotones como canastas— para mantener en forma a los corredores durante el helador invierno, fuera de temporada. El libro danzaba de un lado a otro siguiendo lo que parecían los caprichos de William, pero aun así era cronológico aunque tosco. Cubría la primera liga de 1898, las trece reglas del profesor Naismith y el hecho de que hasta 1950 todos los jugadores y entrenadores de los partidos oficiales fueran blancos. Cuando la narrativa se interrumpió, William se encontraba a media explicación de la batalla entre la Asociación Americana de Baloncesto y la Asociación Nacional

de Baloncesto de los años setenta, cuando las dos ligas luchaban por estrellas como Dr. J y Spencer Haywood. Varios partidos específicos se intercalaban en la historia: uno en Filadelfia, en el que Bill Russell se enfrentó al gigante Wilt Chamberlain; otro de la liga universitaria de 1959, en el que Oscar Robertson se apuntó 45 tantos, 23 rebotes y 10 asistencias… El manuscrito terminaba en mitad del quinto partido de las finales de 1976, entre los Boston Celtics y los Phoenix Suns. Hubo que jugar tres prórrogas y fue la final más larga de la historia.

La escritura de William era sólida y limpia, no se podía poner ningún pero. No obstante, a Sylvie le resultaba difícil interesarse por la narrativa principal; lo que la fascinaba eran las notas a pie de página y las interrogaciones incrustadas. Los pies de página parecían una conversación que William mantuviera consigo mismo. Escribía cosas como:

¿Por qué me interesan tanto las lesiones de Bill Walton?

¿Escribo solo para llegar al tiempo presente? ¿Es eso suficiente?

¿Cómo podía mi padre, y tantos otros en Boston, odiar tanto a Russell? Ni siquiera soporto escribir sobre lo que pasó allí, en su casa.

¿Qué ciencia explica que esos hombres fueran tan altos cuando sus padres son a menudo bajitos?

Este proyecto no sigue ningún hilo.

Esto es terrible. Yo soy terrible.

Varias veces escribió:

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué hago esto? ¿Quién soy?

Y, hacia el final del inacabado escrito, una nota a pie de página rezaba:

Debería haber sido yo, no ella.

Sylvie releyó las notas. Eran como la clave para descifrar una historia distinta, no la historia del baloncesto a la que iban unidas. ¿Qué significaba «Debería haber sido yo, no ella»? Aquella declaración no podía estar relacionada con el

baloncesto, ¿no? ¿Quién era «ella»? ¿Julia?

La ansiedad que transmitían las preguntas hizo que se estremeciera; el autobús traqueteaba bajo ella como en concordancia. Charlie le había dicho una vez: «Miramos por la ventana o en nuestro interior para buscar algo más». En aquellas notas, William buscaba en su interior, pero lo que se reflejaba era aprensión e inseguridad. «¿Quién soy?» Era como si no reconociera a la persona en el espejo o tal vez no veía a nadie. Sylvie recordó la última vez que estuvo frente a Rose, la sensación de estar desapareciendo. En realidad, y hasta cierto punto, se había sentido así a todas horas desde la muerte de su padre. Le preocupaba que hubiera sido la atención de su padre lo que la mantenía intacta, lo que la convertía en ella misma. Sintió una gran empatía hacia su cuñado. Ella se sentía así desde hacía tan solo un mes y era terrible. El tamaño del manuscrito y el esfuerzo que se apreciaba en sus páginas mostraban que William llevaba mucho tiempo sufriendo esa sensación.

Cuando terminó de leer iba en el autobús, de vuelta a casa de Julia después de sus clases nocturnas. Metió el manuscrito en la bolsa de papel y miró por la ventana, que le devolvió su reflejo. Vio la silueta del rostro de William sobre el suyo propio. A Sylvie siempre le había caído bien su cuñado, se sentía cómoda en su presencia y compartían alguna que otra sonrisa cuando Julia hablaba con sus muchas exclamaciones. Emeline, el barómetro del ánimo de todos, siempre había dicho que William era un chico sensible. Pero pertenecía a Julia, de manera que jamás lo había considerado más que el hombre que su hermana había elegido. Entonces se planteó por primera vez que tal vez Julia había cometido un error. El escritor de aquellas páginas abundaba en las cualidades menos favoritas de su hermana: indecisión, inseguridad, tristeza. Julia, en cambio, era como el jugador de béisbol estrella que vivía en el *home plate,* apartando cualquier inseguridad a golpe de bate. Solo cabía una explicación: o no sabía que todo aquello habitaba dentro de su esposo o no lo había sabido hasta que también había leído aquellas páginas.

De pronto, Sylvie notó con especial intensidad el asiento del

autobús. Sus células hormigueaban como si acabaran de despertarse. Sentía el peso del manuscrito en el regazo, el nublado cristal de la ventana, el posible error de Julia, el cansancio de haber pasado semanas durmiendo mal en un sofá ajeno, la ausencia de su padre. Sentía también que algo se movía en su interior, pero antes de que pudiera adivinar qué era, se echó a llorar. Se esforzó por no hacer ruido para no llamar la atención en un autobús medio lleno, pero las lágrimas saladas le surcaban las mejillas y empapaban el abrigo.

Llegó a la casa ya tarde; su hermana y William ya se habían acostado. Se lavó los dientes, se puso el camisón y se desplomó en el sofá. Los interrogantes de William reaparecieron en la oscuridad y la calaron, eran como alfilerazos que se le clavaban en la piel exigiendo respuestas.

«¿Qué estoy haciendo? Estoy tumbada en un sofá en casa de mi hermana.»

«¿Por qué hago esto? Porque mi padre ha muerto y él era mi hogar.»

«¿Quién soy? Sylvie Padavano.» Oyó su nombre con la voz de Charlie, como si lo pronunciara con placer, y sonrió.

Con esta última pregunta y la respuesta, supo por primera vez por qué su madre siempre la había mirado mal a ella y no a sus hermanas. Rose reconocía en Sylvie lo que siempre le había molestado de su marido. «Aj, Whitman», exclamaba asqueada cuando Charlie recitaba sus versos. No porque a Rose le importara Walt Whitman, sino porque culpaba a la poesía de la mediocridad de Charlie. La poesía era la razón de su bajo sueldo; la razón por la que en lugar de molestarse si se rompía el horno, la sacaba a rastras para admirar una luna llena; la razón de que no le importara lo que la gente pensara de él y, aun así, cientos de personas habían acudido a su funeral. Sylvie estaba rematada con el mismo material, de manera que cuando Rose miraba a su hija, lo que veía era el fracaso de su propio matrimonio y su fracaso personal al no haber podido hacer de Charlie lo que ella quería. Pensó en Julia, que tanto se parecía a Rose. Cualquier atisbo de incertidumbre que captara en las vacilantes frases de William, sería también

motivo de desprecio.

Con los ojos cerrados, Sylvie se colocó en la amplia expansión de la inseguridad de su cuñado. Parecía uno de los brumosos páramos de las novelas victorianas que tanto disfrutaban sus hermanas y ella. En aquel abrupto terreno, con los pulmones llenos de aire pantanoso, se sentía como en casa. Desde la muerte de Charlie, le parecía derramarse fuera de sus límites e intentaba en vano recomponerse con torpeza. Sus hermanas y su madre estaban a salvo, con sus aspiraciones y sus rutinas, pero ella era todo dolor y pérdida. William tampoco estaba a salvo y sus interrogantes le hacían compañía. Tanto ella como su cuñado batallaban por habitar su propia piel, un objetivo que casi a cualquiera le hubiera sonado absurdo.

Cuando Julia apareció, Sylvie le hizo sitio y la abrazó con más fuerza de lo habitual.

—¿Estás bien? —susurró Julia.

Sylvie meneó la cabeza y enterró la cara en el cuello de su hermana. Notaba el aleteo del bebé dentro de ella y luego en su propio vientre plano. Necesitaba aquel abrazo y, además, quería hacer tiempo antes de la pregunta que no tardó en oír.

—¿Es bueno el manuscrito?

Sylvie intentó responder lo mejor que podía:

—Sí y no.

—¿Le ayudará a conseguir una cátedra?

—No.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué es?

—No lo sé. Nunca había leído nada parecido.

Rose convocó una reunión familiar un sábado, cuando Julia estaba embarazada de ocho meses e Izzy tenía ya cuatro.

—¿Una reunión familiar? ¿Incluida Cecelia? —preguntó Julia cuando visitó a su madre en el jardín. («Su atuendo es ahora todavía peor —le contaría a Sylvie esa noche—. Lleva el pijama de papá debajo de la equipación de béisbol.»)

—Pues claro que no —replicó Rose—. William, Sylvie, Emeline y tú.

Los convocados acudieron a la casa a las cuatro en punto el día designado. Las tres hermanas se detuvieron ante la puerta y miraron calle abajo hacia la casa de la señora Ceccione. Ninguna de ellas le había hablado a Cecelia de la reunión, pues no soportaban decirle que la habían excluido, pero por supuesto que ella lo sabía. Sylvie le había conseguido un trabajo de media jornada en la biblioteca y sus turnos a menudo se solapaban. Emeline dormía en un camastro en la habitación de Cecelia y Julia llamaba todos los días para ver cómo estaban ellas y la niña. Cecelia, como todas, oía lo que sus hermanas decían y también lo que no decían. Aquella reunión se había omitido de una forma muy clara, esa hora estaba borrada del calendario compartido, que bien podría ser lo único que Cecelia sabía con certeza.

Rose ya estaba en su puesto a la mesa del comedor cuando entraron. Su rostro parecía más delgado. Llevaba un desvaído vestido viejo.

—Tengo que vender la casa —anunció cuando se sentaron a su alrededor—. Ya no me la puedo permitir. —Hizo un vago gesto con la mano, señalando las paredes, las habitaciones y la historia que las rodeaban—. Y tampoco necesito algo tan grande.

Sylvie se echó atrás en su silla. Jamás se le había ocurrido que pudieran vender aquella casa. Cuando sus padres se casaron, Charlie consiguió comprar la casa a precio de ganga —probablemente mediante una apuesta en un bar, aunque eso jamás quedó claro—, durante un periodo de tensiones raciales en Chicago, cuando muchos blancos huían de la ciudad. Aquel negocio había sido tal vez el mayor logro de la vida de Charlie, a ojos de Rose.

Las hermanas de Sylvie parecieron tan conmocionadas como ella: Julia se había quedado blanca y Emeline parpadeaba más de lo normal, como hacía siempre que tenía miedo o se sorprendía.

—Yo creía que la casa era vuestra —dijo por fin Julia—. Papá siempre presumía de que no teníais hipoteca.

Rose frunció el entrecejo.

—Tuve que firmar una hipoteca hace unos diez años para

poder alimentaros y vestiros, niñas.

Guardaron silencio mientras asimilaban estas palabras. Las santas de las paredes las miraban. Había un hueco en blanco donde había estado la imagen enmarcada de santa Clara de Asís, que, como todas sabían, vivía entonces bajo la cama de Cecelia, calle abajo.

—No puedes abandonar tu jardín —dijo Emeline. Julia, William y Sylvie asintieron con alivio. Aquello era verdad. ¿Qué era Rose sin su jardín? La existencia de Rose siempre había transcurrido en el jardín, como si sus raíces se hundieran en la tierra junto a las de las hierbas aromáticas, las lechugas y las berenjenas.

—Demasiado trabajo. Estoy acabada. Esta casa está acabada. Todas os habéis marchado.

No miró a Sylvie al decirlo, pero esta sintió en el pecho el dardo que su madre le lanzaba. «Dijiste que querías estar sola —pensó—. Hice lo que me pediste.»

—Me voy a Florida —anunció Rose—. A un apartamento en la playa. Conozco a unas cuantas señoras que viven en ese barrio y me van a echar una mano. Con la venta de esta casa, estaré bien.

—¿Florida? —Era la primera palabra que pronunciaba William desde que se habían sentado—. No puedes hacer eso.

Rose le clavó la mirada.

—Tus hijas te necesitan. —William tomó aire—. Mamá. Todos te necesitamos.

—Yo estoy a punto de tener al bebé —añadió Julia—. Tienes que esperar, por favor.

El aire de la habitación era extraño: pesado, pero como a punto de moverse, como en el umbral de una tormenta. Las chicas Padavano se agitaron en sus sillas. Todas sentían a Cecelia dos casas más abajo, abrazada a su hija como a un salvavidas, tratando de escuchar unas palabras que no podía oír.

—Quería decíroslo en persona —concluyó Rose.

«¿Dónde estás? —pensó Sylvie—. ¿Estás ya en Florida?» Se acordó de Charlie en el ataúd: acartonado, ausente. Esto era casi peor. Su madre estaba ante ellos, la sangre palpitaba en su

cuerpo, pero también se había marchado, tal vez desde el día del funeral. O cuando recibió la noticia de la muerte de su esposo y cayó al suelo. ¿O llevaba años queriendo estar en otra parte y en ese momento veía la ocasión de liberarse?

—Todas echamos de menos a papá —intervino Emeline—. Deberíamos estar juntas. He traído fotos de Izzy, mamá. Es preciosa.

Sacó las fotos de debajo de la mesa, pero el mero nombre de la niña hizo que Rose se levantara de golpe. Ya se alejaba cuando dijo:

—Coged lo que queráis del huerto al salir.

Tres de las cuatro chicas Padavano se quedaron aferradas a la mesa del comedor, como si se lo estuvieran arrebatando todo.

William

Noviembre de 1982 – marzo de 1983

William se aferró a la rutina. Desayunaba, luego hacía la compra o algún otro recado para la casa. Intentaba complacer a su esposa, compensar el terreno que había perdido por un error de cálculo. Pensó en principio que Julia apreciaría que pidiera una excedencia en el trabajo para el resto del semestre tras la muerte de Charlie. En el departamento fueron comprensivos: al fin y al cabo, tenían estudiantes de sobra para ocupar su puesto de profesor en el aula. Pero a Julia más bien le entró pánico cuando lo supo, pues no le gustaban las sorpresas, y William se dio cuenta de que se había equivocado. Julia necesitaba algo más que su amor y su atención; necesitaba que ganara dinero aunque, gracias a los regalos de boda, tuvieran suficientes ahorros para aguantar el resto del semestre. Su esposa tampoco sabía nada del cheque sin cobrar que ocultaba en el cajón de su cómoda. William no tenía intenciones de utilizarlo jamás, pero estaba ahí por si surgía alguna emergencia. Julia tampoco lo necesitaba en casa para hacerle compañía: Sylvie vivía con ellos y era a quien recurría cuando se ponía triste. William lo entendía, por supuesto, pero le horrorizaba haberse equivocado tanto en todos los frentes.

Después de fregar los platos del desayuno, preguntó si podía hacer algo más. Julia negó con la cabeza y le abrió la puerta para que se marchara. Por suerte, le dio un beso en la mejilla para despedirse, para hacerle saber que su decepción era temporal. William acudió a la biblioteca de Northwestern, donde estuvo estudiando para sus clases nocturnas. De camino a su cubículo de estudio favorito, solía pasar junto al anciano profesor de Historia en cuya clase había conocido a Julia. El

hombre no parecía reconocerlo, pero William no se lo tomaba a pecho. Sospechaba que era su último año de enseñanza: los ojos le lagrimeaban cuando hablaba y la nariz también le moqueaba. ¿Le importarían todavía las asignaturas que enseñaba? ¿Tendría alguna idea nueva sobre el pacto Molotov-Ribbentrop de 1939 o la toma de Berlín? ¿O no eran más que palabras que el hombre recitaba, como el texto de una obra de teatro?

Se tomó un descanso de los estudios a la hora de almorzar y se acercó al edificio de atletismo. Se sentó en las gradas descubiertas, con la cancha de baloncesto delante, y se tomó el almuerzo que llevaba preparado. A veces había una clase de gimnasia, con un despliegue de alumnos de todos los tamaños y estados de forma física haciendo ejercicio bajo las instrucciones de un profesor. En otras ocasiones, iban a entrenar algunos lanzadores del equipo. William conocía a todos los jugadores excepto a los de primer año y, de vez en cuando, después de terminarse el sándwich, se dejaba convencer para lanzar unos cuantos tiros desde la esquina. Sabía que su rodilla no soportaría pivotar o incluso correr de un punto a otro, de manera que se quedaba quieto y lanzaba un largo tiro tras otro mientras sus antiguos compañeros lo jaleaban encantados. Cuando la pelota siseaba a través de la red, se le relajaba respiración y era capaz de fingir que llevaba una vida que podía reconocer.

Con la pelota de baloncesto en la mano, podía olvidar que su suegro había muerto de golpe, que su cuñada dormía en su sofá y que cada vez que veía a su esposa se llevaba un sobresalto. El embarazo de Julia no era evidente, pero ya no parecía la mujer con la que se había casado. Sus caderas se habían ensanchado de manera drástica y siempre tenía las mejillas sonrojadas. Estaba hermosa, preciosa, llena de vida, pero se encontraba en un viaje de la concepción al parto que a William le costaba localizar en cualquier mapa. «¿Dónde estás? —deseaba preguntarle—. ¿Sabes adónde vas? ¿Estás segura de que es el camino correcto?»

Le avergonzaba admitir la verdad incluso ante sí mismo: que ni siquiera se había planteado jamás tener hijos. Estaba

enamorado de Julia, todavía nadaba en un mar de gratitud por dormirse junto a ella cada noche y despertarse con ella cada mañana, de manera que el matrimonio tenía toda la lógica del mundo. Pero crear a una persona nueva y criarla era algo muy diferente. Le decía a Julia que estaba contento e ilusionado con el embarazo, porque se suponía que era lo que debía sentir, pero no lograba imaginarse como padre. Si intentaba verse con un bebé, la imagen se emborronaba. Tal vez debería haber expresado alguna duda sobre los planes de su esposa, pero desde que ella se propuso quedarse embarazada, se pasó todo un mes esperándolo en casa desnuda todos los días. Él se veía no solo reacio, sino además incapaz de discutir los pros y contras de la paternidad cuando Julia no llevaba ropa encima.

Vivía con una mujer embarazada y una cuñada que entraba y salía del apartamento con aire culpable. William ya no se sentaba en el sofá porque era la cama de Sylvie. Leía libros de texto durante las comidas y revisaba sus notas intentando memorizar todos los engranajes de un año en particular de la historia de Estados Unidos. Cuando se despertaba en plena noche, Julia no estaba a su lado, sino dormida en brazos de su hermana. Mirándolas, William sentía una extraña soledad. Parecían tan unidas que, cuando volvía a su dormitorio, se le ocurría pensar que tal vez el intruso era él, no Sylvie.

Después de almorzar en el gimnasio, William volvía a la biblioteca a leer sobre el pánico de 1893. Su tutor era un catedrático de ojos brillantes que siempre llevaba pajarita y a quien le costaba mucho estarse quieto, por lo visto porque todo lo excitaba sobremanera. Durante su primera reunión, en el primer mes del programa, el profesor le había preguntado qué era lo que «de verdad, de verdad» le apasionaba sobre el periodo de la historia de Estados Unidos que había elegido como tema. En el momento, William sintió que todo lo que se movía en su interior —la sangre, los pulmones, el corazón— se ralentizaba hasta casi detenerse. Se sintió avergonzado: jamás se le había ocurrido que tuviera que poner «pasión» en aquella empresa. Por fin logró decir algo sobre los grandes cambios que el país había experimentado entre 1890 y 1969, la Edad Dorada: dos guerras mundiales, el movimiento por los

derechos civiles… Pero era demasiado tarde. Los ojos del catedrático mostraban confusión, como si pensara: «Qué raro. No siento en este joven ninguna pasión histórica».

La mayoría de los días, William se quedaba en el gimnasio más tiempo del que pretendía después del almuerzo. Necesitaba revisar algunos temas para sus clases de la tarde, pero tardaba en volver a la biblioteca. Fue una de esas tardes cuando lo vio Arash, que cruzaba la cancha, y fue a sentarse junto a él.

—¿Qué tal la rodilla? —le preguntó.

—Bien. —Era la respuesta que solía dar cuando le preguntaban por la rodilla. Para él era correcta, puesto que le funcionaba y le permitía andar de un sitio a otro. Siempre le dolía, sobre todo por la noche, pero no le parecía muy varonil confesarlo. Además, ¿qué más daba? Ya no le hacía falta una rodilla indolora. Al fin y al cabo, los profesores se podían sentar. Su cuerpo era más o menos irrelevante.

Arash se lo quedó mirando.

—Me han dicho que estás haciendo el doctorado aquí. Enhorabuena.

William se sorprendió.

—¿Cómo te has enterado?

Arash sonrió.

—Porque os seguimos la pista. Yo sigo la pista de mis lesionados, así que estás en mi lista. Pero nos gusta seguir a todos nuestros jugadores. Tenemos nuestro corazoncito, ¿sabes? No podemos mandar una nota de felicitación por algún logro si no les seguimos la pista.

William se quedó dándole vueltas a aquello. No estaba preparado para tanta bondad y eso le hizo pensar en Charlie. El funeral de su suegro fue el primero al que había asistido en su vida. Durante el velatorio, oyó contar lo generoso que había sido con mucha gente en Pilsen y en el trabajo. Después de que un trío de borrachos intentase explicar que los había ayudado a calmar a un casero furioso, William sintió el impulso de levantarse y contarle a toda la sala que su suegro era un conductor excelente, una habilidad que había ocultado, o que tal vez tanto Rose como sus hijas habían ignorado. «¿Cuántas

cosas más pensó Charlie que tenía que ocultarnos?», quiso preguntar. Pero en lugar de eso, vio que Rose se hacía más dura por momentos y que el pánico y el dolor marcaban el hermoso rostro de Julia.

Una vez acabado el entierro, Julia lo llevó a ver a Cecelia y a su hija, y le pusieron a la pequeña en los brazos sin previo aviso. William jamás había tenido en brazos a un bebé, pero las dos hermanas le dieron la espalda como si tal cosa, como si confiaran en que, de alguna manera, sabría lo que tenía que hacer. La niña lo miró y le tembló la cara: estaba considerando echarse a llorar. Era diminuta, iba envuelta en mantillas, de manera que no se le veían las extremidades, y parecía muy caliente. ¿Tendría fiebre? ¿Eran necesarias las mantas? William se sentó para que la niña no se le cayera de tan arriba y acabó deslizándose hasta el suelo. Julia y Cecelia se rieron de él, pero tenían una expresión de afecto, y luego las dos se sentaron también en el suelo, como dándole a entender que lo que había hecho estaba más que bien.

—¡Buen remate! —exclamó Arash, con la vista en la cancha —. Mira, aquel novato de allí. ¿Ves el ala-pívot? Ha sido un sustituto de Kent excelente. Buen primer paso.

—¿Quién me ha sustituido a mí?

Arash bajó la cabeza.

—Hay un chico nuevo al que se le dan bien los rebotes. Pero es todo codos. No es un tipo cerebral como tú. —Arash asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo consigo mismo—. ¿Has leído *The Breaks of the Game?*

—¿El qué?

—Es un libro sobre jugadores inteligentes como tú, sobre cómo juegan y cómo piensan el juego. Se lo imaginan como si fuera una película. Comprenden cómo usar el espacio. Los grandes están siempre jugando al ajedrez en la cancha. Deberías leerlo.

William intentaba absorber las palabras de Arash y supo de inmediato que repasaría aquella conversación más tarde, cuando estuviera a solas. Eran las palabras, las frases que había estado esperando. William no hacía más que cometer pequeños fallos y provocar decepciones a cada momento de su vida

actual. Deseó ser todavía jugador de baloncesto con inteligencia posicional, formar parte de un equipo. Un recuerdo acudió a su mente: estaba en la cancha del parque cuando tenía diez años, mirando a los chicos que acababan de admitirlo en su juego y que corrían para llegar a sus casas antes de la cena. «Volved», pensó el joven William.

Arash le dio una palmada en el hombro.

—Tengo que acudir a una cita. ¿Nos vemos por aquí otro día?

—Estoy aquí casi todos los días.

A William le sorprendió lo que sintió en el pecho al verlo alejarse… ¿Era añoranza?

William y Julia pasaron varias semanas de aquel diciembre repitiendo la misma discusión cada vez que Sylvie no estaba.

—Deberíamos mudarnos de casa antes de que mi barriga sea enorme.

Dado que esperaban un hijo, tenían derecho a un apartamento de dos habitaciones para parejas casadas.

—Quiero organizarme. Vamos a tener que montar una cuna y un cambiador como mínimo. Tú vuelves a dar clases el mes que viene, así que deberíamos aprovechar este paréntesis para mudarnos, ahora que tienes algo de tiempo libre. —Julia hizo una pausa—. ¿Por qué me miras así?

William intentó adoptar un gesto neutral.

—¿Así cómo?

—Como si estuviera diciendo un disparate. Tú te das cuenta de que en abril vamos a ser padres, ¿no?

—Pues claro. Yo lo único que digo es que en este apartamento estamos cómodos. Tú siempre has dicho que te encanta. Podemos quedarnos aquí hasta el final del curso y mudarnos en verano.

Julia lo miró irritada, con los ojos muy abiertos.

—Es demasiado pequeño ahora que está Sylvie con nosotros. Si nos mudamos ya, podría dormir en el cuarto del bebé. No entiendo por qué discutes conmigo.

William no sabía qué decir, cómo explicar que quería

demorar la mudanza lo máximo posible. Nada de lo que él sentía tenía lógica para su esposa. Era un tonto al pensar: «Si no nos mudamos, no nacerá el bebé porque no tendrá habitación». El apartamento más grande estaba en un edificio cerca del campus, de manera que tampoco sería un gran cambio, pero como Charlie había muerto, Julia estaba cada vez más grande y Sylvie dormía en su sofá, todo le parecía inseguro. William necesitaba despertarse en su cama, en su habitación, tomarse dos tostadas con mermelada de fresa y luego ir andando a la biblioteca. Necesitaba sentarse en su cubículo favorito y abrir y extender los libros de la manera precisa que le gustaba. Necesitaba tomarse un descanso de los estudios para almorzar en el gimnasio, a veces con Arash, y recordar lo que sentía cuando corría por la cancha con una pelota de baloncesto en las manos. Y al final de cada día, después de las clases, necesitaba volver a casa, con la mujer de la que se había enamorado tan solo unos años atrás. Los latidos de esta exacta rutina le proporcionaban una infraestructura y, ante la mera idea de que ocurriera cualquier alteración, se quedaba mirando pasmado a su esposa, por más que supiera que ella estaba siendo razonable y él no.

Varias veces a la semana, Arash se sentaba junto a él en las gradas, con su sopa y su bollito, su comida no variaba, y le hablaba como si fuera un colega, lo cual era un detalle que William agradecía.

—Me preocupa Paterson —le dijo, señalando con la cabeza a un estudiante de segundo grado, un escolta que botaba la pelota por la cancha mientras aguardaba su turno para lanzar.

—Tiene un buen tiro —replicó William—. ¿No te parece?

—Buena técnica en el tiro, sí. Pero mira cómo aterriza.

El chico flacucho dribló en torno a tres conos y luego lanzó.

—Yo no veo ningún problema.

—Intenta ralentizar la visión. Míralo a cámara lenta durante sus siguientes tres turnos.

William no tenía ni idea de lo que Arash quería decir, pero observó con atención los siguientes veinte minutos. Intentó

separar las distintas partes de los movimientos de Paterson: el ángulo de su cuerpo cuando corría, la rotación de las rodillas cuando pivotaba, el abandono con el que aterrizaba. Intentó explicárselo a Arash, que asintió con la cabeza.

—Eso es. Creo que tal vez tendría que trabajar en fortalecer los tobillos, porque puede que los ligamentos estén algo débiles. Tu experiencia hizo que me repensara mi trabajo, ¿sabes? Quiero investigar las lesiones previas de los jugadores. Con esa información, puedo ayudar a que se vayan robusteciendo. Pero me preocupa que me mientan si me limito a preguntarles directamente por sus lesiones —concluyó con una mueca.

—No querrán que pienses que no están en forma. No quieren que los menoscaben y les den menos tiempo de juego.

—Exacto. Malditos cabezas huecas.

William asintió y se puso una mano sobre la rodilla mala.

—Este semestre, por lo menos durante el mes que viene, no voy a dar clases y tengo algo de tiempo libre. ¿Te importa si voy a verte trabajar alguna vez?

Arash se giró en su asiento para mirarlo. William pensó de repente que sabía muy poco de aquel hombre. Había sido fisioterapeuta en Northwestern más de una década, pero ¿tenía esposa? ¿Tenía hijos? ¿Vivía en el campus? ¿De dónde era? Al estudiar historia, era crucial el contexto, la comprensión del terreno que rodeaba al evento crítico. Nada ni nadie existían en el vacío. Charlie sentado en su butaca en su casa no era más que una parte de su terreno. El velatorio había revelado otras partes: la mujer de la parada de autobús, sus amigos del bar, otros amantes de la poesía, buenas personas en su trabajo, parientes amargados, hijas conmocionadas.

—Pero ¿no estás centrado en terminar el doctorado?

—Puedo hacerlo todo —aseguró William.

Arash volvió a mirar hacia la cancha.

—No te voy a estorbar. —Su voz sonó desesperada. William estaba desesperado. Algo se abría dentro de él en aquel gimnasio, cuando contemplaba a los jugadores. Quería estar más tiempo allí. Necesitaba estar allí, tener alguna posibilidad de sentirse bien.

—Estupendo —dijo Arash por fin—. No me vendrá mal tu ayuda.

William se arrepintió de haberle dado su libro a Julia desde el primer momento. De no haber muerto Charlie, jamás se habría rendido ante su insistencia, pero no podía soportar hacerla más infeliz de lo que ya era. Además, sentía que le debía algo porque Julia había accedido de mala gana a quedarse en el apartamento hasta el final del curso.

—Todavía no está listo para que lo lean —le había dicho—. No vas a saber ni qué pensar. Es un borrador bastante sucio, además.

—Eso lo entiendo. Me alegro muchísimo de que me dejes leerlo. Gracias.

A la mañana siguiente, William la vio leer las páginas en la mesa amarilla de la cocina, pero eso fue todo. Unos cuantos días más tarde, encontró el manuscrito en el salón, en una bolsa de papel, y le espantó verlo ahí fuera, porque lo que le había ofrecido a su esposa era el embarrado interior de su mente o tal vez su alma. Llevaba casi cinco años escribiendo el libro, pero siempre a trompicones. En realidad, no lo consideraba un libro: era solo Julia quien lo llamaba así. Para él, era algo en lo que trabajaba porque a veces le daba miedo el silencio que habitaba en su interior. El baloncesto era ruidoso —el juego tenía lugar a un ritmo, en un tiempo en el que diez hombres saltaban, lanzaban, defendían, interceptaban a cada momento—, y escribir sobre él enmascaraba su quietud interna. Podía oír los botes de la pelota, en la cancha o en la página, e imaginarse que eran los latidos de su propio corazón.

Solía volver a su habitación en la residencia después de un duro entrenamiento y recrear algún partido famoso en una página. Cuando escribía sobre los movimientos típicos de grandes jugadores —el regate de Oscar Robertson o el glorioso *skyhook* de Kareem Abdul-Jabbar— sentía las ondas de esos movimientos en su propio cuerpo. Y solo entonces se rompía su profundo silencio y experimentaba algo de alivio. Pero a causa de su manera de escribir, la narrativa era enrevesada y el único

hilo que seguía era el de su entusiasmo irregular. Sabía que la obra no tendría ningún sentido para su esposa y no tenerla en sus manos era como haber perdido una parte de sí mismo. Pasaron los días sin que Julia mencionara el libro y, además, parecía esquivarle la mirada. La bruma que lo había envuelto cuando se había lesionado volvió a su visión periférica, como una nube en torno a una montaña. El libro era terrible. Él era terrible.

Por fin, una noche a la hora de acostarse, Julia le tendió el manuscrito y declaró:

—¡Es bueno!

William cerró los ojos para no ver su ancha sonrisa forzada.

—No tienes por qué decir eso. No es verdad. Lo he escrito solo para mí. Siento que no me vaya a ayudar a encontrar trabajo después del doctorado.

—Para eso no vas a necesitar un libro. Te conseguiremos un trabajo.

La bruma se cerraba en torno a él. Se sintió mal por su esposa: Julia tenía que fingir que su marido era mejor de lo que era, tenía que fingir que no estaba preocupada por haber apostado a un caballo perdedor. No era la primera vez que William veía aquella sonrisa tensa en el rostro de Julia y odiaba haberla puesto en aquel compromiso. La niebla oscura lo inundaba.

—Las notas a pie de página eran muy interesantes —añadió ella—. Muy originales.

—Necesito un vaso de agua.

Salió de la cama, entró a toda prisa en el salón y retrocedió de golpe, con el corazón acelerado, al ver a Sylvie en el sofá. Se había olvidado de que estaba allí. Se había olvidado de todo.

—Perdón —dijo ella, que también se había llevado un susto.

—Ha sido culpa mía, por entrar tan deprisa.

—¿Estás bien?

Había algo en la voz de Sylvie que lo frenó en seco. Era como si supiera algo. Recordó a las dos hermanas dormidas juntas en el sofá. Eran buenas y consideradas la una con la otra, algo que William siempre había admirado. De hecho, una

de las cosas que más le gustaban de Julia era cómo trataba a su familia. Las hermanas estaban tan unidas que en realidad ninguna funcionaba nunca por sí misma: las cuatro compartían sus vidas, celebraban y se apoyaban las unas a las otras en sus fuerzas, compensando así sus debilidades. Julia era la organizadora y la líder; Sylvie, la lectora y la voz de la razón; Emeline, la cuidadora, y Cecelia, la artista.

Julia ya no leía mucho. Estaba claro que le habría pedido a Sylvie que leyera el libro, no por indiscreción, sino para dar lo mejor de ella en la tarea. El amor y la ambición de Julia más la capacidad crítica y lectora de Sylvie.

Su cuñada seguía en la puerta del salón, bajo la tenue luz, mientras él se daba cuenta de todo esto. Notó a Julia, ansiosa, a su espalda. Siempre había sabido que no solo se casaba con ella, sino también con su familia. Al comienzo de su relación, Julia llevó a sus tres hermanas a verlo jugar un partido para dejar claro que formaba parte de una unidad, y él lo había aceptado. Julia había adoptado su apellido en lo legal, pero a todos los efectos, era William quien se había unido a las Padavano. La relación más profunda en aquella casa era la que existía entre las dos hermanas que dormían la una en brazos de la otra.

Sylvie se había incorporado en el sofá, como si fuera una visita y no una mujer en camisón con el pelo suelto. Le clavaba la misma mirada de preocupación que le dirigía Julia a su espalda.

William se alejó de ambas y entró en la cocina. Necesitaba estar solo. Necesitaba controlar la respiración como fuera. Se apoyó contra la nevera con las manos en los muslos. Jadeaba como si corriera por la cancha una hora después del comienzo del partido y le estuvieran dando una paliza a su equipo: por muchos minutos que quedasen en el reloj, no había posibilidades de ganar.

En enero, cuando comenzó el semestre, William volvió a dar clases, además de recibirlas, así que volvió a tener ingresos. El alivio de Julia era evidente y dio saltos de alegría cuando llevó

a casa la primera paga. William estaba contento de verla feliz, pero sus días resultaban tan largos y agotadores que tenía que administrar bien la energía para llegar del principio al final. El programa de Historia consideraba beneficioso para los doctorandos que dieran clases sobre algo fuera de su área de especialidad, de manera que William era profesor asistente de Historia del antiguo Egipto. Cada clase requería una inmensa preparación por su parte. Estaba siempre cansado, incluso cuando dormía bien. Adquirió la costumbre de sacudir con fuerza la cabeza antes de entrar como alumno en el aula porque el gesto encendía un motor interno que le permitía asentir, sonreír y tomar apuntes cuando el profesor hablaba. Pero, cuando el profesor era él, requería un motor más potente. Se le aceleraba el pulso y los minutos parecían salir volando por la ventana a lomos de la ansiedad. Tenía que mirar el reloj todo el rato para asegurarse de que no estaba explicando demasiado deprisa. Notaba que lo hacía mal, que debería llevar un ritmo adecuado para terminar el tema justo al final de la clase, que debería medir los minutos con algún reloj interno del que carecía.

Cuando llegaba a casa por la noche, ponía su mejor cara para Julia y sabía que ella hacía lo mismo. No obstante, William era consciente de que la lectura de su manuscrito había dañado para siempre la opinión que Julia tenía de él. Para ella, su «libro» había sido algo crucial durante toda su relación: al principio estaba ilusionadísima porque lo veía como una señal de la madurez y la ambición de William, y a lo largo de los años se había acostumbrado a utilizarlo para mitigar cualquier preocupación sobre su falta de planes y objetivos personales. Julia contaba con que el libro demostrara que su esposo era el hombre que creía haber elegido. Y una vez leído, sabía que no era el caso. William había temido que aquello ocurriera. Se sentía caer por un acantilado y no sabía en qué estado iba a llegar al suelo. Se planteaba todos los días darle a Julia la opción de abandonarlo, decirle que lo entendería. Pero estaba embarazada, ya era evidente, y por lo tanto estaba atrapada. Los dos estaban atrapados. Él cada día era menos el hombre con el que ella se había casado y su

familia no hacía más que crecer.

Julia le contó lo que le había dicho el médico esa tarde y le preguntó si quería tocarle el tenso vientre. William puso la mano donde ella señalaba, pero sabía que su rostro no mostraba la expresión correcta, que algo de su miedo debió de asomar. Julia suspiró y se dio media vuelta, alegando que tenía que acostarse. Para William eran un alivio las noches que llegaba a casa y Julia no intentaba nada, cuando se limitaba a saludarlo desde el sillón, sentada junto a su hermana, y no se levantaba para prepararle la cena ni le preguntaba cómo le había ido el día.

—No te ilusiona el bebé —le dijo una vez. No era una pregunta.

William tardó un momento en recordar lo que era la ilusión.

—Sí —respondió por fin. Pero no había sonado convincente y añadió—: Lo siento.

—Por favor, deja de disculparte. William, a veces tengo la impresión de que voy a tener un hijo con Sylvie y que tú no eres más que un tipo que vive aquí.

Julia lo desafió con la mirada. Quería una respuesta, quería que se defendiera, que se mostrara insultado, pero a él solo se le ocurrió volver a pedir disculpas.

Una tarde, volvía a casa después de clase cuando advirtió en la penumbra a una mujer sentada en un banco. Parpadeó un momento, no sabía por qué le llamaba la atención, hasta que se dio cuenta de que era Sylvie. Le dio un vuelco el corazón. Podía haber cruzado la calle o doblado una esquina antes de que su cuñada lo viera, pero era demasiado tarde.

Llevaba semanas evitando a Sylvie. Cada vez que estaban en la misma habitación, pensaba: «Has leído mis estúpidas notas» y deseaba que se lo tragara la tierra. Sabía que debía de estar horrorizada por lo que había leído. William no había sacado el manuscrito de la bolsa de papel desde que Julia se lo había devuelto. Nunca había estado tanto tiempo sin escribir.

—Me he dejado las llaves de casa en la biblioteca —dijo Sylvie, sin levantarse del banco.

Parecía cansada. William recordó que ella también tenía clases por la noche. Se miró el reloj: eran casi las diez.

—¿Qué ibas a hacer?

Sylvie se encogió de hombros.

—Eso estaba pensando. Es demasiado tarde para llamar por teléfono, porque Julia necesita dormir, y no sabía si tú ibas a estar en casa. Supongo que, como no hace demasiado frío, me iba a quedar aquí sentada un rato más, y luego cogería un autobús para ir a dormir a casa de la señora Ceccione.

William se sentó al borde del banco, junto a ella.

—Pues nada, problema resuelto, porque yo sí tengo llaves.

Sylvie sonrió.

—También estaba admirando las estrellas.

—¿Las estrellas? —Al principio William no sabía de qué hablaba, hasta que alzó la cabeza. Sí, ahí estaban.

—¿Las estrellas no son lo tuyo?

«Qué conversación más rara», pensó William. Pero se había salido de su rutina diaria y se sentía menos nervioso con Sylvie en la oscuridad que dentro de casa.

—Pues… supongo que no mucho. Vaya, no es que tenga nada contra ellas.

Se quedaron un rato en silencio con las caras alzadas hacia el cielo.

—Echo de menos a mi padre a todas horas —dijo por fin Sylvie—. Pienso que se me irá pasando, pero no.

William la miró. Tenía las mejillas húmedas. Vio las lágrimas atrapadas en sus pestañas y se quedó sin aliento. Advertía su tristeza en las líneas de su cuerpo, le cubría los brazos y las piernas y el óvalo del rostro. Y se quedó perplejo: nunca había visto lo que otra persona sentía con tanta claridad.

Tanto Sylvie como Julia se habían quedado devastadas por la muerte de su padre. Charlie Padavano había sido esencial para sus hijas, como si formara parte de su propia construcción. William también echaba de menos a su suegro. Recordó cuando Charlie le preguntó sobre el baloncesto y él dibujó la cancha en un papel y le explicó las funciones de los cinco jugadores del equipo, mientras su suegro asentía

concentrado junto a él.

—Una pérdida así… debe de ser algo muy duro —dijo.

—Yo no esperaba… —Sylvie hizo una pausa—. No esperaba que formara parte de todo, en todo momento. No sabía que, cuando perdías a alguien, podías perder mucho más.

William se quedó pensando.

—Como si todo estuviera conectado.

Sylvie soltó un ruidito a su lado, ni un sí ni un no. William se reacomodó sobre los tablones de madera del banco. Notaba el cuerpo raro, como si la sangre le corriera más deprisa de lo normal. Un policía pasaba por la acera al fondo de la calle.

—Pareces cansado —comentó Sylvie.

William se volvió hacia ella y se encontró mirándola directamente a los ojos. Tuvo la extraña sensación de que Sylvie veía en su interior, que veía su verdad. No sabía que eso fuera posible. Cuando Julia lo miraba, intentaba ver al hombre que ella quería que fuera. No veía, o no quería ver, quién era en realidad.

William volvió a pensar en Charlie. Su suegro sí parecía interesado en conocerlo a él tal y como era. Luego, por un breve instante, pensó en sus padres. ¿Alguna vez lo habrían mirado? No lo creía. Se imaginaba que su madre lo sostenía en brazos de bebé con la cara vuelta hacia otro lado. Tal vez por eso le costaba tanto visualizarse como padre, porque los suyos solo habían deseado alejarse de él.

William respiró tembloroso. ¿Por qué pensaba esas cosas? Era como si la atención de Sylvie lo estuviera revelando ante sí mismo. Y las estrellas brillaban en el cielo. Y era un brillo agresivo.

—Últimamente, estoy muy cansado —se oyó decir.

—Yo también.

—Tú has perdido a tu padre y tu casa. —No se lo había planteado antes, pero en ese momento supo que era la verdad, era como si el aire que los separara estuviera cargado de respuestas.

—Sí —contestó ella con voz trémula.

Algo se estremeció en el interior de William y, por un instante, tuvo miedo de echarse a llorar. No podía hacerlo

delante de su cuñada. Ya habían pasado demasiadas cosas entre ellos, de manera que se levantó y dijo con tono brusco:

—Vamos dentro.

Unos días más tarde, Julia le comentó, molesta, que Sylvie había encontrado casa y que se mudaba. William sintió algo parecido a una puñalada en el pecho y pensó: «También es por mi culpa». Algo había sucedido en aquel banco y desde entonces todavía le costaba más seguir su rutina. Casi había llorado delante de su cuñada y él nunca lloraba. No desde que era pequeño, al menos, e incluso entonces no recordaba haber llorado muchas veces. A Sylvie le habría resultado muy desagradable que se desmoronara. Era comprensible: la combinación de la lectura de sus vergonzantes notas y aquel momento en el banco debían de haber sido demasiado para ella. ¿Demasiado qué? Eso no lo sabía muy bien.

Un mes más tarde, Rose anunció que se mudaba a Florida y las hermanas se reunieron la tarde siguiente en casa de Julia y William. Él quería ayudar, pero no sabía cómo, de manera que se quedó sentado en la butaca mientras las mujeres deambulaban por el salón. Todas mostraban la misma arruga entre las cejas y la misma necesidad de moverse. Se pasaban a Izzy unas a otras, por más que la niña pateara y se agitara en sus brazos.

—Está aprendiendo a gatear —se disculpó Cecelia.

—Pues claro que sí —dijo Julia, que hablaba como si se estuviera quedando sin aliento. El embarazo había progresado tanto que le costaba llenarse los pulmones—. Izzy es muy inteligente.

Ninguna de las otras sonrió porque Julia no hablaba en broma y todas estaban de acuerdo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Emeline—. Si mamá se quiere ir, no podemos impedírselo.

—A lo mejor no le gusta Florida y vuelve —deseó Sylvie.

William se había cruzado con su mirada un instante cuando llegó. Intercambiaron un saludo con la cabeza que parecía un mensaje taquigráfico: «La otra noche te vi de verdad y tú a mí,

pero estamos bien». Desde que Sylvie se había mudado a su propia casa, William tuvo cuidado de no quedarse jamás a solas con ella. Por fin había recuperado una cierta sensación de inercia que le permitía ir pasando los días y no quería perderla. Además, había visto las emociones de Sylvie como si las llevara dibujadas en el cuerpo, lo cual le resultaba íntimo de una forma alarmante, como si la hubiera visto desnuda. No comprendía lo que había sucedido entre su cuñada y él aquella noche en el banco, pero le parecía algo peligroso, como una reluciente daga que pudiera cortar su vida como si fuera de papel.

Observó a las otras mujeres de la habitación. Ninguna había estado nunca en Florida, ni siquiera habían subido a un avión. Rose ya había comprado el billete. William había encontrado su casa en venta en los anuncios del periódico por un precio mucho mayor de lo que hubiera podido imaginar.

—No me puedo creer que se marche ahora —dijo Julia—. Se va a perder el nacimiento del bebé.

Izzy pasó de Sylvie a Julia. Esta le dio un beso en la mejilla y luego enterró la cara en su cuello. Las otras tres hermanas parecían angustiadas. Julia era su líder y no tenía un plan. William se sintió algo irritado: por qué esperaban que fuera Julia quien solucionara aquello? A su esposa ya le estaba costando dormir y le dolía la espalda a todas horas. «Es como si el bebé me estuviera echando», le había dicho esa mañana mientras desayunaban. Parecía muy incómoda y más hinchada por momentos.

—La gente mayor suele trasladarse al sur cuando se jubila —comentó. William se dio cuenta de que su voz masculina, más grave, sonaba rara en la habitación—. Es muy habitual. No tiene por qué ser una mala noticia, lo único es que no os la esperabais.

Se produjo un instante de silencio. Nadie lo miró. William se preguntó si no tenía credibilidad en el tema porque su propio árbol genealógico se había marchitado de forma muy prematura o tal vez porque era un hombre en una butaca, como había sido Charlie. Se miró la rodilla mala.

—¿Alguien quiere comer algo? —ofreció Julia—. Tenemos

pasta. O unos huevos…

—Ha sido un año difícil. —Emeline parecía ir a soltar un discurso que no se había preparado y en el que tampoco creía mucho—. Pero vamos a estar bien solas. Nos cuidaremos las unas a las otras. Yo ya me he cambiado al turno de tarde en la universidad para poder trabajar a jornada completa y en la guardería me han subido el sueldo. Cecelia y yo podremos irnos pronto a nuestra propia casa.

—Yo estoy pintando murales en la guardería —añadió Cecelia—. Y si funciona, haré lo mismo en otras guarderías y a lo mejor en los colegios.

—Y vosotros dos —Emeline señaló a Julia y William— lo estáis haciendo de maravilla. Y Sylvie está a punto de ser bibliotecaria de manera oficial, será la mejor de la ciudad.

—Todavía somos afortunadas —terció Sylvie vacilante, como poniendo a prueba la hipótesis de las gemelas.

—Saldremos de esta —afirmó Julia.

William se fue a la cocina a hervir agua para la pasta y para ocultar lo mucho que le había conmovido ver que las hermanas se habían mostrado tan unidas. Se sentía solo allí ante el fregadero, con una rodilla desvencijada y el corazón palpitante. Hirvió la pasta, sacó de la nevera la salsa marinara que Julia había preparado a principios de la semana, y llevó el bol a la mesa. Emeline se levantó de un brinco para poner platos y cubiertos.

—Gracias —dijo Julia, con auténtica gratitud en la mirada.

—Me voy a dar un paseo —anunció él—. Vuelvo en un ratito.

Las cuatro hermanas se lo quedaron mirando y el bebé soltó de pronto un gritito de alegría, lo cual provocó que las cuatro le dirigieran una sonrisa antes de volverse hacia la niña. William salió de la profusa iluminación del apartamento y cerró los ojos, aliviado por encontrarse a solas en la púrpura penumbra del ocaso. Se acordó de su libro, pero se lo había dejado en casa y no quería volver hasta que se hubieran marchado todas menos Julia.

Se miró el reloj. A lo mejor había algún partido en el gimnasio o algún entrenamiento tardío. Cruzó el campus con

largas zancadas, respirando bocanadas de aire nocturno, dispuesto a sentarse en su lugar habitual de las gradas y observar las posturas, los saltos y los aterrizajes de los jóvenes, buscando futuras lesiones. Cualquier debilidad que lograse vislumbrar en la cancha de baloncesto podría remediarse.

Julia

Abril de 1983 – julio de 1983

Julia y Rose no pronunciaron palabra de camino al aeropuerto. A William no le hacía gracia que Julia condujera el coche prestado, puesto que estaba tan embarazada que la barriga le tocaba el volante incluso con el asiento echado hacia atrás, y se había ofrecido a llevarlas él a O'Hare. Pero Julia tenía que ir a solas con su madre. Si Rose quería comunicarle algo, alguna información que explicara su marcha o algún arrepentimiento por su decisión, no lo haría delante de William. Sin embargo, Rose mantuvo un rostro pétreo mientras aparcaban el coche, facturaba el equipaje y se encaminaba a la puerta de embarque.

—Te mandaré una foto del niño cuando nazca —dijo Julia.

Rose asintió con la cabeza.

—No estés tan segura de que vaya a ser niño.

—Todo el mundo dice que es niño por cómo me muevo.

Julia y Rose se frenaron en seco. Cecelia estaba junto a la puerta de embarque con Izzy sobre la cadera. Llevaba la ropa de pintar: unos vaqueros y una camisa de manga larga llena de manchurrones, y el pelo recogido con una bandana amarilla que había sido de Charlie. Imitaba la expresión tozuda de su madre.

—No voy a permitir que te marches sin conocer a tu primera nieta.

La mirada de Rose se oscureció, se endureció. Estaba pálida. Julia supo que estaba pensando en su marido, tirado en el suelo del hospital.

—Mi primer nieto está justo aquí. —Rose señaló la barriga de Julia.

—No —dijeron las hermanas a la vez.

La madre retrocedió un paso.

Izzy, que no se había echado su siesta matutina, se frotó los ojos con el dorso de las manos y miró ceñuda a todo el mundo.

—En Florida va a hacer mucho calor —observó Julia. Quería redirigir la conversación hacia algún punto que tuviera sentido, algo que tuviera potencial para la paz, pero en cuanto soltó las palabras, se dio cuenta de que no significaban nada—. A ti nunca te ha gustado el calor, mamá.

—No tienes por qué ser tan terca —declaró Cecelia.

Un temblor recorrió a Julia. Sabía que mantendrían una conversación importante con su madre en el aeropuerto, lo había notado en los huesos, pero lo que no esperaba es que incluyera a Cecelia. También sintió una punzada de celos porque su hermana pequeña se le había vuelto a adelantar. Cecelia tenía casi diecinueve años y, en la maternidad, parecía más poderosa, más segura que nunca. Era guapa y llevaba una ropa que le sentaba bien. Julia se sentía más gorda que una ballena y los pensamientos nadaban como peces en su cabeza.

—¿Es que también pretendes matarme a mí? —le espetó Rose a Cecelia—. Justo antes de que me meta en un avión y consiga relajarme por primera vez en mi vida.

«Oh, no», pensó Julia.

—No puedes creer de verdad, de verdad, que yo tuve algo que ver con la muerte de papá. —Cecelia señaló a Rose como diciendo: «Si alguien tiene la culpa, eres tú».

En torno a ellas, la gente comía, bebía café, se aseguraba de llevar en los bolsos todo lo necesario, pero Julia no habría sabido decir si en la terminal había diez desconocidos o cien. ¿Estarían viendo y escuchando que su madre y su hermana se lanzaban puñaladas al corazón?

—Papá contaba que, cuando tu propia madre te echó de casa, ni ella ni tú os volvisteis a dirigir la palabra. —Cecelia meneó la cabeza, de manera que Izzy también meneó la suya —. Yo quería despedirme y decirte que siempre te he querido y que a Izzy solo le contaré cosas buenas de ti. ¿Y sabes por qué? No por ti, mamá. Lo voy a hacer por mí. Porque no quiero convertirme en una persona furiosa y amargada como tú.

Quiero echarte de menos porque te quiero.

—No deberías hablar así —replicó Rose—. Me gustaría sentarme. —Y fue a hacerlo en uno de los asientos de la sala de espera. Los temblores que sacudían a Julia parecieron trasladarse al rostro de su madre, pero la mujer no dijo nada hasta que anunciaron el embarque.

—¿Tienes todo lo que necesitas para el vuelo? —preguntó Julia, al tiempo que pensaba: «¿Por qué solo puedo decir estupideces?». Quería participar en aquel momento entre su madre y su hermana, pero no lo lograba. Era una pelotita barata en mitad de un tiroteo.

Rose volvió su atención a Cecelia.

—Yo decido mis propias conversaciones, jovencita, no tú. La impertinencia no es ninguna virtud. —Rose asintió, como si estuviera de acuerdo consigo misma, y luego se encaminó despacio hacia el túnel de embarque, donde mostró al asistente su billete y desapareció de la vista.

Izzy emitió un ruidito y rebotó en brazos de su madre. Las dos hermanas se miraron.

—Esta mañana, cuando me he despertado, ni siquiera sabía que iba a venir —comenzó Cecelia—. De pronto me encontré de camino hacia el tren.

El aeropuerto zumbaba en torno a ellas: anuncios por los altavoces, el chasquido de bolsas y maletas sobre el suelo, el murmullo de las conversaciones.

—¿Puedes conducir tú el coche de vuelta a la ciudad? —preguntó de pronto Julia—. Creo que viene el bebé.

—¿Ahora? —exclamó Cecelia con los ojos muy abiertos. Le dio un beso a su hermana en la mejilla. Izzy se inclinó en brazos de su madre para hacer lo mismo: un beso firme y otro leve como ala de mariposa—. Pues claro que sí. Vamos.

—Tú fuiste muy valiente —dijo Julia, mientras su hermana la llevaba por el pasillo. Esas palabras, dichas con una voz que sonaba débil en sus oídos, fueron las últimas que pronunció durante un buen rato. Sentía como si una fuerza enorme tirara de ella desde dentro.

No llevaban sillita de bebé, de manera que Julia se quedó medio sentada medio tumbada en el asiento trasero, sujetando

a Izzy con las dos manos.

—Aguanta —la animó Cecelia—. Aguanta hasta que lleguemos al hospital. Mira que me pareció una tontería que papá nos enseñara a conducir, viviendo como vivimos en una ciudad y sin haber tenido coche nunca. Pero me dijo que era una habilidad útil en la vida y que yo podía ser la conductora cuando las cuatro robáramos un banco algún día.

Julia sabía que su hermana hablaba para distraerla del dolor, pero no era dolor exactamente lo que sentía, sino más bien una sofocante intensidad. Cada pocos minutos, le parecía que se le sentaba encima un elefante invisible cuyo peso la aplastaba, luego el elefante se levantaba y volvía a ser ella misma. Se concentró en mantener las manos en torno a Izzy, que se había quedado dormida a su lado. Se la veía tan perfecta y tan hermosa ahí dormida que Julia se echó a llorar. «Ningún bebé puede ser tan bonito como este —pensó—. Lo cual significa que mi bebé no será tan bonito.»

—Ahí está el río —anunció Cecelia—. Cinco minutos más. Voy a pintar un retrato de Izzy con tu bebé. Pintaré uno para cada una.

Cuando el elefante volvió a levantarse, Julia pensó: «Mamá está volando ahora mismo. Ni siquiera está en la tierra. Está, literalmente, fuera de alcance».

Cecelia pareció leerle la mente.

—La que se lo pierde es ella, no tú —dijo—. Se lo va a perder todo, pero tú no. Ni yo. Voy a llamar a William y a las demás en cuanto lleguemos al hospital. Vamos a estar todos.

Al llegar al hospital, Cecelia le apartó los dedos que tenía aferrados a la ropa de Izzy, y unos desconocidos sin cara, cuyas palabras no entendía, la ayudaron a sentarse en una silla de ruedas. Se preguntó si serían las mismas personas del aeropuerto. Oía el timbre de la voz de Cecelia, pero las palabras no cobraban forma por sí mismas. Julia se meneaba y se retorcía en la silla, intentando evitar al elefante, que en ese momento se negaba a levantarse.

Más tarde le contarían que el parto había sido rápido para ser el primero, cosa sorprendente, y que llegó demasiado tarde para que le pusieran la epidural. Cecelia llamó al

departamento de Historia de Northwestern, pero no había forma de localizar a su cuñado. Estaba en el gimnasio y tardaron treinta minutos en dar con él. William salió corriendo, a pesar de la rodilla, hasta la esquina del campus donde podría encontrar un taxi. Sylvie abandonó su puesto en la biblioteca. Emeline, sentada a solas en la casa familiar justo antes de la venta, decidida a pasar entre sus paredes hasta el último minuto de ese día, salió disparada en cuanto recibió la llamada de su gemela.

Como todo transcurría tan deprisa y William todavía no había llegado, Cecelia entró en la sala de partos, igual que Julia había estado con ella. Las primeras capacidades que Julia perdió fueron las de oír y comprender palabras. Pronto estaba pensando en frases sin preposiciones ni adjetivos. «No, basta, viene bebé.» Era como si un muro se hubiera derribado en su interior para revelar que no era más que un animal. Aquello fue una sorpresa para Julia que, sin pudor alguno, gruñía y mugía y aullaba mientras su cuerpo se exprimía a sí mismo de alguna manera. Los ruidos parecían venir tanto de su interior como del exterior. Se sentía poderosa. Se sentía como una leona, empapada en sudor, incorporándose en la cama dura sobre la que la habían tumbado, al grito de «empuja», como si todas las partes de su ser, en fila india, guiaran al bebé fuera de su cuerpo.

—¡Es una niña! —exclamó Cecelia.

El elefante se evaporó, el aplastamiento cesó y Julia volvió a ser ella misma. O por lo menos, casi. Se dio cuenta de que sin duda alguna era una mamífera y tenía la capacidad de sacudir el mundo y crear un ser humano cuando desencadenaba su poder. Era madre. Aquella identidad la recorrió como el agua sobre el lecho de un río seco. Era algo tan elemental y cierto que tenía que haber sido siempre una madre sin saberlo, a la espera de que su criatura se uniera a ella, sin más. Nunca se había sentido así. Su cerebro era un resplandeciente motor, y sus recursos, inmensos. Julia era pura certeza.

Tuvo a la niña en brazos lo que le parecieron apenas unos segundos, antes de que la enfermera se la llevara a la unidad neonatal para que la lavaran y la envolvieran en una manta.

Cecelia salió de la habitación para darles la noticia a los otros. Julia meneó la cabeza, tan feliz como incrédula. Era increíble lo deprisa que se movía su mente, aunque tal vez aquellas verdades siempre habían estado en ella y solo se habían hecho accesibles una vez había dado a luz. Lo veía todo con absoluta claridad. Se había pasado la vida tratando de dirigir a otros —sus padres, sus hermanas, William—, pero aquella había sido una vana empresa, entonces lo veía. No podía conseguir que su padre siguiera vivo ni que su madre se quedara en Chicago ni que Cecelia fuera virgen o William ambicioso. Lo que había hecho en realidad era entrenarse para este momento, para lo importante, para la maternidad. Protegería y amaría a su hijita y dejaría que los demás hicieran lo que les diera la gana. Con su hija, Julia estaba completa. Y, maravillada, se dio cuenta de algo: «Me quiero a mí misma». Era la primera vez.

William entró con una sonrisa nerviosa. Julia llevaba semanas exasperada con su marido, pero con la nueva calidez que la invadía, sintió afecto por él. Julia era todo amor. Lo miró radiante y pensó: «Nunca te he necesitado. ¿Lo sabías? Creí que necesitaba un marido, pero la verdad es que no necesito a nadie. Podría haberlo hecho todo yo sola».

William inclinó su largo cuerpo para abrazarla y Julia le echó los brazos alrededor del cuello y le dijo lo mucho que le emocionaba que viera a la pequeña que ella había creado.

Cuando Julia y el bebé volvieron a su casa en Northwestern, el sol entraba por la ventana del salón. Se acomodaron en la butaca. La enfermera del hospital le había enseñado a dar el pecho y Alice había aprendido con facilidad a tomarlo, de manera que se pasaban los días en aquella butaca, siendo sus únicas actividades dar el pecho, mamar y descansar. La lactancia les daba sueño a las dos. Cada vez que se despertaba, Julia se sorprendía de haberse quedado dormida sentada, en pleno día. El tiempo se movía como olas en una cama de agua; las horas y los minutos se alzaban y caían bajo el peso aumentado de Julia. Nunca sabía qué día de la semana era, hasta el punto de que cada vez que William le decía que se iba

a trabajar, se sobresaltaba. Cuando estaba en casa, su esposo le llevaba comida y agua, se encargaba de fregar los platos y lavar la ropa, y les abría la puerta a sus hermanas cuando llamaban al timbre. Julia, con el bebé en los brazos, se sentía como drogada, aturdida y feliz.

Su poder recién descubierto era un secreto maravilloso. Sonreía para sí misma en los momentos más insospechados al pensarlo, pero se permitió descansar, recuperarse, reunir fuerzas. A veces, cuando la niña dormía, se tumbaba junto a ella y se perdía en ensoñaciones sobre el futuro. Se volvería independiente de verdad. Cuando Alice creciera un poco más, llamaría al profesor Cooper para pedirle trabajo. Emplearía su mente brillante y, mientras William terminaba de graduarse, ganaría dinero. No tendrían más dificultades económicas si ella entraba en juego. Veía su nueva vida con total claridad. Emeline trabajaba en una guardería, de manera que podría dejar a Alice con su cariñosa tía cuando fuera a trabajar. Con dos sueldos, pronto podrían comprar una casa. Y Alice iría a un colegio privado. Aquella visión era menos complicada y tensa que cualquier otra que Julia hubiera tenido en su vida porque, en lugar de depender de su esposo, dependería de su propia capacidad, que había resultado no tener límites.

Pero, de hora en hora, la niña requería su atención como si fuera un imán. Julia pensaba que tendría un varón, pero en cualquier caso esperaba que se pareciera a Izzy. La pequeña Izzy fue un bebé serio, de ojos oscuros. Alice, sin embargo, tenía los ojos color azul cielo y una expresión amistosa. Parecía interesada en el paisaje que la rodeaba y, de algún modo, optimista. Sylvie les había hecho una foto en la butaca con la vieja cámara de Charlie para enviársela a Rose. Julia pensó que le resultaría difícil sonreír para esa foto en particular, expresar otra cosa que no fuera rabia o dolor. Pero, para su sorpresa, salió radiante. El dolor por la marcha de su madre casi había desaparecido, lo único que quedaba era la más leve marca de un moratón. La explicación obvia era que el nacimiento de Alice había desplazado su lugar en la familia. Ahora ella era la madre. Alice era la hija. Tal vez Rose había presentido que estaba a punto de convertirse en un personaje secundario, en

lugar de la protagonista. Tal vez se había marchado para escapar a ese destino.

En plena noche, en la butaca, Julia se descubría hablando en voz alta, no con su madre, sino con su padre. Era a él a quien echaba de menos en esos momentos. En la oscuridad, era fácil imaginarse a Charlie sentado en el sofá, con una expresión de deleite en los ojos cada vez que Alice hacía un gesto con la manita o fruncía los labios.

—Papá, es exquisita, ¿verdad? Tú la adorarías. Su segundo nombre es Padavano. Alice Padavano Waters.

Emeline acudía casi todos los días en el pequeño descanso que tenía entre su turno en la guardería y sus clases nocturnas en la universidad pública. Decía en broma que tomaba el camino más largo a la graduación porque solo podía matricularse de una o dos asignaturas de educación infantil. Estaba embelesada con el bebé y no soportaba estar lejos mucho tiempo.

—Puedo achuchar a Alice —decía, con la boca pegada a la mejilla de la pequeña— y luego ir a casa por la noche con Izzy. Qué suerte tengo.

Julia sonreía ante la felicidad de su hermana.

—Tenemos que buscarte a alguien con quien tener hijos. Vas a ser la mejor madre del mundo.

—Ya lo sé. Ojalá pudiera saltar directamente a esa casilla. —Emeline se mostraba tímida y nerviosa con los hombres. En los eventos sociales se mantenía detrás de sus hermanas, igual que se escondía tras ellas en las fiestas cuando era pequeña.

«Yo es que soy muy casera», decía, cada vez que tenía que dar explicaciones a alguien. Su inclinación a estar en casa era incluso mayor desde que había nacido Izzy. Emeline solo quería apartarse de ella para ir a ver a Alice.

Una tarde, cuando estaban a solas en casa, Emeline comentó:

—He visto que William no… Vaya, que no coge mucho a la niña. ¿Tú crees que tiene miedo?

Alice tenía entonces tres semanas y estaba dormida; era un peso sólido, delicioso, contra el pecho de Julia.

—Tienes razón —contestó en tono quedo—. Yo también lo

he notado.

William solo sujetaba a la pequeña cuando Julia se lo pedía directamente, como cuando iba al baño o se daba una ducha. Y él siempre se dirigía derecho al capazo o al cambiador y la dejaba ahí. Nunca le hacía carantoñas ni agachaba la cabeza para besarle la suave mejilla.

—No sé si tiene miedo —contestó Julia—. No sé qué siente porque no me lo dice.

—A lo mejor es porque sus padres no eran… normales. A lo mejor es que no sabe cómo comportarse con Alice.

A Julia no se le había ocurrido pensarlo, pero negó con la cabeza.

—No creo que sea eso. Siempre dice que está bien, que todo está bien. —Se movió en la silla con cuidado de no despertar a la niña. Le estaba resultando un alivio poder desahogarse con su hermana—. Yo pensaba que era todo un detalle que William se encargara de los platos y la colada, y ya sé que sí, que técnicamente es un detalle, pero es obvio que lo hace porque las tareas lo mantienen alejado de Alice. Emmie, si es que ni siquiera la mira.

—Bueno, igual solo necesita un poco más de tiempo. Los hombres no tienen el mismo instinto que nosotras con los niños. Pero ya verás cómo cambia. ¿Cómo no iba a cambiar? ¡Si Alice es para comérsela! —Y salpicó de besos el pie de la niña.

El domingo era el único día que William no tenía ni clases ni trabajo, y su presencia en el apartamento perturbaba la rutina de Julia y la niña. Julia lo mandaba a hacer cualquier recado que se le ocurriera y se echaba una siesta larga, pero aun así daba la impresión de que, cada vez que alzaba la vista, William estaba ahí con alguna pregunta tonta. ¿Qué camisa debería ponerse? ¿Tenía que llamar a los de la mudanza para ver a qué hora pensaban aparecer el día acordado? ¿Quería Julia que le preguntara al administrador lo del botón del ascensor? ¿Estarían buenas esas uvas?

—¡Mira, no puedo darte todas las respuestas del universo! —estalló ella por fin—. Estoy ocupada con el bebé y no tengo tiempo para cuidar de dos niños.

Él se disculpó, herido en sus sentimientos. Aquello todavía la irritó más. Se meneó en la silla, con Alice encima, deseando que fuera lunes por la mañana. Sentía que las auténticas preguntas acechaban bajo la superficie de las preguntas tontas de William. Y esas preguntas eran las suyas: «¿De verdad quieres esta vida? ¿Nos quieres a Alice y a mí? ¿Quieres estar aquí con nosotras?».

A partir de entonces, William no preguntó tanto, pero eso significaba que hablaba menos. Lo cual también irritaba a Julia. Y el modo en que ignoraba a su hija cada vez la tenía más triste. Como ya no funcionaba una de las principales ecuaciones de su matrimonio —las preguntas de William más las respuestas de Julia eran igual a un plan—, se sentían incómodos el uno con el otro.

—¿Estoy haciendo algo mal? —le preguntó él una noche, después de apagar las luces.

—Ay, William, no pasa nada —dijo ella en la oscuridad y se quedó dormida.

Cuando Cecelia fue a verla, Julia quiso explicarle la revelación que había tenido durante el parto y lo distinta que era desde entonces.

—¿Tú te sentiste como un animal? —preguntó.

Cecelia se lo pensó.

—Bueno, creo que no hice los ruidos que tú hacías ni me puse tan salvaje —le sonrió a su hermana—, pero creo que sé a lo que te refieres. Si alguien hubiera intentado hacerle daño a Izzy, le habría arrancado la cara.

—Eres más poderosa desde que la tuviste.

—Ah, ¿sí? —dudó Cecelia, con la niña en el regazo. Ya podía mantenerse en pie tambaleante durante unos momentos, pero había demostrado un gran entusiasmo en darle manotazos a Alice, de manera que Cecelia no le quitaba el ojo de encima.

—Convencí a William para que siguiera estudiando —dijo Julia—, pero debería haber seguido yo. Podría haberme doctorado en Psicología de las Organizaciones o en Empresariales. Podría dirigir un negocio, ¿no crees?

Cecelia besó la tersa mejilla de Izzy.

—Lo que creo es que tienes unas hormonas tremendas

recorriéndote el cuerpo y que deberías disfrutarlas mientras duren.

Esa noche, en las sombras, Julia susurró:

—Te echo de menos, papá. Ojalá me hubieras visto siendo madre. Te habría hecho sonreír.

Julia y William se mudaron a un apartamento más grande en julio, cuando Alice tenía once semanas. Era una vivienda de dos dormitorios y una cocina nueva, pero las ventanas del salón daban a otros edificios, en lugar de dar al cielo y al tranquilo patio. Alice se despertaba ya con menos frecuencia, de manera que Julia dormía en la cama con la cuna al lado. Aunque había querido mudarse antes de que naciera la niña, agradecía haber esperado. Allí es donde tenía que comenzar su nueva vida. Había decidido, sin consultarlo con William, que empezaría a trabajar cuando Alice cumpliera seis meses. Miró su armario y destinó la mitad del espacio a los trajes de ejecutiva que pronto se compraría. Fue de una habitación a otra, pensando: «Cuando gane dinero, compraremos un sofá nuevo que irá ahí y una alfombra mullida para que gatee Alice».

William pasaba fuera muchas horas, estudiando en la biblioteca, yendo a clase e impartiendo un curso de verano. Al dar y recibir clases durante el verano, se graduaría antes, pero cuando estaba en casa se le veía exhausto, con los ojos vidriosos. Como la niña ya era algo mayor, las hermanas de Julia los visitaban con menos frecuencia. Cecelia y Emeline tenían su propio apartamento, un sótano con un jardín diminuto para Izzy, y Sylvie había alquilado un estudio en la planta superior de un pequeño edificio que estaba cerca de la biblioteca Lozano. Estaban todas ocupadas y Julia ya no era el principal foco de atención.

Llamaba a su madre una vez a la semana. Al tratarse de una conferencia de larga distancia, a veces había ruido estático y, como Rose se sentaba en el balcón, desde donde se atisbaba el mar, se oían también otros ruidos en su lado de la línea: el viento, la bocina de algún coche, tal vez las olas.

—Aquí el aire es distinto —comentó Rose—. Más suave. Y más salado.

—Alice ya casi sabe darse la vuelta. ¿Te llegaron las últimas fotos, las que le hice en el parque?

—Sí. Se la ve sana. ¿Te he contado que las señoras y yo nos turnamos para preparar la cena?

Julia bajó la vista a Alice, que estaba tumbada en su regazo. La niña se agarraba un pie y lo inspeccionaba atenta. «Qué maravilla —parecía estar pensando—. Qué trabajo de artesanía.» Julia sonrió.

Entonces oyó decir a su madre: «Tienes que dajarme marchar».

—¿Qué has dicho?

—He preparado enchiladas por primera vez y no me han salido nada mal.

Julia sacudió la cabeza como para aclararse las ideas.

—Mamá, ¿tú te sentiste distinta después de tenerme a mí, cuando te convertiste en madre?

—¡Menuda pregunta! Casi no me acuerdo de aquello, Julia. Para cuando tenías la edad de Alice, ya estaba embarazada de Sylvie, ¿no? Estaba demasiado ocupada para pensar en lo que sentía.

Julia asintió con la cabeza. Por lo visto, aquello solo le había pasado a ella.

—Tengo que colgar, mamá. La llamada es muy cara.

Después de hablar con su madre, dejó a Alice acostada para que se echara la siesta. La niña nunca se resistía a la idea de dormir. Cada vez que la tumbaban en el capazo, parecía poner todo su empeño en la tarea: cerraba los ojos con una sonrisita en los labios y se quedaba frita.

Julia bajó la persiana y se tumbó en la cama. Ya sabía por qué echaba tanto de menos a su padre desde que tenía a Alice. Quería explicarle cómo veía el mundo desde entonces porque solo él la entendería. Su padre había visto su poder, había comprendido su alcance antes incluso que ella. Cuando le contó que se iba a casar con William, Charlie mostró un fugaz gesto de decepción. Entonces Julia no había entendido aquella reacción, porque William le caía bien. Pero entonces él dejó de

llamarla «su cohete», y ahora ella tenía claro que su padre esperaba algo más para ella. Había visto su potencial y quería verla volar, no casarse y crear un hogar.

—Puedo hacer las dos cosas, papá —dijo en voz alta, entre la dulzura de los ligeros ronquidos del bebé—. Me las apañaré para hacer las dos cosas.

Sylvie

Febrero de 1983 – agosto de 1983

Sylvie dejó de dormir en casa de Julia y William tres meses antes de encontrar su propio apartamento. Cuando se marchó, le dijo a su hermana que tenía otro sitio donde quedarse, pero no era verdad. Tan solo sabía que, desde la noche en que se había olvidado las llaves y había hablado con William en el banco, era el momento de irse a otra parte. Había sido la segunda vez que lloraba desde la muerte de su padre. La primera fue cuando leyó el manuscrito de William.

Le sorprendió oírse contar lo mucho que echaba de menos a Charlie. Le sorprendió hablar de las estrellas, le sorprendió echarse a llorar y le sorprendió sentir la tristeza de William a su lado, como si respondiera a la suya. Era como si una luz iluminara el verdadero estado de su cuñado, como si hubiera pulsado un interruptor. Y él también la vio a ella. William había reconocido su sentimiento de pérdida y lo había expresado con palabras. Nadie más, en toda su vida, había identificado aquel remolino específico de su pena. Nadie la había comprendido desde que su padre había muerto. Y había sido como respirar grandes bocanadas de aire después de haber contenido el aliento mucho tiempo.

Esa misma noche, tumbada en el sofá mientras su hermana y William dormían en su habitación, Sylvie decidió que era demasiado arriesgado quedarse allí. Se sentía vulnerable, amenazada por sus propios sentimientos en presencia de William. No era culpa de ninguno de ellos, sino una amalgama de su dolor por Charlie junto con las notas a pie de página del manuscrito y aquellos pocos minutos en el banco, cuando estaba demasiado cansada para poner límites. Todo ello hacía

imposible que se comportara con normalidad con su cuñado. Cuando aquella noche él se había levantado para volver a casa, había estado a punto de cogerlo del brazo y decir: «No». Durante los momentos que estuvieron en el banco, se sintió comprendida y quería seguir allí con William. Sabía que no era apropiado desear pasar más tiempo a solas con el marido de su hermana. No estaba bien.

De manera que durante un tiempo durmió en el suelo o en el sofá de alguna compañera de trabajo, y varias veces con Emeline, en su cama pequeña. Cuando la bibliotecaria en jefe Elaine se fue de vacaciones, la dejó a cargo de la biblioteca, y entonces pasó las noches en el comedor, donde había un blando sofá amarillo que hacía bien las veces de cama. Antes de abrir la biblioteca, se aseaba en el lavabo con una esponja. A menudo llevaba la bolsa con sus cosas a las clases porque esa noche dormiría en otro sitio. El viento del lago era violento esa primavera y tenía que esforzarse en cada paso.

Con tanto nomadismo, se sentía nerviosa y desconcentrada: sin un domicilio fijo, sus movimientos no parecían tener mucho sentido. Siempre había vivido en familia, no sabía hasta qué punto despertarse oyendo a sus padres o a Julia por la mañana había formado parte de su identidad. Su familia era un espejo en el que reconocía su reflejo. Cuando se despertaba en el sofá de una compañera, sin saber dónde estaba por un segundo, tampoco sabía quién era. Le obsesionaban las preguntas de William: «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué lo hago? ¿Quién soy?».

Sylvie tuvo que recurrir a varios trucos para crear una sensación de continuidad y no perderse. Durmiera donde durmiese, lo primero que hacía por la mañana era ir al baño y mirarse al espejo, una novedad para ella. Nunca había sido muy presumida ni le había interesado mucho su aspecto, pero en esos momentos necesitaba recordar que la joven del espejo era más o menos la misma persona día tras día. Se miraba el pelo, con el que nunca se podía negociar, y aceptaba cualquier mechón de punta, cualquier remolino que se le hubiera formado. Se fijaba en las motas verdes de sus ojos castaños. Decía: «Buenos días, Sylvie» y luego se lavaba los dientes.

Empezó a leer *Hojas de hierba,* el ejemplar que tenía su padre. Charlie había subrayado pasajes y escrito en los márgenes la palabra «¡maravilloso!» incontables veces. Ya habían pasado varios años desde que había leído la antología de principio a fin, y esta vez le sorprendió lo mucho que aparecía la muerte. En «Canto a mí mismo», Whitman hacía una lista de numerosas definiciones de «hierba», pero la favorita de Sylvie era «el hermoso cabello despeinado de las tumbas». La recordaba cuando visitaba la tumba de su padre. Según el poeta, la muerte no era definitiva, porque la vida estaba enredada en ella. Las hermanas Padavano hollaban la tierra gracias al hombre que habían enterrado. Estos pensamientos y la lectura de los versos de Whitman tenían más sentido para Sylvie que la educada charla de la señora que se sentaba junto a ella en el autobús o el hecho de que jamás llevara suficiente dinero en el bolso.

Rose se marchó a Florida durante este periodo. Despedir a su madre con un beso en la mejilla y luego salir corriendo al hospital para conocer a Alice recién nacida pocas horas más tarde le pareció correcto porque concordaba con el nivel de turbulencia que la habitaba. Su padre había muerto y su madre y su casa familiar también desaparecían. Una vez había visto la foto de las consecuencias de un gran terremoto y la imagen no se le había borrado de la memoria: una carretera partida por la mitad a lo largo dejaba al descubierto el centro de la tierra, y los estúpidos seres humanos construían encima casas y colegios y conducían coches y fingían estar a salvo. Sylvie tenía la impresión de pasar los días saltando sobre aquel abismo con una bolsa al hombro y un libro. La mañana que se marchó su madre, se plantó ante el espejo del cuarto de baño y dijo:

—Adiós, mamá. Buenos días, Sylvie.

La bibliotecaria en jefe Elaine hizo oficial su ascenso y su aumento de sueldo unas semanas antes de que Sylvie obtuviera los créditos necesarios de su grado en Biblioteconomía. Ya tenía bastante dinero ahorrado para pagar una fianza, de manera que ese mismo día alquiló un diminuto estudio muy cerca de la biblioteca. Cuando el agente inmobiliario le puso la llave en la mano, ella tuvo que disculparse:

—Perdone que me ponga tan emotiva.

El agente, que llevaba décadas trabajando en Pilsen, se encogió de hombros.

—Llora más gente de la que se imagina. Tener casa propia es algo gordo.

Como no tenía muebles, la mudanza fue sencilla. Julia y las gemelas habían sacado unas cuantas cosas de la casa familiar antes de que Rose se marchara, pero Sylvie, que por entonces no tenía apartamento, no se había llevado nada. Compró un colchón, que puso en el suelo, y le pagó un par de dólares al hijo de un vecino para que la ayudara a subir una mesa de cocina que se había encontrado en la calle. Rose siempre se había dedicado a rastrear el barrio la noche de la recogida de basuras en busca de tesoros que otros desechaban, por lo que Sylvie sabía dónde encontrar lo necesario: estanterías, una caja de platos, una cacerola y una sartén, incluso cojines y cortinas de bonitos bordados que parecían nuevos. No sabía qué movía a la gente a tirar cosas en tan buena condición.

Después de pasar meses intentando hacerse pequeña en la casa de otros, Sylvie dormía despatarrada en el colchón. Dejaba la ventana abierta para que entrara la brisa. Invitaba a sus hermanas y sobrinas y les preparaba unos huevos en la sartén que había sacado de la basura. Escuchaba los ruidos de su apartamento y las calles colindantes: niños riéndose en el patio, el siseo del autobús al detenerse en la parada, el hombre que llevaba la bodega de abajo y que hablaba español mientras se tomaba un café detrás de otro en los escalones de la tienda. Comenzó de nuevo a leer novelas y sintió el extraordinario placer de entrar de puntillas en nuevos mundos de ficción, ya que por fin tenía los pies bien anclados al suelo.

Llamaba a sus hermanas desde su propio teléfono siempre que tenía ganas de oír sus voces, aunque ponía cuidado en llamar a Julia solo cuando sabía que William estaba trabajando. No quería hablar por teléfono con él porque no se fiaba de sí misma. Todavía pensaba por las noches en aquella media hora que habían pasado en el banco. Había memorizado su corta conversación y repasaba la escena en su mente. Se decía que en realidad no había sido nada, que sencillamente

ella estaba fatal, que lo había estado desde la muerte de Charlie, y que ni sus deseos ni sus obsesiones tenían sentido. Pero no se imaginaba charlando de naderías con William por teléfono; las palabras corteses se le atascarían en la boca porque lo que quería preguntarle era: «¿Qué es ser William Waters? ¿Cómo viviste tú lo que pasó en el banco aquella noche?».

En realidad, Sylvie consideraba que la extraña situación en la que había acabado con su cuñado era culpa de Julia. Su hermana conocía las notas a pie de página, sabía que el manuscrito de William incluía pensamientos y preguntas personales, y de todas formas se lo había pasado a ella. Si no lo hubiera leído, nada de eso habría ocurrido. El día después de llorar en el banco junto a William, le había mentido por primera vez en la vida a su hermana mayor. Le dijo que su nuevo apartamento —ficticio— no tenía teléfono y que no, no podía ir a visitarla porque era demasiado pequeño y allí no se cabía.

—Estoy bien —insistió y repitió durante aquellos tres meses, aunque era evidente que Julia sabía que mentía. Y aquella mentira las iba reconcomiendo cada vez más.

La graduación de Sylvie tuvo lugar en el asfixiante auditorio de la universidad, en junio, un martes por la mañana. Les pidió a sus hermanas que no fueran porque haría calor y la ceremonia sería aburrida. «Y todo un anticlímax», pensó mientras tiraba el birrete de cartón a la basura de vuelta a su casa. Ya tenía su título, que era lo que su madre siempre había querido. Pero a su madre ya le daba igual. Sylvie ni siquiera le había contado que se había graduado de manera oficial. No quería oírla suspirar. Sabía que Rose había perdido la fe, y tal vez el interés, en la meta que había establecido para sus hijas cuando eran pequeñas.

Una tarde de agosto, tres meses después de que se mudara al estudio, Ernie entró en la biblioteca y fue al pasillo en cuyas estanterías ella colocaba las novelas juveniles. Sylvie se lo quedó mirando. No lo había visto desde el velatorio de Charlie. Lo cierto era que desde entonces no había visto a ninguno de sus chicos. Llevaba todo ese tiempo recorriendo sola los

pasillos de la biblioteca.

—Anda, mira quién ha venido —logró decir.

—No me he olvidado de ti, es que he estado ocupado. Me acabo de graduar. Es oficial, soy electricista.

—Enhorabuena. Yo también me he graduado.

Se sonrieron. Sylvie observó su pelo ondulado y el hoyuelo en su mentón. Se conocían desde primaria, había visto convertirse a aquel niño flaco en un sólido joven. Hizo inventario de sus sentimientos: en otro tiempo había deseado tenerlo entre sus brazos, pero ya no estaba muy segura. Ya no era la misma chica, la que tenía un padre y una madre y sueños sobre su futuro. Era una bibliotecaria esforzándose por crear su propio hogar. Sus fantasías habían quedado en suspenso cuando había muerto Charlie, las terceras puertas se habían cerrado, y el único hombre en el que pensaba era el que se había casado con su hermana.

Sylvie meneó la cabeza, intentando apartar esos pensamientos.

—¿Me vas a besar o qué? —dijo.

Ernie ensanchó la sonrisa y ambos dieron un paso adelante hasta que sus cuerpos se tocaron. Las manos de Sylvie en el cuello de Ernie, los brazos de Ernie en torno a su cintura. Su cuerpo lanzó un silencioso gemido de alivio. Aquello era tan agradable como antes. Gracias a Dios. Se le antojó curioso que Ernie apareciera justo entonces, cuando llevaba en el bolsillo la llave de su propio apartamento, cuando necesitaba que la distrajeran. A lo mejor era una oportunidad para empezar de nuevo. Tal vez esta versión de ella misma sí saldría con Ernie, como habían querido sus hermanas.

Cuando se separaron y miraron a su alrededor por si había gente o andaba por allí la bibliotecaria en jefe Elaine, Sylvie anunció:

—¿Sabías que ahora tengo mi propio apartamento?

—¡Qué dices! Es increíble.

Sí que era increíble. La mayoría de los que habían sido sus compañeros de colegio todavía vivían con sus padres o, igual que Julia, habían pasado directamente de la casa de sus padres al matrimonio. A Sylvie le gustaba ser inusual. Cecelia era

todavía más inusual, por supuesto, madre soltera y en su apartamento con Emeline. Julia era la única que seguía la línea tradicional.

Mirando a Ernie, con la llave en el bolsillo, Sylvie sintió esperanza. Estaba de nuevo en su propia vida, bajo sus propios términos.

—¿Quieres ir a verlo? El apartamento, digo.

Ernie ladeó la cabeza.

—Vale.

Quedaron para más tarde y, en cuanto Ernie se marchó, Sylvie fue al mostrador vacío del rincón y cogió el teléfono. Sabía que William estaría en casa, de manera que llamó a las gemelas.

Contestó Emeline.

—Residencia de las hermanas Padavano.

Sylvie se echó a reír.

—¿Por qué contestas así al teléfono?

—Porque a Izzy le hace gracia, no sé por qué. ¿Estás en la biblioteca?

—Sí, es solo que tenía que contarle a alguien que Ernie ha vuelto. Hoy. Me lo he encontrado por los pasillos.

—¡Ay, gracias a Dios! —Todas las hermanas sabían que los chicos de Sylvie se habían evaporado cuando Charlie había muerto. Habían hablado muchas veces de las posibles razones—. ¿Te ha dicho por qué desapareció?

—Emmie, lo he invitado a venir a mi casa esta noche.

Se produjo un silencio.

—Halaaaa —dijo Emeline por fin.

Sylvie casi oía la sonrisa de su hermana y el barboteo de Izzy cerca del teléfono.

—Voy a ser la única todavía virgen —soltó Emeline—. Tienes que llamarme después y contármelo todo.

—¿Quieres que le pregunte si tiene algún amigo para ti?

—¡No, por Dios! —exclamó Emeline risueña—. Estoy demasiado ocupada entre las clases y el trabajo. Pero ¡esto es genial, Syl! No te olvides de depilarte las piernas. Mírate el cuerpo y trata de verlo con los ojos de un desconocido.

—No es un desconocido. Lo conozco de toda la vida.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Sylvie se miró los vaqueros y las zapatillas deportivas. Intentó recordar qué bragas se había puesto esa mañana.

—Se lo habrás contado a Julia, ¿no? —Al no obtener respuesta, Emeline la apremió—: Tienes que llamarla, Sylvie. Se va a sentir ofendida si no la llamas.

Sylvie suspiró. Según la complicada matemática que unía a las hermanas, Emeline tenía razón. Eran cuatro, pero dentro del cuarteto había dos parejas: Sylvie y Julia, y Emeline y Cecelia.

—Ahora estás en tu propia casa —añadió Emeline. Lo que quería decir era: «Antes tenías excusa para estar rara con Julia, cuando no tenías casa y dormías conmigo, pero ya no es así».

—Maldita sea, Emeline. —Sylvie sabía que a su hermana no le gustaba que blasfemara—. ¿Por qué tienes que ser tan sabia?

—Soy la única que no tiene vida propia, así que tengo tiempo para vigilaros a las demás.

—Tengo que volver al trabajo.

Sylvie se prometió llamar a Julia cuando tuviera un momento libre en la biblioteca, pero no lo tuvo y, antes de que se diera cuenta, ya era hora de cerrar.

Ernie llegó a las ocho en punto. Sylvie sospechó que había estado dando vueltas por la manzana hasta la hora exacta. No llevaba su uniforme habitual de camiseta blanca y pantalones oscuros con bolsillos diseñados para llevar herramientas, sino una camisa. Además, iba bien peinado y llevaba en la mano una botella de vino tinto.

—¿Te gusta el vino? —preguntó.

Sylvie asintió con la cabeza, aunque no sabía si sería capaz de beber. Estaba tan nerviosa que ya le costaba tragar. Miró en torno al apartamento intentando verlo con los ojos de Ernie. ¿Se veía triste y ajado a la luz de la lámpara?

Ernie le tocó la mejilla.

—Si quieres me voy. No tenemos por qué hacer esto, sea lo que sea.

—Sí hay que hacerlo —replicó ella. Era su nueva vida, su

vida, tanto si estaba lista para ella como si no—. Bésame. Así me sentiré mejor.

El beso sí que la hizo sentir mejor. Al fin y al cabo, llevaban años besándose. No llegaron a abrir el vino. Ya no tenían que separarse después de noventa segundos ni pensar en los usuarios de la biblioteca ni en la bibliotecaria en jefe Elaine. Sylvie enredó los dedos en el cabello de Ernie y, cuando él le desabrochó la blusa y le apartó con suavidad el sujetador para besarle el pecho, ella creyó morir de placer.

Ernie se incorporó para mirarla a la cara.

—¿Te gusta esto?

—Mucho.

Más besos y ya se estaban arrancando la ropa. A Sylvie le parecía increíble que su cuerpo pudiera sentir tanto. Parecía increíble que nada pudiera causar tanto placer. Con los ojos cerrados, veía colores cálidos, rojos y anaranjados. Hablaron, pero ella apenas les prestaba atención a sus propias palabras. Su cuerpo respondía al de él, su boca a la de él.

Más tarde, sin embargo, cuando se acurrucaban uno en brazos del otro, una sensación de pánico le cosquilleó en el cuello. De pronto, se oyó decir, con una voz que sonó demasiado alta a sus propios oídos:

—Solo para que lo sepas, no estoy buscando pareja.

—Vale. —La barba incipiente de Ernie le frotó el hombro—. ¿Qué es lo que estás buscando?

Sylvie se acordó de William, sentado en el banco, y cerró con fuerza los ojos para eliminar esa imagen.

—No lo sé muy bien.

—Pues entonces podemos pasarlo bien juntos sin más. —Y Ernie le hizo darse la vuelta.

«¿Podemos hacerlo?» Desde luego, aquello era pasarlo bien. Jamás había estado tan cerca del pecho de un hombre. Era peludo, muy distinto al suyo. Acarició el surco en el centro de su abdomen. Él hizo lo mismo y tuvo que culebrear un poco para encajar el dedo entre sus pechos.

«Bésamelos», pensó Sylvie. Y él pareció leerle el pensamiento. Y obedeció.

—Supongo que no debería haber esperado nada normal —

comentó él por fin— de la chica que me llamaba como una sirena para que la besara.

Dejó de tocarla por un momento y Sylvie casi le pidió a gritos que siguiera. Arqueó el cuerpo hacia él.

—¿Como una sirena?

Él sonrió al ver la ansiedad de su cuerpo y apretó la mejilla contra el costado de su pecho.

—Hace un par de años, estaba un día en la biblioteca, haciendo un trabajo para la señora Brewster. De pronto, saliste de detrás de una estantería y me miraste de una manera… Nadie me había mirado nunca así. Yo también te miré, me levanté y te seguí.

—Y nos besamos. —A Sylvie le gustaba esa historia. Le gustaba lo que Ernie le hacía a su cuerpo. Le gustaba la chica que era antes.

—Mmmm. Incluso cuando mi vida era un horror, sabía que podía ir a la biblioteca y besarte. —Ernie se apartó un poco para mirarla—. Aunque una vez fui y tú te estabas besando con otro.

Sylvie se sonrojó.

—Yo no te vi.

Ernie se inclinó hacia abajo con su fornido cuerpo. Ella se aferró a sus brazos.

—Al principio me enfadé —explicó él—, pero no tenía derecho a enfadarme, ¿sabes? No estábamos saliendo ni nada. Cuando me pediste que viniera a tu casa, me acordé de aquel otro chico y me pregunté… me pregunto si ha estado aquí primero.

—Tú eres el primero. —Sylvie se había puesto triste de pronto y su voz también sonaba triste. ¿Sería una verdad básica del ser humano que si estás desnudo no puedes dominar tu voz? ¿Estaba su voz también desnuda?—. No ha habido nadie más —declaró, con toda la compostura que consiguió reunir.

Pero fue un alivio que Ernie dijera que tenía que trabajar temprano al día siguiente y debía marcharse.

—A lo mejor nos podríamos ver mañana por la noche… —sugirió.

Sylvie contestó con un ruido que ni siquiera ella misma supo interpretar como un sí o un no.

Lo despidió con un gesto torpe mientras él salía del estudio. Ya a solas en la cama, se cubrió la cara con las manos. Sentía una maraña de emociones al mismo tiempo: estaba avergonzada, encantada de lo bueno que era el sexo, incómoda sobre Ernie. Había dicho que podían pasarlo bien sin más y ella se encontró recordando una y otra vez la expresión «pasarlo bien». No pensaba que hubiera nada malo a nivel moral en acostarse con alguien que le gustaba, aunque no lo amara, pero una nueva soledad había anidado en su interior. Sabía que si su madre se enteraba de lo que había hecho, la llevaría a rastras a St. Procopius y la dejaría allí de rodillas. Pero Rose vivía en la playa, en Florida, y aquello también era como un castigo. Sylvie se acurrucó bajo las sábanas y se obligó a dormir.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono junto a su colchón. Se dio la vuelta para contestar y miró con ojos entornados el cielo a través de la ventana: una luz pálida entreverada de rosadas nubes. Amanecía.

—Espero que no sea demasiado temprano. —Era Julia—. Alice estaba despierta y sé que tú te levantas temprano.

Sylvie bostezó.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. —Julia calló un momento—. Pero ha pasado algo raro.

Al oír el tono de su hermana, Sylvie se incorporó y se dio cuenta de que seguía desnuda. Nunca había dormido desnuda. «Dentro de un momento, cuando Julia termine, le contaré que a mí también me ha pasado algo raro.»

—¿Qué ha sido?

—Ayer llamé al departamento de Historia para preguntarle una cosa a William. Ya no recuerdo ni qué era. El caso es que la secretaria del departamento, cuando supo que era mi marido, me contó que llevaba más de una semana sin aparecer por allí y que también se había saltado tres de las clases que imparte. Por lo visto, oyó decir a un profesor que lo mismo lo dejaban en periodo de prueba. Creo que me lo dijo porque le di

pena.

Sylvie tiró de las sábanas para taparse. Se le había puesto la piel de gallina con las palabras de su hermana.

—Cuando colgué estaba furiosa con ella porque tenía que tratarse de un error. Creía que la mujer se había confundido y que era una irresponsabilidad ir diciendo esas tonterías.

—A mí también me suena a equivocación.

—Sí —prosiguió Julia pensativa—, pero resulta que tenía razón y que yo no conocía a William tan bien como creía.

Una parte del cerebro de Sylvie advirtió que su hermana había hablado en pasado. Se acordó de la nota del manuscrito de William: «Esto es terrible. Yo soy terrible». Se inclinó hacia adelante, intentando dilucidar lo que significaba aquello.

—Anoche le pregunté a William qué tal le había ido el día y me habló de una clase que había dado, me contó lo que dijo uno de los alumnos y con quién almorzó en la cafetería de la facultad. Y yo le repliqué que había hablado con la secretaria del departamento y él se puso palidísimo. —Julia vaciló—. Y luego me abandonó.

—¿Cómo que te abandonó?

—Me dio una nota y un cheque y se marchó.

Allí estaba pasando algo muy grave. La noticia estalló sobre Sylvie como una ola.

—Me visto y voy para allá lo antes posible. Vamos a solucionar esto, Julia. No te preocupes.

—No hay nada que solucionar. —La voz de su hermana era serena—. William lleva mintiéndome una semana, por lo menos. Y ya no quiere estar conmigo.

William

Agosto de 1983

William faltó a la primera clase por casualidad. Hacía un calor abrasador a finales del verano. Acababa de terminar la primera tanda de entrevistas a los jugadores que Arash le había encargado y se quedó en la zona de atletismo de Northwestern un rato más para ver el entrenamiento. Sabía que tenía demasiadas cosas que hacer, con los estudios y las clases, y para colmo un bebé en casa, sabía que no debía quedarse allí, pero no podía evitarlo. Era la época del campamento deportivo de verano y solo conocía a la mitad de los jugadores del equipo. Los de tercero y cuarto habían sido sus compañeros, pero los de primero y la mayoría de los de segundo eran unos desconocidos.

Al principio del campamento, Arash le había pedido que lo ayudara entrevistando a los jugadores nuevos sobre sus lesiones anteriores.

—Eres el más apropiado para hacerlo —le había dicho—. Los chicos más jóvenes todavía no saben quién es importante en el claustro y quién no. Si voy yo, pensarán que los puedo sentar en el banquillo, así que no me dirán la verdad.

—Mi trabajo es que se sinceren —adivinó William.

—Cuéntales tu historia y lo harán.

De manera que William se encontró en un despachito al fondo del gimnasio, con una carpeta que contenía los detalles de todos los jugadores de la plantilla. Los chicos fueron a verlo de uno en uno. William contó una y otra vez la historia de su rodilla: los detalles de la primera lesión en el instituto y luego lo que le había pasado cuando saltó bajo la canasta en su última temporada.

Cuando terminaba, casi todos preguntaban:

—¿Cómo tienes ahora la rodilla?

En las primeras entrevistas, William contestaba:

—Bien.

Pero a base de repetirse, acabó pensando: «Eso no es verdad, estoy en este cuartito asfixiante justo para contar la verdad». A partir de entonces, empezó a responder con alguna variante de: «La rodilla todavía me duele, pero es que no hice la rehabilitación adecuada. Todavía noto los sitios en los que se rompió». Y siempre los jugadores se echaban atrás, se apartaban de él como si la lesión pudiera ser contagiosa.

Pero la verdad funcionó. Los chicos (los de primer año parecían muy jóvenes a ojos de William) le contaron lo que les había pasado en su infancia y adolescencia. Solo uno o dos estaban ilesos o eso decían al menos. «No, ninguna lesión. Ningún accidente. Supongo que he tenido suerte.» Pero todos los demás tenían algo que contar. Dos de ellos habían sufrido accidentes de coche por culpa de conductores borrachos, lo que había resultado en un hombro roto en un caso y una hernia discal en el otro. Un joven pecoso que venía de un famoso instituto de baloncesto en Oklahoma tenía brotes recurrentes de la enfermedad de Sever: un intenso dolor en el tobillo por haber crecido tanto y tan deprisa mientras jugaba mucho al baloncesto. Los que también habían jugado al fútbol americano habían sufrido contusiones. Un arrogante chaval de primer año, que se había presentado como «El Primero desde el primer día», se había desgarrado un tendón de la corva. Un fornido jugador de 1,98 de altura y frente prominente le contó que el hombro se le dislocaba con frecuencia, pero que nunca se lo había dicho a ningún entrenador porque sabía colocárselo él solo en su sitio. Un chico de Los Ángeles preguntó:

—¿Un apuñalamiento cuenta? Porque me apuñalaron en la zona lumbar hace un par de años.

—Sí que cuenta, sí —respondió William, intentando disimular su espanto—. Desde luego que cuenta.

Al final de la última tarde de entrevistas, William salió del caluroso despacho. Había sentido el impacto de todas las lesiones de las que había oído hablar. Cuando aquellos chicos

corrían por la cancha, no parecían universitarios: su capacidad atlética casi sobrenatural los hacía parecer superhombres. Los bloqueadores formaban pantalla para los jugadores más grandes, que a su vez hacían jugadas desde el poste y enviaban pases a las posiciones abiertas. Las prácticas estaban salpicadas de gritos de placer porque jugar a ese nivel era fantástico. Antes de las entrevistas, William jamás habría imaginado el dolor que sentían aquellos excepcionales jugadores.

Se acordó de haber visto el sufrimiento de Sylvie. Recordaba algo de su propia angustia, cuando se rompió la rodilla y abrió el sobre de su padre. Veía el dolor como si fuera un nubarrón persiguiendo a cada uno de los jugadores por la cancha. De momento, ellos corrían más rápido. Él también había corrido más rápido durante un tiempo.

—Me están contando todo lo que sus cuerpos han sufrido en su vida —le dijo a Arash—, no solo en la cancha.

Arash asintió con la cabeza.

—Me alegro.

—¿Te alegras?

—Necesitan contárselo a alguien. Casi nunca nos preguntamos entre nosotros por nuestras heridas y lesiones. Lo has hecho mejor de lo que esperaba, William. Excelente trabajo.

William se sorprendió. Arash no se prodigaba en cumplidos. Pero al oírlo supo que aquellos chicos no le habrían contado tanto, si es que hubieran contado algo, a otra persona. No sabía muy bien por qué. Su rodilla rota lo explicaba en parte, pero solo en parte.

Tras marcharse del gimnasio, paseó por los soleados caminos del campus, mirando a los desconocidos y preguntándose no ya si habrían sufrido alguna lesión, sino cómo la habían sufrido y hasta qué punto se habían recobrado. Si prestaba atención, casi podía leer sus historias en su silencio, como la estela que deja un barco. Padres maltratadores, novios indiferentes, malas decisiones, deudas, sueños de éxito que temían que nunca se cumplieran. Cuando andaba cerca de la biblioteca de la universidad, avistó al anciano profesor de Historia sentado en un banco. Había un

decaimiento en su postura que lo impulsó a acercarse a él.

—¿Está usted bien, profesor? ¿Le puedo ayudar en algo?

El viejo alzó la vista y, por un instante, le recordó a Charlie cuando lo miraba desde su butaca.

—Eres el alto.

—Sí, señor. William Waters. Hace mucho calor aquí fuera.

—Sí, eso es, William Waters. Eso es.

William se colocó delante de él para arrojarle algo de sombra.

—¿Necesita ayuda?

—Bueno, ¿quién no la necesita? ¿Por qué no te sientas conmigo, William Waters? Un poquito de sol nunca le ha hecho daño a nadie.

William se sentó a su lado. Algunos estudiantes —más o menos la mitad de lo normal, dado que estaban en verano— se movían adormilados por el patio. Oía la cansada respiración del profesor, que olía a limones o tal vez a limonada. William cerró los ojos un momento. Alice se despertaba unas cuantas veces por la noche para comer y, después, tanto la niña como Julia volvían a dormirse de inmediato, pero él a menudo se quedaba despierto. Julia respiraba con más profundidad que antes, como si necesitara más aire. La única manera de saber si el bebé seguía respirando era inclinarse sobre su capazo y pegar el oído a su boca. Sus inhalaciones y exhalaciones eran casi silenciosas, de manera que William se levantaba a escucharlas varias veces cada noche para asegurarse de que todo iba bien.

Cuando volvió a abrir los ojos, el aire era de un claro color púrpura y el profesor había desaparecido. Atardecía. Los árboles se oscurecían convirtiéndose en siluetas. William parpadeó varias veces, sin entender muy bien lo que veía. Tenía el cuerpo rígido y la rodilla palpitante. Se miró el reloj y respiró de una forma tan brusca que rompió a toser. Su clase sobre la Revolución Científica había terminado hacía tres cuartos de hora. Él era el profesor, no había nadie más a cargo de esa clase. Contempló el paisaje, buscando una solución. Lo extravagante de aquella situación requeriría una solución igual de extraña. Tal vez un árbol mágico que hiciera retroceder el

tiempo hasta el momento en que se había sentado en el banco.

Durante toda su formación, solo se había encontrado con un profesor que faltara una vez a clase y resultó que se había quedado fuera de casa durante una tormenta torrencial, sin las llaves y sin acceso a un teléfono. Quitando esa ocasión, todos los profesores habían entrado en sus clases a tiempo, si no antes de tiempo. En caso de enfermedad o emergencia familiar, se avisaba siempre con antelación para que llamaran a un sustituto. Que un docente se ausentara de forma misteriosa de una clase de formación superior era algo impensable. William se imaginó a sus alumnos, primero aburridos, luego desconcertados. Al salir del edificio, le habrían dicho a la secretaria del departamento que no había habido clase.

Se quedó muy quieto en el banco. El tórrido calor del día se había disipado. El sol se había puesto. Pensó en los ligamentos desgarrados de los jugadores, en las contusiones, los talones doloridos y las articulaciones dislocadas, y se sintió paralizado. Había cometido un error terrible, un error que no se podía borrar. Cuando la oscuridad lo envolvió, cuando ya tenía que ponerse la mano delante de la cara para verse los dedos, se encaminó a su casa. Le alivió que Julia lo saludara con normalidad, porque significaba que el departamento no había llamado. Pensó en contarle lo que había pasado. A Julia se le daba genial resolver problemas y seguro que aquel le parecería una nadería. Casi la oía decir que solo tenía que llamar al departamento a primera hora de la mañana y disculparse, y ya estaba. Pero, pensó, a su esposa ya no le interesaba responder a sus preguntas. Tampoco entendería por qué había ido al gimnasio, puesto que no tenía ni idea de que se había implicado tanto con el equipo de baloncesto. Le daba vergüenza contarle que se había quedado dormido en un banco en mitad de la tarde. ¿Qué clase de hombre hacía eso? ¿Qué habría pensado el viejo profesor al verlo echarse la siesta a su lado?

—¿Estás bien? —le preguntó Julia, casi a la hora de acostarse.

—Sí, claro.

Esa noche su sueño fue todavía más agitado. Alice lloraba y

a él le martilleaba el corazón en el pecho. «¿Qué hago?», se preguntó tantas veces que se le olvidó cuál era el problema del que trataba de alejarse en la oscuridad. Se quedó solo con esa pregunta y una sensación visceral de pánico. Cuando se despertó temprano a la mañana siguiente, fue a recoger los dos periódicos que todos los días dejaban en su puerta, uno local y otro nacional. «Es un nuevo día», se dijo, y decidió contarle a Julia lo que había sucedido. Estaba exhausto y no sabía qué otra cosa hacer. Visualizó a su esposa antes de que él la decepcionara, antes de que naciera la niña. Aquella versión de Julia le rodearía la cintura con los brazos y le daría instrucciones precisas. Le dolía la cabeza. Pensó que tal vez la antigua Julia se presentaría si él la invocaba, sintiendo desde las sombras del pasado que William no tenía ninguna otra esperanza.

Se inclinó para coger el *Evanston* y echó un vistazo a la portada. Estaba a punto de entrar en la cocina cuando vio, en la esquina inferior izquierda, una pequeña fotografía del viejo profesor. El pie de foto decía que había muerto la noche anterior en su casa, de un derrame cerebral, en torno a la hora de cenar. El hombre había ganado un prestigioso premio de Historia durante su carrera y era muy conocido por un libro muy vendido sobre la Segunda Guerra Mundial. «¿Está muerto?» Y la palabra «muerto» cayó en el fondo de su ser como un ancla.

Con la noticia y el peso de esa palabra, el silencio que había dentro de William se expandió hasta llenarlo por completo. Había tenido que batallar mucho por buscar coherencia, por entender su nueva vida desde hacía ya tiempo, pero supo que esa lucha ya no era posible.

Cuando se marchó de casa, se llevó el periódico. Estuvo cinco días saliendo del apartamento a la hora de siempre, con el almuerzo preparado y sus libros y artículos académicos. Ignoraba la biblioteca y solo entraba y salía del gimnasio. Observaba los entrenamientos un rato, desde las sombras del fondo, sin que nadie lo viera. Evitaba el patio y el banco donde se había sentado con el profesor. Se cruzaba con desconocidos y catalogaba su dolor. Se mantenía bien lejos de la facultad de

Historia, pero cuando faltó a la segunda clase y luego a la tercera, tomó nota de la hora, como para documentar su propia desaparición. Faltó también a una reunión con su tutor y se imaginó el creciente desconcierto en la expresión del hombre mientras lo esperaba. Al profesor de la pajarita le apasionaba la historia hasta tal punto que su falta de compromiso lo dejaría estupefacto.

Pero es que la parte de su ser que sabía de historia —fechas, hombres de Estado, momentos críticos en los que el futuro colgaba en la balanza— le resultaba inaccesible entonces. La idea de ponerse delante de una clase llena y aguantar durante una hora era inconcebible.

Cuando fue a comprar un sándwich, lo pidió con una voz tan queda que tuvo que repetirse tres veces para que lo oyeran. Cerró los ojos y vio sus notas sobre las lesiones de los jugadores, los toscos dibujos de codos o rodillas. Cuando aquel estudiante de primer año, con su cara de niño, le contó que lo habían apuñalado, William se llevó tal sobresalto que había dibujado un cuchillo.

Volvía a casa todas las tardes a la hora habitual. Julia lo miraba con vaga curiosidad, pero no le preguntaba nada. William sabía, en el fondo de su ser, que Julia no quería saber nada de la experiencia que había vivido durante esos últimos días, que él no se parecía en nada al marido que Julia había planeado. Tenía ganas de pedirle perdón por ello, pero eso la irritaría.

Se puso una bolsa de guisantes congelados en la rodilla porque le dolía después de haberse pasado el día andando. Era un cierto alivio que el departamento no hubiera llamado todavía a su casa, pero sabía que eran los últimos días de su matrimonio, que no podía seguir así ni seguir casado. Cuando Julia le ofrecía la mejilla, él la besaba, intentaba memorizar la sensación de su peso en la cama junto a él. William fingía ser su marido, pero no quedaba mucho de él y el tiempo se acabaría.

Y, en efecto, se acabó.

La séptima noche, con el tenedor clavado en una pechuga de pollo, después de contar descaradas mentiras sobre el día

que había pasado, se enteró de que Julia sabía la verdad. O al menos parte de la verdad.

—No lo entiendo. —Su esposa lo miraba—. ¿Por qué has faltado a clases? ¿Dónde estabas?

William había decepcionado a todo el mundo: a Julia, a su tutor, a sus alumnos. Recordaba que, cuando era más joven, se había visto atraído hacia la historia porque enseñaba sobre causas y efectos. Si alguien hace esto, pasa aquello otro. Pero sus propias palancas de causa y efecto habían funcionado mal. Era una máquina defectuosa.

—Ojalá hubiera podido ser mejor para ti —acertó a decir.

—Es que no entiendo nada. —Mezclada con el desconcierto de Julia, había ira. Odiaba las sorpresas, odiaba que la pillaran con el paso cambiado.

—Ya lo sé. —Pero no le podía explicar nada, no podía defender su caso. Era un mentiroso, un farsante, un impostor. Apartó la silla de la mesa, entró en el dormitorio y sacó una bolsa del estante del armario. Pensó en meter dentro su manuscrito, pero no lo hizo. Cogió un jersey al pensar que igual tenía frío. Del fondo del cajón de la cómoda sacó la vieja cartera, y de ahí, el cheque. En el reverso garabateó: «Para Julia Waters». Escribió unas cuantas frases en un papel del cuaderno que Julia tenía junto a la cama. Puso cuidado en no pensar lo que escribía y en no leer el texto una vez terminado.

Volvió al salón y le tendió el cheque a su esposa.

—¿Qué es esto? —preguntó ella mirándolo a la cara—. ¿Qué está pasando? —Al ver que William no respondía, miró el talón—. Diez mil dólares. ¿De tu padre? ¿Tu padre te dio esto?

—Deberías ingresarlo. Es para ti.

Entonces le tendió el papel doblado y salió del apartamento.

Más tarde se le ocurrió que no había ido a ver a Alice a su capazo, que no había pensado en ella antes de irse. Julia lo llamó, pero él siguió bajando las escaleras con paso firme.

Esa noche el tiempo transcurrió de manera extraña. Echó a andar y al final se encontró a la orilla del lago Michigan. El lago siempre estaba presente, se veía entre los árboles o a través de las ventanas de algunos edificios del campus, pero William jamás había ido allí a propósito. Le recordaba a

Boston, al agitado mar que bordeaba su ciudad natal. Parecía mentira que aquella enorme expansión de agua, en la que no se alcanzaba a ver ningún fin, fuera un lago. Sin duda, aquella cuenca plana, sin límites, merecía otro nombre. Un lago se podía bordear corriendo en treinta minutos.

Pero esa noche, aquel camino le venía bien. Era recto, había bancos donde descansar, podía posar la mirada en el agua negra. Se durmió sentado unas cuantas veces, abofeteado por el suave viento del verano. Algunos bancos los ocupaban borrachos o vagabundos, y se atisbaban oscuras siluetas agazapadas detrás de los árboles. William iba alternando entre caminar y sentarse en aquel mundo nocturno. En el último banco, antes de que el sol comenzara a asomar de nuevo en el cielo, se preguntó cuánto tendría que penetrar en el lago hasta quedar por completo cubierto de agua.

Con la llegada del nuevo día, su cerebro se reseteó, como animado por la luz. Pero su motor estaba hecho de piezas de desguace. No sabía qué hacer. Jamás volvería al apartamento que había considerado su hogar. Julia y Alice se merecían al mejor esposo y padre posible, estaban mejor sin él. No podía ir a Northwestern porque desde el principio había fingido ser un doctorando y, sin duda, ya habían descubierto que era un impostor. No deberían haberlo aceptado en el programa. Se imaginó que ya le habrían ofrecido a otra persona su puesto de ayudante de profesor. También le parecía significativo que su propia carrera profesional falsa y su vida con Julia hubieran expirado a la vez que el viejo profesor. William había conocido a Julia en sus clases, antes de que la piel del hombre se tornara traslúcida y sus ojos, acuosos. El auténtico profesor había muerto y, como una ola que rompe contra la playa, había barrido todos los desatinados esfuerzos de William por darle forma a su vida. Le costó más trabajo centrar la atención en el gimnasio de la universidad. Pensar en Arash y en las pelotas atravesando el aro era como poner las manos sobre una estufa caliente. No dolía del todo, pero quemaba, y su propósito era mantener apartados sus pensamientos.

Tuvo la sensación de que él mismo se había expulsado de su propia vida, igual que un niño recorta una figura en un papel.

El sol brillaba en un cielo sin nubes mientras él deambulaba por barrios desconocidos de Chicago. Una parte de su cerebro seguía planteándose la misma pregunta: «¿Qué sentiría si el agua fría del lago se fuera elevando sobre su piel?». Cruzó el río y varios canales, pasó de largo ruidosas fábricas, atravesó vecindarios que en otro tiempo le habrían dado miedo, barrios pobres en los que todo el mundo estaba en la calle bajo el calor del verano. Pero nadie le dijo nada ese día, ni siquiera un comentario sobre su altura. O bien estaba desapareciendo o bien parecía demasiado peligroso, demasiado extraño. Más tarde pensaría: «Nadie quiere acercarse a una persona que está tan cerca la desaparición».

En lo más oscuro de la noche, vio a Charlie en un portal. Su suegro lo miró a los ojos y le ofreció su sonrisa más cálida. William fue capaz de ver en él el dolor, igual que lo había visto en los jugadores de baloncesto, igual que lo había visto en Sylvie aquel día en el banco. Su hígado maltratado, su trabajo insatisfactorio, su corazón roto; William lo vio todo y dijo:

—Me alegro de verte. —Porque era cierto. Pero para cuando las palabras salieron de su boca, Charlie había desaparecido.

Se quedó mirando un momento el espacio vacío que había ocupado su suegro y luego siguió andando.

Julia

Agosto de 1983

William se marchó del apartamento justo antes de las ocho de la tarde. Los platos de la cena seguían en la mesa. Julia miró el cheque que le había dado. Estudió la firma de su suegro. Nunca había visto su letra. El nombre arañaba el papel, como si hubiera escrito lo más deprisa posible. Diez mil dólares. Parecía una cantidad de dinero inconcebible para aquella caligrafía. Por lo visto, su suegro le había enviado el cheque a William hacía dieciséis meses y él nunca le había dicho nada.

Le costaba aceptarlo. El otoño anterior, cuando estaba embarazada y William pidió una excedencia en el trabajo, toda la angustia que le provocaba su situación económica se habría esfumado por completo si hubiera conocido la existencia aquel dinero. Pero no, en lugar de eso le había reconcomido la preocupación: ¿cuánto podía permitirse darle a Cecelia? ¿Cuánto podía gastar en comida? Todo ello se entrelazó en su interior con la muerte de su padre y le provocó un constante dolor de cabeza.

Fregó los platos y limpió las superficies de la cocina. Se lavó la cara y se puso el camisón. Alice dormía en su capazo con gesto tranquilo. Julia contempló un rato sus rasgos perfectos —su naricilla, las mejillas sonrosadas, las largas pestañas— y se sentó en el sofá. Terminó su rutina habitual de las tardes, por más que aquella no fuera normal. Por primera vez, miró la nota doblada que le había dado William y que ella había dejado tal cual sobre la mesita de centro. Fue consciente de que sentía un hormigueo en el pecho, consciente de su miedo a abrir la nota. «No seas tonta.» Y con fingida confianza, desdobló el papel sobre su regazo. La caligrafía de William no

se parecía a la de su padre, su letra era redonda y fácil de leer, y a Julia le resultaba tan familiar como la suya propia.

No soy bueno para ti ni para Alice. Si me quedara, te destrozaría la vida. Mereces ser libre, Julia. Nuestro matrimonio se ha acabado. Te pido perdón por todo.

Julia leyó las frases en bucle, como un libro que volviera a empezar nada más llegar a la última página. Al cabo de un rato, lo dejó y se tumbó en el sofá. Le habría gustado que Sylvie estuviera a su lado, que la abrazara. No estaba preparada para hablar, pero se sentía sola hasta un punto que se le antojaba peligroso. Se levantó, comprobó que la puerta estaba bien cerrada. Sacó la vieja caja de herramientas de debajo del fregadero y buscó el martillo oxidado con el que habían colgado los cuadros cuando se habían mudado. Dejó el martillo junto a la nota y el cheque sobre la mesa, por si necesitaba protección, y volvió a tumbarse. Quería dormir, pero no podía cerrar los ojos. Cualquier ruidito la impulsaba a incorporarse de golpe, pues pensaba que igual era la llave de William en la cerradura. Después de medianoche, los bares estarían cerrados, así como los edificios del campus. Alice se despertó, Julia le dio de mamar y la volvió a dormir. A las tres de la mañana, seguía en el sofá. «¿De verdad está ocurriendo esto?», se preguntaba.

No había perdido la lucidez que la había invadido en el parto de Alice. Si prestaba atención, lo veía todo. Pero lo cierto era que apenas le había prestado atención a William desde que había tenido a la niña. No había querido mirarlo, en parte porque ella también sabía lo que su esposo había terminado por averiguar: que juntos no funcionaban. Tal vez habían funcionado cuando ella estaba decidida a salvar el mundo y a las personas que la rodeaban. Había empujado a William a una carrera de profesor, lo había empujado a graduarse, incluso lo había empujado a casarse con ella. Pero dejó de empujar cuando nació Alice. Y, cuando dejó de empujar, algo en su matrimonio chisporroteó y se rompió. Ella había seguido haciendo el papel de esposa y él el de marido, pero ya llevaban un tiempo fingiendo sin más.

—Yo me iba a quedar contigo a pesar de todo —le dijo a la sala vacía—. Me había comprometido.

Le dolía que William no sintiera lo mismo. Aun así, consideraba que había sido valiente al marcharse. A William siempre le había costado tomar decisiones y aquella tenía que haber sido la más atrevida de su existencia. Julia creía haber ocultado su nueva sensación de independencia desde que había llegado Alice, pero él la había visto. Entendió que no lo necesitaba, advirtió que había retirado las manos de su espalda y que ya no lo empujaba en la dirección que ella quería.

Llamó a Sylvie en cuanto amaneció, luego se duchó y se arregló con esmero. Comenzaría a montar el escenario de su nueva vida asegurándose de que la mujer que veía en el espejo estuviera presentable. Siempre había creído que las apariencias acompañaban al papel que una interpretaba y no quería tener el aspecto de una víctima desaliñada. Se recordó de pequeña, cuando entraba danzando en las habitaciones al grito de: «¡Tachán!». Se tomó su tiempo ante el espejo, se pintó los labios y se perfiló los ojos. Se hizo un buen recogido en el pelo. Una vez bien vestida, dejó un mensaje de tono muy profesional en el contestador del profesor Cooper, explicando que estaba disponible para trabajar y que podía aportar un gran valor a su empresa. «Puedo hacerlo —pensó al colgar—. Puedo hacer cualquier cosa.»

Pero su confianza se rompió como una goma demasiado tirante para dejar paso a la duda. ¿De verdad sabía lo que era capaz de hacer? Jamás pensó en dejar a William, por más que la decepcionara y la irritara. Se había casado con él, para bien o para mal. Pero también había pensado que, si algún día se separaban, sería decisión suya, no de él. Era William quien la necesitaba, no al revés. ¿Cómo era posible que fuera ella la que se había quedado atrás?

Se frotó la frente, se esforzó por disipar sus pensamientos. Como si escribiera una redacción para el colegio, intentó imaginarse quién sería William sin que ella lo hubiera empujado. «A lo mejor sería entrenador de baloncesto en un instituto.» Y se sintió contenta consigo misma por ser tan madura y generosa con el hombre que le había mentido y

había abandonado a su familia. También era cierto que ella jamás se habría casado con un entrenador de baloncesto de instituto. Los hombres así vivían en casas pequeñas de Pilsen, como la casa en la que ella se había criado. Los hombres así llevaban sudaderas los días de diario y apenas ganaban bastante para pagar el alquiler.

Julia se había querido casar con un profesor universitario. Albergaba aspiraciones secretas para William: que sería decano de la universidad más adelante o que tal vez se presentaría a un cargo político. Pero aquellas expectativas se evaporaron en cuanto leyó su libro. Se dio cuenta entonces de que algo grave le pasaba en el fondo, lo cual significaba que jamás sería un triunfador. Al fin y al cabo, ¿qué clase de hombre escribiría la frase: «Soy terrible»? No obstante, todavía parecía posible que llegara a ser profesor titular, era incluso casi inevitable. Julia había asistido a una de las clases de William en primavera —él le dijo luego que le había costado concentrarse al verla sonriendo como el gato de Cheshire al fondo del aula— y fue una clase magnífica. Salpicaba la materia de bromas y mantuvo una interesante discusión sobre la ética de la guerra, a pesar de que se trataba de una clase magistral. Por primera vez, lo veía utilizar su tamaño fuera de la cancha de baloncesto. Su altura otorgaba significado a su presencia. Estaba destinado a destacar. «Mírame», decía su cuerpo. Y los estudiantes obedecían.

Julia habría seguido casada con aquel hombre que impartía clases. Pero el que acababa de marcharse, el que había ocultado diez mil dólares, y a saber qué más, era un desconocido. Ella no había sabido, no había querido saber hacía ya mucho tiempo, quién era William. Cuando su marido llegaba a casa después de estar fuera todo el día, ella nunca le preguntaba dónde ni con quién había estado.

Necesitaba ver a Sylvie, porque nada en el mundo parecía real a menos que lo compartiera con su hermana. Pero Sylvie apareció pálida y angustiada, como si el edificio estuviera en llamas. A Julia le inquietó su intensidad desde el momento en que le abrió la puerta. Era como si hubiera llegado con un problema nuevo, en lugar de acudir para ayudarla con el suyo.

Sylvie contempló las pruebas sobre la mesa de centro: las cinco frases, el cheque.

—Antes de marcharse, ¿te explicó William por qué había faltado a sus clases? —preguntó—. ¿Qué más te dijo?

—No dijo nada.

—¿Nada de nada?

—Está en la nota, Sylvie. Las cosas no iban bien desde que nació Alice. Bueno, en realidad desde que me quedé embarazada. —Las razones por las que las cosas ya no funcionaban eran un laberinto de callejones sin salida: Julia recorría uno deprisa y luego daba media vuelta para probar con otro—. Somos como un reloj que se atrasa —añadió—. Él no es ambicioso. Nunca sabe qué hacer y quiere que le dé instrucciones para todo, desde lo más importante hasta lo más nimio. Yo soy rápida y él es lento. Yo creía necesitar un marido porque eso es lo que nos decían de pequeñas, ¿no? O, bueno, igual no nos lo decían, pero nos lo dejaron muy claro. No se me pasó por la cabeza que estaría mejor sola. Me veía obligada a llevar a William a cuestas, Sylvie.

Esta escuchaba, pero se doblaba ligeramente por la cintura como si así pudiera entender mejor.

Con su hermana delante, Julia se sentía menos segura que cuando estaba a solas. Notaba los efectos de no haber dormido: le pesaban los párpados y le temblaban un poco las manos. Se las puso en el regazo para que Sylvie no lo notara.

—Alice y yo estaremos bien. La verdad es que no necesito un marido. William —aquí vaciló un segundo— ha hecho bien en marcharse.

—¿Tú crees que está bien?

Julia parpadeó desconcertada.

—¿Qué si creo que William está bien?

—Sí. —Sylvie miró los papeles y el martillo sobre la mesa—. Porque creo que, si ha hecho algo así, saltarse las clases, escribirte esta nota, es que tiene algún problema gordo.

Julia también posó la mirada en la nota.

—Supongo que una separación no es agradable para nadie. ¿Por qué te preocupa tanto William? —preguntó, notando el temblor en su voz—. Deberías preocuparte por mí.

—¡Claro que me preocupas! Me siento fatal por ti, Julia, pero… —Ella también vaciló—. Es que, si hubiera una emergencia, deberíamos hacer algo.

—Mi marido me ha dejado. No creo que eso sea precisamente una emergencia. —Se sentía muy lejos de Sylvie, por más que estuvieran sentadas en el mismo sofá. Se le vino a la cabeza un extraño pensamiento: «¿Podría ser que Sylvie, de alguna manera, conociera bien al hombre que le había mentido, que la había abandonado con una nota y un cheque?». Julia meneó la cabeza. No, no tenía sentido. Estaba cansada y no pensaba con claridad.

—Pero nosotras somos las únicas que sabemos lo que ha pasado —insistió Sylvie—. Creo que igual deberíamos llamar a Kent para que lo sepa él también.

Julia lo pensó un momento.

—Lo más probable es que William esté con él. Si quieres llamarlo, hazlo. Su número está en la agenda, al lado del teléfono.

Sylvie asintió, con los labios apretados.

—¿Quieres llamar tú?

—No. Esto es idea tuya.

Sylvie se levantó y se acercó a la butaca. En la mesita auxiliar estaban el teléfono y la agenda. No apartó la vista del aparato mientras marcaba el número.

Julia notaba que su hermana estaba incómoda y pensó: «Bien. Deberías sentirte incómoda. Deberías estar aquí abrazándome. ¿Por qué estás preocupada por William?».

—Hola, ¿Kent? Soy Sylvie, la cuñada de William. Mira, tenemos un problema y quería que lo supieras. —Guardó silencio un momento, antes de explicar—: William se marchó anoche y no ha vuelto. Le dejó una nota a Julia —Sylvie carraspeó— diciendo que la abandonaba. También ha faltado al trabajo… No, nadie sabe nada de él. No dijo adónde iba. ¿Tú sabes algo? —Otra pausa—. Sí, claro, gracias.

Colgó el auricular.

—Viene para acá. Está preocupado.

Julia sintió un arrebato de ira.

—En esta casa no va a entrar. Si quieres salir y hablar con él

ahí fuera, muy bien. Perdóname si a mí no me preocupa el hombre que acaba de abandonarme, Sylvie. Y a ti tampoco debería preocuparte. ¡Dios! —Julia se levantó—. Me voy a dormir un rato. No he pegado ojo en toda la noche.

Pareció que Sylvie iba a decir algo, pero se lo pensó mejor y se limitó a asentir con la cabeza.

Julia entró en su habitación, se tumbó en la cama y miró a Alice en su capazo. Odiaba que Kent supiera que William la había abandonado. Pensaría que ella era una víctima y no lo era. No sabría que llevaba un bonito vestido. No sabría que se había arreglado el pelo y se había pintado los labios y había llamado al profesor Cooper. Podría pensar que no había sido una buena esposa. Todos estos pensamientos le rondaban la cabeza cuando se quedó dormida.

Al despertar, una intensa luz amarilla entraba por las persianas, lo cual significaba que ya era bien entrada la tarde. Debía de haber dormido durante horas. Alice estaba despierta, jugando con sus pies. Julia la tomó en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Eres, literalmente, el mejor bebé del mundo.

El apartamento estaba en silencio cuando abrió la puerta del dormitorio.

—¿Sylvie?

No obtuvo respuesta. Se llevó a la niña al salón y vio un papel sobre la mesita de centro.

J: Kent ha organizado una partida de búsqueda. He cogido tu llave del bote de espaguetis para poder entrar sin molestarte. Volveré pronto, te lo prometo.

¿Una partida de búsqueda? La expresión parecía demasiado dramática. Julia meneó la cabeza, irritada y todavía grogui. ¿Por qué se había ido Sylvie con Kent? Por primera vez en la vida, no tenía ni idea de lo que pensaba su hermana. Incluso cuando Sylvie se saltaba las clases en el instituto o besaba a los chicos en la biblioteca, entendía su razonamiento, por más que no estuviera de acuerdo con él. Pero esa mañana le había contado que su esposo se había ido y ella había cogido y se había ido también.

—¿Por qué? —le preguntó al silencio.

Le dio de comer a Alice y la tumbó en una manta en mitad del suelo del salón. Luego fue a la cocina. No había comido desde el día anterior y tenía hambre. Se preparó un sándwich de atún, lechuga y tomate, lo puso en un plato, y lo devoró a mordiscos hasta chuparse los dedos. Acto seguido, se comió una manzana hasta el corazón y se tomó una de las cervezas de William que había en la nevera. Ya por fin satisfecha, le cambió el pañal a Alice y le leyó su *Buenas noches, luna.*

—Eres una niña muy buena —canturreó. Alice la miró con una expresión dulce y alegre. Tenía cuatro meses y ya había comenzado a derramar amor sobre ella como un sol. Cuando la veía llegar, todo su cuerpecito se agitaba de emoción. Alzó la mano para tocar la barbilla de su madre, que era algo que solía hacer mientras mamaba para buscar consuelo.

A las seis llamaron a la puerta. Julia se asomó a la mirilla y abrió. Eran Cecelia y Emeline, con Izzy en un cochecito. Las dos la miraron vacilantes nada más entrar.

—Pobrecita —dijo Emeline—. Tienes que estar fatal.

—Ha sido un día muy raro —replicó Julia.

—Sylvie no nos ha contado gran cosa por teléfono —apuntó Cecelia—. Tenía mucha prisa. Por lo que he entendido, parece muy preocupada, tanto que no llego a comprenderlo. Estoy segura de que William está bien. Emmie y yo estamos más preocupadas por ti.

A Julia se le saltaron las lágrimas.

—Os lo agradezco.

—No sabía que las cosas fueran tan mal entre vosotros. ¿Es por cómo se comporta con la niña? —Era como si la noticia hubiera vuelto atrás el reloj biológico de Emeline: con aquellos ojos tan abiertos parecía una niña—. ¿Cómo ha podido William dejarte?

Cecelia estaba leyendo la nota, Julia se la había dado.

—Es que no entiendo nada. William te deja y Sylvie y Kent se ponen a buscarlo como si estuviera perdido. Es que no tiene sentido.

—Ya lo sé. Todo ha sido muy inesperado, pero no es… —Julia meneó la cabeza—. Saldré de esta. Todavía soy joven,

¿no? Y me gradué en la universidad, gracias a mamá. Estamos en los ochenta, no en los cincuenta. Alice y yo empezaremos de nuevo.

—Bah —dijo la niña de diez meses en el cochecito, haciéndole con la mano un gesto a su tía. Julia se agachó para pegar la nariz a la de Izzy y la pequeña gorjeó de gusto. Al otro lado de la sala, Alice pataleaba en su manta, emocionada al ver a su prima.

Era reconfortante tener allí a las gemelas. Sylvie la había hecho sentir como si hubiera otro problema, además del abandono de su marido, lo cual había resultado desconcertante. Pero volvía a estar en tierra firme. William había dado por concluido su matrimonio al comienzo de la noche y, casi veinticuatro horas más tarde, Julia se había puesto al día: lo suyo se había acabado. Estaba segura de poder salir adelante ella sola, pero para convencerse se imaginó un día cualquiera en un futuro posible. El futuro en el que llevaba un magnífico traje de ejecutiva y se sentaba tras una moderna mesa negra, con el pelo recogido en un experto moño, su competencia a la vista de todos. «Estaré mejor que bien —pensó para darse ánimos—. Voy a ser increíble.»

Pero Cecelia y Emeline seguían preocupadas. No compartían su optimismo en ese momento y les parecía que podía ser el aviso de un colapso inminente. Julia miró hacia la manta en mitad de la sala. Cecelia había puesto a su hija junto a Alice, e Izzy le tendía a su primita un juguete. Julia recordó su antiguo plan: quedarse embarazada para poder poner a los dos bebés juntos sobre una manta bañada por el sol, segura de que las dos niñas iban a ser el imán que uniera a los adultos. Y, en realidad, había sucedido lo contrario: las niñas habían llegado y los adultos se habían dispersado. Izzy había dado comienzo a algo, lo mismo que había hecho Julia con su embarazo, pero ¿en qué trayectoria había lanzado Izzy a todo el mundo? Charlie había muerto, Rose se había ido y William también. Por supuesto que no culpaba a la niña. De hecho, sintió un arrebato de amor mirando a la pequeña de pelo y ojos oscuros.

—¿Has llamado a mamá? —preguntó Cecelia.

Julia miró a su hermana, que llevaba un rayón de vistosa

pintura amarilla en la mano derecha. Como Rose la había abandonado, siempre sería la primera en pensar en ella.

—Todavía no. No puede hacer nada más que preocuparse. Pero ojalá Sylvie estuviera aquí. Está rarísima.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —Emeline, junto a la ventana, buscaba a Sylvie, o tal vez a William, igual que cuando era muy pequeña y esperaba tras el cristal a que sus hermanas mayores volvieran del colegio—. ¿Te preparamos la cena? ¿Quieres que nos quedemos a dormir?

Julia negó con la cabeza. Agradecía que Emeline y Cecelia estuvieran ahí, igual que ella había ido a ver a su madre al jardín cuando Rose tenía el corazón roto. Pero, aunque para recobrarse siempre las había necesitado a su lado, en esos momentos no podían dar los siguientes pasos por ella. Para ser fuerte, tenía que valerse por sí misma y cuidar de su hija. Era una posición muy solitaria, pero la correcta. Era adulta y era madre.

—Si mamá estuviera aquí, nos llevaría a todas a rastras a St. Procopius a rezar.

Las demás estuvieron de acuerdo. Las cuatro habían ido a la iglesia y habían rezado rosarios por Rose, no por Dios. No habían tenido manera de saber esto cuando todas vivían en la casa de Place, porque la iglesia y su madre eran casi una y la misma cosa. El catolicismo triunfaba porque hacía que sus parroquianos se sintieran culpables, la culpa los mantenía pegados a los bancos de la iglesia todos los domingos. Pero ninguna de las hermanas Padavano había vuelto a pisar St. Procopius desde que su madre se había marchado. De pequeñas solo habían creído de verdad en los personajes de ficción, en sus juegos y las unas en las otras.

En el instituto, una niña las acusó de ser un aquelarre de brujas. Julia no sabía lo que era un aquelarre y tuvo que buscarlo. Esa noche, se disfrazaron todas de brujas para Halloween y Charlie les citó alegre *Macbeth.* Julia, que comenzaba su adolescencia, con su puntiagudo gorro en la cabeza sabía que formaban un aquelarre, al menos hasta cierto punto. Sylvie, Cecelia, Emeline y ella tenían un poder compartido, una fiereza especial.

—Deberíais iros —dijo por fin—. Estoy bien y las niñas tienen que irse a la cama.

Las gemelas le dieron sendos besos en la mejilla y la abrazaron con fuerza un momento antes de marcharse.

Julia volvió al sofá. Había sido un día muy raro y se sentía rara. La marcha de William había sido repentina, pero había caído como un rayo en mitad de una tormenta: algo inesperado pero natural. En el cegador destello eléctrico, Julia vio por primera vez las similitudes entre William y Charlie. Había querido casarse con alguien opuesto a su padre y había elegido a William porque pensó que lo era: serio, maduro, sobrio, atento. Charlie era un soñador de quien Rose decía que andaba siempre en las nubes. Además, solían degradarlo con regularidad en el trabajo y se gastaba en los bares del barrio el dinero que la familia necesitaba para pagar las deudas.

William no andaba en las nubes, pero, igual que Charlie, carecía de ambición y no era fiable. Charlie había sido un padre cariñoso, pero, como marido, había sido un peso muerto que no aportaba nada útil a su esposa. Y tal vez había reconocido esa faceta de sí mismo en William, porque la decepción asomó a su rostro cuando Julia le contó que se casaba. Su padre era muy sabio, pensó. Nunca le había reconocido mucho mérito en vida, pero en esos momentos entendía que, si siguiera vivo, le guiñaría el ojo y le diría: «A ver de qué es capaz mi cohete».

Sylvie

Agosto de 1983

Sylvie recorrió la ciudad con Kent y los otros jugadores de baloncesto, aunque los retrasaba con sus piernas normales y su estado físico normal. Ellos medían todos más de 1,80, la mayoría al menos 1,90. Caminaban delante de ella como una manada intimidante que iba limpiando la acera. Más de una vez la gente se detuvo a mirarlos porque llamaban la atención no solo por su altura, sino por la determinación que se leía en ellos. Se movían como el equipo que habían sido: el paso sincronizado, recibiendo indicaciones unos de otros. Varios llamaban a Kent «capitán», lo cual al principio divirtió a Sylvie, puesto que Kent llevaba ya dos años sin ser su capitán y, además, ya no formaban parte del mismo equipo. Pero también se referían a William como a un compañero. Tal vez estar en un equipo suponía un compromiso mayor del que ella había entendido. Ni Sylvie ni sus hermanas habían practicado nunca deporte, pues a las niñas no se les permitía hacerlo en su barrio, de manera que no tenía forma de saberlo. Admiraba el tácito entendimiento que había entre aquellos hombres: Kent tomaba las decisiones y los otros seguían sus órdenes de la manera más eficiente posible. Cuando cruzaban una calle, uno de ellos alzaba un brazo largo, como saludando a los coches parados, mientras seguían avanzando a un ritmo que solo ellos podían mantener.

Sylvie no hacía más que pensar en volver sobre sus pasos para estar con Julia. Se había marchado con Kent por puro impulso. En principio, había salido a hablar con él a la calle, bajo el fuerte sol, con intención de pasarle la noticia como un cesto de manzanas podridas y volver a la casa. Pero no fue

capaz y, en lugar de eso, lo siguió hasta reunirse con los demás, llevada por la intensa sensación de que nunca encontrarían a William sin su ayuda. Aquello no tenía sentido, por supuesto, pero estaba asustada desde que Julia la había llamado. Tenía miedo, como si su cuerpo supiera algo que su cerebro ignoraba. Se acordaba de cuando sintió las emociones de su cuñado en el banco aquella noche: lo cansado que estaba, la poca luz que brillaba en él. Se acordaba de sus preguntas en el manuscrito. Sylvie le había contado que echaba de menos a su padre y solo más tarde cayó en la cuenta de que los padres de William no querían saber nada de él.

Le enseñó a Kent la nota y el cheque porque quería que sacara sus propias conclusiones. Tal vez ella se equivocaba. Si Kent consideraba que la situación estaba tan clara como pensaba Julia —que sencillamente se trataba de un abandono familiar—, se esforzaría por calmarse. Se metería en la cama con Julia y se quedaría allí hasta que su hermana se despertara. Le prepararía una buena cena y se quedaría con ella hasta verla recuperada del todo. Semanas o meses si era necesario. Hasta que desapareciera el dolor de vivir en esa casa sin su marido.

—Puede que William quisiera dejar a Julia —dijo Kent tras leer todo lo que ella le había dado—. Hasta me creo que no me lo contara. Pero no me gusta el tono de esa nota y William jamás faltaría a sus clases. Aquí pasa algo. Tenemos que encontrarlo.

Sylvie sabía que Julia no entendía lo preocupada que estaba por William. Sabía que no estaba bien dejar a su hermana sola en aquella casa. Pero con las palabras de Kent, su miedo se hizo tan estentóreo que tuvo que hacer algo para acallarlo o no sería útil a nadie. Antes de marcharse con él, entró de nuevo en la casa para devolver la nota y el cheque, y llamó a Emeline y a Cecelia para que fueran a hacerle compañía a Julia. Colgó antes de que las gemelas pudieran preguntar nada.

Solo había visto a Kent una vez en su vida, en la boda, donde se mostró jovial y encantador. Varias chicas del barrio lo habían calificado de «fantástico». El día de la desaparición, parecía cansado y estresado, un hombre que no tenía tiempo

que perder. Sylvie corría por las calles de Chicago a oscuras, intentando seguirles el paso. Los jóvenes miraron atrás y aminoraron la marcha por ella. Habían recorrido el vasto campus de Northwestern, habían hablado con el guardia de seguridad de la facultad de Historia, habían ido al gimnasio. Aguardaban en las aceras mientras el más alto de todos asomaba la cabeza en todos los bares y restaurantes que frecuentaban alumnos y profesores. Recorrieron los barrios que bordeaban la universidad, subían por una calle y bajaban por la siguiente. Aquello les llevó un buen rato, unas cuantas horas por lo menos, aunque Sylvie no lo sabía muy bien porque no llevaba reloj. Iban a buscar a un tal Arash a quien todos parecían conocer.

Kent estaba cada vez más demacrado. No bromeaba con los demás, que a veces se reían porque, aunque la situación era desalentadora, se alegraban de estar juntos. La mayoría imaginaba que encontrarían a William borracho y deprimido por la separación. «Debe de estar poniéndose fino», oyó comentar Sylvie más de una vez. A ella no le parecía muy probable, puesto que William bebía muy poco, pero esperaba que tuvieran razón. Mientras tanto, Kent parecía envejecer por momentos, como si estuviera viviendo una larga vida con su amigo ausente comprimida en una sola noche. La única persona con la que hablaba de vez en cuando era un jugador llamado Gus, que, con una energía infinita, corría delante del grupo para luego volver e informar a Kent.

Otro jugador, de nombre Washington, le preguntó a Sylvie:

—Se te ve agotada. ¿Estás bien?

Ella alzó la vista entre las sombras. Corría detrás de los hombres a punto de echarse a llorar, con unas deportivas que le habían parecido cómodas, pero que le habían hecho una ampolla en el talón. Estaba preocupada por William. Estaba preocupada por su hermana. Estaba preocupada, aunque vagamente, por ella misma. Le conmovía que los jugadores se hubieran comprometido a ayudar a su cuñado y se daba cuenta de que ella también lo había hecho. Tenía que llegar hasta el final de la búsqueda, fuera cual fuera este.

—Estoy bien —contestó y dejó de prestar atención a las

molestias de su cuerpo.

Siguió avanzando lo más deprisa posible. A la estela de los jugadores, se ponía de manifiesto lo diferentes que eran sus vidas. Ellos, fuertes e invencibles, mientras que Sylvie por lo general evitaba las calles desiertas de noche y se cambiaba de acera si se iba a cruzar con alguien, pues temía que pudiera ser agresivo o peligroso. Ignoraba los silbidos y las groserías, mantenía gacha la cabeza, doblaba la esquina más cercana. Incluso en la biblioteca sabía cuándo hundir los hombros, minimizar las caderas al andar y cruzar los brazos sobre el pecho. Ella y todas las mujeres eran presas de caza. Pero en compañía de aquellos hombres, abandonó el temor que solía sentir por su integridad física, pues ningún desconocido se metería con ella.

Cada manzana que cubrían parecía un puzle. Sylvie giraba la cabeza de un lado a otro intentando ver la pieza que faltaba: William. Cuando llegaron a una lejana esquina del campus de Northwestern, se encontraron con Arash, un hombre de tamaño medio, con unas cejas pobladas y una mirada intensa. Les contó que había preguntado por toda la universidad y que hacía ya varios días que nadie sabía nada de William.

—Arash es nuestro fisio —le explicó Washington a Sylvie, que ya no cuestionaba que los jugadores hablaran en presente. Aquellos hombres seguían siendo un equipo de baloncesto en sus corazones y tenían un fisioterapeuta y probablemente un entrenador o dos. Su propio equipo eran sus hermanas y estaba lejos de ellas. Sabía que Julia estaría despierta y enfadada con ella. Sentía que una parte de su ser estaba en el apartamento, en el sofá junto a ella.

Detrás de Arash había un grupo de jóvenes que resultaron ser jugadores de último curso del equipo de baloncesto de Northwestern. También habían sido compañeros de William y habían tenido a Kent como capitán. A Sylvie le picaban los ojos, se tocó la cara con la mano y se dio cuenta de que estaba llorando. Aliviada por que nadie se hubiera dado cuenta, se internó algo más entre las sombras.

—Tenemos que dividirnos —propuso Kent—. William lleva desaparecido más de veinticuatro horas. Hay que cubrir más

terreno. —Dividió al grupo en dos y envió a Arash y los más jóvenes en una dirección. Todos los demás, incluida Sylvie, se adentrarían en la ciudad.

Eran ya más de veinte jugadores y exjugadores los que correteaban por Chicago, inspeccionando parques famosos por sus canchas, comprobando la identidad de los que dormían en los bancos. En un momento dado, comenzó a salir el sol y su órbita anaranjada rellenó los espacios que había entre los edificios. Sylvie quiso acordarse de la última vez que había visto amanecer. Quiso acordarse de qué día de la semana era y a qué hora tenía que entrar en la biblioteca. Le preguntó la hora a Washington, que llevaba reloj, pero estaba tan cansada que no supo interpretar los números que le dijo. No se presentaría al trabajo, eso seguro. Sabía también que la bibliotecaria en jefe Elaine no se lo tomaría muy bien: tenía unos cuantos temas favoritos y uno de ellos era la responsabilidad.

Kent se demoró un momento para caminar a su lado. Habló como si tratara de conservar la energía y Sylvie tuvo que acercarse más para escucharlo:

—William ya ha tenido bajones antes. Es algo que lleva dentro. Una vez dejó de hablar y de comer durante una semana cuando pensaba que Julia estaba enfadada con él. El entrenador lo sentó en el banquillo. Se recuperó bastante rápido, pero creo que soy el único al que permitió verlo así.

A Sylvie le dolió toda la cara con algo parecido al alivio. Era bueno saber que no estaba loca. Estuvo a punto de contarle a Kent lo de las notas a pie de página del libro de William, pero al final se limitó a responder:

—Llevamos en pie toda la noche.

Se frotó los ojos. Lo que había dicho era una tontería. Recordaba las manos de Ernie en su cintura y lo que había sentido al estar desnuda a su lado sin ningún miedo, sin saber que su mundo se iba a poner patas arriba. Parecía un recuerdo de otra vida. Se le ocurrió entonces pensar que tal vez había decepcionado a Ernie, igual que iba a decepcionar a la bibliotecaria en jefe Elaine. Probablemente la noche anterior él la estuvo esperando en su puerta, desconcertado al ver que no

volvía a casa. «No estoy donde debería estar —pensó—. Y no tengo ni idea de dónde estoy.»

Entraron en tres bibliotecas seguidas y recorrieron los pasillos entre las estanterías. A media mañana, Sylvie, Washington, Gus y Kent fueron a comprar unos refrescos a una tienda. Bajo la luz del establecimiento, los rostros de los hombres se veían surcados por cansancio. No podía ni imaginarse el aspecto que tendría ella y tuvo mucho cuidado de evitar cualquier superficie reflectante. Ya hacía horas que nadie mencionaba los bares o la borrachera. Tanto si encontraban a William como si no, la sensación era que había pasado algo terrible.

Cuando salieron, se detuvieron un momento en la calle, con los refrescos helados sudando en las manos. El resto de los jugadores los esperaban en mitad de la manzana. Sylvie sospechaba que Kent ya no sabía adónde ir. El aire era más pesado: el sol subía en el cielo irradiando un denso calor. Un fuerte sonido se acercaba a ellos, una sirena. Sylvie se volvió, pero el ruido se dividió de inmediato, o se dobló. Una ambulancia pasó a toda velocidad, mientras los coches se apartaban para dejarle paso; dos coches de policía doblaron una esquina y siguieron a la ambulancia. Todo era un estrépito. Kent, Sylvie, Washington y Gus se miraron entre sí con el mismo miedo en la cara, todos pensando lo mismo: «¿William?».

—¡Gus, corre! —ordenó Kent.

Gus había desaparecido antes de que Sylvie pudiera saber qué estaba pasando. Su velocidad era increíble. Más tarde le contarían que Gus era su base, era capaz de hacer la prueba de esprint de tres cuartos en tres segundos justos. Los demás corrían detrás de Gus, mientras él seguía a la ambulancia y a los coches patrulla. Los refrescos cayeron al suelo, donde dieron vueltas y vueltas como peonzas. Kent también era rápido, como casi todos los demás. Corrieron por la avenida con los brazos alzados para detener el tráfico. Tenían que cubrir bastante distancia para alcanzar a Gus. Washington, por lo visto el más lento, iba a la zaga. Medía dos metros de altura y corría como un árbol al que hubieran arrancado del bosque.

Sylvie no podía seguirles el ritmo, pero veía su larga espalda entre los peatones, lo cual le permitía seguir conectada con el grupo.

El lago apareció de pronto y su reluciente superficie la obligó a entrecerrar los ojos. Jadeaba y el corazón le martilleaba en los oídos. El agua estaba como un plato que se extendiera hasta el horizonte. Charlie solía llevar a sus hijas allí alguna que otra tarde de domingo cuando eran pequeñas. Bebía cerveza y charlaba con desconocidos en la playa mientras las niñas construían castillos de arena y comprobaban cuántas volteretas podían hacer debajo del agua. Sylvie sintió una punzada de dolor por su padre. Luego su padecimiento se hizo más intenso. Había perdido al único hombre de su familia. ¿Y si también perdían a William? Intentó captar lo que sentía su cuñado, intentó expandirse más allá de sus límites…, pero no percibió nada.

Estaba en el camino del lago. La ambulancia y los coches patrulla se habían detenido más adelante, todavía con las luces encendidas. Sylvie estaba mareada, tenía náuseas, veía puntos grises que no eran parte del paisaje. Corría lo más deprisa que podía, pero se quedaba atrás, a la zaga del grupo. «Por favor, que no sea William —iba repitiéndose, al ritmo de sus pasos—. Por favor, que no sea William.» Se detuvo cuando por fin llegó hasta la ambulancia. Temblaba de agotamiento y de nervios al borde del camino. A causa del calor, la playa que se extendía ante ella estaba ya medio llena de gente tomando el sol. En la arena, los niños habían dejado de jugar, y hombres y mujeres en bañador se habían puesto en pie junto a sus toallas, protegiéndose los ojos con las manos para ver lo que pasaba en el lago. ¿Qué podía estar pasando en el lago? Kent y los demás habían entrado en la playa, donde el equipo médico y un puñado de agentes de policía aguardaban en la misma orilla del agua. Sylvie miró en la misma dirección y vio que un barco se acercaba muy despacio. Uno de los sanitarios y unos cuantos jugadores se metieron en el agua. Dos enfermeros aguardaban con una camilla. Cuando el barco se acercó lo suficiente, se vio que un hombre yacía en la cubierta, aunque Sylvie no logró identificarlo de ninguna manera. Kent y Gus estaban metidos

en el agua hasta la cintura. Alzaron los brazos y, con ayuda de los enfermeros, cogieron el cuerpo. Era él.

—William —susurró Sylvie, como llamándolo, como si en aquel estado solo pudiera oír susurros.

William tenía los ojos cerrados y yacía yerto en brazos de sus amigos. Llevaba una camisa por fuera de los pantalones, pero iba descalzo. Un brazo colgaba tocando el agua, el otro descansaba sobre su pecho. Más amigos se unieron a Kent y Gus, más manos sujetaron a William para sacarlo del lago. Kent se tambaleó y Washington apareció al instante a su lado y le pasó el brazo sobre los hombros. Tumbaron a William en la camilla con suavidad.

Un adolescente junto a Sylvie anunció, sin dirigirse a nadie en particular:

—Ese tío está muerto.

—¡Sylvie! —gritó Kent.

Eso la sacó de su parálisis. Corrió hacia ellos, sin saber qué otra cosa hacer ni cómo ayudar. Sostuvo la mano gélida de William mientras lo sacaban de la playa y cruzaban con él el camino.

—Solo puede ir uno en el vehículo —declaró un enfermero al llegar a la ambulancia. Miró a Sylvie—: ¿Eres su mujer?

Sylvie se lo quedó mirando. Tenía la sensación de que no podía soltar la mano de William. Tenía los dedos tan helados que parecía que se le hubieran pegado a la piel y, si ella era su mujer, podría ir con él en la ambulancia. De manera que, sin mirar a Kent ni a los otros, asintió con la cabeza y entró.

La ambulancia se puso en movimiento antes de que Sylvie se diera cuenta de que William respiraba, aunque de manera muy superficial. Estuvo a punto de vomitar de alivio. Iba encajada entre la pared de la ambulancia y la camilla a la que lo habían sujetado. El enfermero se inclinó sobre William, le alzó un párpado, apretó los dedos contra un lado de su cuello. Lo tapó después con una manta. William tenía el rostro hinchado y la piel de color gris. Mostraba un moratón junto a un pómulo. Estaba inmóvil. Demasiado inmóvil, pensó Sylvie.

Lo llevaron al mismo hospital en el que habían dado a luz Julia y Cecelia, el mismo en el que Charlie había muerto. El

tiempo se encogía y se expandía. Médicos y enfermeros ataviados con pijamas sanitarios sacaron a William de la ambulancia. Kent, que debía de haber cogido un taxi, hablaba con un médico sobre tensión sanguínea. Sylvie se acordó de que estudiaba Medicina.

—Tengo que llamar a Julia —dijo y entró al hospital sin saber si la habían oído.

Acudió a una cabina que había junto a la sala de espera de urgencias. Mientras sonaba el teléfono, parpadeaba y se tocaba la cara. Tenía el pelo tieso, lo más probable que por culpa del sudor seco. Era agradable estar sentada en la diminuta cabina. Su cuerpo era un compendio de pinchazos y dolores, la odisea de las últimas horas había irritado músculos que ni sabía que tuviera.

—¿Diga? —contestó Julia.

—Soy yo. —Le costaba hablar. No quería poner en palabras lo que había pasado. En cuanto le contara la historia a su hermana, se haría real y tendría consecuencias. No tenía ni idea de qué consecuencias. Estaba demasiado cansada y la realidad había atropellado a su imaginación.

—¿Dónde te has metido? ¿Dónde estás?

—En el hospital. Deberías venir. Hemos encontrado a William. —Sylvie vaciló—. Estaba en el lago Michigan. Ha intentado suicidarse.

Se produjo una pausa.

—No… Eso es imposible. Hace mucho calor, seguro que se metió para bañarse y no se le da muy bien nadar. No aprendió cuando era pequeño.

—Estaba inconsciente, Julia…

—No, no, no. Es imposible que haya hecho eso. —Pero la duda en su voz se advertía.

—También creías que lo del departamento de Historia era mentira, lo de que faltaba a las clases. Julia, esto es real. Esto está pasando.

Julia guardó silencio al otro lado de la línea. Sylvie se sentía fatal. Fatal por su hermana, fatal por William.

—Por favor —insistió—, coge un taxi y vente. Voy a llamar también a Emeline, que vaya para hacerse cargo de Alice.

—Me abandonó —dijo Julia despacio—. Me lo dejó muy claro. No me querrá allí.

Sylvie miró la nublada pared de plástico de la cabina. Estaba frente a la sala de espera, donde un hombre sentado se cogía la cabeza con las manos. Junto a él, había una mujer de pie, con gafas de sol y los brazos cruzados. Era evidente que esperaban malas noticias.

—¿No vas a venir?

—Ya tiene a Kent. Lo cuidará bien. —Julia carraspeó—. Te necesito, Sylvie. Por favor, vuelve a casa.

Sylvie abrió la boca para hablar y se le antojó que todo su ser era una colección de bisagras oxidadas: la mandíbula, las articulaciones, todo.

—Primero voy a ver cómo están las cosas por aquí —dijo por fin.

Colgó el auricular y se quedó de pie en la cabina hasta que un hombre dio unos golpecitos en el cristal, impaciente por llamar.

No le costó encontrar a Kent en la sala de espera. Estaba con sus amigos en el rincón más alejado y parecían lo que eran: un equipo de baloncesto que se había metido en un lago. Todo el mundo se había sentado lo más lejos que había podido de ellos.

—El médico no quiere hablar con nosotros —explicó Kent—. Tienes que ir al mostrador y preguntar si puedes estar con William hasta que llegue Julia. No quiero que se quede solo.

—Julia no viene.

Kent dio un respingo.

—¿No va a venir?

—Ahora no. Luego no sé.

Kent cerró los ojos un segundo.

—Vale. El conductor de la ambulancia se ha creído que eres su esposa. Dile lo mismo a la del mostrador para que te dejen pasar. Cuando hables con el médico, asegúrate de que William reciba asistencia no solo física, sino que le hagan también un examen psiquiátrico.

«Dile a Kent que te tienes que ir —pensó Sylvie—. Dile que tu hermana te necesita.» Pero lo que dijo fue:

—Tú estudias Medicina. ¿No deberías entrar tú?

Kent negó con la cabeza.

—Solo dejan entrar a familiares. No puedo hacerme pasar por un pariente suyo.

A Sylvie se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque no sabía ni qué sentía porque le parecía sentirlo todo. Por fin asintió y se acercó al mostrador.

—Soy la esposa de William Waters —declaró.

La enfermera la guio a través de una puerta y luego por dos pasillos. Pasaron por habitaciones abiertas donde había hombres, mujeres y niños en diversos grados de urgencia: llorando, sangrando, inconscientes… Sylvie comenzaba a sentirse enferma también. La ropa le rozaba la piel, la ampolla del talón le daba punzadas a cada paso.

La enfermera se detuvo y señaló un umbral. Sylvie lo cruzó. William yacía con los ojos cerrados y los pies tapados con una manta, aunque se salían de la corta cama. Al tenerlo delante, veía que algo le pasaba en la piel: estaba demasiado pálida, algo tensa, como si lo hubieran hinchado y volviera a recuperar su forma. Las enfermeras le habían quitado la ropa mojada para ponerle una bata de hospital y tenía una vía cogida en el brazo. Era la primera vez que Sylvie se encontraba a solas con él desde la noche del banco, hacía seis meses.

—Creía que habías muerto —susurró.

Había una sola ventana en la habitación, daba a un árbol verde y frondoso. La planta de maternidad estaba un piso más arriba, al otro lado del enorme edificio. Allí era donde Sylvie había estado antes, donde nacieron sus sobrinas y donde murió su padre. Se sentó en la dura silla que había junto a la cama y cerró los ojos doloridos. Sentía en su interior el golpeteo de una lluvia fina y se dio cuenta de que era alivio. Alivio de que William estuviera vivo, delante de ella, alivio de ser la persona que se sentaba en esa silla, en esa habitación. Cuando habló con Julia por teléfono, había estado concentrada en lo que se suponía que debía suceder, pues se suponía que la esposa de un hombre enfermo debía acudir a su lado, pero a William le vendría mejor estar con ella. Sylvie podía unir los puntos que la habían llevado hasta el hospital, había sabido de alguna manera que cabía esa posibilidad. Si cerraba los ojos, se

imaginaba a William adentrándose en el lago, sintiéndose como una cuchara llena de agua a rebosar. Ya no había gravedad que lo mantuviera entero, de manera que había intentado disolverse en el gigantesco cuerpo de agua. Sylvie estaba junto a su cama, incierta dentro de su propia piel, para poder compartir algo de su fuerza con él mientras dormía.

William

Agosto de 1983 – noviembre de 1983

Paseó por la ciudad la mayor parte de la noche y luego volvió a la orilla del lago. Todavía estaba oscuro. No había nadie. Hasta el aire estaba inmóvil mientras se metía en el agua. Ni cantos de pájaros ni ruido de tráfico ni voces humanas. Parecía que el mundo se hubiera detenido. Tuvo que andar mucho tiempo hasta que el agua llegó a cubrirle la cabeza. No se le había ocurrido llevar ningún objeto pesado: había dejado de pensar horas antes. Solo anhelaba agua, silencio. Quería hundirse, pero su enorme cuerpo se empeñaba en flotar. Incluso después de llevar largo tiempo en el agua, que ya era muy profunda, los pies le salían disparados a un lado y de pronto se encontraba de espaldas, flotando como un barco, mirando al cielo. Ya no era una persona con un nombre y una biografía. En ese momento, era un corcho flotando en líquido y solo sentía las manos arrugadas, el sol quemándole la cara, el agua entrando en sus ojos y sus oídos. Estaba dormido, o inconsciente, cuando estalló un fuerte rugido. Voces y manos tiraban de él. No podía abrir los ojos para ver lo que pasaba, pero oía. Oyó, sin querer oír, la voz de Kent llamarlo por su nombre. Cuando despertó seco en el hospital y vio a Sylvie en una silla junto a él, lo primero que pensó fue que había fracasado. Y eso significaba que tenía que seguir adelante con la historia de su vida, de sus errores, cargada a la espalda como una pesada mochila. Se agotaba solo de pensarlo, pero no tenía fuerzas para borrar esa idea.

Después de casi una semana de evaluación, lo trasladaron a

una clínica psiquiátrica en el centro de Chicago. El lago quedaba a tres manzanas, fuera de la vista, a pesar de lo cual William era consciente de su presencia. Mientras entraba y salía del sueño, todavía se sentía empapado, lejos de la orilla e incapaz de permanecer bajo el agua.

Durante los primeros días en el nuevo hospital, siempre se encontraba con Sylvie o con Kent cuando despertaba. Los veía, pero no tenía fuerzas para hablar. Kent sí hablaba. Le contaba que se iba a poner mejor, que los médicos eran muy buenos. Al final, comentaba que tenía que volver a clase, pero que regresaría en unos días. Sylvie casi nunca decía nada. Se quedaba sentada en la única silla de la habitación, leyendo.

Al ir recobrando la consciencia, la presencia de su cuñada se le hizo más complicada. Sospechaba que Sylvie era la única persona, además de Kent, que no se había sorprendido del todo con lo que había sucedido. Sylvie había visto la negrura en su interior aquella noche en el banco, la había visto en las notas de su manuscrito. Su esposa también había leído esas notas, por supuesto, pero su primera reacción fue de consternación. Para Julia aquellos pensamientos significaban que no era el hombre adecuado para ella, no que le pasara algo.

William se alegraba de que Sylvie estuviera allí, aunque había algo en su presencia que no encajaba del todo: la familia Padavano no debería querer saber nada de él. Cada vez que su cuñada estaba en la habitación, casi esperaba que se abriera la puerta y entrase Julia. Se agitaba y daba vueltas bajo el peso de esa posibilidad e intentaba mantenerse consciente todas las horas posibles durante el día.

—Dormir es la mejor medicina —le había asegurado la doctora Dembia, que era quien le llevaba en la unidad de psiquiatría—. Te has esforzado mucho durante mucho tiempo, William. Date un descanso.

Una tarde, cuando William despertó de una inquieta siesta, Sylvie le habló:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Se notaba la agitación en su voz. William tuvo que carraspear.

—Sí —contestó con resignación, porque tendría que

responder como fuera. Ya no podía mentir. Como una fina porcelana incapaz de sostener ningún peso, ya no podía soportarlo.

—¿Quieres que venga Julia a verte? No sabemos muy bien qué hacer.

Su cuerpo se quedó sin aire bajo el peso de la pregunta, pero William sabía la respuesta. La había dejado escrita en una nota antes de marcharse de casa. Comprendía que aquella era una posdata necesaria, una aclaración.

—No —resolló—. Julia y Alice no deben acercarse a mí. Nunca.

No supo cómo se tomó Sylvie su declaración porque no la miró. Sabía que lo que había dicho era horrible, pero hablaba en serio, nunca en su vida había hablado tan en serio.

—Dile que renuncio a Alice. —Volvió la cara hacia la pared. Y así se quedó, con los ojos cerrados, hasta que Sylvie se fue.

Sus palabras habían sido tan brutales y el rechazo a su esposa y su hija tan rotundo que Sylvie no volvería. La noche fue larga. William recordó el lago. Intentó hacer inventario de lo que quedaba de su vida: Kent y sus amigos del equipo, la medicación que la doctora Dembia le había recetado. Eso era lo único que tenía y sabía que incluso tener eso era una suerte. Su antigua vida yacía en el fondo del lago. Él mismo había apartado el último vestigio: Sylvie. Y esa pérdida dolía.

Había experimentado una extraña paz junto a ella en el banco aquella noche, como si por fin hubiera podido dejar de fingir y ser él sin más. Y, cada vez que la veía entrar en su habitación de hospital, sentía alivio. Pero había demostrado ser la clase de monstruo que abandona a su mujer y a su hija, y eso tenía consecuencias.

La puerta de la habitación debía permanecer abierta incluso por la noche para que la enfermera que hacía las rondas por los pasillos pudiera verlo en todo momento. No había cerrojos en la planta, ni siquiera en los servicios. La propia unidad estaba bien cerrada con una gruesa puerta metálica. A las visitas, después de registrar sus bolsos, les abrían con llave la

puerta principal y volvían a cerrarla una vez estaban dentro.

La doctora Dembia veía a William durante media hora todas las tardes. Tenía el pelo corto y gris, pero un rostro juvenil. William no sabía si era joven o mayor. Tal vez el color de su pelo indicaba que era mayor de lo que su rostro dejaba ver o, por el contrario, el pelo le había encanecido de manera prematura. Llevaba ya a su cuidado una semana cuando le dijo:

—Por fin he podido hablar con tu padre. Lo llamé a la oficina.

En ese momento, vibró un acorde que William tenía muy enterrado. Se arrepintió de haber llevado las cosas tan lejos como para que involucrasen a sus padres. Le había dado a la doctora sus nombres cuando le había hecho la ficha.

—Habrá dicho que él no puede hacer nada —adivinó William.

—Ha dicho que ya eres adulto y que te las apañes. En realidad, me colgó, William. Quiero que sepas que esa no es una respuesta normal de un padre. Es injusta y cruel. Tú mereces, y merecías, algo mejor de tus padres. Naciste en el seno de una familia rota y eso explica en parte por qué estás aquí.

—Crees que es un cabrón.

La médica sonrió.

—Bueno, la verdad es que esa palabra no entra en mi vocabulario técnico. Yo diría que sospecho que tu padre también sufre de depresión.

A William le costaba visualizar las caras de sus padres. Los veía en la estación de tren, saludando con la mano, pero sus formas eran borrosas. La idea de que su padre estuviera deprimido no significaba gran cosa para él y la dejó pasar. Aquellas sesiones con la doctora, que le prestaba tanta atención, que hundía en él los ojos como si fueran anzuelos, le resultaban agotadoras. Los otros médicos que lo visitaban se mostraban distraídos, solo se concentraba en él a medias. William lo prefería.

—Ni mi madre ni mi padre han formado parte de mi vida. Al menos desde hace mucho tiempo.

La doctora ladeó la cabeza, considerando la veracidad de su declaración. William pensó, por primera vez, que el hecho de no pensar en alguien no significaba que no lo llevaras dentro.

Una mañana se despertó sudando y con náuseas. Sabía que era una reacción a la medicación, puesto que dar con la combinación más efectiva de antidepresivos y ansiolíticos era un proceso de ensayo y error. Mantuvo los ojos cerrados unos minutos; iba a ser un día difícil y no tenía ninguna prisa de que empezara. Cuando abrió los ojos, Sylvie estaba sentada junto a su cama. La miró parpadeando. Estaba muy erguida, como si estuvieran examinando su postura.

—Pensaba que no ibas a volver —dijo, no sabía muy bien si aquello era real o una alucinación.

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo otra pregunta. Me dijiste que no quieres ni a Julia ni a Alice. ¿Te parece bien que venga a verte yo o también quieres que me vaya?

«¿Que te vayas?», se repitió William. Había soñado con la conversación que había tenido con la doctora Dembia sobre sus padres. En el sueño, William se alejaba nadando de sus padres y ellos también se alejaban de él. Y él mismo había rechazado a su mujer y a su hija. Tantas personas abandonándose unas a otras… El sueño transcurría en un ambiente claustrofóbico, como un mal presentimiento, como si todos estuvieran a punto de descubrir que nadaban en una pecera. Todos intentaban apartarse de los otros, pero estaban condenados a fracasar.

En ese momento, miró a su cuñada. Sabía que era real, no una alucinación. Sabía que la quería allí. No sabía por qué, pero eso de momento no importaba. William intentaba reaprender lo que era desear algo.

—No te vayas. —Su voz sonaba cansada, empañada por las drogas y el adormilamiento—. Siento haberle hecho daño a tu hermana.

—También te has hecho daño a ti mismo.

Él meneó la cabeza para rechazar la idea.

—¿Y Julia? ¿Está bien?

Sylvie se irguió todavía más. Parecía estirarse como si quisiera estar en más de un lugar a la vez.

—Julia está enfadada, obviamente. Pero se pondrá bien. No sabe que estoy aquí. Es solo que pienso… —Vaciló—. Pienso que te mereces tener visitas. Sé que Kent viene a verte, pero está muy ocupado para pasarse muy a menudo. No te mereces estar solo.

Aquella frase lo golpeó como un empujón en el pecho. ¿Que no merecía estar solo? No creía que fuera cierto, pero Sylvie lo había dicho en serio.

—Gracias.

Ambos guardaron silencio un rato, pero era un silencio estentóreo que sonaba más a ruido blanco. William no sabía si debía decir algo más. Sylvie también parecía incómoda. Era como si hubieran llegado al final de un guion y ninguno sabía si inventarse algo o salir del escenario. William anhelaba echarse a dormir, huir de ese momento cayendo en la inconsciencia.

Sylvie se inclinó hacia adelante.

—A lo mejor podrías hablarme de Bill Walton.

—Bill Walton. ¿El jugador de baloncesto?

—Sí.

Aunque la petición le sorprendiera, William sabía del tema.

—Es uno de los más grandes. Jugó con los Portland y fue nombrado MVP de la temporada y de las finales. Pero sufrió muchas lesiones. Se rompió la muñeca dos veces, se hizo un esguince en el tobillo, se dislocó dedos de las manos y de los pies.

—Madre mía. —Sylvie parecía más ligera, le aliviaba haber encontrado un tema de conversación.

—Walton se rompió un hueso del pie y tuvieron que hacerle una escayola con una especie de cabestrillo para aliviarle el dolor. Le inyectaron calmantes y siguió jugando, pero con eso la lesión se agravó todavía más. —A William le parecía increíble estar hablando tanto, pero dado que había empezado, tenía que dar toda la información para que Sylvie entendiera bien la historia—. Walton es un gran jugador, tal vez el mejor en asistencias, sin duda el mejor centro. Le encanta el

baloncesto, pero su cuerpo es terrible. Sus rodillas son… espantosas y sufre constantes lesiones en los pies. Este año juega con los Clippers, pero está en el banquillo.

—Me parece impresionante que pudiera jugar, mucho menos ganar el premio al Jugador Más Valioso con ese cuerpo.

—Pues sí, es impresionante.

Hablar tanto lo había dejado exhausto y se quedó dormido. Cuando volvió a abrir los ojos, Sylvie se había marchado.

La doctora Dembia le mandó deberes:

—Quiero que escribas todos tus secretos, todas las partes de tu vida que les has ocultado a tus personas más cercanas.

William cogió el sencillo cuaderno que le tendía, asintió con la cabeza y lo dejó a un lado. Desde que tenía uso de razón, había intentado apartarse de cualquier cosa incómoda o desagradable. Pero lo cierto era que había rechazado tantas cosas que no le quedaba nada. Para recuperarse tenía que pensar en su esposa, en su infancia y en su incapacidad para gestionar lo que desde fuera parecía una vida estupenda. Pero todavía no estaba listo para hacerlo. Le bastaba con saber que se acercaba el momento y ya no podría esconderse. Soñaba con agua cuando dormía y, cuando estaba despierto, paseaba por los pasillos de la unidad de psiquiatría.

Kent fue a verlo. Sentado en la silla del rincón, sus largas piernas llegaban hasta el centro de la habitación. Se le veía adormilado y a veces cerraba los ojos.

—Deja de sentirte culpable. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Yo no estoy estudiando Medicina ni tengo dos trabajos a media jornada. No deberías estar aquí. ¿Cuántas horas has dormido esta noche? Y ahora tienes que volver a Milwaukee conduciendo.

—Solo vengo una vez a la semana. Mi compañero cubre mi turno hoy. No vas a impedir que venga.

El afecto que Kent sentía por William era claro, sin complicaciones, y se derramaba sobre él como los rayos del sol. Nadie lo había querido nunca de aquella forma

incondicional, y ese amor, justo en el momento de su vida en que menos lo merecía, le hacía sentir como si estuviera ardiendo. Paseó por la habitación para intentar despejarse.

—Creo que piensas que todavía estoy en peligro, pero no es así. No lo volveré a intentar, te lo prometo.

Kent lo miró con los párpados medio cerrados.

—Necesito algo más, ¿sabes? Quiero que te sientas mejor, que te guste tu vida.

William soltó una carcajada breve y seca. ¿Cuándo se había reído por última vez?

—No tiene gracia —dijo Kent.

—Lo siento —se disculpó—. A mí me ha parecido que sí. —Se quedó pensando un momento—. ¿A ti te gusta tu vida?

—¡Joder, claro! —exclamó Kent rotundo.

William miró a su amigo. Conservaba su peso de jugador y rebosaba salud y juventud. Ambos tenían veintitrés años, pero William se sentía como si tuviera al menos cuarenta, lo cual era como ser un anciano. Se puso la mano sobre la rodilla mala.

—Te voy a dar una razón para vivir. Le tengo echado el ojo a Michael Jordan, ¿sabes?, el chico de Carolina del Norte que realizó aquel tiro largo el año pasado. Parece muy bueno. A lo mejor los Bulls consiguen ficharlo cuando entre en la selección para la liga.

William se acordó de cuando le habló a Sylvie de Bill Walton. Le costaba mucho más trabajo pensar en Michael Jordan. A Kent le emocionaba porque parecía ser el futuro del baloncesto, pero a William le resultaba imposible contemplar los días y semanas que tenía por delante.

—Escucha. ¿Tú estás seguro de que tu matrimonio se ha terminado? Porque puedo hablar con Julia si quieres y ayudaros a tender puentes o lo que haga falta.

—Estoy muy seguro.

—Vale. —Kent se incorporó en la silla por primera vez—. Este año vamos a ver juntos a los Bulls en la tele. Todos los partidos. O te vienes tú a Milwaukee o vengo yo.

«¿Venir tú? —pensó William—. ¿Dónde? ¿Dónde voy a estar?»

William entró en el hospital en agosto y ya estaban a finales de septiembre. Las hojas de los árboles amarilleaban al otro lado de la ventana, perdían su oscuro verde veraniego. A William le gustaba aquella breve época del año en que los colores se desvanecían, era como un hondo respiro visual antes de que llegara la nueva estación.

—¿Has terminado los deberes? —le preguntó la doctora Dembia.

Hacía tiempo que no le preguntaba por el cuaderno, pero últimamente le estaba presionando un poco. William negó con la cabeza.

—Todavía no.

Cuando Sylvie llegó a la puerta, William fue consciente de lo que agradecía su presencia. Comenzaba a estar más consciente en general. Lo que había sido una opaca pasta de emociones en su interior había ido adquiriendo más textura. Sylvie le había llevado hacía poco unos calcetines que le había tejido Emeline y un libro de arte de Cecelia. Era evidente que las gemelas también se preocupaban por él, aunque no se acercaran al hospital. A su manera, tres de las cuatro hermanas Padavano seguían teniéndole cariño; era como si entre todas pudieran reparar el agujero que él mismo había creado en su propia vida. «No estás solo», le decía su atención, y aquella bondad lo conmovía.

Sabía que a Julia no le gustaría nada que Sylvie fuera a verlo. Su esposa habría considerado, y con toda la razón, que su nota de despedida suponía el final de su matrimonio y encima luego lo había reiterado con palabras. El hecho de que su cuñada hubiera decidido proseguir su relación con él, aunque fuera de manera temporal, era complicado en el mejor de los casos y rayaba la deslealtad. Las hermanas Padavano habían actuado unidas toda la vida. Había visto a Sylvie y Julia dormir abrazadas en su sofá. Le costaba creer que Sylvie hubiera cruzado esa línea por él.

Ella dejó el bolso en la silla del rincón.

—Tengo curiosidad por Kareem Abdul-Jabbar. ¿Por qué se cambió el nombre al principio de su carrera?

William sonrió. Todavía estaba pensando en su exmujer, a

quien no se le habría ocurrido hacerle esa pregunta ni en un millón de años. A Julia no le interesaba el baloncesto y siempre intentaba apartar la atención de William y a él mismo de su deporte favorito. Julia tenía puesto el ojo en la persona en la que William se convertiría tras un ascenso en el trabajo o cuando pudiera añadir el título de doctor delante de su apellido. Él no le reprochaba aquella aceptación condicional, pues se había criado con unos padres que no lo habían aceptado en absoluto.

—¿William? —Sylvie inclinó la cabeza a un lado—. ¿Estás bien? Parece que tienes la cabeza en otro sitio.

—La tengo aquí.

Sabía que debería decirle que volviera con su hermana, que él estaría bien sin sus visitas. La enfermera que patrullaba los pasillos, asomándose a todas las habitaciones, acababa de pasar y volvería a hacerlo en cuatro minutos. William se sentía más anclado en su cuerpo. Kent iría a verlo el sábado. «Deberías marcharte», pensó. Pero no era capaz de pronunciar las palabras.

Sylvie estaba sentada en la silla y William paseaba de un lado a otro de la habitación. Llevaba en el hospital más de dos meses. Casi había llegado Halloween y las enfermeras habían pegado pósteres de calabazas iluminadas en las paredes de la sala común. William no podía abrir la ventana, pero veía que la gente llevaba ya chaquetas o chalecos por la calle.

—¿Cuántos anillos ganó Bill Russell en total? —preguntó Sylvie, después de verlo rebotar un buen rato de pared a pared.

—Once en doce años. —William se detuvo, sentía una llamarada dentro: la misma incomodidad que experimentaba cuando Kent lo miraba con su expresión atenta. Sylvie también le mostraba afecto y él intentaba aceptarlo, pero le costaba. Durante la última visita de Kent, había sonreído una vez y su amigo, encantado, le había dado una palmada en la espalda. «La incomodidad no es más que una emoción —le había dicho la doctora Dembia—. Está bien que te permitas sentir tus emociones.»

—Ya sé que sacas el tema del baloncesto para que me sienta cómodo, Sylvie. Es todo un detalle.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—Y sé que leíste mi libro. —Sin pararse a pensar, William cogió el cuaderno en blanco de su mesilla de noche—. La doctora me ha puesto deberes. A lo mejor podrías ayudarme… Por cierto, te agradezco mucho que vengas a verme. Tenía que habértelo dicho antes.

—Yo te ayudo encantada —replicó Sylvie, con tono receloso.

—¿Puedes ir escribiendo lo que yo diga, como si fuera una lista? Se supone que tengo que escribir los secretos que he ocultado a…, bueno, a Julia.

Sylvie cogió el cuaderno. Igual que él, se había criado yendo a la iglesia a confesarse: entraba en la oscura cabina, se arrodillaba y confesaba sus pecados a la pantalla que la separaba del sacerdote. William pensó entonces en el sacramento y se sintió mal por todos los niños que se veían obligados a dividir sus vidas entre pecados y no pecados para tener algo que contarle a un desconocido con sotana.

—El primero es que sabía que habías leído mi libro —comenzó William—. No le dije a Julia que lo había adivinado. —Su manuscrito seguía en el estante más alto del armario, en su apartamento, a menos que su mujer lo hubiera tirado.

Sylvie escribía en el cuaderno con la cabeza inclinada.

William se sentó en la cama, por fin dejó que su cuerpo se quedara quieto.

—No quería ser profesor. —Se detuvo para ver si aquello provocaba alguna reacción—. Nunca le conté a Julia que almorzaba en el gimnasio de Northwestern todos los días ni que ayudaba a Arash con los jugadores. No tiene ni idea de la cantidad de tiempo que pasé allí. No le dije lo mucho que me disgustó que leyera lo que estaba escribiendo, que para mí era más un diario que un libro. —William agachó más la cabeza—. No quería tener hijos. —Cerró los ojos, se hundió en la parte más oscura de sí mismo—. No le conté que tuve una hermana.

Se oyó una exclamación.

—¿Tenías una hermana? —preguntó Sylvie en un susurro,

como si las palabras fueran sagradas, demasiado importantes para decirlas en voz alta.

—Murió cuando yo era un bebé. De gripe o neumonía o algo así. Aquello destrozó a mis padres. Creo que nunca fueron capaces de mirarme sin acordarse de ella.

—¡Ay, William!

Ambos guardaron un silencio abrumador, inmersos en la inconcebible pérdida que precedió a todas las demás pérdidas, aunque William nunca lo había pensado. Nunca había hablado con nadie de su hermana y algo floreció de aquella confesión. Cuando cerró los ojos, la pequeña estaba a su lado. Le había otorgado sustancia al contar su historia. Estaba seguro de que sus padres jamás la mencionaban porque no podían soportarlo. Si solo tres personas recordaban su corta historia y jamás hablaban de ella, la niña quedaría borrada de la historia. William estaba en ese hospital intentando habitar su propio cuerpo, su propia historia. Su hermana formaba parte de ella, pero también era una persona por derecho propio.

—¿Cómo se llamaba?

—Caroline. —Jamás había pronunciado su nombre.

Se imaginaba a la pequeña feliz de recibir tanta atención. Percibía a la vez los vistosos tonos rojos y amarillos de las hojas al otro lado de la ventana y la intensa emoción de la mujer que estaba sentada frente a él. Jamás había alcanzado aquel nivel molecular de consciencia, nunca había sentido tanto en un solo momento. Siempre había esquivado las afiladas lanzas que las emociones le lanzaban y se había apresurado a ahogar cualquier sensación desagradable. Le costaba mucho creer que otras personas pudieran soportar la vida con esa intensidad.

—Esto no se lo podría haber dicho a nadie más. No sé por qué, pero tenía que decírtelo a ti.

Sylvie lo miró. Ambos estaban recordando la noche en el banco, bajo las estrellas.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

William asintió con la cabeza.

—En tu manuscrito, en las notas, decías algo como «Debería haber sido yo, no ella». ¿Te referías a tu hermana?

William se sorprendió.

—No recuerdo haber escrito eso. —¿Por qué le sorprendían todavía los secretos de su interior? Pero era cierto: siempre había sabido que sus padres habrían preferido que hubiera muerto él—. Supongo que me refería a mi hermana, sí.

Se fijó en el rostro atento de Sylvie y supo que podía contarle cualquier cosa, que no lo juzgaría. Le había revelado todo lo terrible que había en él y ella seguía con el bolígrafo en la mano, dispuesta a seguir escribiendo.

—Creo que eso es todo. A lo mejor deberías decírselo también a Emeline y a Cecelia. Ya no debería ser un secreto. —William tomó aire—. Creo que no hay nada más que añadir a la lista. No fui un buen marido para Julia, que se merecía algo mucho mejor.

La silueta de Sylvie se desdibujó y así fue como William se dio cuenta de que estaba llorando.

Ambos estaban agotados, como si hubieran corrido juntos una maratón, pero antes de marcharse, Sylvie se detuvo un momento en el umbral.

—Me has dicho que no querías ser profesor. ¿Querías ser jugador profesional de baloncesto?

—Sí, pero no era lo bastante bueno, ni siquiera antes de la lesión.

—Debió de ser una decepción tremenda.

Él asintió con la cabeza.

William sabía que tenía una cosa más que decir antes de que la doctora Dembia le permitiera salir del hospital. «Unos cuantos días más», no hacía más que repetir. No entendía por qué tenía que contarlo todo, pero había que seguir unas reglas para recuperarse. La doctora estaba satisfecha con las dosis de la medicación y William ya no se sentía como colgado del parachoques de un vehículo que recorriera la ciudad a toda pastilla para de pronto frenar en seco. Ya no tenía las manos pegajosas y por la noche dormía e incluso disfrutaba de momentos de calma. Estaba aprendiendo la diferencia entre la calma y la desconexión, y se esforzaba por que en sus días

hubiera más de lo primero que de lo segundo.

Arash fue a verlo y lo miró severo.

—¿Recuerdas que te dije que les sigo la pista a mis jugadores?

—Sí.

—Pues no todo el mundo me da buenas noticias y yo intento ayudar en lo que puedo. ¿Te crees que eres el primero que tiene problemas? Los entrenadores se han reunido para hablar de ti.

—¡Ay, Dios! —se horrorizó William.

—Tú aportaste valor a nuestro programa cuando entrevistaste a los jugadores este verano. Puedo garantizarte un trabajo en el equipo. Es evidente que estar aquí —Arash frunció el ceño— es un obstáculo. Pero la universidad siempre necesita asesores residentes y tu doctora dice que puedes asumir esa responsabilidad, así que te vamos a buscar una habitación en la residencia universitaria. Con eso cubrirás tus gastos. Ya veremos qué pasa a partir de ahí.

William se quedó sin palabras. Le preocupaba dónde iba a dormir cuando se marchara del hospital. Tenía muy poco dinero en el banco y muy pocas posibilidades, por no decir ninguna. La única opción que se le ocurría era irse a Milwaukee y dormir en casa de Kent, en el suelo, pero eso también planteaba problemas, porque Kent tenía novia, una compañera de Medicina, a la que no le haría mucha gracia, como era comprensible, tener allí metido al antiguo compañero de equipo de su novio y además deprimido.

—Te doy pena —dijo por fin y las palabras le supieron amargas en la boca.

Arash negó rotundo con la cabeza.

—Estás deprimido, no majara. No es una locura estar deprimido en este mundo. De hecho, es más sensato que ser feliz. Yo no me fio nada de esos optimistas que andan siempre sonriendo pase lo que pase. A esos sí que les falta un tornillo, ya te lo digo. Además, no te estoy ofreciendo un trabajo. Lo que te ofrezco es una habitación.

La mente de William se aferró a un nuevo lema tras las semanas que llevaba en el hospital: «Ni mentiras ni secretos».

Ya reconocía ambas cosas y, cuando revisó lo que le había dicho Arash, supo que no era mentira. Era cierto que los entrenadores les seguían la pista a sus jugadores y que él había sido un valor añadido al equipo en su momento. Las horas que había pasado escuchando a los chicos hablar de sus heridas y lesiones significaban algo para él, tal vez para los chicos, y para Arash, en su misión de mantener a todos los jugadores fuertes e ilesos. El recuerdo de aquellas horas en la asfixiante habitación, cuando gran parte de su cerebro estaba aguado o enervado, permanecía intacto y era algo que no le importaba volver a hacer. De hecho, era tal vez el único recuerdo que no le provocaba sentimientos de culpa o consternación. Había sido útil.

—Gracias.

Ese día, mientras paseaba por los pasillos, se dio cuenta de que había dejado de sentir el agua del lago contra la piel, que ya no le cosquilleaba la espalda. Tenía una habitación donde dormir, lo cual le permitía pensar, por primera vez, que podría haber un siguiente paso.

No se sorprendió esa tarde cuando la doctora Dembia le dijo:

—Nunca has mencionado a Alice.

William, de pie, se volvió a mirar por la ventana. Aquello era lo que necesitaba contar. Era lo que tenía que decir para poder marcharse. Era lo que tenía que saber para poder empezar de nuevo. Era el último secreto y ya no lo podía mantener oculto.

—Empecé a volverme más oscuro, todo se hacía más oscuro, antes de que ella naciera. No fue por ella, pero es que apareció cuando ya nada tenía sentido y tuve que ir apagando las luces en mi mente para sobrevivir a los días. La cosa es… —Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas.

—¿Sí? —lo animó la doctora.

—Alice es una lámpara. Una lámpara reluciente, desde que nació. Como si brillara mucho. Mirarla me hacía daño a la vista. Y me daba miedo tocarla.

—¿Te daba miedo su luz?

—No. Me daba miedo apagarla, me daba miedo que mi

oscuridad se tragara su luz.

—Así que tenías que apartarte de ella para que estuviera a salvo.

—Tenía que apartarme de ella, sí.

Julia

Agosto de 1983 – octubre de 1983

Cuando sonó el teléfono aquella tórrida mañana de agosto, William llevaba desaparecido un día y medio. Julia, sentada en el sofá con Alice en el regazo, le hacía cosquillas en la tripa. La pequeña reía y gorjeaba, era el sonido más dulce que había oído jamás. Y ella también se echaba a reír.

Por fin dejó a Alice en la colorida manta del suelo, descolgó el auricular del teléfono junto a la butaca y todo cambió. Algo se heló en su interior al oír a Sylvie. La noticia de que William había intentado suicidarse era tan enorme que no podía asimilarla. Se le quedaron las manos frías y, cuando colgó, tuvo que echarse el aliento como si estuvieran en pleno invierno. Llevó a Alice de habitación en habitación, aunque la niña no había pedido que la cogiera en brazos. Se acercó a cada una de las cuatro ventanas del apartamento, como si buscara algo, y aun así no habría podido decir ni qué tiempo hacía fuera ni qué hora era.

Cecelia y Emeline fueron a verla, pero les dijo que necesitaba estar a solas para pensar. Ellas asintieron con gesto serio. A todas les había impactado que William hubiera querido dejarlas, dejarlo todo. Se sentían vulnerables. Jamás se habían planteado otra muerte que la natural y él les había señalado otra salida. El mundo daba más miedo después de lo que había sucedido.

Las tres se quedaron un momento en la puerta.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —preguntó Cecelia en tono áspero.

Emeline le frotó el brazo.

—Me parece que no tiene sentido enfadarnos con él.

—Pero es que no entiendo para nada cómo ha podido renunciar a todo esto. ¿Iba a abandonar a Alice? No hay nada peor en el universo.

Julia las escuchaba como había escuchado a Sylvie al teléfono. Todo era nuevo para ella, como si su anterior comprensión del mundo hubiera sido borrada de un plumazo. Calibraba cada frase como si oyera hablar por primera vez.

—¿Cómo no he sabido que William era tan infeliz?

Su falta de ambición, su negligencia, habían resultado ser pequeños síntomas de un mar de oscuridad. Julia seguía helada de miedo. ¿Cómo había podido estar tan ciega? La oscuridad de William la aterraba. Se había acostado noche tras noche junto a un hombre que no quería vivir. Cuando trataba de recordar incluso el pasado más reciente, todo se cubría de sombras. Su propia experiencia era una mentira.

—Está enfermo —dijo Emeline con tristeza—. Sylvie dice que lo más seguro es que tenga que estar mucho tiempo en el hospital.

—Aun sí —insistió Cecelia—. Nadie debería rendirse. Es de lo más egoísta. Es horrible.

Julia estaba de acuerdo.

Cuando las gemelas se marcharon, fue consciente de su propia ira. Era como si Cecelia se la hubiera contagiado, como si las emociones fueran un constipado. Volvió a pasear de ventana en ventana mientras su corazón palpitaba preguntas:

¿Cómo había podido hacer William algo tan vergonzante como ahogarse en el lago Michigan?

¿Tan insoportable era la vida con ella que no bastaba con abandonarla, sino que además tenía que matarse?

¿Por qué no le había contado cómo se sentía?

A pesar de que Julia había renunciado a solucionar los problemas de los demás, todavía contaba con todas sus capacidades y podía haberlo ayudado. Por lo menos podía haber evitado que hiciera algo tan dramático, tan desesperado, tan humillante.

Cuando Sylvie se presentó esa noche, Julia la dejó entrar, pero no quiso que pasaran de la puerta. No podía soportar visitas largas. Necesitaba que su casa estuviera ocupada solo

por ella y por su hija.

Sylvie se disculpó:

—No sé por qué me fui con Kent. Lo siento muchísimo. Debería haberme quedado contigo.

Rodeó a su hermana con los brazos y Julia le correspondió. Ambas se estrecharon fuerte durante mucho tiempo, apoyándose la una en la otra como edificios que necesitaran puntales.

—¿Qué hago? ¿Tengo que hacer algo? —preguntó Julia, con la cara enterrada en el cabello de su hermana.

Sylvie había sugerido, cuando llamó desde el hospital, que una nota escrita durante una crisis mental no significaba nada. ¿Era eso cierto? ¿Ni la nota ni el cheque de William significaban nada? ¿Todavía tenía que hacer de esposa de un hombre al que ya no reconocía?

—No lo sé —contestó Sylvie—, pero lo averiguaré.

A la mañana siguiente, Julia decidió hacer una limpieza a fondo en la casa. Necesitaba moverse. Apartó a un lado la mesa de centro y enrolló la fina alfombra del salón. Con Alice en un portabebés, arrastró la alfombra hasta la gigantesca lavadora del sótano del edificio y, con gran esfuerzo, logró meterla. Cuando la alfombra quedó limpia, sacó una escalera del armario del pasillo para descolgar las cortinas de la ventana del salón. Eran las mismas que tenían en su anterior apartamento: un tejido de una gruesa urdimbre, color magenta. Julia las había elegido en los primeros días de su matrimonio porque la tela se le antojaba muy «madura». «Menuda idiota —pensó—. Era una niña idiota.» Llevó a Alice y las cortinas al sótano y programó la lavadora para un lavado extralargo.

Le costaba mucho dormir. Cuando intentaba descansar, la asaltaban las preocupaciones. Cualquier cosa parecía posible después de que William intentase ahogarse en el lago en el que ella había nadado de pequeña. Se le ocurrían todo tipo de escenarios. Si la hospitalización de William anulaba de alguna forma la nota que le había dado, entonces tendría que ir al

hospital en algún momento y seguir casada. Si se divorciaban, un escenario preferible, entonces seguiría siendo el padre de Alice y todavía querría participar en la vida de su hija. Julia tendría que encontrar la manera de proteger a la niña de lo que había llevado a William hasta ese lago, fuera lo que fuese. Si pasaba mucho tiempo con ella, podría contagiarle su depresión. Julia volvía una y otra vez a la idea de que no podía ser bueno para Alice tratar con alguien para quien la vida era tan prescindible. Ella veía la vida como pura oportunidad, una cómoda de cajones que hay que ir abriendo uno tras otro. Y William había intentado tirar el mueble por la ventana.

A las tres de la madrugada, se subió a la escalera para vaciar los estantes superiores de los armarios de la cocina. Estaban llenos de regalos de boda, artículos muy poco prácticos que no eran de uso habitual: un cuenco de cristal que pesaba una absurdez; un juego de tazas de porcelana demasiado delicadas para utilizarlas habiendo una niña en casa; copas en miniatura pensadas para un anticuado licor digestivo, jerez o brandy, no se acordaba. Llenó el fregadero de agua jabonosa y se puso a lavar con cuidado todos los cacharros frágiles, hasta que el sol comenzó a alzarse en el cielo y Alice se despertó.

Julia se sentía atrapada: en su apartamento, en el extraño limbo de su matrimonio, en su propia piel. Esperaba que William la llamase, tal vez, y le dijera que quería volver con ella, que la necesitaba. O que Sylvie le trasladara esa petición. Esperaba que algo le aclarase si tenía que seguir haciendo de esposa o no.

Cuando Sylvie volvió a su casa, algo más de una semana después del intento de suicidio de William, se la veía tan cansada y ojerosa que parecía haber envejecido cinco años. Llevaba el pelo recogido en una coleta.

—Siéntate —se preocupó Julia—. Tienes pinta de estar a punto de desmayarte.

Sylvie negó con la cabeza.

—William me ha dicho que no quiere que vayas a verlo.

Julia sintió tal alivio que se dejó caer en la butaca.

—Ha dicho también —prosiguió su hermana, con tono

inexpresivo, como si fuera un locutor dando las noticias— que renuncia a Alice.

—¿Que renuncia a la niña? —No entendía nada. Creía haber oído mal—. ¿Eso qué significa?

—Creo que significa que ya no quiere ser su padre, que serás madre soltera.

Julia volvió la cabeza despacio para mirar a Alice, que estaba tumbada en su manta con su bodi de color rosa. Pateaba con los pies descalzos como si montara cabeza abajo en bicicleta y el esfuerzo le sonrojaba las mejillas redondas. Julia contuvo las palabras en la boca: «Renunciar a Alice».

—Parecía hablar en serio —añadió Sylvie—. Dijo que «para siempre».

Otra expresión que se estancaba dentro de Julia: «para siempre».

«¡Gracias, Dios mío!», pensó. No había rezado desde que había muerto su padre, pero, aun así, su alivio era tan enorme que repitió para sus adentros: «Gracias, Dios mío».

Sylvie puso la mano en la pared, como para estabilizarse. Tenía aspecto de estar durmiendo tan poco como Julia.

—Deberías tumbarte en el sofá del cuarto de la niña.

A Julia de pronto ya no le importaba la idea de que su hermana se quedara allí. Ya no necesitaba encerrarse a solas con Alice. Se había sentido libre cuando William la dejó; luego, atrapada cuando intentó matarse; y entonces volvía a ser libre de nuevo. Y esa libertad era como dejarse caer de espaldas sobre la cama más mullida. Era algo decadente, delicioso.

—Por favor, por lo menos descansa un poco —insistió, contenta de poder preocuparse por alguien además de sí misma —. Pareces un fantasma.

Sylvie esbozó una leve sonrisa.

—Estoy bien. Tengo que ir a trabajar a la biblioteca. Solo quería decírtelo antes que nada.

—Gracias.

—Quería que te quedara todo claro. Porque ya estaba todo demasiado confuso, demasiadas cosas por resolver, y sé lo mucho que odias eso. Quería saber si William de verdad quería poner fin a vuestro matrimonio.

Julia se fijó en su hermana, que parecía haberse desmoronado con la ruptura del matrimonio, con el intento de suicidio. Sylvie sufría, como atrapada en el campo gravitatorio de la depresión de William, incapaz de escapar del todo. Y parecía que sufría en lugar de su hermana, en su esfuerzo por aclararle las cosas, como si le hiciera un regalo. Julia se lo agradecía. La amó por ello. Pero quería que cesara ese sufrimiento antes de que Sylvie cambiara para siempre, antes de convertirse para siempre en una persona triste y cansada.

—Tengo que ayudarte. Te voy a preparar unos huevos como a ti te gustan antes de que te vayas. —Y llevó a su hermana a la cocina de la mano.

Después de que Sylvie se marchara a la biblioteca con algo más de color en las mejillas, Julia metió a Alice en su carrito y salió a hacer un par de recados. Iba sonriendo de tal manera que notaba la piel de la cara estirada. Hacía mucho tiempo que no sonreía. Estaba loca de alivio desde que se enteró de que William no quería saber nada de ella. Julia no le había hecho ningún daño y no tenía la obligación de solucionarle la vida. Y lo que era aún más importante: no quería saber nada de su hija. Y a ella, que apenas soportaba perder de vista a la niña un instante, esto le resultaba del todo incomprensible, pero eliminaba su mayor preocupación. William había renunciado a Alice.

Decidió hablar con un abogado lo antes posible para legalizar todo lo que él había dicho antes de que pudiera cambiar de opinión. Entró en el banco para ingresar el cheque con el que se había despedido. Luego compró un contestador telefónico para poder ejercer algo de control sobre su vida. Nunca jamás pensaba contestar el teléfono sin saber qué terribles noticias podrían acechar al otro lado de la línea.

Se pasaba los días metiendo en cajas los contenidos de la casa. Aquel apartamento estaba pensado para un futuro distinto que ya no llegaría. Tenía que mudarse. Julia había imaginado allí a una familia feliz: un profesor de renombre, una mujer de carrera y una hija perfecta. Pero aquel futuro había estado

siempre condenado, sin que ella lo supiera. Le avergonzaba su propia estupidez mientras vaciaba los armarios. Era crucial marcharse a un nuevo hogar para poder empezar de nuevo.

Una mañana de octubre, el teléfono sonó temprano. El frío había entrado de un día para otro y Julia se estaba poniendo un jersey. Se alegraba de la bajada de temperatura porque indicaba la llegada de una nueva estación, lo cual significaba un pequeño paso que la acercaba a su futuro y la alejaba de su desastroso pasado. Cuando saltó el contestador, colgaron al otro lado. De inmediato, volvieron a oírse los timbrazos y después del pitido se oyó la voz de Rose:

—Julia Celeste Padavano, más te vale coger el teléfono ahora mismo. ¿Cómo te atreves a pedirle a tu madre que hable con…?

Julia salió disparada, tropezó con una bolsa, se enderezó y trepó sobre una silla que había atascada entre dos cajas. Alice la miraba desde la manta, primero con los ojos muy abiertos, luego entre risitas y gorgoritos, convencida de que su madre trataba de entretenerla con el espectáculo.

Para cuando llegó al teléfono, estaba sin aliento.

—¡Sí, mamá! ¡Estoy aquí!

—¿Julia? —preguntó Rose desconfiada, como temerosa de que la tecnología estuviera imitando la voz de su hija.

—Sí, soy yo.

Casi veía a su madre asentir con la cabeza y acomodarse en la silla de su estrecho balcón.

—¿Eres tú de verdad? Porque yo habría imaginado que mi hija me habría llamado si su marido se hubiera tirado al lago.

Les había pedido a sus hermanas que no le contaran a su madre lo sucedido y ellas habían estado de acuerdo. Julia solo la había llamado una vez desde que William se marchó, pero tuvo cuidado de que la conversación fuera breve y estuviera repleta de preguntas sobre la vida de Rose en Florida. Solo pretendía ganar tiempo hasta que el caos se asentara, hasta saber cómo encajar lo sucedido, hasta tener fuerzas para absorber el impacto de la reacción de su madre. Pero una historia tan dramática no podía mantenerse mucho tiempo en secreto y los chismorreos que Julia tanto temía debieron de

correr como la pólvora por Pilsen hasta llegar a Florida.

—Bueno, obviamente he estado muy mal, mamá. Y muy ocupada…

—No has estado ocupada. No me mientas, jovencita. Emeline se lo cuenta todo a Grace Ceccione y esta me ha dicho que apenas sales de casa y que no has puesto ni un pie en el hospital. Y que has dejado que sea Sylvie quien se encargue de lidiar con los médicos de William. —Rose pronunció el nombre de Sylvie con tal incredulidad que igual podría haber dicho «Santa Claus»—. Es que no me lo podía ni creer.

—Sylvie no se está encargando. Tú no entien…

Rose la interrumpió.

—Te has negado a ir al hospital. ¿Qué iba a hacer tu hermana, dejarlo allí solo, medio muerto? William es huérfano, eso lo sabes. No tiene más familia.

Julia miró a Alice, estaba tumbada en su manta, soñolienta. Menos mal, pensó: su pequeña no estaba enganchada a las descargas adrenalínicas de su madre; si lo hubiera estado, estaría llorando. Ella tenía ganas de llorar.

—William me abandonó, mamá, antes de acabar en el hospital. Nos vamos a divorciar. Ha sido una época muy difícil.

—No digas esa palabra tan tan fea. Ya he oído que William te dejó una «nota» —añadió con tono despectivo—. Tu marido está en el hospital porque está enfermo, Julia. ¿Has hablado con él?

—No. Dijo que no quería que fuera a verlo. Además, mamá, no te lo vas a creer, pero tampoco quiere a Alice. Va a renunciar a la custodia.

Esperaba que su madre se horrorizara, pero Rose se limitó a suspirar, era el mismo sonido que hacía su hermana. Julia se frotó la frente. Su madre y sus hermanas estaban todas ligadas en su mente y en su corazón, pero nadie como Rose podía hacerla tropezar con los lazos que las ataban.

—William no está bien —continuó Rose—. Nadie en su sano juicio diría algo así sobre su propia hija. Es una blasfemia.

«Pues tú renunciaste a una hija. Tú renunciaste a Cecelia», tuvo ganas de replicar ella. Pero no quería hacer daño y, además, Rose aduciría que eso era algo totalmente distinto

porque Cecelia ya era adulta. Cuando Julia repasaba esa discusión en su mente, al final tanto ella como su madre acababan perdidas. De manera que se limitó a suspirar también.

—William hablaba en serio.

—Está mal y tú también estás mal. Escúchame. Tu marido es un buen hombre. No bebe, no se va por ahí con otras. Puede que lo de la universidad no haya funcionado, pero se puede buscar otro trabajo. Tienes una hija, por Dios bendito. Tienes que pensar con claridad. Ser una divorciada es algo terrible. Los hombres se pueden recuperar de eso, pero las mujeres no. ¿De verdad quieres desperdiciar así tu vida? Solo tienes veintitrés años.

Julia meneó la cabeza.

—Ahora se divorcia mucha más gente que en tu época, mamá. No es para tanto.

Rose resopló.

—¡Que no es para tanto! Sí que es para tanto en la iglesia, eso te lo aseguro. Vamos a ser la comidilla del barrio. A todo el mundo le encanta un desastre. El padre Cole te bautizó y te casó, imagínate el disgusto que se va a llevar si sigues adelante con esto. ¿Te acuerdas de la señora Callahan? Dejó de peinarse desde que se fue su marido y ya nadie la quiso.

—Yo jamás seré así —se ofendió Julia.

—William está pasando por una mala racha, pero eso nos pasa a todos. Bueno, nada tan exagerado como intentar ahogarnos en el lago Michigan, espero, pero todos nos estampamos alguna vez contra la pared. El papel de una esposa es quedarse junto a su marido cuando eso sucede. Dentro de veinte años, recordaréis este momento y os parecerá solo un pequeño bache en vuestro matrimonio. Te alegrarás de haber aguantado.

Julia miró las cajas que la rodeaban. Pensó en la expresión destrozada de Rose en el jardín cuando Cecelia anunció que estaba embarazada. Rose se había estampado contra la pared. Y William también, por supuesto. Pero ella no. Ella estaba sana, íntegra, en plenas capacidades. Había visto a su madre aguantar en su matrimonio y ese camino no era para ella. Ella

era el cohete de su padre. Alice y ella estarían mejor solas.

—Me voy a mudar de casa. Estoy esperando que el profesor Cooper me avisé de un trabajo. Tengo que marcharme de aquí porque William ya no está matriculado en Northwestern.

—¿Y te tienes que mudar ahora mismo? ¿Esa gente no te da ni un mes después de lo que ha pasado?

—Pues no.

Aquello no era cierto o al menos no que Julia supiera. La verdad era que no sabía cuándo debía dejar el apartamento. Tenía una montaña de correo por leer y tal vez alguna de las cartas fuera de Northwestern, pero ya lo había metido todo sin abrir en una caja etiquetada como «Julia». Casi todas las cajas llevaban la etiqueta de «Julia» o «Alice». Su marido solo parecía tener algo de ropa, unas cuantas pelotas de baloncesto y su manuscrito, que seguía metido en su bolsa de papel.

—Eso es una tontería —replicó Rose. Se notaba que no se creía ni una palabra—. ¿Quieres que te ayude a buscar alojamiento en Pilsen? Mis amigas de aquí tienen contactos con inmobiliarias en todas partes. Vamos a encargarnos de eso. Puedo hacer unas cuantas llamadas en el barrio. Te ayudamos a mudarte y, cuando te aclares las ideas, ya reconsiderarás la situación con William.

—Estás demasiado lejos para ayudarme con la mudanza, pero gracias.

—No seas tonta. Y no me utilices de excusa para tu mal comportamiento, Julia, que yo no te he educado así. ¿Cómo está mi nieta?

Julia sonrió porque Alice se había quedado dormida en la manta, en mitad de las pilas de cajas, delante de su madre, que iba ataviada con unos vaqueros y una sudadera vieja, a pesar de que su abuela berreaba al teléfono a pleno pulmón.

—Está perfecta. Y me voy a asegurar de que siga así.

El profesor Cooper le había comentado que esperaba que saliera adelante un proyecto en particular para saber qué puestos tenía que cubrir. Una tarde la llamó y dejó un breve mensaje en el contestador. Era un hombre inteligente y ya se

habría dado cuenta de que Julia nunca contestaba el teléfono, aunque estuviera en casa, puesto que siempre lo llamaba justo después de que él le dejara un mensaje. Pero a ella le daba igual que sospechara que le pasaba algo. Que sospechara todo lo que quisiera. Ella tampoco sabía nada de la vida personal del profesor. Le gustaba que su relación fuera meramente profesional.

—Julia, siento decirte que no voy a poder utilizar tus servicios en estos momentos. Para ser sincero, lo más seguro es que no hasta el próximo mes de mayo. Lo siento mucho, ya sé que no es lo que esperabas oír.

—Pero estamos a… —Julia se paró a pensar la fecha— 12 de octubre.

—Ya lo sé. Es que, verás, me han ofrecido un proyecto de seis meses en Nueva York, así que voy a estar fuera un tiempo. Retomaré mi trabajo aquí a finales de primavera y entonces estaré encantado de contar contigo.

Julia intentó procesar la información. ¿Qué haría durante todo el invierno y la primavera? Además de cuidar niños y otras tareas típicas de adolescentes, jamás había trabajado para nadie que no fuera el profesor Cooper. Y con lo que él pagaba, podría permitirse una buena guardería para Alice. Había planeado dejar a la niña en la guardería de Emeline cuando empezara a trabajar para que pudiera recibir todo el cariño de su tía y jugar con Izzy, que estaba allí casi todos los días.

Consideraba una suerte haber recibido clases del profesor Cooper. Se había matriculado en el curso de Psicología de las Organizaciones por curiosidad, sin entender la naturaleza de la materia. Cooper era un hombre reservado y le apabulló que su alumna lo abordara de pronto para preguntarle si podía ayudarlo durante las vacaciones de verano. Julia se ofreció para hacer recados, ir a por café, lo que fuera. Y empezó haciendo eso, pero el profesor se dio cuenta de que, si lo acompañaba cuando iba a conocer a nuevos clientes, estos se mostraban encantados con ella. Julia era lista y tenía buenas ideas. «Me gusta tu mente de principiante», le decía y luego le contaba el complicado problema de tasa de producción que intentaba resolver. A veces ella no entendía del todo y no

podía ayudar, pero en varias ocasiones ofrecía sugerencias o ideas que encaminaban al profesor en nuevas direcciones.

—Iré con usted —se escuchó Julia decir—. Puedo ayudarlo con el gran proyecto.

—¿Venirte a Nueva York? —se asombró él.

Julia estaba igual de asombrada.

—Perdona, pero… —el profesor Cooper vaciló— ¿tú no tenías marido y una hija?

—Llevaré a la niña. Seguro que habrá buenas guarderías en Nueva York. Y solo son seis meses.

Julia ya había trazado un plan. Aquello podría resolver, o al menos demorar, varios de sus problemas. Metería en un guardamuebles todos sus enseres y pertenencias, así no tendría que buscar casa hasta que volviera de Nueva York. Estaría lejos de William mientras se cursaba el divorcio y su renuncia a la custodia, con lo cual sería más fácil que el proceso transcurriera en un plano más formal. Si William cambiaba de opinión y Julia seguía viviendo en Chicago, podría discutir con ella en persona. Pero, si estaba en Nueva York, tendría que recurrir al teléfono o al correo. La polvareda del drama se asentaría en seis meses. Tal vez a su vuelta podría vivir en Pilsen, cerca de sus hermanas. Sería incluso menos probable que las amigas de su madre la persiguieran por la calle preguntándole por qué se había divorciado y qué había hecho mal. Seis meses le ofrecerían un terreno muy distinto al de las ascuas ardientes sobre las que de momento se encontraba su familia.

—Es una propuesta interesante —consideró el profesor Cooper—. En teoría, yo podría pagarte el billete de avión, claro. Pero todo lo demás… Yo pensaba contratar a alguien de allí.

—Yo me pago la mudanza, me lo puedo permitir. —Y casi añadió: «No he estado nunca en Nueva York, así que será emocionante», pero temió parecer poco seria y, además, menos útil que alguien de allí, que sin duda sabría dónde ir a comer y cómo funcionaba el metro.

—Por norma general, no tomo decisiones por teléfono.

—Claro. —El profesor Cooper tenía muchas normas, casi

todas estaban relacionadas con tomar decisiones y ser eficiente. Compraba un traje al año y nada más para ir a la moda y a la vez hacer buen uso de su ropa. Se mantenía delgado comiendo seis ensaladas a la semana. Daba igual cuándo se las comiera o qué más comiera aparte de las ensaladas: la norma era tomar seis ensaladas.

—Pero si crees que vas a asumir la mudanza, Julia, acepto la oferta. Eres la mejor ayudante que he tenido. Ya te llamaré para darte los detalles.

Cuando colgó, se vio inundada de una energía tan hormigueante que se puso a danzar frenética entre las cajas. Debería tener miedo ante una decisión tan estrafalaria, pero no lo tenía. Estaba ilusionada. Pensó en contárselo a Rose y sonrió. Sería divertido dejar impactada a su madre con la noticia. Rose había huido y eso tenía consecuencias. Una de ellas era que su hija también tenía todo el derecho a huir, aunque solo fuera por una temporada. De hecho, se le ocurrió pensar en mitad de su danza, su madre podría ayudarla a buscar apartamento en Nueva York. Por lo visto, sus amigas de Miami tenían contactos con inmobiliarias en todas partes. Tal vez alguna supiera de un apartamento asequible. O a lo mejor alguna tenía un apartamento vacío y le permitía ocuparlo.

Sacó un atlas de una de las cajas de William, una de las pocas que no contenían ropa. Buscó el estado de Nueva York y luego una ampliación de la ciudad de Nueva York. Trazó con el dedo la isla de Manhattan. Ella se había criado en una ciudad y una gran ciudad tampoco podía diferenciarse mucho de otra, ¿no? Miró de nuevo las cajas, a la niña dormida… Ya había encontrado cuál sería el siguiente paso y ni su madre ni sus hermanas podrían detenerla.

No quiso contarles nada a sus hermanas hasta confirmar los detalles con el profesor Cooper y tener los billetes para el vuelo a Nueva York al cabo de dos semanas. Casi todas las noches alguna de ellas acudía a cenar, pero Julia no quería decir nada en persona. Tenía miedo de perder el valor y cambiar de idea si sus hermanas se llevaban un disgusto delante de ella. Al fin y

al cabo, nunca se habían separado así, nunca habían vivido a más de veinte minutos unas de otras, nunca habían dejado de verse al menos un día a la semana, y a menudo todos los días. Decidió que lo mejor sería contárselo a una de ellas por teléfono y que luego la elegida se lo transmitiera a las demás. Esperaba estar en el avión antes de que pudieran echarle encima el conjunto de sus emociones.

Pensó primero en contárselo a Sylvie, pero le parecía una opción complicada. Sylvie iba a verla tan a menudo como las gemelas, pero se mostraba más callada. Las dos se abrazaban más que antes y, después de cenar, se sentaban juntas a ver la televisión con la cabeza de una apoyada en el hombro de la otra. Se cogían de la mano de vez en cuando, se apretaban los dedos. Sus cuerpos se unían como dos imanes, como si se comunicaran durante un periodo en que ninguna quería hablar. Julia jamás le había preguntado la razón por la que, en las veinticuatro primeras horas de la desaparición de William, Sylvie había estado más preocupada por él que por su propia hermana. Jamás había querido oír el relato de la búsqueda. Dio por sentado que Sylvie habría dejado de ir al hospital después de que William manifestara no querer saber nada de su esposa y su hija. Pero unas palabras de su psiquiatra la sumieron en la duda.

La doctora Dembia le había dejado un mensaje en el contestador, pidiéndole diez minutos de su tiempo. Esperaba que pudiera darle alguna clave para entender lo que ella llamaba la «crisis» de William. Pero Julia no había sabido ver su depresión, no había visto venir nada, todo la había pillado por sorpresa. Cuando la doctora le pidió información, Julia cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía gran cosa de su infancia. William jamás hablaba del tema.

—Creo que nuestra relación hubiera terminado de todas formas —declaró.

Se produjo una pausa.

—Ya sé que habrá sido un buen disgusto para usted, incluso si ya tenían problemas en el matrimonio.

Julia se quedó sin palabras. Tenía un nudo en la garganta, tal vez iba a echarse a llorar. Esperaba que la doctora le

reprochase que no conocía a su marido. Esperaba que la juzgara por no haber ido ni una vez al hospital, por más que él le pidió que no fuera. Lo que no esperaba era un trato amable. Y el diagnóstico de la doctora era correcto: lo sucedido había sido un gran disgusto. La había derribado como una torre infantil de bloques de construcción. Incluso después de haber tenido tiempo para recuperarse, le parecía haber perdido para siempre una parte de su corazón.

—Lamento no poder ser de más ayuda —dijo por fin, cuando pudo fiarse de su voz.

—Gracias por su tiempo, Sylvie.

Julia parpadeó.

—¿Sylvie?

—Ay, perdón. Julia. Le agradezco de verdad que haya hablado conmigo.

Después de la conversación, Julia se preguntó por qué estaría pensando la doctora en su hermana. ¿La habría visto hacía poco? ¿Estaba su hermana con ella durante toda la conversación? El lapsus de la médica tal vez no significara nada, pero Julia tenía sus dudas, que la alejaban de su hermana. Decidió llamar a Emeline para contarle lo del viaje a Nueva York. Emeline tenía una voz dulce y casi siempre llevaba un bebé en brazos, así que nunca gritaba. Cecelia tendía a enfadarse cuando la sorprendían con lo que ella considerase malas noticias. De manera que un miércoles de la última semana de octubre, Julia llamó a Emeline a la guardería.

—Llamas en el peor momento del día. Los críos se están volviendo locos. ¿Te puedo llamar luego, cuando llegue a casa?

—Tengo que decirte que he aceptado un trabajo con el profesor Cooper.

—¡Enhorabuena! ¡Es fantástico!

—Los primeros seis meses estaré en Nueva York y luego ya volveré a trabajar aquí.

Se produjo un silencio. Luego se escuchó:

—Josie, ¿me puedes sustituir? Tengo que atender esta llamada en la cocina. —Otra pausa, sin duda mientras Emeline iba hasta el teléfono de la cocina—. Gracias, Josie. —Y se oyó

el chasquido de la otra extensión—. ¿Nueva York?

—Solo seis meses. Es una gran oportunidad y necesito el trabajo.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó su hermana, con el tono afilado de Cecelia. Aunque Emeline era un cuchillo de mantequilla y Cecelia uno de carnicero—. No puedes marcharte ahora en mitad de todo. Es un error, Julia. No puedes salir huyendo.

—Es poco tiempo. No huyo de nada. —Julia se estaba exasperando. Emeline la acusaba de huir de su matrimonio, cuando eso ni siquiera era posible. William había dejado más que claro que su matrimonio estaba acabado. No había nada de qué huir.

—Necesitas estar con nosotras —insistió su hermana—. A lo mejor no te das cuenta, pero es así. En este momento, nos necesitamos las unas a las otras.

—Puedes venir a verme a Nueva York, Emmie. Sería divertido, ¿no?

—Me has decepcionado.

Julia se dio cuenta de que había calculado fatal. Se había equivocado de hermana. Emeline era la conciencia de todas. Tendría que haber llamado a Cecelia, se habrían gritado la una a la otra y en paz. Podría haber llamado a Sylvie y comprobar que sus noticias rebotaban en el silencio. Pero Emeline era una brújula moral. No intentaba ganar una discusión, como habrían hecho las otras dos.

—Alice está llorando. Te quiero. Me tengo que ir.

Colgó sabiendo que se había equivocado hasta en cortar la conversación. El llanto de los niños era cosa de todos los días para Emeline, seguro que había cinco o seis llorando en su presencia. Se imaginaba a su hermana volviendo a sus responsabilidades, cogiendo niños en brazos, colgándoselos de las caderas, metiendo chupetes, haciendo carantoñas a bebés con los que no tenía ninguna relación, solo porque era lo correcto.

Sylvie

Agosto de 1983 – noviembre de 1983

Durante los primeros diez días de la hospitalización de William, tanto médicos como enfermeras creyeron que Sylvie era su mujer. Al fin y al cabo, eso había dicho ella misma el día del intento de suicidio. No volvió a repetirlo, pero ni ella ni Kent enmendaron el error. Siendo su esposa, tenía acceso a información sobre el historial de William. El personal la trataba con respeto y le enseñaba sus gráficos, y luego ella se lo contaba todo a Kent.

No obstante, unos días después de que transfiriesen a William al segundo hospital, le confesó la verdad a la doctora Dembia. El objetivo en aquella unidad era tratar la depresión severa y, cuando oyó a la doctora decirle a William que tenía que ser honesto de una manera brutal, se vio asaltada por la mala conciencia. Era como si la hubieran pillado mintiendo durante una confesión en St. Procopius. Siguió a la médica por el pasillo y se esforzó por explicar cómo había terminado en aquella situación. Por suerte, la doctora era mujer y Sylvie pudo fingir, mientras hablaba con aquella psiquiatra intensa de corto cabello gris, que era una de sus hermanas.

—William puso fin a su relación con mi hermana Julia justo antes de intentar suicidarse, de manera que luego ella no quiso venir al hospital, y los padres de William… Bueno, yo no sé qué problema tienen, pero no quieren saber nada de su hijo. Kent no podía hacerse pasar por su hermano, por razones obvias, y alguien tenía que estar con William mientras seguía inconsciente. El conductor de la ambulancia dio por sentado que yo era su mujer y yo no dije nada. Y así he llegado aquí. —Sylvie se encogió de hombros, un poco mareada por el

contenido de su propia parrafada.

La doctora Dembia enarcó las cejas.

—Pues creo que hiciste lo correcto. Voy a cambiar tus datos en la hoja de admisiones para que ponga que eres su cuñada. Gracias por hacérmelo saber.

Cualquiera de sus hermanas se habría sorprendido. Sylvie también. Se sentía desconocida. Después de pasar la noche y el día corriendo por las calles de la ciudad con los amigos de William, había cambiado. Esos momentos no se habían parecido a ningún otro en su vida: el agotamiento, la compañía, el miedo, la falta de sueño… Jamás lo olvidaría. Se sentía marcada por la experiencia, como si se hubiera hecho un tatuaje.

Se decía a sí misma que seguía yendo a ver a William por dos razones. En primer lugar, porque William todavía estaba mal a nivel físico y no era capaz de encargarse de sus propios cuidados, de manera que era mejor que alguien estuviera allí para hablar con los médicos. Kent no podía porque tenía que volver a sus estudios de Medicina. Y, en segundo lugar, porque Julia le había pedido que averiguase si ella tenía que ir al hospital, si todavía tenía que comportarse como una esposa. «¿Tengo que hacer algo?» habían sido sus palabras. Sylvie ya la había decepcionado una vez cuando la había abandonado para irse a buscar a William y no quería decepcionarla de nuevo. De manera que aguardó junto a la cama del enfermo hasta que este recuperó la conciencia lo suficiente como para poder hablar.

Las muchas horas que William había pasado en el lago le habían afectado la visión de manera temporal, los niveles de electrolitos y la tiroides. Le costaba mucho mantenerse despierto. Sylvie leía una de sus antologías favoritas de poesía mientras él dormía. Los poemas eran apropiados para su atención fracturada, pero también los escogió para sentirse más cerca de su padre. Allí, sentada junto al paciente dormido, tenía a Charlie en la cabeza casi siempre. Su padre la había entendido y seguro que también habría sabido ver lo mal que estaba William. Sylvie albergaba la absoluta certeza de que, de haber estado vivo, su padre también estaría en aquella

habitación, igual que su hija, capaz de seguir el viaje interior del hombre que yacía en la cama.

Una tarde, William se despertó parpadeando y se incorporó hasta quedar sentado. Sylvie dejó el libro con cierta inquietud. Casi sentía también la inquietud de Julia en su apartamento, al otro lado de la ciudad. ¿De verdad William pensaba lo que había escrito en su nota? ¿Era cierto que quería separarse de Julia? Él mismo lo había dicho, con una voz monótona y muy clara, y con más rotundidad de la que ninguna de las hermanas hubiera creído posible: que no quería que Julia fuera a verlo, que tampoco quería ver a Alice y que renunciaba por completo a las dos. En aquel momento, Sylvie contempló su rostro vuelto hacia otro lado, su cuerpo larguirucho en la cama, el cielo blanco al otro lado de la ventana, y todo su ser se sacudió en unos sollozos silenciosos.

Resultó que ella también necesitaba aquella respuesta. Sylvie estaba hecha de interrogantes y sentimientos con los que no sabía qué hacer, como si tuviera las manos llenas y llevase unos pantalones sin bolsillos. Ella misma estaba pasando su proceso en aquel hospital. Echaba de menos a su hermana, pero si Julia aparecía, ya no quedaría sitio para ella junto a la cama de William. Y si reanudaban su relación, Sylvie ya no encajaría en ningún sitio, ya no tendría un espacio ni en su casa ni en aquella habitación. Tenía la sensación de que la habían ingresado allí junto a William y necesitaba más tiempo. No estaba enferma, pero tampoco estaba bien del todo.

Tenía la intención de no volver después de aquello. Se habían cumplido sus dos objetivos: William estaba bastante recuperado como para hablar con los médicos y Julia había recibido las noticias que deseaba. Pero al final le resultó imposible mantenerse alejada. Todas las mañanas se decía que no iría y luego se subía al autobús que llevaba al hospital. Se sentía como atraída por una fuerza magnética entre la biblioteca, el hospital y el apartamento de su hermana mayor. Sellaba libros, enviaba avisos de devoluciones atrasadas, se sentaba junto a la cama de William y comía cualquier cosa con sus hermanas.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntaba una y otra vez. Y

nunca obtenía una buena respuesta. En el hospital se pasaba horas junto a alguien que había deseado estar muerto, alguien que desde luego no parecía vivo del todo. A veces William la miraba con los ojos desenfocados y era evidente que intentaba acordarse de su nombre. Ella guardaba silencio, con un libro abierto en el regazo, deseando que aquel hombre volviera a coserse al tejido de la vida. La doctora Dembia le había hablado de lo que duraba una depresión, del arte y la ciencia de dar con la mezcla adecuada y las dosis de medicación.

—Tendrá que medicarse durante el resto de su vida —advirtió—. Sin la medicación no podrá gestionar su depresión. Ya es increíble que haya llegado hasta aquí.

Sylvie se esforzaba por dar con un tema inocuo del que hablar con William a medida que este se iba mostrando más despierto. No podía ser una charla superficial, no soportaba hablar con él del tiempo o de lo mala que era la comida del hospital. La idea de charlar de tonterías con William le secaba la boca de tal manera que no podía ni hablar. Una vez, por pura desesperación, le hizo una pregunta sobre baloncesto. Aquello funcionó y se convirtió en la solución para entablar conversaciones que no resultaran forzadas o incómodas. Sylvie recordaba algún jugador en concreto o alguna anécdota de la historia del baloncesto de su libro y le preguntaba al respecto. Entonces sentía un enorme alivio al ver en el rostro de William que él también lo sentía. En aquellos momentos, se encendía una luz en sus ojos que le recordaba a un fogón de leña. Buscó una enciclopedia de baloncesto en la biblioteca y tomó notas de posibles preguntas para plantearle. Quería volver a prender esa luz. Albergaba la esperanza de que, si hacía suficientes preguntas, se quedara encendida para siempre.

Sylvie, Cecelia y Emeline se marcharon de casa de Julia una noche después de cenar. Julia parecía más animada desde que había sabido que William no las quería ni a ella ni a Alice. Sonreía, bromeaba con sus hermanas, opinaba sobre lo que estaban comiendo y charlaba sobre Izzy y Alice. Sylvie le envidiaba aquella ligereza de ánimo. Ella se sentía atrapada en

su interior, como si allí soplara una ventisca de secretos. Cada vez que abría la boca para hablar, le asaltaban las dudas sobre lo que era libre de decir y lo que no.

Cecelia conducía un pequeño sedán verde que le había prestado un escultor que quería salir con ella y en el que se subieron todas. Emeline iba detrás, junto a la sillita donde iba Izzy adormilada.

—Nada de correr —advirtió, porque cuando Cecelia conducía, lo hacía deprisa.

—Me parece que no me gustan las alitas fritas —comentó ella—. ¿Qué pollos tienen unas alas tan pequeñas? Me resulta sospechoso.

—Ya cayó —dijo Emeline al ver que la niña se había quedado dormida con una expresión muy seria, como si su mente inconsciente estuviera contemplando complicados problemas: cómo optimizar déficits de presupuestos en la economía moderna, tal vez, o si el libre albedrío era compatible con el determinismo.

Sylvie tenía los músculos tan tensos que le costó abrocharse el cinturón. Cuando el coche aceleró después de doblar una esquina, supo que tenía que decir algo o quedaría totalmente cubierta por aquella nieve interior y ya sería incapaz de decir nada. De manera que tosió y soltó a toda prisa:

—Tengo que deciros una cosa a las dos. He estado yendo a ver a William. A veces. He ido a verlo unas cuantas veces. No quiero decírselo a Julia, pero a vosotras no os lo puedo ocultar.

Cecelia la miró con las manos en el volante, como sopesando lo que acababa de oír.

—Ah, me alegro —dijo Emeline, con evidente alivio.

Sylvie se volvió hacia ella.

—Es que estaba muy preocupada por él —explicó su hermana—. No tiene familia. Ya sé que se supone que tenemos que estar del lado de Julia, y lo estoy, por supuesto —añadió, con los ojos muy abiertos—. Pero William no es un mal tipo. Tenía que estar sufriendo muchísimo para hacer lo que hizo. Es una situación espantosa, la verdad. Yo es que no la puedo soportar. Me alegra muchísimo que vayas a verlo.

—¡Ay, Emmie! —A Sylvie se le relajaron los hombros. Aquel

secreto le había provocado un estrés tremendo—. Yo siento lo mismo.

Cecelia se inclinó sobre el volante.

—¿Qué? —preguntó al notar sobre ella la mirada de su hermana.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Me alegro de que nos lo hayas contado —contestó Cecelia —, pero yo no voy a ir a verlo.

Sylvie sabía que Cecelia estaba enfadada con William por haber intentado suicidarse. «Cualquiera de nosotras podría haberlo ayudado si hubiera pedido ayuda», había repetido varias veces los días después del suceso. Por lo visto, no podía soportar la idea de que alguien a quien quería intentase acabar con su vida en secreto. Cecelia funcionaba a base de honestidad y brusquedad. Creía que, si eras infeliz, tenías que decirlo. Si necesitabas ayuda, tenías que pedirla. El silencio de William la había ofendido tanto como su decisión de ahogarse en el lago.

—No creo que tú estés obligada a ir a verlo —le dijo Sylvie —. A Julia no le gustaría nada saber que voy yo. Es mejor que no seamos todas las que tenemos algo que ocultarle.

Pero Cecelia no parecía estar prestando atención.

—Emmie me ha dado una tabarra horrorosa con que William tenía que estar sufriendo muchísimo. Quiere que lo entienda, aunque yo no le veo a eso ni pies ni cabeza.

Emeline asintió desde el asiento trasero.

—Me alegro de que no estés enfadada conmigo —dijo Sylvie —. No podría soportarlo.

—Eso no es ni posible.

Sylvie sonrió porque su hermana hablaba en serio. Cecelia tenía ciertos principios inalterables y, en aquella época de turbulencia familiar, se doblaría en cualquier dirección necesaria para apoyar a sus hermanas.

Cuando llegó a casa, Ernie la estaba esperando en la puerta. No lo veía desde la noche en que se habían acostado y solo se acordaba de él muy de vez en cuando, pero tenía sentido que apareciera justo en ese momento. Sylvie había comenzado a decir la verdad, al menos en parte y a algunas personas, lo cual

significaba que ya no podía esquivar su vida anterior.

«¿Quién quiero ser ahora? —se preguntaba—. ¿Tengo elección?»

—Cuánto tiempo —la saludó Ernie.

—Sí.

Estaban los dos nerviosos, sin saber muy bien adónde llegarían a parar. Ernie comentó que la puerta del edificio estaba rota y que debería avisar al administrador. Ella contestó que llevaba ya rota un tiempo. Advirtió, como si añadiera cifras en una columna, que Ernie estaba muy guapo con sus vaqueros y su camiseta. Sonrió y él le devolvió el gesto. Sylvie permitió que la estrechara entre sus brazos, le permitió besarla en el cuello.

Luego retrocedió un paso con los brazos caídos. Sentía como un zumbido en el cuerpo, una especie de señal de aviso. Le contó a Ernie lo que había pasado desde la última vez que se vieron y resultó que él había oído por la radio la noticia del rescate en el lago.

—No me puedo creer que fuera tu cuñado.

—Sí. Ahora ando muy liada ayudándolo a él y a mi hermana, así que la verdad es que no tengo tiempo para nada. —Hizo una pausa. «No te deseo —pensó—. Ojalá te deseara. Ojalá fuera una chica normal que quisiera acostarse con el chico guapo que tiene delante.»

—Ah… Vale. —Ernie lo entendió a la primera. Seguían en el portal.

—Igual nos vemos por la biblioteca…

—Claro —dijo él. Y se marchó.

Sylvie se apoyó contra la pared. Como ya tenía claro lo que no quería, estaba sola. Ya no era la de antes, pero todavía no era la mujer en la que se estaba convirtiendo. Agradeció que su padre la hubiera preparado para esa clase de viaje duro y solitario. Gracias a él, sabía que podía existir más allá de los límites de su personalidad pasada y futura. Al menos durante un tiempo. Aunque doliera. Comprendía entonces por qué su padre había atemperado con el alcohol la brutal belleza de esa clase de vida, esa clase de honestidad, y por qué ella siempre había estado más cómoda en la biblioteca con los libros que en

el mundo con la gente.

Seguía en el portal, deseando entrar en su acogedor estudio: las paredes gastadas y los fluorescentes del portal hacían más hondos los arañazos de su desesperación. Pero aquella molestia parecía necesaria. Había una pregunta que tenía que plantearse, una pregunta cubierta de espinosas zarzas:

«¿Qué quieres?»

Jamás se lo habría planteado antes, porque le daba miedo la respuesta. Pero en ese momento deseaba ser de verdad y en profundidad ella misma y experimentar el mundo de la manera más honesta y profunda. Llevaba mucho tiempo dividida en compartimentos, sin duda desde que había muerto su padre. Con Julia era una persona, con las gemelas era otra, algo más honesta. Controlaba sus propios pensamientos y sentimientos, se forzaba a recorrer los caminos que en teoría le tocaban. Solo había una persona con la que de verdad se sentía ella misma: William. Con él era ella misma en su totalidad e incluso le parecía que todavía había margen para expandirse más. William la miraba sin juzgarla, sin expectativas y, en ese espacio de su mirada, Sylvie sentía su potencial: su potencial para la valentía, para la genialidad, para la bondad, para la alegría. Todas esas velas descansaban sobre la cubierta de su barco, eran suyas, pero no las había visto antes. No había sido consciente de ellas antes de las muchas horas que había pasado con William en el hospital. El amor de su padre le había transmitido: «Hazlo todo. Sé todo». Y Sylvie sabía, cuando estaba junto a William, que tenía la capacidad de alzar aquellas gigantescas y hermosas velas y navegar.

«Quiero estar con él», se dijo. Y tuvo que contener el aliento ante la enormidad de su deseo. Le parecía haberse refugiado bajo un paraguas para fingir que no llovía y, dado que el paraguas había desaparecido, se encontraba en plena tormenta. La sorpresa, la vergüenza y la tristeza la inundaron porque, por supuesto, no podía estar con él. No una vez que le dieran de alta en el hospital, no de la manera que importaba.

Una tarde, la doctora Dembia la detuvo en el pasillo del

hospital.

—Estoy intentando aclarar una cosa y a lo mejor me puedes ayudar. William dice que habéis estado hablando de baloncesto.

Sylvie asintió, contenta de que la médica le pidiera ayuda.

—Le gusta hablar de baloncesto. Es… más feliz cuando habla de baloncesto.

—Sí. ¿Por qué crees que el baloncesto es tan importante para él?

—Bueno, juega desde que era pequeño y estaba en el equipo de la universidad. —Sylvie se quedó pensando un momento—. ¿Ha hablado con Kent?

—Sí, dice que el baloncesto es la lengua materna de William. Que de pequeño driblaba la pelota más que hablaba.

—Su lengua materna… —repitió Sylvie. Sí, tenía sentido. Se había comunicado con William en su lengua materna por casualidad, tal vez fuera la única que hablaba con fluidez. Por eso su luz se había encendido.

—Creo que eso es una parte. —La doctora saludó con la cabeza a un paciente que se cruzó con ellas, pero mantuvo la mirada sobre su interlocutora.

—Una vez me contó que sus padres no lo querían —explicó Sylvie—. Creo que apenas le dirigían la palabra de niño.

Al oír la frase en voz alta, ella misma se sobresaltó un poco. Rose y Charlie jamás habían dejado de hablar con sus hijas cuando eran pequeñas. Intentó imaginarse lo que habría sido criarse en una casa sin risa y sin afecto, y vio un espacio frío lleno de ecos. Vio a un niño pequeño botando la pelota para crear un sonido repetitivo, acogedor. Experimentó la misma sensación que cuando leía una buena novela y la historia de pronto se revelaba en su interior y le hacía entender algo nuevo.

—El baloncesto fue lo primero que tuvo William en su vida que le devolvía su afecto. Lo único que lo quiso durante mucho tiempo.

—Sí —asintió la doctora Dembia con los ojos brillantes. Era científica y Sylvie acababa de ofrecerle una parte útil de una ecuación—. Eso es. Sí.

El día en que William le pidió que escribiera sus secretos, Sylvie salió de la habitación con las manos temblorosas. Lo que había pasado allí dentro era lo que siempre había imaginado que debía de suceder en la iglesia. Era como si el aire se hubiera abierto de pronto y entre ellos hubiera sucedido algo sagrado.

Cogía el autobús justo delante del hospital, pero esa tarde fue andando a la biblioteca. Quería sentir el viento en la piel. Unas cuantas veces echó a correr porque su cuerpo ansiaba moverse y a ella le gustaba esa fracción de segundo en la que ambos pies estaban en el aire. Esa noche, en casa de Julia, les comunicó en susurros a Cecelia y Emeline que tenía que hablar con ellas. Las gemelas entendieron que quería decir sin Julia, de manera que, cuando entraron en el coche tras cenar un plato de curry y samosas, Cecelia se alejó unas cuantas manzanas y detuvo el vehículo. Habían dejado a Izzy al cuidado de la señora Ceccione, de manera que iban las tres solas. Sylvie y Cecelia se volvieron hacia Emeline, que estaba en el asiento trasero.

—¿Qué pasa? —preguntó esta—. ¿William está bien?

Sylvie les contó todo lo que William había dicho, aunque omitió su confesión de que no habría podido compartir sus secretos con ninguna otra persona. Esta declaración le calentaba el corazón y era solo suya.

—¡Madre mía! —exclamó Emeline cuando Sylvie terminó. Y, al cabo de un rato, añadió—: William ha sido muy valiente.

—No me puedo creer que tuviera una hermana —comentó Cecelia.

Las tres se miraron igual de extrañadas. Una hermana perdida y secreta era algo muy gordo.

—La doctora, que me gusta mucho, le dijo que si quería ponerse bien no podía seguirse guardando todo eso. Y le dio como un mantra: ni mentiras ni secretos.

—Pues yo os tengo que contar una cosa —barbotó Emeline. Sus palabras surgieron como de un grifo taponado—. En parte me he sentido tan mal por William porque a veces yo también he estado deprimida. Los últimos años he tenido esa clase de pensamientos.

Las ventanillas del coche estaban cerradas. Era una desapacible noche de octubre y el viento agitaba las ramas por encima de ellas, produciendo un sonido como de aplausos.

—Qué dices —negó rotunda Cecelia—. No digas eso. No es verdad.

—No habría hecho nada, os lo prometo.

—¿Y por qué nos has ocultado una cosa así? —preguntó Sylvie—. ¿Por qué no querías decirnos que estabas triste?

Emeline volvió el rostro hacia la ventanilla.

—Me daba miedo decíroslo. Pero la médica de William tiene razón. No deberíamos tener secretos.

Cecelia miraba el perfil de su hermana, era obvio que le sorprendía que hubiera secretos entre ellas.

—Emmie, tú nos puedes contar cualquier cosa.

—Pues hay alguien que me gusta. Muchísimo.

Sylvie y Cecelia se llevaron las manos al pecho, era el mismo gesto que hacía su madre cuando le daban una noticia gorda. Julia también lo hacía.

Emeline tenía los ojos cerrados y la cara todavía girada, como si temiera una bofetada.

—Pero no es un hombre. Es Josie, la que trabaja conmigo en la guardería.

—¿Josie? —repitió Cecelia.

—Estaba segura de que era un error, que me sentía así solo porque me cae muy bien. Trabajamos juntas de maravilla y me hace reír. Los niños la siguen a todas partes. Pero la verdad es que se me acelera el corazón cuando estoy con ella y me muero por besarla.

Sylvie se había quedado tiesa de la sorpresa. No sabía ni qué decir.

—Ya lo sé —dijo Emeline con tristeza.

Sylvie jamás había conocido a ninguna lesbiana. Había una chica que iba en bicicleta por el barrio con una gorra de béisbol y se rumoreaba que vivía con otra mujer, pero nunca había ido a la biblioteca, de manera que jamás la había visto de cerca. Ella creía que las lesbianas eran mujeres duras y hombrunas, y Emeline era justo lo contrario. Era la más dulce de las hermanas.

—Ay, Emmie, ¿estás segura? —preguntó Cecelia.

A Emeline se le llenaron los ojos de lágrimas. Sylvie tendió la mano para tocarle la rodilla.

—Te queremos. Es solo que esto es… inesperado. Nada más.

—No tengo ni idea de si Josie siente lo mismo por mí. Seguro que no.

—Mamá se horrorizaría —terció Cecelia. Lo cual era sin duda cierto: Rose era católica hasta la médula y había lanzado múltiples comentarios despectivos e insultantes sobre los homosexuales durante toda la vida de sus hijas. Hacía poco se había identificado una terrible enfermedad nueva que parecía afectar sobre todo a los hombres homosexuales y aquella historia asqueaba y fascinaba a Rose a partes iguales.

—Ya lo sé. Es la primera vez que me alegro de que se marchara.

Emeline lo dijo con tal alivio que sus hermanas se echaron a reír.

—Pensaba que me odiaríais si os lo contaba. Pero William te contó cosas horribles y yo no siento más que empatía por él. —Emeline vaciló—. Pero no podré tener hijos —añadió en un susurro—. No podré ser madre.

Cecelia y Sylvie intercambiaron la más fugaz de las miradas para compartir su sorpresa por la notica y la pena por la última frase. William no quería ser padre y Emeline no podría lograr lo que más deseaba: ser madre.

—A lo mejor puedes adoptar —propuso Sylvie. Sentía una nueva fisura en su interior, otro pedazo de vida que separaba a las hermanas de los sueños que antaño albergaban.

Emeline meneó la cabeza.

—No sé cómo se sentirá William, pero yo me siento mejor. —Su expresión era más animada, su postura más erguida—. Ahora tenéis que contarme vosotras algún secreto. Os toca, en honor a William.

Sylvie se acordó del juego de las predicciones de cuando eran pequeñas. Aunque acababa de dejar a Julia, la echó de menos tanto que era como una dolorosa punzada en el costado. Supo que sus hermanas también se habían acordado del juego y la frente fruncida de Emeline ponía de manifiesto que se

arrepentía de la elección de sus palabras. Se habían enterado hacía poco de que Julia se marcharía durante seis meses. A todas les había parecido un error.

—El momento no puede ser más inoportuno —había dicho Cecelia.

—Está huyendo —opinó Emeline.

Pero Sylvie sospechaba que su hermana corría hacia algo, hacia una nueva vida, que quería reinventarse, y eso era muy difícil en presencia de quienes la conocían desde que era pequeña. Le preocupaba, no obstante, que Julia presintiera que le ocultaba algo, que ese secreto la hubiera empujado marcharse. Si ambas se hubieran mantenido unidas y honestas, tal vez Julia no se hubiera planteado la posibilidad de dejar Chicago. En el fondo, Sylvie se culpaba de la decisión de Julia.

—Yo primero —dijo Cecelia—. Me gustaría acostarme con alguien. Solo lo he hecho una vez.

Emeline debía de saberlo, pero Sylvie se sorprendió. Daba por sentado que Cecelia habría tenido muchos amantes sobre los lienzos, antes o después de un proyecto. Tenía la impresión de que era la que con más facilidad se había puesto la capa de la edad adulta. Se movía con una seguridad de la que Sylvie carecía y parecía indiferente a las expectativas de los demás. Cuando estaba con Izzy, las dos se reían muchísimo, con evidente placer, y Sylvie siempre creyó que su hermana había ido eligiendo hombres para que le proporcionaran también placer físico.

—Ya sé que doy la impresión de que todo me va genial —explicó Cecelia, al ver la expresión de Sylvie—. Y me va bien, pero tampoco genial. El dueño de este coche se acostaría conmigo de mil amores, pero tiene como cien años y es un guarro. Yo tengo facturas que pagar y los chicos de mi edad son tan inmaduros que no los soporto.

—¿Sylvie? —dijo Emeline.

—Ah. —La sílaba le salió como un gemido.

Hacía calor en el coche y las ventanas se habían empañado. Sylvie se había convertido en un secreto en sí misma. Estaba experimentando tantos cambios que no podía seguirles el ritmo, y mucho menos explicarlos. ¿Iba a contarles que

pensaba en William a todas horas y que lo echaba de menos en cuanto salía de la habitación del hospital? ¿Que a veces, cuando lo veía dormir en la cama, deseaba tumbarse junto a él con la esperanza de que la confundiera con su esposa y la abrazara? En lugar de eso, lo que dijo fue:

—Estoy escribiendo algo.

Las hermanas mostraron expresiones de alegría. «Pues claro», las oyó Sylvie pensar.

—No, no es lo que pensáis. No es un libro. Últimamente me cuesta dormir, así que cuando llego a casa por la noche escribo algo sobre nuestra infancia. Solo son escenas. Anoche escribí sobre la fiesta de cumpleaños en la que aquel niño desafió a Julia a contener el aliento todo lo que pudiera y ella aguantó la respiración tanto tiempo que se desmayó.

—Cuando cumplimos nueve años —apuntó Cecelia—. El cumpleaños de la tarta espantosa.

—Con un glaseado amarillo chillón —añadió Emeline—. ¡Sylvie! Es maravilloso. Me alegro muchísimo.

—No es bueno —Sylvie las miró muy seria. Necesitaba que la entendieran—. No se trata de que sea algo bueno.

Se le había ocurrido la idea al leer el libro de William, por supuesto. Y los poemas de Walt Whitman. Siempre había pensado que cuando escribiera, si es que escribía, tendría que ser algo perfecto. Una novela bellamente ejecutada para entregar al mundo. Pero William le había enseñado que podía escribir para sí misma y nada más. Y Whitman había reescrito, expandido, editado y reimaginado sus poemas durante toda su vida. Había creado no un libro hermoso, sino distintos intentos de excelencia y belleza a medida que envejecía y amaba y lo reconsideraba todo.

A Sylvie le resultaba difícil habitar dentro de sí misma. Era como si la piel se le hubiera quedado pequeña desde que habían rescatado a William. Escribir sobre su infancia era un intento por crear una tercera puerta, pues necesitaba emprenderla a martillazos contra una pared para encontrar la salida del aquí y el ahora. Cuando dormía, caía en una playa y veía a unos hombres sacar a William muerto del lago. Y un dolor la atravesaba porque Julia se iba de Chicago sin saber el

sufrimiento y el anhelo que ella llevaba dentro. Todas las noches se sentaba ante su diminuta mesita junto a la ventana, desde la que veía Pilsen, recordando y recreando los tiempos en los que su familia estaba entera y unida. Cuando Charlie estaba vivo, Rose en el jardín, las gemelas riéndose en su cuarto, Julia recorriendo la casa ofreciendo planes como el que ofrece regalos. Cada momento que Sylvie capturase en sus páginas no se perdería.

Se sentía exhausta por su deseo de ser honesta, pero también atraída hacia él, como si esa cualidad fuera un imán. Le encantaba poder ver una imagen completa de Emeline, después de que les contara la verdad.

Sylvie se pasó por la guardería una tarde, pues quería conocer a Josie, sonreír a la joven de pelo castaño que le había robado el corazón a su hermana. Emeline tenía el rostro encendido y lanzaba chispas de felicidad en su lugar de trabajo, rodeada de bebés y con Josie cerca. Sylvie se emocionó al ver a su hermana tan radiante, a pesar de que todavía no le había confesado sus sentimientos a Josie y no sabía si la correspondería.

Le gustaba también que la mejoría de William se basara en la sinceridad. La doctora Dembia le había pedido que fuera sincero una y otra vez. El problema era que, en su nuevo estado de aguzada conciencia, Sylvie había detectado una notoria deshonestidad en el comportamiento de William y esto la inquietaba. Mantuvo la boca cerrada porque no era asunto suyo y William estaba al cuidado de sus médicos, no de ella. Sin duda, la psiquiatra también se daría cuenta y afrontaría el problema, ¿no? Pero nada parecía cambiar y Sylvie tenía la impresión de que William estaba construyendo su nueva vida sobre unos cimientos endebles.

—Hoy estás muy seria —le dijo William una tarde—. ¿Pasa algo?

—No estoy seria —replicó, aunque seguía con el ceño fruncido.

—Si tú lo dices…

—Bueno… Hay algo que me preocupa, William. A ver, tú puedes hacer lo que quieras, claro está, y yo no te juzgo. —Sylvie vaciló—. Pero sé cuál es tu mantra y creo que te estás engañando en algo muy importante.

William la miró y captó su miedo. Captó su preocupación: Sylvie no quería decir nada que pudiera retrasar su recuperación.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Estoy bien. Di lo que sea.

—Es sobre Alice.

William dio un respingo casi imperceptible. Era la primera vez que mencionaban a la niña.

—Renunciaste a ella porque creías que le harías daño —prosiguió Sylvie—, pero eso no es así. Tú no le harías daño a Alice y lo sabes.

William guardó silencio unos instantes.

—La doctora Dembia piensa que la decisión de renunciar a su custodia es también una mentira. —Mostraba una expresión exhausta, como si hubiera vivido desde el principio de los tiempos y hubiera experimentado toda clase de pena y dolor—. Pero yo no estoy de acuerdo y no puedo correr ese riesgo. Alice está mejor con Julia.

Sylvie relajó los hombros. William sí que había hablado con la doctora Dembia, lo cual quería decir que había pensado largo y tendido sobre el tema antes de tomar una decisión. Seguía creyendo que se equivocaba, pero no era ella la que tenía que decidir y se le ocurrió pensar que tal vez la verdad era más complicada para él a causa de su pasado. Como ya sabía que había tenido una hermana que había muerto muy pequeña, entendía que le preocupara en exceso su hija. Tal vez las dos niñas compartían espacio en su interior y la mejor decisión para él era alejarse. Sylvie veía esta posibilidad y la maraña de dolor y depresión que guardaba William dentro. Así que aceptó su decisión, a pesar de que no la comprendía del todo.

William se inclinó hacia adelante.

—¿Es que tienes alguna duda, por más mínima que sea, de que Julia no va a cuidar de Alice de la mejor forma posible?

Sylvie no tuvo que pensarlo.

—No.

—Pues eso. Yo soy el factor de riesgo. Por eso me elimino de la ecuación.

Julia no quería una despedida grupal porque sería demasiado dolorosa. De manera que Sylvie fue a su casa la mañana antes de que se fuera a Nueva York y encontró a madre e hija rodeadas de pilas de cajas en el salón.

—La verdad es que no puedo —dijo Julia sin mirarla—. No puedo despedirme.

—Yo tampoco.

Alice estaba sentada en la mantita en el suelo. Julia le había puesto un lazo rosa en su ralo pelo rubio y la niña parecía más que encantada con la novedad. A Sylvie le faltaba un poco el aliento. Echaba de menos a su hermana desde que William había ingresado en el hospital y ahora Julia se marchaba. Y aquella preciosa niña, que les sonreía radiante, iba a desaparecer también. Sylvie adoraba a Alice y seis meses eran mucho tiempo en la vida de un bebé. Ya tendría un año cuando volviera a verla. A lo mejor incluso andaba. Y podía haberse olvidado de sus tres tías, que tanto la querían.

—Bah —dijo la niña encantada. Sylvie se inclinó para darle un beso.

Julia llevaba unos vaqueros y una camiseta vieja. Se la veía agitada, como si se hubiera pasado de cafeína.

—Jamás imaginé que iba a marcharme de Chicago, pero tampoco que papá se moriría ni que mamá se marcharía. —Tras una pausa, añadió—: Y tampoco me imaginé que irías a ver a mi marido al hospital todos los días.

Sylvie, horrorizada, recibió aquellas palabras como un puñetazo en el estómago. Estaba de rodillas junto a la niña y se puso en pie.

—No voy todos los días —matizó.

Julia asintió con la cabeza.

—No estaba segura de que estuvieras yendo a verlo en absoluto.

Sylvie la miró a los ojos por primera vez. Notaba la distancia que había ido creciendo entre ellas durante los últimos meses.

—No tenías por qué tenderme una trampa. Me lo podías haber preguntado y ya está.

—No estaba segura de que fueras a decirme la verdad.

Sylvie se quedó pensando.

—William no tiene a nadie más. Me siento mal por él.

Julia salió del claro que formaban las cajas y volvió con una carpeta.

—Aquí están los papeles del divorcio y la custodia. Por favor, dáselos a William la próxima vez que lo veas.

Sylvie estaba desesperada. Era como si su hermana estuviera cortando todos los lazos que las unían. ¿Era culpa suya o Julia estaba mostrándose agresiva porque de otro modo no podría soportar marcharse?

—Te quiero —dijo Sylvie.

Julia se apartó el pelo de la cara y meneó la cabeza al mismo tiempo, como irritada, como si aquel sentimiento no viniera a cuento, pero respondió:

—Yo también te quiero.

Sylvie apareció temprano la fría mañana de noviembre en la que a William le daban el alta. Sabía que Kent y Arash también irían. Y probablemente la doctora Dembia anduviera por allí. Se notaba que a la médica le importaba William como persona y echaría de menos el tiempo que pasaba con él. Cecelia, cuyo antagonismo hacia William se había extinguido con la revelación de que Emeline también había sufrido de depresión, se encontraría con ellos en el nuevo apartamento de William en Northwestern para juzgar si había que pintar las paredes de colores.

Cuando salió del ascensor en la planta de psiquiatría, Sylvie miró alrededor buscando a Julia. Pero su hermana se había marchado, estaba a más de mil kilómetros de distancia. A pesar de todo, medio esperaba encontrarla allí, con la mandíbula tensa, lista para organizar el retorno de su esposo.

William estaba junto a la ventana de su habitación. Apenas tenía pertenencias que recoger. Cuando lo ingresaron no quiso pedirle a Julia que le llevara nada y en esto se mantuvo de lo más firme, a pesar de que necesitaba ropa y, debido a su talla, no podía ponerse nada de lo que había por el hospital. Al enterarse, sus amigos del equipo de baloncesto le habían llevado varias prendas usadas. William llevaba unos pantalones kaki, unas deportivas desgastadas y una sudadera de Northwestern. Había firmado los papeles del divorcio y la custodia, y Sylvie se los había enviado al abogado. Cuando dejó Chicago, Julia había encargado que se llevaran las cosas de William a un guardamuebles. El día que salía del hospital, ya no estaba casado y ya no era padre.

—Un gran día —saludó Sylvie.

—Sylvie. —William se miró las manos—. No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho.

—No tienes que dármelas.

—He sido muy egoísta. Tenía que haberte pedido que dejaras de venir, pero me gustaba que estuvieras aquí. Espero que sepas que cuando salga del hospital ya no tienes que preocuparte más por mí. Por favor, que te quede claro. Tengo mi medicación —añadió con un atisbo de sonrisa— y mi mantra. Intentaré ayudar a Arash. Todo el mundo ha sido muy bueno conmigo. No voy a dejar que eso caiga en saco roto.

Sus palabras fueron un extraño golpe para Sylvie, como si William hubiera unido frases que apuntaban a algo muy dentro de ella. Si lo analizaba de forma racional, William había dicho algo bueno, algo con lo que ella estaba de acuerdo. William estaba mejor y le decía que ya podía alejarse. Pero ella no quería alejarse, lo sabía con una certeza tan afilada que dolía. Aquel era su verdadero secreto, el que no podía conocer nadie. Le picaban los ojos, por un momento pensó que se iba a echar a llorar.

—¿Sabías que aquella noche me la pasé entera buscándote con Kent y los demás?

William entornó los párpados, como si la luz le dañara los ojos.

—Sí. Me lo contó Kent.

«¿Por qué estoy pensando en eso? ¿Por qué lo menciono?»

—Cuando te sacaron del agua, creía que estabas muerto. —No pudo evitar recrear la escena: los hombres altos y jóvenes con el cuerpo inerte de William—. No sabía qué hacer. No podía ayudar a trasladarte, pero quería hacer algo. Así que te cogí la mano mientras Kent y Gus te llevaban a la ambulancia. Y también durante el trayecto.

William guardó silencio un momento.

—Eso no lo sabía. No me acuerdo de casi nada de aquel día, Sylvie. Siento muchísimo que tuvieras que pasar por eso. Debió de ser espantoso.

Por las noches, en la cama, Sylvie recordaba una y otra vez lo mismo: Kent la llamaba por su nombre y ella corría por la arena. Recordaba las punzadas de pánico y el dolor en el pecho porque William estaba muerto. Recordaba tomar su mano gélida. No quería que William estuviera solo, aunque estuviera muerto. Aun así, en ese momento, se sintió más sola que nunca.

—¿Puedo cogerte la mano otra vez, un segundo? —se sorprendió preguntando.

William atravesó la habitación para ponerse junto a ella y tendió la mano con la palma hacia arriba. Su piel era suave y cálida, muy distinta de la de aquel día. Una oleada de emociones cayó sobre Sylvie. Un dial giró en su interior para subir el volumen al máximo. «Te quiero», pensó. Aquella frase, imposible de negar en ese momento, le provocó a la vez desolación y una profunda alegría. William era el elegido. William era su corazón. Había cambiado todas las moléculas que la formaban. Siempre había sabido que el amor acudiría a ella con la fuerza de un tsunami. Había soñado con ello desde que era pequeña y su sueño se había hecho realidad. Lo que nunca imaginó era que su amor sería imposible, un callejón sin salida, algo innombrable, porque había estado casado con su hermana.

«Estoy metida en un lío tremendo.» Y esa idea le dio risa.

—¿Estás bien? —le preguntó William.

Ella no quiso preocuparlo.

—Sí, sí.

Estuvieron cogidos de la mano unos pocos segundos, hasta que oyeron un ruido en el pasillo y se separaron.

Kent llegó bullendo de excitación, como si estuvieran en un partido a punto de celebrar una victoria.

—¡Sales de aquí! —exclamó. Y le dio a su amigo un abrazo de oso. Por lo general, solo se permitían visitas de una en una, pero como William ya se iba, la norma se pasaba por alto.

Arash entró a continuación, miró un instante a Kent y dijo:

—Siempre vas a ser un maldito idiota. —Pero también sonreía.

William abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla y se limitó a sacudir un poco la cabeza. Kent, entendiendo que su amigo quería decir «gracias» o incluso «os quiero», pero era incapaz de pronunciar las palabras sin echarse a llorar, le dio un palmetazo en la espalda. Y los cuatro sonrieron mirándose los unos a los otros.

Sylvie salió del hospital con los tres hombres una hora más tarde. La mano que William había sostenido le hormigueaba. El cielo de noviembre era gris y el informe meteorológico predecía la primera nevada del año esa noche. Caminaron bajo un dosel de ramas desnudas hasta el coche de Kent. Sylvie recordó lo que había escrito la noche anterior. No escribía la historia de su familia siguiendo ningún orden en particular, aunque los recuerdos parecían superponerse los unos a los otros como olas. La noche anterior se acordó de cuando el perro de la señora Ceccione, un animal ladrador y de malas intenciones, había perseguido a Emeline hasta obligarla a subirse a un árbol. Incluso cuando se llevaron al perro, la niña de ocho años se negó a bajar. Julia, Sylvie y Cecelia se quedaron al pie del árbol una hora tratando de convencerla con chucherías y promesas de hacerle una trenza, pues le encantaba que jugaran con su pelo, pero todo había sido en vano.

—No puedo vivir sin ti —dijo Cecelia en un momento dado, como si fuera una advertencia.

—No digas tonterías —le espetó Julia—. Ninguna puede

vivir sin las otras.

Alertaron a Rose, que acudió y le gritó a su hija que ya podía estar bajando al suelo de inmediato.

—No, gracias —replicó Emeline, aferrada a la rama del árbol—. Las vistas son bonitas. No puedo bajar.

Los niños del vecindario acudieron en tropel para ver cómo terminaba aquello. Sylvie recordaba que le dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba. Cecelia se echó a llorar, lo cual también hizo llorar a Emeline, pero parecía estar pegada al árbol, incapaz de abandonar aquel nido. Cuando se puso el sol y comenzó a caer la oscuridad, ya casi les parecía imposible que la niña volviera a su lado. Charlie llegó del trabajo y se unió a la muchedumbre del árbol, todavía con la camisa blanca de manga corta y la corbata. No dijo nada. Alzó la mirada hacia su hija, como un foco que enviara un rayo de amor. Emeline tampoco habló, pero bajó del árbol hacia sus brazos.

Sylvie había evitado pensar cómo sería su vida después de que William saliera del hospital. Hasta entonces, había mantenido la cabeza gacha y había entrado en su habitación sabiendo que aquel era su sitio. Al principio esperaba volver a ser la que había sido cuando le dieran el alta. Pero se sentía como si estuviera sentada en la rama del árbol junto a la pequeña Emeline, sin querer bajar al suelo que era su vida anterior. Veía a Ernie, con su hoyuelo en el mentón y su expresión jovial; veía su solitario trayecto de su estudio a la biblioteca, veía a sus compañeros de trabajo charlar sobre jefes estrambóticos, el tiempo, sus planes de boda. Pero no existía el rayo de amor del foco de Charlie, porque él ya no estaba. Y Julia tampoco estaba. Vería menos a William, o tal vez no lo vería nunca, porque la crisis había pasado y sería peligroso pasar tiempo con él. Corría el riesgo de volver a cogerle la mano o de no poder callar más sus sentimientos. Sylvie se acercó más al cuerpecito de Emeline y se aferró a la rama. De ninguna manera podía volver a ese suelo tan solitario y doloroso, donde las hermanas, que habían creído que se morirían si se separaban, se habían separado.

William

Noviembre de 1983 – diciembre de 1983

Después de salir del hospital, William vivía como imaginaba que vivían los alcohólicos cuando dejaban de beber: con cuidado y día a día. Se sentía como si acabara de mudarse a su cuerpo, era consciente de que cualquier negligencia podría hacer que el edificio se derrumbara por completo. Todas las mañanas se levantaba de la estrecha cama, se tomaba cuatro de sus ocho pastillas diarias, y hacía todas las flexiones posibles —cinco, al principio— y luego los ejercicios de rodilla que el médico le había prescrito años atrás y que él había ignorado. Casi le divertía escuchar los chasquidos de la rodilla durante los estiramientos, como si se quejara a gritos de que la obligaran funcionar. Pero no lo dejó y no se los saltó ni un día. Necesitaba esforzarse en pro de su salud y su estabilidad.

—Cuando vaya a verte, vamos a salir juntos a correr —se ofreció Kent por teléfono—. Tienes que ponerte en forma.

William asintió en la habitación vacía. Tuvo la suerte de encontrarse la habitación amueblada con un sofá y una cama; aquellas paredes habían albergado a toda una serie de adultos de cuestionable condición a lo largo de los años: hombres con vidas bastante pequeñas para encajar en aquellos habitáculos en miniatura, dispuestos a encargarse de cualquier emergencia en plena noche y sacar a los estudiantes del edificio si se declaraba un incendio.

—Otro divorciado, ¿eh? —lo había saludado el anciano guardia de seguridad al darle las llaves, como si mantuviera un inventario de las razones que llevaban hasta allí a los inquilinos. William podía haber contestado: «Más bien hospital psiquiátrico», para darle un susto, pero no lo hizo. Cuanta

menos gente supiera de dónde venía, mejor.

Al teléfono, le respondió a Kent:

—Estoy dispuesto a salir a correr, pero no cerca del lago.

Quizás no hacía falta ni que lo especificara, sin duda Kent lo alejaría de forma natural de aquella orilla, pero William quería dejar claro lo que no deseaba, siempre que supiera lo que era. Antes del hospital, se pasaba el día haciendo cosas que no quería hacer y había llegado a saber ahogar tan bien sus propias preferencias que apenas era ya consciente de ellas. Saber que no quería correr junto al lago y decirlo se le antojaba un progreso.

Probó de nuevo esta técnica con Cecelia, cuando le llevó un cuadro de Alice para la pared. Ella ya había juzgado que el apartamento era aceptable: un dormitorio y un salón diminuto con una cocina americana.

—Por lo menos te han dado estanterías —comentó—, pero no les vendría mal una mano de pintura. Ya veo que Sylvie te ha traído un lote de la biblioteca.

Era cierto: todos los libros de las estanterías estaban forrados con plástico y llevaban el sello de la biblioteca Lozano en el lomo. Sylvie llegó una tarde con una selección de libros de ficción, de no ficción y de poesía a partes iguales. Los de no ficción eran todos sobre baloncesto: biografías de jugadores e historias del deporte.

—Cuidado, Iz —advirtió Cecelia. La niña de trece meses caminaba despacio por la casa con una expresión de concentración en su carita enmarcada por unos desordenados rizos. Parecía estar juzgando el espacio: las paredes, los muebles. Miró debajo de la cama y luego entró en el baño para inspeccionar la bañera.

Cuando William ingresó en el hospital, Izzy todavía era un bebé que todo el mundo llevaba en brazos, pero se había convertido en un diminuto ser humano independiente que examinaba sus pertenencias y eso le producía un sobresalto tras otro.

—Sylvie va a ir cambiando los libros cuando haya que devolverlos a la biblioteca —comentó—. O sea, yo le he dicho que no hace falta, pero… —Se encogió de hombros. Era muy

consciente del alivio que sentía por el hecho de que fuera Cecelia y no Sylvie quien estuviera en su casa. Con Cecelia se sentía cómodo porque se comportaba como siempre, sus sentimientos hacia él no habían cambiado. Con Sylvie no era ese el caso. Primero le pareció verla a través de la rendija de una puerta y esa puerta se había abierto de golpe. Le reclamaba toda su atención, algo que él no comprendía, y siempre que estaban juntos se le ponía el vello de punta en los brazos. Sylvie se pasaba por el apartamento cada pocos días y su presencia siempre le producía una especie de descarga eléctrica.

Era consciente que aquel cambio podía explicarse por el hecho de que Sylvie lo había acompañado en el momento más turbulento de su vida. Estuvo con él en el hospital, habló con la psiquiatra, escuchó sus secretos… El primer día le desconcertó despertar en el hospital y encontrarse a Sylvie a su lado, pero ella también parecía confusa y de algún modo ambos habían partido del mismo punto de desorientación. Ella lo había aceptado sin cuestionarlo, incluso cuando estaba hinchado por el agua del lago. Aquello le sorprendió y le seguía sorprendiendo. Nadie en su vida, excepto tal vez Kent, lo había aceptado tal como era, y Sylvie lo había aceptado cuando estaba tan destrozado que apenas era persona.

—La cocina está un poco apagada —comentó Cecelia, mirando ceñuda el fregadero, la mininevera y el fogón—. No sé muy bien qué podemos hacer con eso.

—Cecelia…

Ella lo miró. De todas las hermanas, era la que más le recordaba a Julia. Compartía con ella su reconcentrada determinación, pero era más curiosa y le interesaba más llegar al fondo de las cosas. Una vez la oyó decirles a sus hermanas: «Me importa una mierda lo que la gente piense de mí». Una frase que le sobresaltó, en parte porque la creía y en parte porque no se le había ocurrido que eso fuera posible.

—Gracias por el cuadro de Alice, pero no quiero colgarlo. No… —William vaciló—. No lo quiero.

Cecelia no se mostró ofendida. Examinó el rostro de William igual que Izzy examinaba en ese momento el pomo de la

puerta del dormitorio.

—¿Te duele demasiado verla?

—Ya no soy su padre.

A Cecelia le llamearon los ojos. William discutía con ella y eso le gustaba.

—Sigues siendo su padre —insistió—. Renunciaste a ella por tu depresión. Y para complacer a Julia. Eso no significa que no quieras a Alice. Y no significa que no merezcas verla.

A William lo habían criado unos padres infelices y él también lo había sido desde que tenía uso de razón. Sabía que un padre podía estar presente y no ser violento pero aun así destrozar a su hijo. El dolor de sus padres era lo que le había dado forma a él, como un glaciar que se mueve silencioso por un valle. Alice estaría mejor si su universo se llenaba de la luz de Julia, sin nada de la oscuridad de William.

—No quiero —porfió.

Cecelia le clavó una mirada inquisitiva.

—¿Sabes? Es interesante conocerte después de haber estado en tu vida tanto tiempo. Has tomado una decisión valiente. No sé si acertada, pero desde luego es valiente. La clase de decisión que tomaría Julia.

William casi sonrió, porque tenía razón. Su exmujer era la que orquestaba grandes planes y cambios de vida. Le resultaba irónico haber tomado la misma clase de decisión en su ausencia. Estuvo a punto de decirle a Cecelia que no le importaría tener un retrato de Julia en la pared, que esa idea no le molestaba. Su matrimonio había terminado. William se había despedido de sus padres en una estación de tren y de Julia en su salón. Agradecía que Julia se hubiera marchado de Chicago. Él había dejado atrás su antigua vida y ella había hecho lo mismo. Pero quería apartar sus pensamientos de Alice, de manera que también se apartaba del cuadro de Cecelia.

—Te pintaré otra cosa. Sabes que vienes a casa de Sylvie por Navidad, ¿no? Dice que andas diciendo no sé qué de estar solo, pero de eso nada. Nuestra familia ya ha quedado bastante reducida. —Cogió el cuadro de Alice, que había apoyado contra la pared, y se echó el bolso al hombro—. Vamos,

preciosa. —Izzy salió de un armario y se dirigió hacia ellos. «¿Estabas contando mis zapatillas?», pensó William. Retrocedió para apartarse de su camino, pero Izzy fue derecha hacia su pierna y, con la cabeza a la altura de su rodilla, se abrazó con fuerza.

—Bien hecho, Izzy —la felicitó Cecelia.

La niña se soltó para coger la mano de su madre. Cuando se marcharon, William se quedó en mitad de la sala hasta que pudo respirar de nuevo con normalidad. Le incomodaba que lo tocaran y aquello no lo había visto venir.

Estaba sentado en las gradas del gimnasio viendo los entrenamientos. No tenía ningún puesto oficial, solo estaba allí para ayudar, de momento. El programa era fuerte ese año, había una excelente plantilla de atletas. La NBA estaba que ardía con la rivalidad entre Magic y Bird, y los jugadores universitarios quería imitar sus pases a ciegas. El entrenamiento era ruidoso, los chicos bromeaban y lanzaban aullidos de alegría cuando alguno lograba una jugada espectacular.

Arash le había dado una carpeta con información que incluía las transcripciones de las entrevistas que les había hecho en verano. William las había registrado en una pequeña grabadora a petición de Arash. El jugador del equipo con el salto más alto en vertical era el que había recibido una puñalada. Jugaba con expresión preocupada. El joven de la frente ancha se daba a veces golpecitos en el hombro. Tal vez se lo había dislocado hacía poco y le dolía. Los chicos que habían sufrido alguna conmoción cerebral en el pasado evitaban el contacto, quizás asustados de que sus cerebros se estamparan otra vez contra sus cráneos. William estudiaba a los jugadores que corrían por la cancha. Por la noche, en la cama, releía sus historiales porque cuanto más preparado estuviera, más posibilidades tenía de servir de ayuda. La información se arremolinaba en su cabeza. Estaba convencido, aunque esa certeza se camuflaba en la preocupación, de que podía ofrecer al equipo un servicio único. Tal vez sería algo

pequeño, casi inapreciable, pero sería algo. Solo tenía que averiguar qué era.

Al releer las transcripciones de sus entrevistas con los chicos, con la vista tan cansada que aterrizaba de golpe en cada palabra, se acordaba de su propio manuscrito, donde sus preguntas también aparecían en negro sobre blanco. El manuscrito se encontraba en una caja cerrada dentro del armario, junto con otros objetos del apartamento de Northwestern; Kent le había ayudado a vaciar su pequeña taquilla poco después de que le dieran de alta en el hospital. Escrito en la caja, con la letra de Julia, se leía: «PERTENENCIAS DE WILLIAM». Todavía no estaba preparado para echar un vistazo al manuscrito, para considerar si quería seguir escribiendo sobre el baloncesto. Cuando pensaba en las preguntas en sus notas, solo recordaba su inseguridad y su ansiedad, como si pisara un quebradizo suelo de hielo. En las transcripciones también se leía la preocupación, esta vez como si le inquietara el estado del hielo sobre el que se encontraban los chicos. William les había preguntado: «¿Te has lesionado antes? ¿Durante el instituto o en los veranos? ¿Fue grave? ¿Había alguien allí para ayudarte?».

Se presentó en casa de Sylvie por Navidad, pero solo porque alguna de las hermanas, o todas ellas, irían a buscarlo si no iba, y no quería aguarles la fiesta obligándolas a esperar bajo la nieve el autobús de Northwestern. Habría preferido pasar esas fechas con Kent, pero se iba a Des Moines para conocer a la familia de su novia. William entendía que las tres hermanas intentaban seguir siendo su familia y apreciaba enormemente su bondad, pero sabía que tenía que dejar de verlas.

Tenía una visión muy clara de lo que debía ser su nueva vida. Sería un personaje solitario, monacal. Al fin y al cabo, era la manera más segura de no hacerle daño a nadie. Tenía sus horas con el equipo de baloncesto, su amistad con Kent y un techo sobre la cabeza. La mayor parte de su nueva vida transcurriría en una cancha, donde podría ayudar a los jóvenes jugadores a evitar lesiones como la que él había sufrido. Sería

una buena vida, con sentido, con amistades. No necesitaba familia ni cuñadas ni mucho menos lo que sentía por Sylvie, que no sabía muy bien qué era. Se prometió, en el autobús de camino a Pilsen, que sería su última velada con las Padavano. Estarían mejor sin él.

Llegó con un camión de bomberos para Izzy y tres jerséis idénticos que había comprado a toda prisa en la tienda del campus de Northwestern. El apartamento de Sylvie era pequeño, sobre todo dado que el árbol de Navidad ocupaba todo un rincón, de manera que William se quedó apoyado contra la pared, cerca de la ventana abierta. El aire frío en la espalda era agradable. Izzy caminaba en círculos, tambaleándose de vez en cuando, porque esa tarde estaba tan emocionada que no había dormido la siesta. Las tres hermanas parecían contentas, pero no dejaban de mirar hacia la puerta cerrada de la casa. Seguramente, pensó William, esperaban que los miembros ausentes de la familia aparecieran por arte de magia: Julia y Alice, Rose, incluso su padre. Las Padavano nunca había pasado unas vacaciones separadas y parecía que a las tres las acechaban los fantasmas.

William no había preguntado nada, pero daba por sentado que Julia no tenía ni idea de que estaba pasando las Navidades con sus hermanas. Habría querido disculparse por darles otra razón para mentir, pero no quería incomodarlas. No debería haber ido. La pérdida y los fantasmas eran su sombra y su oscuridad se extendía por el pequeño apartamento.

—¿Estás bien? —le preguntó Emeline al acercarse. Llevaba el jersey de rayas blancas y púrpura que le había regalado, igual que Cecelia y Sylvie. Parecían miembros de algún equipo deportivo de invierno.

Él asintió con la cabeza y bebió un sorbo de vino.

—No tardaré en marcharme. Los autobuses urbanos se acaban pronto esta noche.

Emeline abrió mucho los ojos y le puso la mano en el brazo. William se dio cuenta de que estaba un poco bebida.

—¿Sabes que soy lesbiana? ¿Te lo han dicho? Hace muy poco que me he puesto esa etiqueta.

William no lo sabía. Lo pensó un momento y consideró que

el tema no era asunto suyo.

—Se te ve contenta —respondió. Y era cierto: su expresión era más radiante que nunca. Desde que se habían conocido en un partido de baloncesto, cuando ella tenía catorce años, Emeline siempre pareció vacilante, siempre preocupada por ver si los demás necesitaban su ayuda, pero también siempre un poco al margen, como si todavía no hubiera llegado su turno de vivir. William creía que aquella vacilación formaba parte de ella, parte de su personalidad, pero había desaparecido. En esos momentos, vivía plenamente.

—Estoy enamorada —le confesó al oído.

Y algo sucedió en la mente de William. Al oír esas palabras, enrojeció y sintió un anhelo tan poderoso que creyó que se iba a echar a llorar. Aquella frase, «estoy enamorada», fue como un flechazo de dolor lanzado a su pasado. William sabía que jamás habría podido amar a Julia con un amor profundo y verdadero, ni ella a él. Y entonces, en aquella su nueva vida, se veía como varado en tierra y el amor era el mar. Había elegido la estabilidad por encima del peligro o la pérdida.

Esbozó una brusca sonrisa, cogió su abrigo del sofá y se fue despidiendo, deseando feliz Navidad y dando las gracias de camino hacia la puerta de salida. Sintió un gran alivio bajo la nevada, mientras esperaba al autobús bajo las tenues luces de la ciudad. Ese era su lugar: a solas en la penumbra.

Solo llevaba en su habitación media hora —el edificio estaba casi desierto, pues por vacaciones solo se habían quedado unos cuantos estudiantes extranjeros y algún que otro atleta comprometido— cuando llamaron a la puerta. Suspiró. Sería algún estudiante solitario o tal vez el anciano guardia de seguridad esperando que le ofreciera algo de beber. Abrió la puerta despacio, de mala gana.

Sylvie apareció en el umbral con los hombros del abrigo cubiertos de nieve a medio derretir. Se lo quitó nada más entrar. Todavía llevaba el jersey de rayas.

William parpadeó, desconcertado.

—¿Qué haces aquí? ¿Has cogido también el autobús?

Ella pasó por delante y llegó al centro del pequeño salón.

—¿Tú te crees que no veo lo que estás haciendo?

—¿Perdona?

—Intentas apartarte, desaparecer, alejarte de mí, de nosotras. Es como… —Sylvie se mordió un momento los labios —. Julia se ha marchado y ahora tú también te marchas.

El reloj de la pared emitía un sonoro tictac. Era uno de los objetos originales del apartamento, tal vez lo habían colocado ahí para recordarle a todo el que allí viviera que el tiempo pasaba. A William le sudaba la nuca. Cuando empezó a salir con Julia, se esforzó mucho por ser aceptado en la familia Padavano. Había leído un libro de fontanería para aprender a arreglar una tubería oxidada bajo su fregadero. Se había pasado tardes arrancando malas hierbas en el jardín de Rose. Había sacado libros de poesía de la biblioteca en un intento por comprender las referencias que hacía Charlie en las conversaciones. En ese momento, se sentía culpable por aquellos esfuerzos y lo eficaces que habían sido: a pesar de haberse separado de Julia, de alguna forma seguía formando parte de la familia. Una semana antes, Cecelia le había llamado porque se le había inundado el baño, y él fue a su casa con las herramientas. Las tres hermanas Padavano que seguían en Chicago se mostraban totalmente ajenas a la verdad de la situación: que William no merecía la familia que Julia se había visto impulsada a dejar atrás.

«Vete, por favor», pensó. Su cuerpo y su mente intentaban arrastrarlo a ese lugar oscuro y sumergido en el que no era consciente de sus emociones, donde todo quedaba amortiguado. Pero eso ya no era posible.

—No deberías estar aquí. Están prohibidas las visitas femeninas a estas horas.

—Venga ya.

William estaba de acuerdo: la excusa era muy débil. Él era débil. Lo cierto era que se sentía despierto, incómodo. En presencia de Sylvie deseaba cosas, cosas que no merecía, que crearían todavía más caos. Cuando decidió distanciarse de las Padavano, en realidad quería distanciarse de Sylvie. Cada vez que entraba en su habitación del hospital, se le aceleraba el corazón. Sabía que tenía que apartarse de ella. Y le habría resultado más fácil si no le hubiera cogido la mano aquel

último día de hospital. Se había pasado toda la vida intentando mantener la compostura, dominar sus emociones: el niño pequeño que tosía dentro del armario para no molestar a sus padres; el estudiante inseguro que siempre sonreía o devolvía un apretón de manos un segundo demasiado tarde; el jugador de baloncesto que solo se sentía en casa cuando tenía un balón en las manos; el joven aliviado de que lo eligiera una mujer fuerte y enérgica, una mujer que se lo daba todo hecho: los planes, las motivaciones e incluso los pensamientos. William había seguido cada una de las instrucciones de Julia, pero al final esas instrucciones lo habían llevado tan lejos de sí mismo que había dejado de ser persona.

En el hospital se permitió sentir empatía por aquel niño solitario que fue una vez y por el joven que había perdido la esperanza cuando una lesión lo apartó de la cancha de baloncesto. En el hospital había encontrado su voz y, gracias a la medicación, cuando abría los ojos por la mañana, su primer pensamiento no tenía que centrarse en cómo iba a llegar al final del día. Su objetivo, y también el de sus médicos, era llegar a estar bastante sano, ser bastante bueno y razonablemente feliz. Pero, cuando Sylvie le cogió la mano, experimentó una sensación que no sabía que existía: se sintió completo. La sorpresa y el placer que esto le produjo resonó en su interior.

Lamentaba que Sylvie estuviera en aquel salón, que lo obligara a tener esa conversación, pero también deseaba cogerle la mano. Deseaba la sensación que le proporcionaba su contacto. Lo anhelaba con toda su alma.

—Apenas me has mirado ni me has dirigido la palabra esta noche y creo que cuando me pasé por aquí hace unos días fingiste que no estabas en casa.

Era cierto: había dejado las luces apagadas y no hizo ruido cuando ella llamó a la puerta.

—Deberías olvidarte de mí. Deberías salir con chicos y divertirte. Yo soy un hombre deshecho. Tienes que vivir tu propia vida.

Sylvie lo escuchó y, mientras que Cecelia había mostrado una expresión de curiosidad, la suya era pensativa.

—Pero eso va contra tu mantra. No puedes fingir que no estás en casa si quieres vivir sin mentiras y sin secretos.

William lo sopesó. Era cierto. Estaba cometiendo errores, por eso necesitaba que Sylvie se marchara. Tenía que vivir en silencio, con cuidado, a solas.

—Yo prefiero que me abras la puerta y me digas por qué quieres que me olvide de ti.

Sylvie inhaló temblando y para William aquel sonido fue como si se hubiera abierto una ventana de golpe.

—No quiero que te escondas —prosiguió ella—. Y yo tampoco quiero esconderme.

«Tú no te estás escondiendo. Te veo con claridad, con mucha más claridad que a ninguna otra persona que haya conocido», se dijo él. Todo había comenzado en el banco aquella fría noche, pero William veía a Sylvie por dentro incluso en ese momento. Veía que también estaba llena de deseo. Todavía estaba junto a la puerta, en mitad del salón, delante del sofá rojo. Él se preguntó por un segundo qué estarían haciendo sus padres en ese momento. Se los imaginó callados en su propio salón, con la chimenea encendida y una copa en la mano, los rostros marchitos por la edad y la infelicidad.

—¿No vas a decir nada?

William la miró. Intentó expresar con el rostro que lo sentía, porque no se veía capaz de hablar; no se veía capaz de entrar en la vorágine de sus sentimientos y extraer palabras de su boca.

Ella meneó la cabeza, estaba claro que estaba exasperada.

—Te voy a decir una cosa, algo que he averiguado gracias a ti. Cuando era pequeña, mi sueño era encontrar un gran amor, como en una novela de las Brontë o de Tolstói.

William lo visualizó como en un álbum de fotos: pasó de la imagen de sus padres ajados a la de Sylvie con un abrigo de cuello alto en una estación de tren en Rusia.

—Cuando éramos adolescentes, mis hermanas querían que saliera con algún chico y que dejara de besarme con unos cuantos en la biblioteca. Pero yo no tenía ningún interés en echarme novio y me daba igual casarme. Sabía que, si nunca

encontraba a mi gran amor, prefería quedarme soltera antes que conformarme con una relación mediocre. No puedo soportar tener que fingir que soy feliz. —Sylvie agitó las manos, como si las tuviera mojadas y se las quisiera secar—. Pero me he dado cuenta de una cosa: siempre pensé que deseaba ese sueño porque era una romántica y estaba destinada a vivir una gran vida. Pero no era cierto. Creé ese sueño porque la vida real me daba miedo y la ensoñación era algo muy lejano. No pensaba que pudiera hacerse realidad. Nunca había visto esa clase de amor en la vida real. Mis padres se querían, pero no muy bien y eran infelices. Igual que el resto de las parejas de mi barrio. ¿Tú has visto alguna vez esa clase de amor?

William negó con la cabeza. Él se había casado por miedo, porque no se creía capaz de llevar él solo una vida adulta. Había necesitado a Julia más como madre que como compañera. Se avergonzaba de ello, pero era la verdad.

—Yo pensaba que jamás encontraría a un hombre, aparte de mi padre, que me entendiera de verdad, que comprendiera mi visión del mundo, lo que significa para mí la lectura, que todo me maravillara. Alguien que viera mi mejor versión y que me hiciera creer que podía llegar a ser esa persona. —Sylvie parpadeó varias veces, como para contener las lágrimas. Tenía los puños apretados a los lados—. Pensaba que esa clase de amor era un cuento de hadas. Pensaba que esa clase de hombre no existía. Por eso me podía permitir soñar y, además, permanecer a salvo con mis hermanas.

Sylvie se lo quedó mirando un largo momento y William supo que estaba metido en un buen lío. No se estaba apartando: estaba quieto en mitad de una hoguera.

—Yo te veo entera —dijo, con voz muy queda.

—Ya lo sé. Supe que era posible cuando leí tu libro. Y cuando te cogí de la mano. —Sylvie se interrumpió.

«Estoy enamorada», William recordó las palabras de Emeline.

—Esto no puede ser, Sylvie —zanjó con firmeza, desde el centro del fuego, para dejarlo bien claro. «Estaba casado con tu hermana.» En ese momento, deseó haberse marchado cuando

conoció a Julia Padavano en el patio de la universidad, haberse alejado, haberla dejado sola. Ya sabía incluso entonces que él no era normal, que le pasaba algo, aunque no sabía qué era ni qué hacer al respecto. Julia, a sus dieciocho años, lo alumbró como un faro, y él había usado esa luz para iluminar su camino.

—Puedo irme de Chicago —sugirió, aun sabiendo que, si dejaba a las Padavano, la universidad, a Arash y el equipo de baloncesto, se rompería en pedazos tan pequeños que no podrían volverse a unir—. Mira —insistió, ya desesperado—, tiene que haber otros hombres. Búscate a otro. Sigue buscando.

—No hay otro. Eres el único.

—No me merezco esto. —Y se refería a todo: a ese momento, a esa mujer, al contacto entre ellos, porque Sylvie había cruzado el salón y le había cogido de la mano.

—Bueno, pues yo sí —le espeto ella. Y lo besó.

Sylvie

Diciembre de 1983 – agosto de 1984

El último día de hospital, cuando Sylvie cogió a William de la mano y admitió ante sí misma que lo quería, había pensado en guardar el secreto. Limitaría su contacto con él. Trabajaría horas extra en la biblioteca, buscaría nuevos *hobbies,* aunque no sabía exactamente qué, hasta que sus sentimientos desaparecieran porque ya no tendrían oxígeno. Pero el plan no había funcionado. Nada había funcionado. Sus sentimientos no hacían más que expandirse. En la biblioteca, le temblaban las manos cuando colocaba los libros. Era incapaz de leer porque se le encendía la imaginación y entraba no en el mundo de la novela, sino en un mundo habitado por William. Se miraban a los ojos y ambos se decían en silencio todo lo que importaba. Se obligaba a dar largos paseos después del trabajo para cansarse y poder dormir, pero todas las noches, cuando se metía en la cama, sentía que las invisibles costuras de su ser se estiraban hasta el punto de estallar.

El día de Navidad, cuando William inspeccionó con la mirada cada centímetro de su apartamento excepto el punto donde se encontraba ella, cuando sus ojos la extirparon de manera tan quirúrgica que la hizo sentirse una vez más como un fantasma, acabó saliendo detrás de él bajo la nieve. Estaba furiosa. Planeaba, todo lo que se puede planear en un trayecto de autobús, aparecer en su habitación para obligarle a mirarla. Era lo único que pretendía. Pero, en su presencia, al ver su rostro triste y dulce, al ver los ojos azules que poblaban sus sueños, deseó más. Quería paz, quería poder tumbarse en la cama sin la sensación de que iba a explotar, quería soltar las palabras que le atenazaban en el interior. Lo quería todo

porque sentía, tras los muros que ambos habían elevado para contener sus deseos, la enorme belleza que aguardaba al otro lado.

Cuando por fin se besaron, en mitad del diminuto salón de William, mientras fuera seguía nevando, Sylvie notó que desaparecía la presión de su interior. Su cuerpo se tornó ligero, invadido de una nueva clase de alegría. «Para esto vivimos», pensó.

Se abrazaron y hablaron: Sylvie en el pecho de William, él, entre su pelo. Y entre frases y a veces a mitad de una palabra, se besaban. Sylvie le pasó las manos por los hombros, por el pelo. Hacía tanto que ansiaba tocarlo que el placer fue casi doloroso. La cercanía de sus cuerpos hacía que le resultara imposible concentrarse en la conversación. Lo deseaba todo a la vez. Se sentía sola y fracturada desde la muerte de Charlie. Le había mentido a Julia desde que se había marchado del apartamento donde vivía con William. Aquella noche en el banco, ambos se habían abierto el uno al otro, y ella había intentado huir de esa conexión, pero sus esfuerzos por escapar la habían asfixiado. En ese momento, entre sus brazos, podía respirar hondo por primera vez en casi un año.

Ninguno de los dos se preocupó de la retórica ni de la posibilidad de ofender al otro. Compartieron sus sentimientos sin más, aunque hasta cierto punto ya los conocían. Sylvie le dijo todo lo que había sentido en aquel banco, que también lo había visto en las notas de su manuscrito, y él le contó que con ella estaba tranquilo, que se sentía entero como nunca en su vida.

—No se lo podemos contar a nadie —susurró ella. Él estaba de acuerdo.

Sylvie se dijo que no estaban violando el mantra de William, porque no había secretos entre ellos. Su amor y su honestidad tendrían que quedarse entre aquellas cuatro paredes, pero la sala parecía enorme después de haber sido tan consciente de los estrechos confines de su cuerpo.

Se imaginaba a su padre sonriendo con aprobación al ver que se saltaban todas las etiquetas y se abrazaban en las sombras. Volvió con William la noche después de Navidad y

todas las noches posteriores. Con él se sentía libre y desinhibida. Le mostró las escenas que había escrito sobre su vida en familia cuando era pequeña. Le contó la conversación que mantuvo con Charlie detrás de la tienda. Le encantaba poder mostrar y contarle a William cualquier cosa que se le viniera a la cabeza sin preocuparse de que la entendiera mal o la considerase un bicho raro. Recitó los chistes terribles que uno de los usuarios de la biblioteca, un hombre con gafas de culo de vaso, les contaba a las bibliotecarias todas las tardes, y algunos eran tan malos que William y ella lloraron de la risa. Sylvie lo era todo con él: alocada, triste, inspirada, feliz en cada célula de su cuerpo.

—Nuestra relación a mí no me parece una relación, de todas formas —le comentó una tarde, mientras él veía un partido de los Bulls en su pequeño televisor, con el volumen bajo. Estaba sentada a su lado, leyendo a ratos una novela. Tenían la puerta cerrada con pestillo para que le diera tiempo a esconderse en el baño si alguien llamaba.

Dormía con William varias noches de la semana, lo cual implicaba marcharse antes de que amaneciera y no hacer ruido para que él no tuviera problemas.

—¿Y qué es lo que te parece? —preguntó él, sin apartar la vista de la pantalla.

—Pues como si todas las paredes se hubieran derrumbado. Como si ya no necesitáramos ni paredes ni techo. Son irrelevantes.

—O sea, que estamos a la intemperie.

William se volvió hacia ella y sonrió. Era su nueva sonrisa, había aparecido después de su primer beso. Antes sonreía en muy raras ocasiones y, cuando lo hacía, mostraba una sonrisa obediente, como si supiera que el momento la exigía y su rostro activara las palancas necesarias para formarla. Pero desde entonces, en cambio, su rostro parecía vivo, agradecido, feliz. Sylvie quería pasar el resto de su vida provocando su nueva sonrisa. Sabía que William era feliz con ella, sabía que estaba agradecido. Él le susurraba por la noche su felicidad.

William también quería mantener su relación en secreto para siempre, es decir, hasta que Sylvie volviera a sus cabales y

rompiera con él. No le parecía estar contradiciendo su mantra, puesto que aquel secreto no era más que una maniobra de demora, un momento de alegría robada antes de hacer acopio de fuerzas para apartarse el uno del otro.

—No me merezco esto —comentaba casi todos los días, hasta que Sylvie le pidió por favor que no lo dijera más. Pero entonces volvió a repetirlo, porque no podía evitarlo.

—¿Y yo merezco ser feliz y sentirme completa?

—Claro.

—Entonces, hazlo por mí.

—¿Que te quiera por ti?

William se levantó para apagar el televisor. Sobre el aparato colgaba el cuadro que Cecelia le había regalado hacía poco.

—Siempre pinto retratos —le había dicho, aturullada—, pero me gustan los desafíos. No sé muy bien qué es esto, pero técnicamente funciona.

A Sylvie el cuadro le parecía precioso. Si no hubiera sabido que lo había pintado su hermana, jamás lo habría adivinado. Era en parte un paisaje, en parte una exploración de la luz y la lluvia. Cecelia les había contado en su momento que quería pintar la lluvia como Van Gogh pintaba las estrellas. En el lienzo había salpicaduras de agua, mezcladas con una tenue luz. Era la luz lo que atraía la mirada.

—Yo te voy a querer pase lo que pase —dijo William—. Pero no quiero hacerle daño a nadie más. No podría soportar hacerte daño, Sylvie. Se supone que tengo que estar solo. ¿Qué diría tu familia? ¿Y Julia? —añadió con una mueca—. Esos recuerdos que estás escribiendo, son casi todos sobre vosotras dos.

—Bueno, pues claro. Son sobre nosotras cuatro.

William meneó la cabeza con aire triste. Casi se le oía pensar: «Ni mentiras ni secretos».

—Cuando leo tus escritos, sé lo mucho que echas de menos a tu hermana.

Sylvie se sintió molesta, hasta tal punto que cerró el libro, metió su camisón y su cepillo de dientes en el bolso y se marchó. Cruzó el campus hacia la parada de autobús mientras sentía el aire frío en las mejillas calientes. Estaba enfadada

consigo misma por su exagerada reacción. Ya llamaría a William cuando llegara a casa, porque no le faltaba razón, desde luego. Para ella, todo esto tenía que ver con Julia. William quería mantener la relación en secreto para luego poder separarse sin que nadie más se viera afectado. Sylvie quería mantener su amor en secreto por su hermana mayor. Cuando intentaba imaginarse lo que pasaría si Julia se enteraba de que William y ella estaban enamorados, tenía que sacudir la cabeza para dispersar las dolorosas imágenes. Había traicionado a su hermana. Julia la odiaría. La única solución era que nadie supiera nada.

Era ya marzo y Julia llevaba fuera casi cinco meses. El proyecto del profesor Cooper se había alargado y ella, sin consultarlo con nadie de la familia, había decidido quedarse en Nueva York.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Cecelia por teléfono.

—Ya veremos. Os echo de menos, pero a Alice y a mí nos va muy bien aquí.

A Sylvie le alivió enterarse de aquella demora. Hablaba con su hermana mayor dos veces al mes, por la noche, cuando la niña ya estaba en la cama. Se turnaban para iniciar la costosa conferencia. Ni ella ni Julia mencionaban la tensión que había teñido su despedida, fingiendo ambas que no había pasado nada. Julia siempre estaba cansada después de una larga jornada de trabajo, pero también ilusionada con la ciudad, con la gente inteligente con la que trabajaba, con la ropa que llevaban las mujeres en Nueva York. Se la oía radiante, eufórica, más viva que nunca.

—Háblame de ti —le pedía a Sylvie, cuando ya había contado sus noticias—. Te echo de menos. Cuéntamelo todo.

Y Sylvie hablaba de los márgenes de su vida: su trabajo, la gotera del fregadero, la última vez que se había quedado cuidando de Izzy… Pero siempre dejaba fuera lo importante.

—Se te oye contenta —le dijo Julia al final de una llamada.

—Y a ti.

—Estoy contenta por las dos.

Bajo los gruesos árboles del campus, Sylvie se imaginó a su hermana meneando la cabeza. «No puedes seguir así siempre

—casi la oyó decir—. Tienes que tomar una decisión.» Julia formaba parte de ella, más que las gemelas. Las dos hermanas mayores habían crecido casi entretejidas. Tal vez por eso la llevaba siempre consigo, por más que se hubiera marchado de Chicago. O tal vez porque sabía que no había límites y, por lo tanto, Julia formaba parte de su propio ser: caminaba por la calle junto a ella, se sentaba junto a ella en los restaurantes, aparecía a su lado en el espejo del cuarto de baño. Sylvie agradecía aquella versión de la compañía de su hermana. Hacía poco, Emeline había comentado:

—Debes de echar de menos a Julia.

—Sí, pero no demasiado —había respondido ella.

Y era cierto, pero de un modo que nadie podría entender, excepto tal vez la propia Julia.

Kent fue el primero que lo descubrió. A principios de abril llegó de visita con Nicole, una joven alegre de radiante sonrisa, y de inmediato supo que había pasado algo. William quiso preguntarles sobre su compromiso y admiró el anillo de Nicole, que había sido de la querida abuela de Kent, pero su amigo se lo quedó mirando y le espetó:

—Dime qué ha pasado. Estás totalmente cambiado.

—No estoy cambiado. A lo mejor estoy un poco más en forma. Ahora puedo correr cinco kilómetros.

Kent meneó la cabeza.

—A lo mejor es una chica —sugirió Nicole, contemplando a William como si fuera un paciente en su consulta.

Kent fue a negar de nuevo con la cabeza, porque era algo imposible, pero se frenó pasmado: a William se le había cambiado la cara.

—¿Una chica? ¿Quién? —Kent conocía a todo el mundo del pequeño círculo de William, a todo el mundo relacionado con el baloncesto de Northwestern, a todo el mundo del hospital.

William vio a su amigo barajar todas las posibilidades y acabó confesando con voz queda:

—Sylvie.

Se produjo una pausa mientras Kent intentaba montar las

piezas de aquel rompecabezas: la escena del lago, el trayecto en ambulancia hasta el hospital, Sylvie junto a la cama de William.

—¡Pues claro! —exclamó por fin y se lanzó contra William para darle un abrazo que hizo reír a Nicole.

—Ten cuidado, no le hagas daño, Kent —advirtió, porque su prometido pesaba veinticinco kilos más que William.

Kent llamó a Sylvie a la biblioteca para pedirle que acudiera de inmediato. También le dio un abrazo de oso en el que se notaba el alivio.

—Es maravilloso. No sé cómo no lo he visto venir. Estoy algo decepcionado conmigo mismo. Pero —añadió mirándolos— entiendo las complicaciones inherentes.

Sylvie se sentía cohibida delante de Nicole, que era preciosa y a quien acababa de conocer. Igual aquella joven la consideraba una persona terrible por haberse enamorado del marido de su hermana. Era la primera vez que consideraba la opinión de los desconocidos y se sentía desnuda, como pillada en falta. Advirtió que William casi se había desmayado con el esfuerzo de compartir la noticia. Estaba sentado en el sofá con expresión estupefacta. Ella le dio un apretón en la mano para recordarle que estaba ahí, para que no se hundiera bajo el agua que habitaba en su interior.

—Esto no va a seguir mucho tiempo. Vamos a romper pronto —afirmó William—. Por Sylvie.

Kent miró a la aludida, que negó con la cabeza.

—Pero tenemos que mantenerlo en secreto —insistió ella.

Había estado haciendo cábalas y llegó a la conclusión de que estaba bien que Kent y Nicole lo supieran: no tenían ningún contacto con las gemelas ni con Julia. Vivían en Milwaukee. El hecho de que participaran de su secreto solo significaba que la diminuta habitación que ocupaba su amor había crecido un poco. Sylvie pensó que sería incluso agradable, que a lo mejor podrían salir alguna noche a cenar con ellos. Una cita doble, como una pareja normal. Tal vez podrían orquestar una pequeña y controlada expansión de su vida secreta. Y William podría hablar con su mejor amigo.

Kent paseaba de un lado a otro ante los dos.

—¿Os queréis?

Ellos asintieron con la cabeza: William de mala gana, Sylvie con firmeza.

—Genial. Esto es maravilloso. Pero el secreto tiene que acabarse. De inmediato. No es sano y tu salud es la máxima prioridad, William. Ya sabes cómo va la cosa.

Sylvie se tapó los ojos con las manos. Se sentía como una niña de tres años a punto de empezar una pataleta, sonrojada de rabia y vergüenza. Kent dirigía su atención a William para recordarle a Sylvie que él era el eslabón débil, que todo se vendría abajo si él desfallecía.

—¿Se lo has contado a tu terapeuta? ¿No? Pues muy mal. Se lo tienes que contar a todo el mundo. Es vital. —«Vital para tu supervivencia», decía su expresión—. No puedes ocultar el amor.

Y Sylvie, todavía con la cara enterrada entere las manos, se preguntaba: ¿era eso verdad? ¿Dónde estaba su amor? ¿Podía ocultarse? Veía ese amor en el rostro de William cuando la miraba, como la luz que escapa por las grietas de un muro. Y su amor por él formaba parte de su ser, tanto como sus propias manos o su cara. Jamás habría elegido amar a William, jamás habría decidido de manera consciente acoger al marido de su hermana en su corazón. Más que un sentimiento del uno hacia el otro, ellos mismos eran ese amor. Sylvie sentía que dejaría de existir si se apartaba de William. Ya no sería Sylvie, sería una sombra de lo que había sido, una cáscara vacía por la que pasarían los días sin que significaran nada.

—Que quede claro —dijo Kent—: o rompéis o se lo decís a todo el mundo. No hay más opciones.

Sylvie notó que se disipaba una niebla. Sabía que la supervivencia de William le exigía vivir su vida en sus propios términos. Mentirse a sí mismo y a los demás era alejarse de tierra firme y ella no podía contribuir a eso. Él había tenido razón desde el primer beso: aquel secreto tenía que ser temporal. Y ella, también desde el primer beso, supo que ya no podría vivir sin William, que se había convertido en el oxígeno que necesitaba para respirar. Hasta ese momento, no había sido capaz de unir esas dos verdades.

Kent seguía paseando de un lado a otro.

—Tú se lo dices a tu médico, William. Yo se lo contaré a Arash. No te preocupes, le quitaré hierro al asunto. Además, le va a encantar porque Sylvie le cae fenomenal. Con eso tenemos cubierta a la gente con la que te pasas el día. —Entonces la miró a ella y asintió con la cabeza—. Y tú se lo tienes que contar a todos los demás.

—Sí, capitán —contestó Sylvie.

Se lo contó a las gemelas a la vez. Las llamó para que fueran a su casa una soleada tarde de mayo. La ventana estaba abierta y el aire olía a primavera.

Cecelia llevaba ropa de pintar: un mono de color verde oliva con muchos bolsillos para trapos y pinceles. Estaba trabajando larguísimas jornadas en un mural de Loomis Street. Pintaba durante el día, pero luego salía de casa otra vez a las dos de la mañana —Emeline cuidaba a Izzy— y seguía pintando hasta que le entraba sueño de nuevo. Un grupo de artistas local le había encargado el primer mural donde podía pintar lo que quisiera. Sylvie se pasaba a verla todos los días, a la ida y a la vuelta de la biblioteca. Sabía que a Cecelia no le gustaba hablar de una obra mientras la ejecutaba, de manera que se limitaba a mirarla. Lo primero que apareció en la pared fue el perfil de un rostro y unos hombros de mujer. En la última semana, a medida que se iba completando, la mujer, fiera y orgullosa, comenzó a resultarle familiar. Sylvie se preguntó si no sería la propia Cecelia o tal vez Emeline o Julia. Aquel día le preocupó pensar que tal vez su hermana la estaba pintando a ella. Cecelia podía estar revelando su verdadero ser en aquel muro. Si la mujer del mural era ella, entonces su amor y su despliegue quedarían a la vista de todo el mundo. Fue esta posibilidad lo que la impulsó a dejar de demorar el asunto, llamar a sus hermanas y pedirles que fueran a su casa. La idea que quedar al descubierto por los pinceles de Cecelia era inaceptable: tenía que revelarse ella misma.

—Sabíamos que pasaba algo —comentó Emeline—, porque has estado rarísima. —Venía de la guardería, es decir, bastante

pegajosa de gelatina y plastilina.

—¿Tú también eres lesbiana? —preguntó Cecelia sonriendo, antes de sentarse junto a su hermana en la pequeña mesa de la cocina.

—No —contestó Sylvie. Ojalá fuera esa la noticia—. ¿Queréis un vaso de agua o… —intentó recordar lo que tenía en los armarios— galletas?

—Suéltalo ya —le pidió Cecelia—. Em tiene clase esta noche y la señora Ceccione está con Iz, así que tengo que volver pronto.

Sylvie inspiró muy hondo, como si estuviera a punto de zambullirse en el agua, y les abrió su corazón. Comenzó por el momento en que había cogido a William de la mano junto al lago y explicó que con él se sentía viva, como un círculo completo, con él era ella entera, con todos sus conflictos.

—Cuando nos cogemos de la mano… —Pero no había podido terminar esa frase con William y tampoco pudo terminarla entonces con ellas. A veces las palabras eran como piedras contra una ventana y ella lo que quería era la propia ventana.

Cuando terminó, sus hermanas guardaron silencio. Fuera se oía el débil rumor del tráfico, el chirrido de los frenos de un autobús.

—Ay, Sylvie. —Cecelia parecía cansada por la falta de sueño, por cargar su mundo sobre sus propios hombros. Izzy había descubierto la palabra «no» y se despertaba por las mañanas en su cuna chillándola a voz en cuello.

Emeline apartó la mirada.

—Elige a cualquier otro hombre del planeta y me alegraré por ti. Cualquier otro, el que sea.

—Ya lo sé. —Sylvie no esperaba que sus hermanas se alegrasen, pero su tristeza era palpable y pesaba sobre ella como una gruesa manta—. Si pudiera, lo haría.

Emeline la miró suplicante. Sylvie recordó aquel momento, con Julia y Emeline sentadas a la mesa de Rose, suplicándole a su madre que no se marchara. En ese momento, era ella la que tenía una mala noticia. Era ella a quien su hermana suplicaba.

—Julia ya ha pasado por mucho —insistió Emeline—. ¿No

podéis ser amigos y nada más?

—¿Tú podrías ser solo amiga de Josie?

Emeline tensó los labios y negó con la cabeza. Sylvie pensó que su hermana y ella habían tomado decisiones igual de arriesgadas. Les estaba rompiendo el corazón a todas porque no se imaginaba la vida sin William y este no podía sobrevivir con un secreto así. Emeline había ahogado su orientación sexual hasta que había conocido a Josie, pues no había querido admitirla ni ante ella misma. «Tuve que decirle que la quería —les había contado—. Aunque eso acabara conmigo. Y creí que me moría, de verdad.» Sylvie la entendió muy bien. Aquel parecía un momento de vida o muerte.

—¿Cómo sabes que no está contigo porque echa de menos a Julia? —Cecelia miró fijamente a su hermana, buscando, como siempre, la verdad—. Te pareces a ella, ¿sabes? No es nada sano, Sylvie, ¿no crees? Es como si te estuvieras acostando con el matrimonio de Julia.

Sylvie no tenía nada que decir a eso. Al principio se preguntaba, cuando se quitaba la ropa, si a William le decepcionaría que sus pechos fueran más pequeños que los de Julia o sus caderas menos curvas. ¿Habría sido Julia mejor amante? Jamás le había planteado a William nada de esto porque no quería saber las respuestas.

Pero le sorprendió comprobar que no se ponía a la defensiva, que no estaba dispuesta a discutir. Pensó en la mujer que Cecelia pintaba en aquel muro de tres pisos a pocas manzanas de distancia, el modo en que su silueta se iba rellenando poco a poco de color y detalles. A Sylvie le pasaba algo parecido: estaba descubriendo y mostrando sus propios colores. Sentía el dolor que emanaba de sus hermanas como el calor que emanaba de su piel. Había sabido que aquello no iría bien, que Cecelia y Emeline, que conocían a William desde que estaban en secundaria, lo querían como a un hermano. Pero la noticia era difícil de digerir y no estaban pensando precisamente en William, sino en sus versiones personales del relumbrante puente que existía entre ellas tres en Chicago y Julia en Nueva York. Sylvie sabía que Emeline le enviaba a Julia recortes de periódicos con anuncios de apartamentos en

Pilsen. Cecelia seguía pintando a Izzy y Alice juntas, hacía fotos de los lienzos y se los mandaba a Julia para que eligiera alguno, cosa que aún no había sucedido.

—Pero entonces… —Emeline se calló un momento, como si también estuviera a punto de zambullirse—. Si sigues con esto, Julia y Alice jamás volverán a casa.

El sol se ocultó tras una nube o un edificio y las tres quedaron envueltas en sombras. El reluciente puente se hacía polvo a sus pies. Sylvie pensó en su sueño de la infancia, en el que Julia se quejaba de que las novelas de grandes amores siempre eran tragedias. Ella, en su inocencia, insistía en que la parte trágica era evitable, que no estaba ligada a la historia de amor. Pero se equivocaba.

—Ya lo sé —dijo—. Y lo siento muchísimo.

Emeline y Cecelia se alejaron después de aquello. Sylvie sabía que estaban dolidas y necesitaban la distancia durante un tiempo. Le preocupaba que ese periodo fuera eterno, pero era algo que no quería ni pensar. Ella también estaba dolida. Siguió yendo a ver el mural que estaba pintando su hermana en Loomis, pero solo cuando Cecelia no estaba. La mujer de la pared cada vez mostraba más de sí misma. Cuando los ojos estuvieron terminados, Sylvie la reconoció por fin. No era ninguna de las hermanas Padavano, sino santa Clara de Asís. Cecelia, al pintar una y otra vez a la santa que su madre la había obligado a llevar encima siempre como castigo, la había convertido en su talismán.

La mujer pintada era poderosa. No parecía una advertencia de cómo no vivir, sino que irradiaba en la pared como un ejemplo de todo lo contrario. Contemplándola, Sylvie recordó que, cuando eran pequeñas, su madre usaba a las santas como inspiración y ejemplo de mujeres empoderadas, y solo comenzó a emplearlas como sistema de advertencia y castigo cuando se fueron haciendo mayores, cuando el sexo y el embarazo se convirtieron en peligros. Santa Clara ocupaba tres pisos del costado del edificio. Había contrariado las expectativas de su familia y de la sociedad al negarse a casarse

de adolescente, al negarse a renunciar a su vida antes de que hubiera comenzado siquiera. Encarnaba la valentía y la autora del retrato sin duda también era valiente. Tal vez, meditó Sylvie, todas las hermanas Padavano eran valientes. Cecelia se había marchado de casa a los diecisiete y era una madre soltera cuyo arte estaba en creciente demanda. Emeline tenía una relación con Josie y no la ocultaba. A la señora Ceccione casi le dio un infarto cuando las vio cogerse de la mano. Emeline se disculpó por escandalizarla, pero se negaba a disculparse por su amor. Cecelia, también presente, se moría de la risa. Julia, cuando se vio con un marido que necesitaba que lo salvaran, había desafiado siglos de misoginia que exigían que las esposas priorizaran a los maridos y había decidido salvarse ella. Y Sylvie también era valiente por permitirse vivir un sueño tan extraordinario que había dado por sentado que jamás se haría realidad.

Siempre pensó que se quedaría soltera, a salvo con sus hermanas. Al fin y al cabo, su corazón siempre les había pertenecido: las cuatro hermanas habían latido al unísono casi toda la vida. Sylvie se preguntó, mirando el mural, si la valentía estaría hermanada con la pérdida: hacer lo impensable tenía un precio. Julia pronto sabría la verdad. Cecelia prometió que le darían la noticia, que alguna viajaría a Nueva York para contárselo en persona. Para Sylvie fue un alivio. Las gemelas se lo contarían a Julia con tacto e intentarían protegerla, mientras que ella lo único que haría sería causar dolor.

Cada vez que llamaba a su hermana, pensaba que podía ser la última conversación que tuvieran, puesto que no conocía los planes de las gemelas, no sabía cuándo irían a Nueva York. Julia le describía la guardería de Alice o le contaba que había dicho por primera vez «mamá», su primera palabra, o que el profesor Cooper le había pedido su opinión después de una reunión, que valoraba mucho sus ideas. Sylvie le hacía preguntas para prolongar la llamada. Intentaba memorizar la voz de su hermana, el sonido de su amor. Jamás habría imaginado de pequeña que nada en el mundo pudiera apartar de su vida a su hermana mayor. Pero entonces, saber que el hacha estaba a punto de caer y no hacer nada para detenerla

era como una tortura insoportable. «Te quiero —pensaba al teléfono—. Perdóname.»

Los asesores residentes tenían la obligación de dormir en la residencia todas las noches, de manera que era siempre Sylvie la que viajaba a Northwestern. Le parecía vivir la mayor parte de su vida en el mundo real, soportando el silencio de las gemelas, esperando a que Julia se enterase de la noticia, mientras que a William le estaba permitido existir en su burbuja de la universidad. Y se alegraba por él, pero le habría gustado tener una burbuja propia. Para su inmenso alivio, William se había relajado tras su terror inicial. Durante un par de semanas después de la visita de Kent, carraspeaba a cada momento, como si no se fiara de su voz, pero a medida que pasaban los días, vio que el cielo no se desplomaba sobre su cabeza y se calmó. Le contó a su terapeuta que quería a Sylvie, y este, que llevaba tiempo instándolo a que estableciera conexiones auténticas con otras personas, lo consideró algo muy positivo. Kent informó a Arash, quien, como estaba previsto, se mostró encantado. De hecho, en cuanto vio a William, le estuvo dando golpes en la espalda durante dos minutos seguidos. Cecelia y Emeline dejaron de visitarlo, pero antes tampoco iban mucho, y él se sentía más cómodo con su ausencia que con su presencia.

Era Sylvie la que tenía que respirar hondo mientras iba andando a la biblioteca, la que hacía vigilia con santa Clara en la calle unas cuantas veces al día, la que comía huevos revueltos sola en su apartamento. Vivía en un silencio que ella misma había creado y se sentía cada vez más hundida en él. Aun así, no se arrepentía de nada. A veces, cuando estaba con William le dolía hasta la cara y era porque llevaba horas sin dejar de sonreír. Por la noche, dormía apretada contra su piel cálida y, cuando se despertaba de golpe a las cuatro de la madrugada, escribía recuerdos de su infancia.

A los tres meses de silencio, una tarde de agosto, estaba sacando un carrito de nuevas ediciones del almacén cuando de pronto apareció Emeline a su lado. No dijo nada, tan solo la rodeó con los brazos y presionó la cabeza contra su hombro de forma que sus rizos se mezclaron. Sylvie apretó las únicas

partes de su hermana que podía alcanzar: la mano, la cabeza inclinada. Las dos se quedaron así varios minutos, en una esquina de la biblioteca. Cuando al fin se soltaron, fue como si empezaran de nuevo. Un nuevo comienzo desde un lugar donde estaban afligidas, enamoradas y libres.

Julia

Octubre 1984 – septiembre 1988

Emeline fue a ver a Julia cuando llevaba un año viviendo en Nueva York y Alice tenía dieciocho meses. Había sido una época intensa para Julia. Desde el momento en que cogió el avión en Chicago —la primera vez que volaba y, encima, iba sola con un bebé—, cada día era un desafío y una novedad, pero no necesariamente en el mal sentido. Lo nuevo era un alivio. Julia se había marchado a toda prisa de su ciudad natal porque necesitaba algo nuevo y distinto. Y Manhattan se lo había proporcionado a una escala y a un volumen que no podía haber imaginado. La ciudad era un estrepitoso martilleo, la gente corría por todas partes. Ella misma se encontró caminando a toda velocidad por las aceras, intentando mantener el ritmo, incluso cuando no estaba segura de ir en la dirección correcta.

Comenzó a trabajar con el profesor Cooper en un lugar donde cada persona que encontraba y cada tarea que acometía eran desconocidas e intentó crear un hogar temporal con su hija.

—Seis meses —le canturreaba a Alice mientras la dormía—. Podemos hacerlo durante seis meses.

Vivían en un apartamento de una de las amigas de Rose de Florida, que iba a estar vacío una temporada. En lugar de pagar alquiler, lo único que tenía que hacer era regar su extensa colección de plantas. Al final de cada día, recorría todo el piso con una regadera en la mano y luego caía desplomada en la cama. Julia jamás había tenido que organizarse la vida ella sola, mucho menos una vida con tantas exigencias. Siempre había contado con la ayuda de sus hermanas, de su

madre o de William. Pero allí salía del metro por las escaleras con un carrito en una mano y un bebé en la otra. Tenía la sensación de estar siempre sudando y a la vez esforzándose por parecer presentable. Era responsable de todo: de llevar suficientes pañales a la guardería, de pagar las facturas, de que hubiera comida y leche para la niña en la cocina, de la colada… Alice generaba una increíble cantidad de ropa sucia. Aun así, sentía una enorme gratitud hacia Manhattan, tanto por exigirle toda su atención como por no recordarle en nada a su antigua vida.

Experimentó un breve descanso cuando Rose les compró los billetes para que fueran a verla a Florida en Navidad. Era la primera de las hermanas que viajaba a Miami y Rose presumió de hija y nieta delante de sus amigas con visible orgullo. Era cierto que no había ocultado su disgusto cuando Julia se había negado a luchar por su matrimonio, pero entonces parecía que el entusiasmo de su nueva vida la arrastraba.

—Mi hija trabaja para un asesor empresarial muy importante en el centro de Manhattan. Mi marido siempre dijo que Julia tenía inteligencia y valor. Y la niña es una preciosidad, ¿verdad?

A Julia le llamó la atención el modo en que su madre había reescrito la historia: su hija ya no era un fracaso y la opinión de su marido era respetable. Aun así, era agradable contar con la aprobación de su madre y estuvo encantada de abrir los regalos para la pequeña Alice, que ya tenía ocho meses, junto al árbol de Navidad. Por la tarde, llamaron a casa de Sylvie para desearle felices fiestas al resto de la familia. Contestó Izzy, que estuvo barboteando con tono de importancia durante varios minutos e hizo reír a las mujeres que la escuchaban, tanto en Florida como en Chicago.

Cuando el proyecto del profesor Cooper con la empresa de comunicaciones se extendió hasta primavera, le preguntó a Julia si quería volver a Chicago.

—Me encanta trabajar contigo —le dijo—. Y voy a empezar a tener clientes aquí también, así que me quedaré una

temporada. Pero sé que tienes familia en Chicago y lo entendería si quisieras marcharte.

Julia respiró hondo. La noticia no le llegaba del todo por sorpresa, puesto que sabía que el cliente neoyorquino estaba encantado con el trabajo del profesor Cooper y que el proyecto no había concluido, pero desde la llegada había estado viviendo dentro de un calendario de seis meses. En los días difíciles, echaba muchísimo de menos a sus hermanas, echaba de menos una ciudad por la que se orientaba sin tener que pensar siquiera. También quería que Alice tuviera la oportunidad de jugar con su prima y de recibir los mimos de sus tías.

—¿Me lo puedo pensar hasta mañana? —preguntó.

—Por supuesto.

Esa tarde recorrió andando las treinta manzanas que separaban la oficina de la guardería de Alice y, al final de la caminata, tenía su respuesta. Manhattan la impulsaba a alcanzar su potencial, en Nueva York era la mujer poderosa de visión clara que había emergido con el nacimiento de su hija. Cuando se imaginaba de vuelta en Chicago, esa versión de sí misma quedaba aplastada por la preocupación. Allí había estado casada, allí no había comprendido a su esposo, allí había tomado malas decisiones. Y se le antojaba complicado estar en la misma ciudad que su exmarido. William había renunciado legalmente a Alice, y el apellido Waters había sido eliminado de los documentos oficiales de las dos. Pero ¿y si de pronto se presentaba en el parque donde jugaba la niña? ¿Y si se lo cruzaban por la calle? ¿Y si cambiaba de opinión?

Julia todavía no sabía cómo iba a explicarle todo aquello a su hija una vez que Alice tuviera edad suficiente para entenderlo. Lo que sí sabía era que todavía tenía tiempo, de manera que evitaba darle muchas vueltas. Al fin y al cabo, ¿cuáles eran sus opciones? ¿Qué podía decirle? «Técnicamente tienes un padre, pero renunció a ti.» «Tu padre no te quiere en su vida.» «Está tan enfermo que no podía ser padre.» Parte de la complicación era que ella misma no lo entendía, por mucho que le hubiera alegrado la decisión de William. Alice tenía ya un año, era una niña de ojos brillantes, sonrisa fácil, mejillas

regordetas. La gente por la calle se paraba para hacerle monerías: ponían muecas, sacaban la lengua, se empeñaban en hacerla reír. Era, en opinión de Julia, la niña más maravillosa del mundo, seguida de cerca por Izzy. ¿Cómo era posible que alguien no la quisiera en su vida? Tanto la pregunta como el abandono de William eran un puro desconcierto. A Julia le recordaba al cenagoso final de su matrimonio. En conclusión, lo importante era que le gustaba quién era en Nueva York y quería quedarse más tiempo.

Lo agridulce de esa decisión, por supuesto, eran sus hermanas. Por lo menos una vez al día le parecía ver a Sylvie subir a un taxi o cruzar la calle, y en su bloque había una mujer que se reía igualito que Cecelia. Cada vez que hablaban por teléfono, les pedía que fueran a verla.

—No, vuelve tú a casa —respondía siempre Cecelia, que era la que más se oponía a la idea.

Cecelia estaba apegada a Chicago con una tozudez asombrosa en alguien tan independiente en otros aspectos. Sylvie sí parecía abierta a la idea, aunque no terminaba nunca de concretar el momento. Y a Emeline le preocupaban los detalles: el precio del viaje, su miedo a los aviones, no tener zapatos adecuados.

—La gente se va a reír de mí. En Manhattan todo el mundo va muy elegante.

Tras haber tomado la decisión de quedarse, Julia se despertaba ilusionada todos los días. Comenzó a celebrar con Alice una danza en la cocina todas las noches y la niña meneaba el trasero con gran empeño para poner de su parte. La señora Laven volvió a Manhattan desde Miami, pero resultó que era la presidenta de la comunidad de propietarios del edificio y la ayudó a alquilar un bonito apartamento de dos habitaciones en el mismo bloque del Upper East End. A Julia le encantaba tener su propia casa y le encantaba la estructura de los días en aquel nuevo calendario abierto. Por la mañana dejaba a Alice en la guardería y luego se iba en autobús a la calle 42, donde entraba en un edificio de oficinas, un bloque de cristal que reflejaba en las ventanas la magnificencia de la estación Grand Central. Y en una planta alta desde la que se

veía la ciudad, asistía a reuniones con el profesor Cooper.

Cuando Emeline anunció que iba a superar sus miedos para ir a visitarla en octubre, Julia se puso tan contenta que apenas podía dormir a medida que se acercaba la llegada de su hermana. No había tenido tiempo de hacer amigos en Nueva York, pero además no tenía ni idea de cómo proceder. Sus hermanas siempre habían sido sus mejores amigas. En Chicago nunca había necesitado a nadie más. Sylvie, las gemelas y ella conocían cada versión, cada edad, cada estado de ánimo las unas de las otras. Julia no sabía cómo formar una amistad íntima con un desconocido. A veces veía a alguna madre en la guardería de Alice cuyo estilo le gustaba o que parecía tener también un trabajo a jornada completa, y se planteaba decirle algo. Pero el abismo que la separaba de la desconocida era oceánico y ni se imaginaba cómo cruzarlo. ¿Era posible que surgiera una amistad solo preguntándole a alguien su nombre? Sin duda tendrían que irse a vivir juntas para conocerse de verdad y eso no tenía ningún sentido.

Se tomó la semana libre del trabajo para poder pasar cada minuto con Emeline. Daban largos paseos en los que la cogía de la mano para cruzar las calles porque su hermana iba con la cabeza alzada hacia los rascacielos en lugar de mirar por dónde iba. Pasaron un día en el Metropolitan Museum of Art —un lugar que conocían de los libros y las películas— y fingieron, mientras recorrían las salas, que ellas mismas estaban en una. Se quedaban charlando hasta tarde todas las noches. Julia había echado muchísimo de menos aquella intimidad, anhelaba esa clase de conversación fácil y tonta. Se había sentido muy sola. Hablaron de su madre, como si todavía fuera el sol en torno al cual orbitaban, comentaron lo altanera que se mostraba con todas desde su trono en Florida. A Emeline se le daban genial los niños, por supuesto, y se pasaba horas en el suelo jugando con Alice.

—Eres la mejor Alice del mundo —le dijo en una ocasión. Estaban jugando con bloques de construcción en el suelo, mientras Julia las observaba desde la butaca.

—Iaemi —respondió Alice, muy concentrada, pues quería decir «tita Emeline».

—¡Muy bien! —la aplaudió su tía.

Alice sonrió mostrando todos los dientes. La pequeña tenía los mofletes gorditos y el pelo lacio y dorado. No había duda de que los ojos azules los había sacado de su padre.

—Se parece a William —comentó Emeline—, pero le brillan los ojos como a papá. Y seguro que se le riza más el pelo cuando crezca un poco. Yo en las fotos de pequeña también salgo con el pelo más lacio. Y en la guardería veo cambiar a muchos niños, que primero se parecen a la madre, y luego al padre. O al revés.

—Yo espero que acabe pareciéndose a mí, aunque sea un poquito —dijo Julia.

Las dos se quedaron mirando a Alice con absoluta adoración.

—Pero la verdad, siempre que no tenga su «oscuridad» —era la primera vez que sacaba a la luz su temor secreto—, me da igual a quién se parezca.

Emeline parpadeó sorprendida, pero replicó:

—Pues claro, tienes razón.

Por las mañanas, Julia le recogía el pelo a Emeline y ambas se miraban sus similares rostros en el espejo. «Te necesito», pensaba Julia. En realidad, se refería a todas sus hermanas, pero era tal su necesidad que no podía ser selectiva. No podía permitir que Emeline se marchara sin saber cuándo y cómo volvería a verla. Al final del primer día de su visita, Julia había lanzado una campaña para convencerla de que se trasladara a Nueva York con Josie. Trasplantar allí a su hermana era una solución perfecta. En Manhattan había guarderías que se darían de tortas por mujeres con la experiencia de Emeline y Josie, y allí a nadie le importaba que fueras homosexual. Julia había descubierto, una vez en Nueva York, que el profesor Cooper llevaba treinta años viviendo con Donny, un hombre encantador que vestía preciosos trajes hechos a medida y que la ayudó a elegir alfombras para su apartamento, porque resultó que el mundo de las alfombras era más que caro y complicado.

—Yo no me imagino viviendo en otro sitio que no sea Chicago —protestó Emeline cuando Julia sacó el tema.

Pero admiraba tanto la ciudad y se la veía tan feliz con Alice en brazos que Julia estaba segura de que en unos cuantos meses lograría convencerla. Planeaba hablar con la señora Laven para que su hermana alquilara un piso en su edificio. Se imaginaba a Alice correteando de un apartamento a otro, sintiéndose en ambos como en casa. Y la perspectiva de contarle a Emeline sus emocionantes jornadas de trabajo ante una copa de vino todas las noches la estremecía de placer. Desde que se había marchado de Chicago, le parecía respirar como a través de una pajita y de pronto podía inhalar el aire a grandes bocanadas. En presencia de Emeline, se reía por todo y le encantaba ver que Alice también se moría de la risa. «Soy mejor con mis hermanas», pensaba.

—¿Cómo está Sylvie? —preguntó.

Era el último día de Emeline en la ciudad y la señora Laven se había quedado con Alice para que las dos hermanas pudieran estar unas horas a solas. Tomaban café en la cocina. Emeline le había hablado largo y tendido sobre el arte de Cecelia y el músico italiano de jazz con el que salía. Le contó que Izzy, que ya tenía dos años, había descubierto un tubo de pegamento en el taller de Cecelia y había creado un rascacielos pegando todas las latas de verduras y judías que encontró en la cocina. Pero apenas había mencionado a Sylvie.

—Tú eres la única que no parecías muy disgustada por lo mío con Josie —le comentó—. Sylvie y Cecelia intentaron disimularlo, pero la verdad es que al principio se escandalizaron. A ver, que yo lo entiendo. A mí misma me escandalizaba. Y ya contaba con que a mamá se la llevaran los demonios, como sucedió. Pero tú solo te alegraste por mí.

—Y me alegro por ti. Ojalá te hubieras traído a Josie para que nos conociéramos.

—Yo no quería amar a Josie. —Emeline bajó la vista hacia su café—. Para mí fue muy difícil aceptar que no elegimos a la persona que amamos, porque la persona a la que amamos lo cambia todo.

Habían hablado mucho de Josie durante toda la visita, pues habían decidido irse a vivir juntas y a Rose le había dado un buen berrinche a distancia. Julia miró a su hermana y sintió

una oleada de afecto hacia ella.

—¿Estás de acuerdo en que no podemos elegir a quién amamos?

—Pues supongo. ¿Por qué?

—Quiero que sepas que me llevé un disgusto cuando me enteré. Y todavía estoy disgustada, pero… —Emeline cerró los ojos— Sylvie y William están enamorados.

Julia meneó la cabeza, incrédula, negando la realidad. Se sentó en la silla más cercana, por si las palabras de Emeline volvían a impactarla.

—Cecelia estaba furiosa con ella. Yo también. Todo había vuelto a la calma después de que te marcharas, todos estábamos bien. Tú te habías ido, pero ibas a volver. Pero es que ahora lo entiendo. ¿Cómo pude no entenderlo? Julia, no era decisión de ellos.

El estupor dejó un espacio vacío en su interior. Julia recordó que Sylvie había sabido de alguna manera que había que buscar y salvar a William. Recordó la tensa despedida que se produjo entre las dos. Las conversaciones de teléfono giraban siempre en torno a hechos y logística, como si estuvieran compartiendo sus calendarios semanales. Sylvie, en particular, jamás hablaba de sus sentimientos ni de lo que pensaba, aunque cuando eran más jóvenes no hablaban de otra cosa por las noches, desde sus camas. Julia debería haber sabido que pasaba algo. O tal vez lo había sabido, pero había hecho oídos sordos, no había permitido que esas ideas emergieran a la superficie. Igual que había pasado con la depresión de William. Fue Sylvie la que le dijo que su marido había intentado suicidarse y luego, más adelante, que no quería verla, que no quería seguir casado ni ser padre. Solo entonces se daba cuenta de lo raro que era que hubiera sido Sylvie quien le hubiera dado esas noticias. Se lo debería haber dicho el propio William, aunque fuera por teléfono. Pero fue Sylvie la que transmitió su voz. Cada vez que Julia se miraba al espejo, pensaba: «Sylvie también tiene pecas ahí, pero son más claras. El pelo de Sylvie es más dócil que el mío». Pensaba en su hermana con la misma naturalidad que pensaba en sí misma porque Sylvie formaba parte de ella. Y William era la

persona con la que entonces se acostaba por la noche, el único hombre con el que había estado desnuda. Las dos personas que había tenido más cerca se habían elegido la una a la otra.

Se levantó y se acercó al fregadero con el pecho encogido. Con un movimiento exagerado, como si intentara desatrancar una tubería, tomó demasiado aire y emitió un fuerte resuello. Emeline le frotó la espalda, como las hermanas habían hecho siempre entre ellas cuando alguna no estaba bien.

—¿Se quieren? —preguntó Julia cuando pudo hablar. Las palabras le rasparon la garganta.

Emeline apoyó la mejilla contra el omoplato de su hermana y asintió. Julia notó el movimiento en la piel y se imaginó a Sylvie tras el mostrador de la biblioteca. «¿Cómo has podido hacerme esto? —pensó—. Yo jamás te haría una cosa así.»

—Lo siento, Julia —susurró Emeline.

—Me alegro muchísimo de haberme venido aquí. Es lo más inteligente que he hecho en mi vida.

En ese momento, con las manos apoyadas contra el mostrador de la cocina, Julia cayó en la cuenta de que Emeline había ido a Nueva York a llevarle la noticia. Las últimas semanas, cuando llamaba a Sylvie, nunca estaba en casa. Había asumido que estaría fuera, ocupada. Pero no: Sylvie no contestaba el teléfono porque sabía que Emeline estaba de camino. Y Emeline jamás se mudaría a Nueva York, esa posibilidad solo había existido en su imaginación. Había sido una idiota.

En las horas que quedaban antes del vuelo de regreso a Chicago, apenas pudo mirar a su hermana.

Durante las semanas siguientes, cuando iba al cuarto de Alice todas las mañanas y la sacaba en brazos de la cuna, la niña preguntaba con tono esperanzado:

—¿Iaemi? —Y Julia negaba con la cabeza.

Odiaba decepcionar a su hija y estaba furiosa consigo misma por haber sido una estúpida, otra vez. Se le había olvidado que su mejor versión era independiente y ambiciosa. Durante la visita de Emeline, había comenzado a poner su felicidad en manos de otras personas, lo cual era un remanente de quien había sido en Chicago. Y ya no quería ser esa. En

Chicago formaba parte de la cadena de muñecas de papel que eran las hermanas Padavano; jamás habían funcionado de manera independiente y, si una tenía un problema, lo tenían todas. El hecho de que Sylvie hubiera hecho algo terrible y que hubiera despachado a la más dulce de las hermanas para transmitirle el dañino mensaje era un ejemplo de la clase de vida que ya no estaba dispuesta a vivir. Ella sola haría feliz a Alice y jamás la decepcionaría.

Por la noche, cuando la niña ya dormía, Julia se quedaba tumbada en la cama, mirando la pared. Se sentía hueca por dentro. Se acordaba de cuando Sylvie besaba a los chicos en la biblioteca y no quería ni oír hablar de novios porque estaba esperando a su gran amor. A Julia le parecía entonces un sueño muy bonito, pero muy poco práctico, y pensaba que en algún momento su hermana se daría cuenta de que las relaciones eran una cuestión de compromiso. ¿Cómo era posible que el gran amor de Sylvie hubiera resultado ser su exmarido? No parecía una cuestión del destino y mucho menos romántica. Era más bien una decisión brutal. Sylvie había elegido traicionarla y, por lo visto, a las gemelas les parecía aceptable. Emeline había sacado un billete de avión y había viajado hasta la costa este para comunicarle la noticia como si fuera un cotilleo de lo más normal.

Una noche ya tarde, Julia llamó apesadumbrada a su madre.

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Cómo ha podido Sylvie…? —No logró terminar la frase.

—Es increíble —respondió Rose—. Una de mis hijas es una lesbiana; otra, una divorciada; y ni siquiera sé cómo llamar a Sylvie. Ah, y se me olvidaba la hija que dio a luz de adolescente sin estar casada. —Soltó entonces una áspera risa—. ¡Gracias a Dios que me marché de Pilsen! ¡La obscena cantidad de chismorreos que deben de correr por el barrio sobre nuestra familia!

—Pero ¿a ti esto te parece ni medio bien? —insistió Julia. Lo que quería decir era: «Lo que Sylvie y William han hecho es una crueldad. Estoy dolida. Ayúdame, mamá».

—No, no me parece nada bien. Pero ¿a quién le importa lo que yo piense? —suspiró Rose—. Sé que te sientes una víctima,

Julia, pero la verdad es que empujaste a tu hermana hacia William. No fuiste nunca al hospital y luego te marchaste a Nueva York. Y ahora Sylvie te ha echado de Chicago con esta historia. —Emitió un gruñido—. Que Sylvie se enamore de William es una idiotez, por supuesto. No se lo puedo contar ni a mis amigas más íntimas. ¡Si parece un culebrón! Dos de mis hijas eligen al mismo hombre. ¡Y no es que sea precisamente un Kennedy o, yo qué sé, Cary Grant, por Dios bendito!

«Yo soy la víctima —pensó Julia—. Mis hermanas han renunciado a mí y han renunciado también a Alice. Para siempre.» Sylvie y William habían enlazado sus vidas y ella tenía que mantenerse alejada no solo de su exmarido, sino también de la hermana con la que se sentía más unida.

Cuando conseguía dormir, tenía una pesadilla recurrente en la que Alice, ya con ocho o nueve años, quería conocer a su padre. Y el encuentro ocurría. En el sueño, Sylvie aparecía junto a William en el umbral de una bonita casa y la pequeña Alice corría a los brazos abiertos de su tía. La escena era tan vívida que parecía un recuerdo y a Julia le daban ganas de vomitar. Aquella imagen era una perversa versión de la vida de la que había huido, y Sylvie ocupaba su lugar. «Por favor —decía Alice en el sueño—, ¿puedo irme a vivir con mi papá y la tita Sylvie? Son una familia normal, con una madre y un padre, y a mí me gustaría estar con ellos.»

—Le voy a decir a Alice que William está muerto —se oyó decir.

—¿Qué? —casi se atragantó Rose—. Pero ¿qué demonios estás diciendo?

—Es lo único que tiene sentido. Él no quiere saber nada de ella y yo eso no se lo quiero decir, porque Alice pensará que tiene la culpa, cuando no tiene nada que ver. Alice es perfecta. Y él está muerto, por lo que a mí respecta. No vamos a volver a Chicago jamás. Así todo será más limpio.

La idea ya se le había ocurrido antes, pero le resultó demasiado extrema. Ya no se lo parecía. En ese momento, tenía todo el sentido del mundo. Alice y ella estarían a salvo en Manhattan, solas en su diminuta familia. Nadie podría volver a hacerles daño.

—Lo más probable es que William y Sylvie rompan. Sylvie es como tu padre, lo cual quiere decir que no tiene la más mínima constancia. Tú deberías vivir tu vida en Nueva York una temporadita y a ver qué pasa.

Julia sabía que su madre era incapaz de aceptar que William había renunciado a sus privilegios paternales. Su cerebro no comprendía que un padre renunciara a un hijo. «Jamás he oído nada igual», fue la frase con la que zanjó el tema.

—No se lo voy a decir a Alice ahora, obviamente —prosiguió Julia—. No tiene ni dos años.

—Bien. —Rose parecía aliviada—. Ya te calmarás con el tiempo. Todo se calmará. Te quiero, Julia.

Era algo que su madre rara vez decía en voz alta. Era su manera de transmitirle que lamentaba su situación.

—Yo también te quiero.

Y colgaron.

Durante las semanas siguientes, Julia modificó su manera de afrontar el trabajo. Había estado tan agradecida al profesor Cooper que se había dedicado a ser su ayudante sin más. Procesaba los datos que él recogía en los encuentros con los accionistas y tomaba notas en las larguísimas reuniones donde se debatían procesos de negocios. También se encargaba de los cafés y pasaba mucho tiempo en la fotocopiadora. Había hecho todo lo posible para que el profesor Cooper no se arrepintiera de haberla contratado.

Sin embargo, recordaba el futuro que había soñado, un futuro en el que se sentaba tras un escritorio de ejecutiva, vestida con un traje caro y tacones de aguja. No sabía si el sueño era alcanzable, pero podría serlo. También parecía inverosímil que Sylvie saliera con William y había sucedido. Estaba claro que la vida era más alterable de lo que pensaba.

Quería un ascenso. Quería ganar más dinero y que su vida con Alice fuera tan estable, y tan intocable, como fuera posible. Un mes después de la partida de Emeline, el profesor Cooper le pidió que asistiera a una reunión para tomar notas. Julia lo hizo, pero también interrumpió varias veces para ofrecer algunas ideas. Y disfrutó viendo a los hombres —en aquellas reuniones siempre eran todos hombres— volver la

cabeza hacia ella sorprendidos porque sus ideas eran buenas. Seis meses más tarde, le pidió al profesor Cooper permiso para encargarse ella de un nuevo cliente y a él le pareció bien. Se pasó semanas preparándose, aprendiéndolo todo sobre la compañía de electrónica que quería fusionarse con un competidor y cuya plantilla quedaría duplicada, y presentó un plan para reestructurar las empresas combinadas tan elegante que el cliente le pidió que se pusiera a cargo de todo el proceso. El profesor Cooper lo celebró con ella brindando con champán.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo.

Y Julia tuvo que salir corriendo al baño para echarse a llorar. Eran lágrimas de felicidad. Sentía que Charlie también estaba orgulloso de ella, dondequiera que estuviese. «Mi cohete», dijo maravillado.

Por primera vez, era consciente de que los hombres le hacían señales. No se había dado cuenta antes. Había un hombre con barba, de aspecto agradable, que siempre subía con ella en el ascensor por las mañanas. Julia alabó sus gemelos, él la invitó a salir a tomar una copa. Mientras se arreglaba para la cita —se pintó con una sombra más oscura que la que llevaba a la oficina, se echó perfume y escogió un vestido que mostraba sus curvas—, se reía en voz alta, porque era como si acabara de acordarse de que tenía un cuerpo por primera vez desde que había nacido Alice. Cuando se pasó las manos por las caderas, le hormigueó toda la piel, como ilusionada por un futuro mejor.

Le contó al hombre de la barba lo mismo que les contaba a todos los hombres con los que salía: que no buscaba novio ni marido y que jamás lo llevaría a su apartamento, que solo quería pasarlo bien. Se tomaron unos Martini en un bar sobre una azotea, bajo un ocaso teñido de rosa, y luego se besaron en la calle, apoyados contra un buzón. El fin de semana siguiente volvieron a salir. Él la llevó a un partido de los Yankees e hicieron el amor en el suelo de su cocina porque no lograron llegar ni al dormitorio. Era divertido y a Julia le parecía haber optimizado su vida: tenía un gran trabajo, una hija perfecta y una vida sexual según sus propios términos. Dos años después

de la visita de Emeline, el profesor Cooper anunció que Julia estaría a cargo de la delegación de Nueva York de su empresa de consultoría. Donny y él viajarían entre Chicago y Nueva York, pero la oficina de Nueva York la dirigiría ella.

Julia trasladó la buena noticia a las gemelas y a su madre por escrito. Había empezado a coleccionar postales de escenas de Nueva York para escribirse con su familia. Las prefería con mucho a las llamadas telefónicas. Solo ofrecían un pequeño espacio para escribir, de manera que les contaba un par de anécdotas de su vida con Alice, les mandaba besos y las echaba al buzón. Rose odiaba las postales y sostenía que solo una psicópata se comunicaría de ese modo con su madre. Para apaciguarla, Julia le mandaba unas cuantas fotos de Alice cada quince días, además de la consabida postal. Cecelia y Emeline también enviaban postales en respuesta, como si hubieran inscrito a su ciudad en una competición de imágenes. Cecelia y Julia también intercambiaban de vez en cuando fotos de Izzy y Alice. Entre Julia y Sylvie no hubo nunca ninguna correspondencia.

Si estaba con su hija cuando atisbaba una colorida postal en los buzones grises del portal del edificio, nunca dejaba que Alice la viera. Se la metía en el bolso y después de leerla la tiraba en alguna papelera de la calle. También tiraba las fotos de su sobrina. Leía casi siempre a solas, en alguna acera concurrida, entre el fragor de los autobuses y los taxis. Así supo que Emeline, Josie y Cecelia se habían ido a vivir juntas. Así se enteró de que Sylvie y William se habían casado en una pequeña ceremonia celebrada en la trastienda de la biblioteca Lozano.

William

Octubre de 1984 – septiembre de 1988

Cuando Emeline volvió de Nueva York, exhausta y pálida, William fue cuidadoso, no solo consigo mismo, sino también con Sylvie y las gemelas. En cierto modo, era bueno estar viviendo en el centro de una verdad difícil. Kent tenía razón: no podría haberlo hecho de otra manera. Durante los meses que pasaron en total clandestinidad, cuando su amor por Sylvie estuvo limitado a su pequeña habitación, su mente nadaba en la confusión y tenía que dirigir y controlar sus pensamientos para salir adelante. La situación no se parecía a los últimos meses de su matrimonio porque Sylvie lo ablandaba de felicidad y en el diminuto dormitorio lo compartían todo. Pero la fricción entre la vida dentro de aquellas cuatro paredes y la vida exterior le hacía sentir como la aguja de un tocadiscos que se arrastrara sobre la superficie de vinilo de un LP.

Su psiquiatra, un portorriqueño calvo que disfrutaba explicándole por qué el fútbol era mejor que el baloncesto, concluía cada sesión diciendo: «Tienes que salir y hacer ejercicio, tienes que tomar tu medicación y tienes que cuidar de otras personas». Lo de «sin mentiras y sin secretos» se daba por sentado. Eso era inapelable, eran los cimientos de la vida de William. A menudo se preguntaba, mientras volvía andando a casa, si la gente sana utilizaba mantras para organizarse la vida. Cada vez que se sentía entumecido por dentro, o si no había hablado en varias horas, volvía a la lista del psiquiatra y cumplía uno de sus mandamientos.

Corría kilómetros en la pista de Northwestern, hacía la rehabilitación de la rodilla y se tomaba la medicación. Formaba parte de la plantilla de manera oficial, era el más

joven de los ayudantes de entrenador, y se centraba en cuidar de los jugadores lesionados. Diseñó un exitoso ejercicio de rehabilitación para un chico que sufría recurrentes problemas en los tobillos y la gratitud del estudiante, que había temido por el final de su carrera, le hizo sentir útil y realizado como nunca. El impacto de su labor parecía ser acumulativo: cuanto más ayudaba a los chicos, más sólido se sentía en su propio pecho. Se puso en contacto con las gemelas cuando Emeline volvió de Nueva York. Se había mantenido apartado de ellas desde que Sylvie les había contado que estaban juntos. Las gemelas necesitaron entonces distanciarse de su hermana durante un tiempo y William entendía que quisieran alejarse también de él. Pero sabía que Sylvie no soportaría su nueva vida sin Julia a menos que la relación con Emeline y Cecelia tuviera una base sólida.

—No estamos enfadadas contigo, William —aseguró Emeline.

Las había invitado a desayunar. No le había dicho nada a Sylvie porque habría querido estar presente para proteger los sentimientos de todo el mundo, y William quería, por una vez, ser él quien cuidara de ella.

Miró a Cecelia mientras esta cortaba un bizcocho para Izzy, que estaba en su trona.

—Es verdad —dijo ella—. Tú no has hecho nada de esto a propósito, ahora lo entiendo. Y… Y nunca en la vida había visto a Sylvie así. No hago más que pintarla para capturarlo.

—No es que sea feliz —apuntó Emeline—, porque sé que sufre mucho por Julia. Pero es hermosa. Es totalmente ella.

William había esperado tener que soportar algún grado de resentimiento, tácito o hablado, pero las gemelas le estaban dejando irse de rositas. Meneó la cabeza, desconcertado, pero se acordó de aquellas noches en las que salía del dormitorio y se encontraba a Julia y Sylvie dormidas juntas en el sofá. Y justo entonces Emeline se había marchado con Cecelia, sin que estuviera embarazada ni tuviera problemas, y dormía en el suelo de la señora Ceccione. Aunque William era protagonista de aquel drama, se mirara como se mirase —su divorcio, su hospitalización, su relación con Sylvie—, las cuatro hermanas

gestionaban entre ellas sus corazones. Él era siempre irrelevante. Y si antes esto le parecía triste, en esos momentos le resultaba liberador. Era libre de vivir su propia vida siendo auténtico, aunque imperfecto, y Sylvie y las gemelas lo aceptaban. Aún sentía una punzada de culpa hacia su exesposa. Había renunciado a Julia y a Alice, y a pesar de todo había acabado rodeado de las mujeres a las que Julia más quería. Intentaría seguir las órdenes de su terapeuta y cuidar de las personas de su entorno.

—Si tienes la sensación de que debes compensarnos o algo —añadió Cecelia—, podrías hacernos de manitas gratis. Hay mucho trabajo por hacer.

Un marchante de arte que admiraba el trabajo de Cecelia acababa de venderle una casa en Pilsen muy barata, pero estaba para reformar. Cecelia, Emeline, Josie e Izzy se mudarían juntas allí en cuanto estuviera habitable.

—Será todo un honor —respondió él, como bromeando, pero hablaba muy en serio.

Se sentía más que afortunado por haber salido de su torbellino, por tener a Sylvie en su cama cada noche y a las gemelas dispuestas a incluirlo en sus vidas. Recordaba a Charlie en el umbral de la puerta, sonriéndole, la misma noche en que se había metido en el lago. Pensó que su suegro habría estado orgulloso de las gemelas por mantener el corazón abierto. Le habría gustado que Cecelia se dedicara al arte y que Emeline se hubiera permitido amar a quien amaba. Lo que no sabía era lo que habría pensado de lo suyo con Sylvie. Teniendo en cuenta que la situación había afectado a su hija mayor, lo más seguro es que no hubiera estado muy contento. Pero, por otra parte, Charlie había querido que sus hijas vivieran una vida plena y profunda, y eso era lo que Sylvie estaba haciendo.

Durante cuatro meses, William dedicó las noches laborables y los fines de semana a reemplazar el aislamiento de la segunda planta de la casa de Cecelia, a alicatar la cocina, a cambiar la bañera y el retrete. La casa quedaba a un tiro de piedra de donde las chicas Padavano se habían criado y tenía una distribución parecida a la casa del número 18 de Place.

Sylvie iba siempre con él y ayudaba a pintar las paredes o cuidaba de Izzy mientras sus hermanas abrían cajas. A William le gustaba escuchar sus voces, sus risas murmuradas, mientras él enlechaba azulejos o desatornillaba antiguas tuercas de tuberías oxidadas. Izzy aparecía de vez en cuando en la puerta de cualquier habitación y le ofrecía herramientas al tuntún, de manera que William acababa con una pila de llaves, destornilladores, martillos y alicates alrededor de los pies. Cuando la niña se marchaba, él volvía a guardarlo todo en su sitio.

Las tardes que no lo necesitaban en casa de Cecelia, se encontraba con Sylvie en la biblioteca y cenaban juntos. Había un restaurante mexicano que les gustaba en especial, donde compartían un margarita y comían tacos. Durante su época secreta, habían puesto cuidado en sus conversaciones: hablaban de libros, de baloncesto, de las memorias que Sylvie escribía. También se permitían comentar lo que habían hecho durante el día, con quién habían estado y cualquier cosa graciosa que hubieran oído. Evitaban hablar del pasado o de cualquier futuro más allá de ese mismo día. Sin embargo, a finales del otoño, cuando ya llevaban once meses juntos y Julia lo sabía todo, se permitieron imaginar un futuro compartido. Y durante estas conversaciones se sonreían con timidez. William seguía convencido de que no se merecía a Sylvie, no merecía su amor, no merecía que lo quisiera en cada estado de ánimo y en cada pensamiento, pero ella lo miraba radiante al otro lado de la mesa, y él consideraba que, bajo aquella mirada luminosa, sus planes se tornaban más concretos, más claros.

Admitió que quería ser fisioterapeuta. Quería entender en más profundidad la fisiología y la motivación de los atletas del equipo de Northwestern. ¿Por qué algunos chicos tenían las articulaciones más resistentes que otros? ¿Cómo podían evitarse las lesiones? Se había dado cuenta de que los jugadores mostraban distintas reacciones cuando fallaban un tiro. Unos se desanimaban y temían lanzar de nuevo, otros se enfadaban y marcaban un montón de puntos. Unos cuantos, los menos, eran el pez desmemoriado que el entrenador los apremiaba a ser: lanzaban un tiro y se olvidaban de ello,

fallaban un tiro y también se olvidaban. Vivían el momento. William quería comprender todos los hilos que conformaban a los atletas del gimnasio de Northwestern para poder ayudarlos no solo a seguir jugando, sino a florecer.

Arash le echó una mano con la matrícula de Fisiología Deportiva de Northwestern. El curso de dos años le permitiría mantener su trabajo en el equipo e ir a clase por la tarde. Se le permitía también incluir unas cuantas clases de Psicología y, puesto que trabajaba para la universidad, el programa era casi gratuito. William agradeció profusamente la ayuda de su amigo, hasta que Arash se incomodó y le pidió que se callara. Pero la idea de comprometerse con otro doctorado, después de haber fracasado de manera tan estrepitosa la primera vez, le producía tal ansiedad que no había sido capaz de matricularse él solo.

Una mañana de sábado, cuando repasaban los últimos formularios, Arash le reprendió:

—Deja de pensar en cómo eras cuando vivías una vida equivocada, William. Ahora te estás construyendo tu propia vida. Tienes un don para ver lo que les pasa a los chicos. Además, no puedes fracasar cuando haces algo que te apasiona. —William guardó un pensativo silencio—. ¿Es que no lo entiendes? —se exasperó Arash. William quiso responder, pero su amigo lo interrumpió—: Bueno, en realidad da igual si lo entiendes o no. Es verdad.

Una noche, durante la cena, Sylvie le planteó:

—Quiero que vivamos juntos.

Llevaba ya casi un año entrando y saliendo a escondidas del apartamento de William, poniéndose la alarma a las cinco de la mañana para marcharse sin que nadie la viera.

William asintió y se permitió imaginarse esa posibilidad por primera vez. El placer de encontrar a Sylvie en casa todas las noches, de compartir la nevera, el armario, la cama. La paz de sentirse absolutamente cómodo con ella. No se le ocurría nada más maravilloso. De manera que informó a la universidad de que el siguiente trimestre ya no sería consejero residente y, justo antes de Navidad, dejó el apartamento en la residencia universitaria para trasladarse al estudio de Sylvie.

Mientras iba metiendo sus camisas en el pequeño armario, ambos sonreían, eufóricos. Era la primera vez que William vivía fuera del campus de Northwestern desde que había llegado a Chicago y disfrutaba convirtiendo a Pilsen en su propio barrio. Escogió una cafetería favorita, una peluquería, una farmacia donde recoger la medicación que le recetaba su psiquiatra. Le parecía decadente dormir junto a Sylvie todas las noches sin despertadores, sin nada que esconder. William preparaba la cena, aprendía a cocinar en los libros, igual que había aprendido fontanería y carpintería. Las tardes que no tenía clases, cuando estudiaba mientras Sylvie leía a su lado, alzaba la vista del libro de texto para mirarla, sin importarle que ella se diera cuenta, sin importarle que ella también alzara la cabeza. A veces la envolvía entre sus brazos, o ella se sentaba en su regazo, y entrelazaban sus cuerpos, se quitaban la ropa el uno al otro con movimientos lentos, suaves, reverentes.

Cuando Kent y Nicole iban de visita a Chicago, las dos parejas salían a cenar, a menudo al restaurante mexicano. Nicole tenía seis hermanos y compartía con Sylvie historias de la infancia, de lo que fue criarse en familias caóticas pero afectivas. A Kent y Nicole les encantaba horrorizarlos con las cosas terribles que habían visto durante sus turnos en el hospital: el hombre que llegó a urgencias con un cubo que contenía su pierna cercenada, dos estudiantes que habían pegado sus cuerpos con un pegamento extrafuerte, un dinosaurio de juguete alojado en una parte peculiar de la anatomía de un hombre. Sylvie recitaba los títulos de los libros que más se habían leído en la biblioteca, porque a Kent le interesaba ver cómo se iba modificando la lista con el tiempo. Comentaban los siempre cambiantes planes de boda de Nicole y Kent. En una de las visitas, pensaban celebrarla en un barco en el río; en otra ocasión, iba a ser en Detroit, en el jardincito de los padres de Kent, o en un salón de baile rodeado de ventanales en un rascacielos de Chicago.

—A lo mejor nos fugamos a París —comentó Nicole una noche. Kent le dio un beso en la mejilla. Era evidente que la pareja se divertía ideando planes, pero iban retrasando el

evento hasta que lograran ahorrar algo de dinero. Ambos se estaban pagando la carrera de Medicina con una cascada de préstamos.

—¿Y vosotros? —preguntó Kent—. Porque os casaréis. —No era una pregunta.

William y Sylvie no habían hablado de matrimonio. William aguardó a ver si el tema lo asustaba, pero no observó ninguna reacción. Estaba sentado junto a ella en el cubículo del restaurante, sus muslos se tocaban.

—La verdad es que nunca me han importado mucho las bodas. Y me siento como si estuviéramos ya casados —contestó Sylvie—. O más que casados, si es que eso existe. Y… y no sé si estaría bien.

William asintió. Sabía que Sylvie pensaba en Julia, como tantas veces. Escribía sobre su hermana en plena noche, aparecía en cada recuerdo que describía en sus páginas, siempre estaba bajo los focos. Sylvie seguía queriendo a su hermana tanto como siempre y, si él pudiera ahorrarle más sufrimientos, lo haría.

Kent los miró desde el otro lado de la mesa. Había recogido a William en el gimnasio de Northwestern antes de cenar y se habían dedicado un rato a lanzar canastas por los viejos tiempos. Le habían enseñado a Nicole la sala de lavandería en el sótano, donde habían trabajado de estudiantes. Sareka ya se había ido a su casa, de manera que Nicole no pudo conocerla. Cuando hacía buen tiempo, William a veces almorzaba con Sareka en un banco del patio. Ella le hablaba de sus tres hijos y él le contaba todo lo que le había pasado. Sareka lo escuchaba con atención, con la cabeza inclinada hacia él. Igual que a Cecelia, era evidente que le gustaba conocerlo después de tanto tiempo. William volvió a sentir pena del joven que fue porque se había perdido amistades auténticas como la de aquella mujer. En aquel entonces intentaba zafarse de cualquier conversación lo antes posible para no darle ocasión de que se diera cuenta de que se estaba desmoronando. En esos momentos, en cambio, le explicaba todas las heridas y ella le contaba que su marido estaba en paro y que su segundo hijo cantaba y tenía la voz más bonita que había oído en su vida.

—¿Es que intentáis esconder vuestro amor al no hacerlo oficial? —le preguntó Kent a Sylvie. Seguía considerándose el guardián personal de la salud mental de William.

—No lo creo. Lo que pasa es que no necesitamos esa etiqueta ni ningún certificado. Y no quiero hacer nada más que pueda herir a nadie.

—A ver, no te lo tomes a mal —intervino Nicole—, pero parece que se te olvida que William y Julia ya habían roto cuando vosotros empezasteis, de manera que técnicamente no hicisteis nada malo. Elegisteis la honestidad, lo cual es muy valiente. Y elegisteis ser felices, en lugar de desgraciados. —Se interrumpió para mirarlos de manera inquisitiva—. Es adorable cómo os ilumináis el uno al otro. Seguro que no discutís nunca. Kent y yo nos pasamos la vida discutiendo. —Lo dijo con una sonrisa—. Somos muy peleones. Pero vosotros siempre os tratáis con dulzura.

William nunca lo había pensado, pero era verdad: Sylvie y él nunca se habían peleado ni de lejos. Todas las mañanas desayunaban juntos: tostadas con huevos que preparaba Sylvie. Luego se iban a trabajar y se alegraban de verse al final de la jornada. A veces bailaban en la cocina con la música de la radio. Las noches de recogida de basuras, Sylvie le enseñaba todos los tesoros que la gente dejaba en las cunetas. Y a él le encantaba su alegría cuando descubría una tostadora nueva o unas zapatillas del número de Izzy. ¿Por qué demonios iban a discutir? ¿Por quién sacaba la basura? ¿Por cuánto dinero había gastado uno de ellos en el supermercado?

—Deberíais casaros —insistió Kent—. Después de todo lo que habéis pasado hasta llegar hasta aquí…, habría que celebrarlo.

—Haremos lo que quiera Sylvie.

—Pues a ver qué os parece —sonrió ella—. Nos casaremos después que vosotros.

—Ten cuidado —advirtió William mirando a su amigo, que ya sonreía de oreja a oreja—. Kent es muy competitivo. Es capaz de ir mañana mismo al juzgado con tal de ganar.

La mayoría de los domingos, Sylvie leía y William estudiaba, a veces con Emeline, a quien le quedaba un año para terminar la carrera.

—Quiero sacarme el título —decía, exhausta después de trabajar toda la jornada e ir a clases nocturnas—. Es importante para la guardería, pero sé que en realidad hago esto por mamá, aunque ya no me hable.

Sus hermanas la abrazaban, porque la entendían a la perfección y sabían que no había palabras que pudieran consolarla. Cuando por fin se sacó el título, le hicieron una tarta de chocolate de tres pisos, su favorita, y la regaron con confeti.

Las tardes de domingo, William y Sylvie salían a pasear; daba igual cuál fuera su ruta, se aseguraban de pasar por el mural de Cecelia. Pilsen era conocido por sus coloridos murales desde los años sesenta, pero una comisión de artistas locales se dedicaba desde hacía un tiempo a limpiar los murales antiguos y a contratar a más artistas para que crearan murales nuevos. En casi todas las esquinas aparecía una imagen de tres pisos de Martin Luther King o de Frida Kahlo o una cita de la Biblia. Cada vez que Cecelia terminaba un mural, Sylvie y William asistían a su inauguración, que por lo general consistía en que un grupo de gente aguardaba de pie en la acera mientras alguien tiraba al suelo una sábana desde la azotea del edificio. Al día siguiente, aparecían fotos del mural en los periódicos locales. Cuando tenía carta blanca, Cecelia pintaba rostros de mujer, algunos acurrucados en un rincón, otros de varios metros de altura. Eran rostros fieros y hermosos. Sylvie se reía en cada inauguración porque William siempre decía lo mismo:

—Se parece a ti y a tus hermanas.

Ella alzaba la cabeza para mirar con atención la pintura.

—No pueden parecerse todas a nosotras, William. No nos parecemos en nada a esta santa del siglo XV.

Y William se encogía de hombros, pues no estaba de acuerdo. Porque él veía a las cuatro hermanas Padavano en numerosos muros del barrio y se acordaba de cuando aparecieron las cuatro en su partido de baloncesto y lo miraron

todas a la vez.

William comenzó a dilucidar cómo podía ser más eficiente en el trabajo. Como ya comprendía mejor la fisiología de los atletas, podía diagnosticar lesiones y vulnerabilidades con precisión. Desarrolló un programa en el que entrevistaba a los jugadores de Northwestern tres veces cada temporada: al principio, a mitad de temporada y al final, incluso creó una lista de preguntas para averiguar su historial de lesiones y si se sentían seguros o tenían problemas. Quería saber dónde era más fina la capa de hielo bajo sus pies para poder evitar que se cayeran. Compartía la información que recababa con los entrenadores y todos trabajaban en función de las necesidades de cada estudiante en ese momento en particular de sus vidas. Reforzaban sus puntos débiles, tanto físicos como psicológicos.

—Yo seguía ayudando a los jugadores después de la graduación —comentó Arash, cuando terminaron la primera temporada del programa—, les seguía la pista y les echaba una mano si podía. Pero tú has construido toda una infraestructura de asistencia. Quiero construir más infraestructuras de esa clase.

Los resultados habían sido positivos y casi inmediatos. Tras varios años de derrotas, Northwestern había subido hasta la mitad de la tabla, lo cual todos consideraron que era un gran paso adelante y, esa noche, William se tumbó junto a Sylvie en la cama inundado de gratitud por su vida.

Unas semanas más tarde, Arash abrió una clínica de baloncesto gratuita en el parque Throop, no lejos de la biblioteca Lozano. Fichó a William y a otros dos ayudantes de entrenador de Northwestern. Los entrenadores de los institutos en los distritos más desfavorecidos de Chicago enviaban a sus mejores jugadores, a los más trabajadores y a los más inteligentes para que recibieran un entrenamiento avanzado. Arash, que coleccionaba proverbios, hacía que los chicos recitaran frases como: «La oportunidad no llamará a la puerta hasta que yo construya la puerta». Arash y William buscaban malos hábitos —mala posición de tiro, aterrizajes inestables—

que pudieran causar lesiones y les daban a los estudiantes ejercicios para fortalecer los tobillos o les mandaban hacer quince minutos de yoga antes de irse a la cama.

A veces, mientras veía a aquellos niños correr por la pista, con hambre por la pelota, ansiosos de las alabanzas de Arash, William se recordaba a sí mismo a esa edad en el gimnasio de su colegio católico, alto y flaco como el palo de una escoba. Corría entonces por la cancha sin esperar cumplidos de nadie, sin esperar que sus padres fueran al partido, sin esperar que le pasaran la pelota, pero sentía un gran alivio cuando le llegaba a las manos.

Una noche, Sylvie le preguntó con su voz más tierna:

—¿No quieres reconsiderar tu decisión sobre Alice?

Él negó con la cabeza. Parte del dolor que sentía al ver a aquellos chicos a una edad tan vulnerable solo era soportable porque él no era padre. Quería a Sylvie con todo su ser, pero la idea de ver que un ser amado se abría camino desde la infancia a la edad adulta le resultaba aterradora. Él apenas había sobrevivido a ese proceso.

Julia llevaba fuera de Chicago casi cinco años cuando el espacio que Kent y Nicole habían reservado para su boda se inundó pocos días antes de la ceremonia. Emeline y Cecelia ofrecieron su gran jardín. La pareja había esperado tanto para casarse que todo el mundo quería que el día fuera muy especial. Las Padavano, Kent, los antiguos compañeros del equipo de baloncesto y los familiares de la pareja aparecieron en vaqueros y camiseta para adornar el jardín en un tiempo récord. William, Gus y Washington construyeron una celosía siguiendo las instrucciones de un libro de la biblioteca, y Sylvie e Izzy la llenaron de flores entrelazadas. Cecelia pintó diminutos maletines de médico en las sillas plegables y le dio a la parte trasera de la casa una nueva mano de pintura. Para cuando comenzó la boda, todo el mundo estaba exhausto, pero cuando Kent lloró de alegría bajo la celosía, todos los presentes lloraron también.

Más tarde esa noche, ya en la cama, Sylvie dijo:

—Durante la ceremonia me he acordado de una cosa que nunca te he contado.

William la estaba mirando. Acababan de hacer el amor y estaban tumbados frente a frente. Ya era más de medianoche y ambos estaban un poco borrachos. Casi nunca estaban despiertos a esas horas y muy rara vez bebían tanto. Vivían con precaución, porque el sueño era fundamental para la salud de William y el exceso de alcohol mitigaba el efecto de su medicación. Tanto él como Sylvie se sentían un poco traviesos, como unos niños que hubieran desobedecido a sus padres.

—El día que te llevaron a urgencias, le dije al conductor de la ambulancia y a una enfermera que era tu esposa. Bueno, en realidad todo el mundo en el hospital pensó que estábamos casados durante todo el tiempo que estuviste inconsciente.

—Así que fuiste mi esposa durante diez días —resumió William, encantado con la idea.

—Lo que más me gusta de eso… es que era verdad. Yo quería casarme contigo, aunque no podía admitirlo ni ante mí misma. Dije que era tu esposa por cuestiones prácticas, para que los médicos me informaran, pero era verdad.

La idea de haber estado casados de un modo invisible y profundo, antes incluso del primer beso, les encantó a los dos. William la atrajo hacia sí en la oscuridad.

Se casaron de manera oficial un mes más tarde, en la trastienda de la biblioteca Lozano. Sylvie quería celebrar allí la boda y William accedió sin más, pues sabía que en la biblioteca ella se sentía a salvo y completa. Era un lugar que le pertenecía a ella sola, apartada de sus hermanas. William compró un anillo de plata para la novia y un traje nuevo para la ocasión. Sylvie llevó un sencillo vestido de cóctel y se dejó el pelo suelto, porque sabía que era como más le gustaba a William. La bibliotecaria en jefe Elaine, enferma y en silla de ruedas, asistió a la boda. Otros invitados fueron Emeline, Josie, Cecelia, Kent y Nicole. Los casó Arash y, durante la corta ceremonia, William sentía los latidos de su corazón y no pudo dejar de sonreír.

Después del evento, todo el mundo salvo la bibliotecaria en jefe Elaine se fue a cenar al restaurante mexicano. Cuando

llegaron, tuvieron ciertos problemas con la reserva y, durante unos minutos, hubo una silla extra en la mesa. William sabía que todas las hermanas Padavano se estaban imaginando a Julia en esa silla vacía, pues una mueca de dolor les cruzó la cara. Pero el camarero acabó llevándosela y Kent contó un chiste para hacerlos reír a todos. Hacia el final de la cena, Cecelia se levantó para bridar:

—Por el amor.

Y todos se levantaron, repitieron y sintieron esas palabras. La belleza y el precio del amor.

Alice

Octubre de 1988 – marzo de 1995

—Creo que ya tienes edad suficiente para saber la verdad. Tu padre murió el año pasado en un accidente de coche —le dijo Julia a Alice, cuando ya había cumplido cinco años.

La niña recordaría ese momento durante el resto de su vida, hasta el último detalle. Estaban sentadas en la mesa cuadrada de la cocina de su apartamento de la calle 86 Este. Ella llevaba trenzas porque su madre decía que se despeinaba mucho con el pelo suelto. Llevaba puesta su falda favorita de pana color mostaza y se tomaba unos cereales. Julia compraba Cheerios porque eran sanos, pero Alice siempre les echaba azúcar.

La niña dejó la cuchara.

—Ah. —Le hormigueaban las manos, de manera que se las metió debajo de las piernas. Se fijó en que su madre no parecía triste.

—¿Lo sabe la abuela Rose?

Julia enarcó las cejas. Llevaba puesto un traje de color lavanda pálido con una cadenita de oro a lo largo del bolsillo del pecho y su maquillaje de los días laborables. La madre de Alice era muy guapa, todo el mundo lo decía. La señora Laven, que era amiga de su abuela y vivía en su misma planta, la llamaba «preciosa», como si ese fuera su nombre. Alice también sabía que su madre no se creía mucho lo de ser guapa. Siempre se quejaba de su pelo y, cada vez que pasaba por delante de un espejo, se lo arreglaba con las manos.

—Qué suerte tienes de no haber heredado estos rizos, Alice —le decía por lo menos tres veces a la semana.

Alice tenía el pelo largo, lacio y claro, no llegaba a ser ni rubio ni castaño. A ella le parecía muy aburrido comparado

con el de su madre, que se movía de un lado a otro como si tuviera sus propios planes para ese día. Julia se lo recogía para ir al trabajo, para que no la dejara en mal lugar.

—Pues claro que la abuela Rose lo sabe. —Julia bebió un sorbo del café. No desayunaba, pero se tomaba tres cafés antes del almuerzo—. Pero no le digas nada por teléfono porque no quiere hablar del tema y ya sabes cómo se pone cuando se altera.

Alice asintió, aunque no entendía nada. A ella no le parecía que la abuela Rose se alterase, desde luego no hasta el punto de dar miedo o de ser algo que había que evitar. Su madre y ella iban a verla una vez al año a su casa de Florida. Su abuela alzaba la voz y movía mucho las manos cuando contaba historias de adultos a quienes Alice no conocía, pero parecía disfrutarlo. Alterarse formaba parte de su día, como lavarse los dientes o salir un rato a su balconcito. Alice siempre había encontrado reconfortante la «alteración» de su abuela. Le hacía sentir a salvo porque sabía que, si alguien se portaba mal con ella, la abuela Rose les daría para el pelo.

De pronto fue consciente de que su madre la miraba con atención, de manera que se irguió en la silla.

—Ya sé que no has conocido a tu padre, pero no quería ocultarte esto. Aunque no nos afecta en nada, ¿eh? Siempre hemos estado solas tú y yo, peque. No necesitamos a nadie más.

Alice volvió a asentir. Todas las noches, cuando su madre la tapaba en la cama, lo último que le decía antes de apagar la luz era: «Tú y yo para siempre, peque».

Se terminó los cereales y luego fueron las dos juntas al colegio, que estaba al doblar la esquina, y su madre siguió adelante en dirección al trabajo. Pero la noticia le estuvo dando vueltas en la cabeza todo el día. Parecía algo importante, aunque no sabía muy bien por qué. En cierto modo, era como si su madre le hubiera ofrecido a su padre para luego arrebatárselo en la misma frase. Antes de eso, Alice había sido vagamente consciente de que tenía un padre, pero era un personaje al que casi nunca se mencionaba. Su madre le había dicho una vez que él no quería una familia y eso era lo

único que sabía. Tal vez Alice había estado esperando de manera inconsciente noticias de su padre durante todo ese tiempo. Era como haber obtenido respuesta a una pregunta que flotaba en su interior. A los cinco años, no llevaba dentro muchas preguntas, de manera que aquel era un gran día.

En el patio se lo contó a Carrie, su mejor amiga:

—Mi padre ha muerto.

Carrie se quedó boquiabierta de la sorpresa. Ponía mucho esa cara porque se sorprendía muchas veces. De hecho, Alice llevaba la cuenta de los eventos de la vida que no sorprendían a su amiga porque era una lista mucho más corta.

—No sabía que tuvieras padre.

—Vivía en Chicago.

—Chicago. —Carrie lo dijo como si también fuera una sorpresa—. No lo sabía. ¿Tú lo conocías?

—No.

—¿Necesitas un abrazo?

Alice asintió y las dos se abrazaron hasta que sonó la campana y entraron en fila en el aula de preescolar.

A partir de entonces, a Alice comenzó a interesarle la figura del padre. Se preguntaba qué los distinguía de las madres y si en realidad eran necesarios para los niños, puesto que casi siempre eran las madres o las canguros las que iban al colegio a llevarlos y recogerlos. Si alguna vez acudía algún padre, Alice lo estudiaba con atención. Unos cuantos se vestían como los personajes de la televisión, con traje y maletín. A veces alguno recogía a su hijo y le daba vueltas en círculos por los aires, cosa que Alice nunca había visto hacer a una madre. Julia, desde luego, jamás luchaba con ella, como luchó en broma un padre con un niño en los columpios una tarde. El padre de Carrie era el único al que ella conocía en persona, aunque él casi nunca se acordaba de su nombre, porque llamaba a todos los chiquillos «chico» o «chica». Llevaba gafas gruesas y camisas de franela, y en general no parecía advertir la presencia de las niñas en su casa, como si fueran demasiado bajitas para entrar en su campo de visión. Estaba a cargo del desayuno y ponía una cara muy seria cuando les daba la vuelta a las tortitas. Y también era responsable de sacar la basura,

pero aquellos eran sus únicos papeles específicos, por lo que Alice podía ver.

A nivel personal, ella no sentía la necesidad de tener padre. Su vida era tranquila y feliz. Julia entraba en su habitación todas las mañanas y la despertaba susurrando: «Buenos días, peque». Y por la noche preparaban la cena juntas mientras veían un concurso de preguntas en el pequeño televisor de la cocina. El trabajo de Alice era preparar la ensalada, cosa que hacía subida a un taburete junto al mostrador. Julia se quitaba los tacones, la chaqueta y los pendientes antes de entrar en la cocina, y aquella versión suavizada de su madre, desaparecidos todos los botones y los afilados ángulos, impulsaba a Alice a hacer el payaso. Las preguntas del concurso televisivo eran casi siempre demasiado difíciles para que ella las entendiera, pero soltaba las respuestas más tontas con tal seguridad que Julia se moría de la risa. Los viernes eran siempre «noche de chicas» y las dos se pasaban la semana discutiendo qué película alquilarían en el videoclub de la esquina. Veían la película ataviadas con mullidas batas mientras se pintaban las uñas. Si Julia tenía alguna cita el sábado por la noche, la señora Laven y Alice pedían comida china y jugaban a serpientes y escaleras, que era su juego de mesa favorito. La mayoría de los domingos salía a pasear con su madre por Central Park y le compraban unos *pretzels* gigantes a su vendedor favorito, un nigeriano llamado Bu que sabía que a Julia le gustaba el suyo con mucha mostaza. Cada día de la semana poseía su cadencia y su rutina, y a Alice le gustaban todos.

Un viernes, cuando Alice tenía ocho años, su profesora, la señora Salisbury, una mujer mayor que tenía el ceño fruncido todo el día como si el gesto formara parte de su método pedagógico, le pidió que se quedara después de las clases. Al cabo de un momento, volvió al aula con su madre. Julia, con su elegante traje de ejecutiva y sus tacones, parecía fuera de lugar e incómoda entre aquel mar de pequeños pupitres. Además, formaba una extraña pareja con la señora Salisbury, que tenía unos gigantescos rizos grises que se arreglaba en la

peluquería una vez a la semana. Parecían dos olas que jamás pudieran encontrarse; se podía ver a través de ellas y no se movían.

—Señora de Padavano, seguramente no sabrá por qué la he llamado.

—Señora Padavano, si no le importa —replicó Julia—. No «señora de».

Alice ladeó la cabeza, preguntándose si su madre iría más lejos. Hacía poco, la había oído decir que estaba divorciada, pero solo porque otra madre cotilla la había puesto en una situación en la que le había resultado imposible evadir la cuestión. Era obvio que no le gustaba decir esa palabra. Por lo general, se declaraba madre soltera. «Lo digo porque la parte más importante de mi vida es ser tu madre», le explicó a Alice.

—Señora Padavano, no sé si había leído usted el trabajo de Alice, el que ha presentado hoy ante la clase.

—Pues… no. Quiero darle independencia en sus trabajos. Si necesita ayuda, me la pide.

Alice, sentada a su pupitre, arrastró los pies contra el suelo de linóleo.

—No le dije nada a mi madre del trabajo. Lo hice en la biblioteca, después del colegio.

—Ya me imaginaba —replicó la profesora con tono seco—. Señora Padavano, llevo treinta y dos años dando clases en este colegio y jamás he visto un trabajo como este. A los alumnos se les permite elegir cualquier tema que quieran porque eso los ayuda a involucrarse más en lo que hacen. Se les pide que realicen un poco de investigación muy básica y que luego hagan una exposición en clase. Su hija ofreció una presentación sobre accidentes de tráfico. Nos habló de todas las celebridades que han muerto en accidentes de coche, incluidos detalles como que Jayne Mansfield fue decapitada en un choque…

—Ay, Dios —murmuró Julia.

—Alice ofreció a la clase estadísticas del número de personas que mueren en accidentes de tráfico todos los años. Oyéndola, se diría que cualquiera que ponga un pie en un vehículo corre un peligro de muerte. Y luego terminó

enseñándonos fotos de coches destrozados.

Julia miró a su hija con los ojos muy abiertos.

—Varios niños se echaron a llorar, señora Padavano. Le puedo garantizar que este fin de semana voy a recibir muchas llamadas de padres enfadados.

—Lo siento mucho. Hablaré con Alice.

—No permitiré que vuelva a dirigirse a la clase sin que primero me consulte sus ideas.

—Por supuesto. Y yo le aseguro que esto no volverá a pasar.

Julia cogió a su hija de la mano y salió del aula. Una vez ya en la calle, se detuvo, pálida.

—¿Qué demonios…? ¿Por qué has hecho eso?

Alice se encogió de hombros, por más que su madre le tuviera dicho que ese gesto era una respuesta inaceptable a cualquier pregunta. «Quiero que me lo digas con palabras», le repetía desde que era muy pequeña.

—Un momento. ¿Por eso te has negado a coger taxis durante todo este año? ¿Te dan miedo los coches?

—Siento que hayas tenido que salir del trabajo —se disculpó Alice. Por lo general, se quedaba en el colegio hasta tarde y acudía a alguna actividad extraescolar o se iba a leer a la biblioteca, hasta que la recogía una canguro o Julia, dependiendo del día—. Perdón por hacer algo mal.

No le gustaba causar molestias a su madre y solía enorgullecerse de no dar problemas. Sacaba buenas notas y a menudo firmaba sus propios permisos para las excursiones, para que Julia tuviera una cosa menos que hacer. Para la niña, el colegio era su trabajo, y estaba decepcionada consigo misma por haber metido la pata.

A Julia se le mudó la expresión, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Todo esto es por… es por lo de tu padre?

Alice volvió a encogerse de hombros, pero esta vez con un gesto más cauteloso.

—Todavía estaría vivo si no hubiera tenido ese accidente.

Julia tardó un momento en hablar.

—Ya veo.

—Yo no sabía que los niños se iban a echar a llorar, mamá.

Creía que lo encontrarían interesante y quería que supieran que los coches son muy peligrosos.

—Pues me parece que lo has conseguido, peque.

Esa tarde no tuvieron su habitual noche de chicas porque a Julia le dolía la cabeza y necesitaba acostarse. Alice comió palomitas con extra de mantequilla y fue saltando de un canal a otro con el mando a distancia del televisor. Se acostó ella sola porque su madre tenía la puerta cerrada y pensó que estaría durmiendo.

Pero, media hora más tarde, Julia entró en su habitación.

—¿Estás despierta? —susurró desde el umbral, en camisón y con el pelo suelto.

—Sí. Siempre tardo por lo menos diecinueve minutos en dormirme. —Alice llevaba la cuenta por curiosidad. Tenía que pensar todos los pensamientos en su cabeza antes de que su cuerpo le permitiera dormir.

—Tengo que saber… ¿Tú estás bien? —preguntó su madre —. ¿Estás triste por los accidentes de coche? ¿O por alguna otra cosa? Si estás triste, necesito que me lo digas.

La voz de su madre sonaba tan ansiosa que Alice se planteó: «¿Es que tengo que estar triste?». Lo pensó un momento.

—No —contestó, después de hacer inventario mental—. No estoy triste.

—Genial —dijo su madre, ya con voz normal—. Eso es genial. Ahora duérmete, ¿vale? Te quiero, peque.

Y con esto se marchó y cerró la puerta.

En secundaria, Alice entró en una fase de crecimiento constante. Era como si su cuerpo y ella hubieran ido hasta entonces por el mismo camino y, de pronto, un buen día, su cabeza se dirigiera en otra dirección a toda velocidad. La niña no entendía nada. Tenía hambre a todas horas y en casa había que hacer acopio de cajas de barritas granola para que llegara de una comida a otra. El estómago le rugía de tal manera en clase que sus compañeros se echaban a reír y ella se moría de vergüenza. Sufría punzadas en los muslos y la zona lumbar, que el pediatra calificó de dolores normales de crecimiento.

Pero Alice no podía creerse que aquello fuera normal. Lo único que la aliviaba un poco era tumbarse en el suelo con las piernas alzadas contra la pared, de manera que esa era la posición que adoptaba casi todo el tiempo que estaba en casa. Vio horrorizada las estrías de un vivo color rojo que le aparecían en la espalda y los brazos, eran marcas de estiramiento que según el médico se desvanecerían un poco sin llegar a desaparecer del todo.

A los trece años, ya sobrepasaba a Julia, que medía un metro sesenta y cinco. Entonces sintió una nueva clase de tristeza: su cuerpo la apartaba al galope de su infancia y de su madre. Un día era cinco centímetros más alta que ella y de pronto los cinco centímetros se alargaban a diez. Ahora podía alcanzar los objetos del último estante de la cocina. Miraba a Julia desde arriba, bajando la cabeza. Comprendió, por primera vez, que su madre no era más que una mujer, que no era más especial ni más fuerte que cualquier otra, que estaba claro que ya no podría salvarla si lo necesitaba. Si se incendiaba la casa, sería Alice la que tendría que rescatar a su madre y salir corriendo, no al revés. Esto le provocaba pánico y, por primera vez en su vida, tuvo problemas para dormir. No sabía qué hacer.

Era obvio que su creciente altura incomodaba también a Julia, que a menudo se sobresaltaba cuando Alice se levantaba de una silla o entraba en la habitación. Se miraban ambas entonces como diciendo: «¿Qué está pasando?». El equilibrio entre ellas se había roto: Julia tenía que alzar la cabeza para mirar a su hija adolescente cuando hablaba y Alice bajaba la cabeza hacia su madre y pensaba: «¿Puedo confiar en ti?».

Fue en esa etapa cuando Alice trasladó sus investigaciones del exterior al interior del apartamento. Con la nueva percepción de que su madre no era perfecta, porque nadie lo era, necesitaba conocer sus problemas específicos para poderlos compensar cuando llegara el momento. Se le ocurrió pensar que a lo mejor esa era la razón de que un niño necesitara dos progenitores y hermanos. Los hermanos y las hermanas eran útiles porque podían consultarse cosas los unos a los otros y asegurarse de que el mal humor de sus padres o

sus estallidos no eran culpa suya. Además, en una familia biparental, si se revelaban las fragilidades de uno, los hijos podían apoyarse en el otro. Era un sistema de refuerzos y en casa de Alice no había ninguno. Si algo le pasaba a Julia, Alice estaría sola. Se aseguró de que su madre fuera a hacerse una revisión médica y sugirió preparar cenas sanas, un comentario que hizo reír a Julia hasta que se dio cuenta de que su hija no bromeaba.

Un día, mientras Julia estaba en el supermercado, Alice registró el armario y los cajones de su madre. No sentía la más mínima mala conciencia, puesto que en su mente aquella era una investigación importante, una cuestión de vida o muerte. Si Julia tenía un problema secreto, era necesario averiguarlo. Revolvió en vano entre los objetos que esperaba encontrar: ropa, joyas, maquillajes, cremas… Pero sí encontró algo interesante en la mesilla de noche: un sobre con unas cuantas fotografías.

Las fotos, de Julia y sus hermanas, tenían por lo menos tres lustros. En una, las cuatro se rodeaban con los brazos. Julia y Sylvie parecían tener unos veinte años. Alice podía reconocerlas a todas porque cada vez que iban a Florida examinaba los álbumes de fotos de su abuela intentando memorizar sus contenidos. En esta fotografía en particular, no había ningún espacio entre las hermanas: se apretujaban como si estuvieran tan cómodas con los cuerpos de las demás como con el suyo propio. Sylvie apoyaba la cabeza contra el hombro de Julia, y Emeline y Cecelia le dirigían a la cámara unas sonrisas idénticas. Se parecían todas muchísimo, eran como cuatro versiones distintas de la misma persona. Alice jamás había visto a su madre tan feliz.

Había otra foto de Sylvie, ya más mayor, sentada en un sofá con un bebé en los brazos. Alice se preguntó si sería ella misma, aunque tal vez su tía había tenido un hijo. No lo sabía. Y la última foto debía de ser de una fiesta: unas treinta personas se volvían hacia la cámara. Ahí estaba el abuelo Charlie, con los brazos extendidos, mirando radiante a sus hijas. Rose debía de estar meneando la cabeza, porque su cara salía algo borrosa. Julia aparecía con unos vaqueros azules y el

pelo suelto, tan cerca de sus hermanas que podía tocarlas con solo estirar un poco el brazo. Alguien habría contado un chiste, porque todos mostraban expresiones sorprendidas y risueñas. Alice estudió la imagen, buscando a un hombre que se pareciera a ella. Jamás había visto ninguna foto de su padre, pero sabía que había heredado sus ojos azules y el color de su pelo. Pero en aquella imagen, todo el mundo parecía un Padavano.

Guardó las fotos en el sobre y este en el cajón, luego se quedó en el suelo junto a la cama de su madre. Aquel descubrimiento había confirmado de algún modo su intuición de que debía encontrar algo. O, en este caso, recordar algo. Apenas pensaba en el hecho de que tenía unas tías que vivían en otra ciudad. La abuela Rose le contaba historias de sus cuatro hijas cuando eran pequeñas, del abuelo Charlie y de su casa en el número 18 de Place. Pero Julia se comportaba como si su vida hubiera comenzado cuando se trasladaron a Nueva York. ¿Por qué estaban escondidas las únicas fotos que había de aquel tiempo anterior, en lugar de estar colgadas en las paredes? Si tuviera más familia en su vida, Alice estaría más segura. Aquella evidencia tangible de que tenía más parientes, pero no contacto con ellos, volvió a acrecentar el zumbido del pánico. Tuvo que apretarse las piernas para que no le dolieran tanto.

Esa noche, mientras preparaban la cena, preguntó:

—Mamá, ¿por qué no te hablas con tus hermanas?

Julia ya había sacado los ingredientes para el pastel de carne, pero abrió la nevera y se quedó mirando dentro. Pasaron unos segundos de silencio y Alice supo por primera vez que su madre le dirigía aquel silencio a propósito. Era un silencio pensado para que dejara de hacer aquella clase de preguntas. Esas bolsas de denso silencio se esparcían por toda su infancia cada vez que mencionaba algún tema del que su madre no quería hablar: el padre de Alice y su muerte, la infancia de Julia, sus hermanas…

—A veces me pongo en contacto con Cecelia y Emeline —respondió Julia por fin—, pero vivimos en distintas ciudades y estamos todas muy ocupadas. Una está muy unida a sus

hermanas de pequeña porque viven en la misma casa. Pero, cuando te haces mayor, cada una se va por su camino.

En otras ocasiones, Alice había respetado la actitud de su madre y había cambiado de tema. Pero aquel día necesitaba saber qué había tras el silencio. Por eso había registrado sus cajones, por si encontraba información útil para cuidar de sí misma.

—¿Y las otras tres sí están unidas, Sylvie, Emeline y Cecelia?

Julia la miró sin expresión en el rostro.

—Pues no lo sé. Viven en la misma ciudad, así que es posible. —Tras una pausa añadió—: Yo soy una adulta autosuficiente, Alice. Eso es muy raro en una mujer y estoy muy orgullosa de ello. Y si te educo bien, tú tampoco necesitarás a nadie.

Alice se imaginó a su madre en una islita desierta y a ella misma en otra isla, saludándose con la mano a lo lejos.

—¿Por qué me haces ahora estas preguntas?

«Porque me parece muy raro que las únicas fotos familiares que tengamos estén en un cajón y me parece muy raro que de toda la familia solo veamos a la abuela Rose y pasemos las fiestas señaladas solas o con la señora Laven y sus parientes. Y porque tienes tres hermanas y a mí me encantaría tener una hermana con la que compartir la habitación y con la que hablar por la noche.»

—Tenemos una vida maravillosa —insistió Julia—, ¿no es así?

—Sí —contestó Alice, porque era evidente que su madre esperaba una respuesta y porque era verdad. «Por ahora —pensó—. Pero ¿y si pasa algo?»

La siguiente vez que Julia salió a hacer recados, Alice llamó a la abuela Rose.

—¿Mi madre se peleó con sus hermanas? —preguntó.

Sabía que la cuestión sorprendería a su abuela, pero también pensaba que había muchas probabilidades de que contestara. Por toda su casa de Florida había huellas de la vida de su madre antes de Nueva York: cuatro fotos enmarcadas de las hermanas colgadas por encima del sofá y en la pared sobre

la mesa de la cocina, retratos de santas de la casa de Chicago. Su madre siempre ponía los ojos en blanco al verlas. Y a Rose le gustaba hablar. En su compañía no había bolsas de silencio.

—Pues claro que se peleaba con sus hermanas. Todas las hermanas se pelean, ¿sabes? Es lo que pasa en las familias.

—Mamá y yo nunca nos peleamos. Y contigo tampoco he peleado nunca.

—Bueno, eso es verdad. A lo mejor es que cada generación es mejor que la anterior. Pero lo que pasó entre tu madre y sus hermanas es asunto suyo. ¿Tú te crees que a mí me iban a contar algo? Soy su madre.

—Es que me parece muy raro no haber hablado siquiera con mis tías. Sé que Emeline vino a vernos, pero yo era muy pequeña y no me acuerdo. Mi amiga Carrie ve a sus tías y a sus tíos todo el tiempo. Y yo me siento como… como si me faltara algo. Mamá nunca habla de las cosas de las que no quiere hablar.

—Eso es una verdad como un templo. Y yo no pienso buscarme problemas contándote nada sin su aprobación.

—Ni siquiera sé el apellido de mi padre. ¿Eso me lo puedes decir?

—Pregúntaselo a tu madre —replicó Rose. Y colgó.

Alice intentó obtener esa información de la señora Laven, pero la mujer se mostró indignadísima:

—Tu madre es preciosa y brillante, ha trabajado como una mula para dirigir su propia empresa —replicó—. Y tú eres, sin duda ninguna, la niña más afortunada del mundo entero.

Alice suspiró y cambió de tema. Sabía que un verano su madre había colocado de becario al sobrino de la señora Laven, un joven problemático, y que le regalaba todas las Navidades un bolso muy caro de una tienda pija. Era evidente que, si aquel era el último camino al que tenía acceso, estaba cerrado. Se planteó, como último recurso, escribir una carta a alguna de sus tías, pero ignoraba sus direcciones y, además, no sabía qué decir. «Hola, soy tu sobrina. ¿Cómo estás?» Era posible que su madre tuviese razón, que los hermanos se distanciaran al llegar a la edad adulta, que apenas se acordaran ya unos de otros cuando no tenían una casa en común. Pero

¿cómo iba a saberlo ella?

Dejó de hacerle preguntas a su madre. No la llevaban a ningún sitio y además Julia se agitaba, cosa a la que Alice no se podía arriesgar, porque el estrés producía hipertensión, lo cual podía llevar a su vez a un infarto o un derrame cerebral, y lo primero tenía que ser la salud de Julia. De manera que se dijo: «Si dejo de hacer preguntas, dejaré de crecer». Desde que había empezado a dar el estirón, había estado haciendo esta clase de apuestas. «Si dejo de morderme las uñas, dejaré de crecer.» «Si dejo de comer dulces.» «Si levanto la mano en clase cuando quiere la profesora…» Ninguna de aquellas negociaciones había dado resultado y esta última tampoco lo haría. Alice abandonó el tema del pasado de su madre y, sin embargo, siguió creciendo.

Sylvie

Septiembre de 1989 – diciembre de 2003

Cecelia había adoptado el mantra de William para la educación de su hija: ni mentiras ni secretos. Si Izzy hacía una pregunta, fuera cual fuese, Cecelia contestaba con sinceridad.

Una tarde, Sylvie y Emeline se encontraban en la cocina de Cecelia cuando la pequeña de seis años preguntó de dónde venían los niños. Sylvie comía con sus hermanas unos cuantos días a la semana, cuando William se quedaba en Northwestern para los entrenamientos. Llevaban juntos ya casi seis años. Se habían casado el año anterior y hacía poco se habían mudado a un apartamento de dos habitaciones, no lejos de la casa de las gemelas. William estaba a punto de empezar a trabajar para los Chicago Bulls, que habían creado un nuevo puesto para él con responsabilidades tanto en el desarrollo de los jugadores como de fisioterapeuta. Los Bulls estaban imbuidos de optimismo y ansiosos por expandir su plantilla. Todavía no habían ganado ningún campeonato, pero con Michael Jordan en la plantilla, parecía inevitable conseguir el trofeo. La descripción del puesto de William estipulaba que no tenía que viajar con el equipo; tendría su base en Chicago y utilizaría su programa especializado para centrarse en áreas en las que los jóvenes jugadores necesitaran asistencia. William probablemente habría preferido quedarse en Northwestern por lealtad hacia Arash y la universidad, a pesar de la halagadora oferta de los Bulls, pero Arash se iba a jubilar y el primer entrenador se marchaba, de manera que Sylvie lo convenció para que también pasara página.

—Avanzar o no vivir —declaró.

Y William sonrió porque Sylvie había evitado la palabra

«morir», por lo mucho que se esforzaba en impedir que él la pensara siquiera.

—Los niños vienen a través del sexo entre un hombre y una mujer —contestó Cecelia a la pregunta de la niña.

Izzy asintió y sus oscuros rizos rebotaron en torno a su seria expresión.

—¿Y qué es el sexo?

Emeline y Sylvie se pusieron rojas como tomates mientras Cecelia dibujaba varias posturas sexuales en un cuaderno. Izzy las miró con mucha atención y entonces preguntó:

—¿Y cómo hacen el sexo la tita Emmie y la tita Josie?

—Ay, por Dios. —Emeline se marchó de la cocina mientras Cecelia ilustraba también aquello con dibujos.

Sylvie no pudo reírse desde el rincón. De pronto, echaba de menos a Alice, era un sentimiento que a veces la invadía como surgido de la nada, cuando menos se lo esperaba. Tenía la sensación de que Alice debía estar en esa cocina en ese momento, en aquella ridícula escena. Alice tenía que estar allí, junto a su prima. Sylvie llevaba a Julia consigo, pero añoraba muchísimo a la pequeña.

Aquella fue una de las inesperadas penas que dejó a su estela la pérdida de Julia. Sylvie sabía que a su hermana le iba de maravilla en la ciudad. Durante el primer año, siempre sonaba ilusionada, muy viva, cuando hablaba con ella por teléfono, cuando construía su nueva vida y su nuevo yo. Pero a Alice solo la conoció de muy pequeña y se veía en la inusual posición de quererla sin conocerla en absoluto. No podía evitar sentir que la niña tendría que estar con todas ellas en Pilsen. Se imaginaba a Alice jugando al ajedrez con Izzy en la biblioteca, sus cabezas, la morena y la rubia, inclinadas la una hacia la otra. Y repasaba mentalmente, como en un bucle de vídeo, una escena en la que paseaba por la calle con Alice de la mano. Al fin y al cabo, la niña era hija de William y de Julia, de manera que estaba muy dentro de su corazón.

Pero Sylvie le había partido el corazón a su hermana, lo cual significaba que no tenía ningún derecho sobre Alice. Y William no solo había renunciado a su hija en lo legal, sino que además se las había arreglado para eliminar su recuerdo,

como si se lo hubiera extirpado de la mente con un bisturí. Por más que Sylvie lo estudiara, no veía señales de que en ningún momento se acordara de la existencia de su hija. En casa de Cecelia había retratos de Alice, pero William siempre evitaba mirarlos cuando recorría los pasillos: era una carrera de obstáculos que tenía tan interiorizada que ni siquiera era consciente de estar participando en ella. Cuando iban a cenar a casa de las gemelas, hablaba con Izzy sobre lo que aprendía de historia en el colegio, pero parecía haber olvidado su propia historia y el hecho de que Alice había llegado al mundo casi a la vez que Izzy. Se le había olvidado que en un tiempo hubo dos niñas en su universo, no solo una. Sylvie jamás mencionaba a Alice delante de William. Cuanto más se alejaban de su intento de suicidio, más agradecía su estabilidad, su evidente felicidad. Lo había visto echar raíces en su vida, lo había visto rellenar las grietas de su interior a base de amor y de trabajo valioso. Sylvie aceptaba su decisión de mantenerse apartado de su hija. Aceptaba a William en su totalidad, todos los días, y él hacía lo mismo por ella.

En 1993, cuando Izzy tenía diez años, Emeline y Josie compraron la casa que había junto a la de Cecelia. Josie, una mujer cálida de pelo castaño con un graduado en Empresariales, gestionaba muy bien el dinero. Había negociado la compra de la guardería cuando Emeline y ella se conocieron, y poco después compró otra guardería local. Las gemelas decidieron compartir las dos casas, puesto que al fin y al cabo habían vivido siempre juntas. Derribaron la cerca que separaba las propiedades y la familia pasó el verano reformando y limpiando la casa nueva. Sylvie, tras unos cuantos años de rutina, disfrutó del ajetreo y de ver a toda la familia reunida una vez más, trabajando juntos en su tiempo libre.

Sylvie era la bibliotecaria en jefe de la biblioteca Lozano, de manera que podía establecer su propio horario. Le sorprendió un poco descubrir que le encantaba dirigir la biblioteca: era muy gratificante tomar decisiones, le gustaba ser la persona que tenía la última palabra sobre cualquier problema, grande o

pequeño. No solo conocía a todos los usuarios habituales, sino, en muchos casos, a sus padres y a sus hijos. Frank Ceccione, que se había criado a dos puertas de distancia de los Padavano y que había luchado contra las adicciones durante gran parte de su vida adulta, leía el periódico todos los días en una mesa junto a los ventanales de la fachada principal. Sylvie pensaba que era reconfortante para ambos darse los buenos días cada mañana. La deleitó ver que a Izzy le apasionaba la biblioteca casi tanto como a ella. Solía pasarse por allí después del colegio y nada hacía más feliz a su tía que verla jugar al ajedrez o leer en una de las mesas mientras ella trabajaba tras el mostrador.

Izzy y Sylvie se pasaron las primeras semanas del verano pintando las paredes de una de las habitaciones de color azul oscuro.

—Yo voy a dormir aquí cuando mi madre tenga novio —le contó a Sylvie.

—Pues qué bien. A mí también me habría gustado de pequeña tener mi propio cuarto donde refugiarme, donde ir a leer.

—Cuéntame cosas de entonces. —Izzy llevaba repitiendo esa frase desde que había aprendido a hablar. Le encantaba saber de los tiempos en que su madre y sus tías eran pequeñas, aunque gracias a la política de su madre de no ocultar nada, lo cierto era que ya conocía casi todas las anécdotas.

Durante las cálidas tardes de verano que pasaron pintando la habitación del color de un cielo a medianoche, Sylvie le fue contando historias por orden cronológico. Subida en lo alto de la escalera, mientras pintaba cerca del techo, intentaba acordarse de todos los detalles. Comenzó con la infancia, donde se situaba la historia que, por alguna razón, era la que más entusiasmaba a la niña: los tiempos en los que un animal misterioso al que nadie llegó a ver jamás destruía una y otra vez el jardín de Rose. La criatura destrozaba la comida, rompía los tomates por la mitad y mordía las hojas y los tallos de todo lo que hubiera plantado. Rose, furiosa, organizó a la familia en turnos durante los cuales tenían que sentarse en una silla en mitad de las frutas, verduras y hierbas para hacer guardia

durante las veinticuatro horas del día. Se dividía el turno nocturno con su esposo, aunque al final acababa haciendo ella el turno entero porque Charlie siempre se distraía: se ponía a charlar con el vecino por encima de la cerca o se quedaba dormido. Las chicas bajaban a desayunar por la mañana y veían por la ventana a su madre, que miraba ceñuda el suelo que la rodeaba, con el pelo alborotado y un bate de béisbol en la mano.

—¿Qué vas a hacer cuando atrapes al animal? —le había preguntado Sylvie.

Y Rose contestó con toda tranquilidad:

—Matarlo.

Pero la criatura tuvo la sensatez de no aparecer jamás. Los Padavano nunca supieron si era un roedor, un pájaro o un fantasma. Pero con la vigilancia cesaron también los estragos en el jardín. Al final Rose se declaró vencedora y volvió a dormir en su cama.

Al cabo de un tiempo, la narrativa de Sylvie llegó al embarazo de Cecelia, luego al de Julia y luego a la muerte de Charlie. Contó que Rose había renunciado a Cecelia y a su hija, que el tío William había sido hospitalizado y se había casado con dos de sus tías, y que Izzy tenía una prima de su edad a la que nunca conocería. Emeline entraba y salía de la habitación, con lámparas o libros, y meneaba la cabeza con expresión alucinada.

—Madre mía —resollaba entre dientes. A veces llamaba a Josie para que acudiera a escuchar—. Ya sé que algo de esto te he contado —le decía—, pero es que Sylvie es una narradora increíble.

—Ojalá hubiera conocido a Charlie —comentó Josie una vez, después de estar un rato escuchando—. Parece un hombre maravilloso.

Cuando se contaba la historia en voz alta, tanto las anécdotas como los personajes eran extraordinarios, pensaba Sylvie. Las hermanas apenas habían hablado entre ellas de lo sucedido. Al fin y al cabo, lo habían vivido y la marcha de Julia las había acallado. Pero el entusiasmo de Josie y el evidente disfrute de Izzy con lo que ella veía como un culebrón

en el que había interpretado un pequeño papel eran como un bálsamo para el dolor que se había engendrado durante aquellos años. Cuando Sylvie contaba en voz alta la historia familiar, lo único que se percibía era amor.

En varias ocasiones, Izzy meneaba la cabeza y declaraba:

—Los adultos son idiotas. Mi meta es ser adulta y no ser idiota.

—Es una meta excelente —la alabó Sylvie, mientras pensaba que sería alucinante que Izzy se abriera camino en la vida sin sufrir. ¿Acaso era posible? Y entonces se le ocurrió algo—: Iz, la verdad es que hace años que estoy escribiendo estas historias. Están bastante desordenadas, pero a lo mejor te gustaría leerlas.

Izzy se la quedó mirando. Poseía su propia versión de los rizos de los Padavano, pero los suyos eran más oscuros y apretados. Su rostro era serio y redondo. A pesar de todas sus preguntas sobre la familia de su madre, no había mostrado el menor interés en saber nada de su padre biológico. Cuando le preguntaban, decía que ya tenía más que suficientes adultos para criarla, muchas gracias; además, si su madre no quería a aquel tipo en su vida, pues ella tampoco.

—¿En serio? —exclamó ante la propuesta de su tía—. ¡Sería un sueño!

Sylvie se echó a reír, sorprendida por el entusiasmo de su sobrina. Llevaba escritas unas trescientas páginas. Al día siguiente, las llevó a encuadernar a la tienda de fotocopias y le dio el manuscrito a Izzy. Después de leerlo, la niña les pasó el libro a Cecelia y Emeline.

—Es muy bueno. Deberías publicarlo, ¿sabes? —dijo Cecelia.

Pero cuando Sylvie contestó que escribía solo para sí misma y la familia, lo entendió. Ella también pintaba a menudo cuadros que no tenía intención de vender. Josie leyó el manuscrito más de una vez. Era hija única y estaba tan entusiasmada como Izzy con la historia familiar de los Padavano.

Mientras trabajaban ese verano en la destartalada casa, llenando todos los rincones de historias y anécdotas, las

hermanas se dedicaron a recordar más de su pasado. Compartían recuerdos mientras organizaban armarios o guardaban cacharros en la cocina. A veces, cuando alguna repetía alguna anécdota durante la cena, Izzy o Josie añadían detalles o diálogos, como si también la hubieran vivido.

Una noche, mientras cenaban pizza en el suelo del salón, Emeline dijo:

—Al oír todas esas historias, me he acordado también de mí misma, en cierto modo. Ya sé que casi todo os pasó a vosotras dos y a Julia, pero yo recuerdo cómo me sentía en cada momento.

Sylvie y Cecelia sonrieron para animarla a continuar. Emeline muy rara vez hablaba de sí misma: centraba su atención en las personas que la rodeaban. Casi todas las tardes llevaba a los niños pequeños a sus casas desde la guardería, o se los subía al regazo mientras aguardaban a que sus padres los recogieran. Seguía siendo una persona casera, la hacía feliz pasar las tardes en el sofá con Josie. El ampliado tamaño del superdúplex —que era como llamaba Izzy a las dos casas— le parecía perfectamente lógico. Su casa contenía más habitaciones, más espacio y la gente a la que amaba.

—¿Y qué sentías? —le preguntó la niña. Estaba jugando al ajedrez con William en el sofá, entre bocados de pizza. William era el único adulto de la familia que jugaba con ella a su juego favorito. Izzy tenía muy mal perder, pero se esforzaba por dominarse con su tío y a él le gustaba el reto del ajedrez: determinar una estrategia que involucraba a dos equipos y montar una campaña para dominar el espacio le recordaba al baloncesto.

—Me he acordado de lo mucho que deseaba ser madre —dijo Emeline—. Era lo único que quería.

William vaciló y fue a levantarse para marcharse. Sylvie sabía que la conversación se estaba volviendo demasiado personal para él. Siempre ponía buen cuidado en dejar espacio a las hermanas y no obligarlas a compartir con él sus secretos.

Pero Emeline le hizo un gesto con la cabeza, de manera que volvió a sentarse.

—Josie y yo lo estuvimos hablando anoche —anunció con

expresión resplandeciente—. Y vamos a apuntarnos para ser casa de acogida de recién nacidos. Hace falta gente para eso y hay bebés que necesitan amor.

Josie le apretó la mano.

—En un sentido práctico, consistirá en cuidar de bebés que hayan nacido de madres drogadictas o de jóvenes preadolescentes. Eso durante dos o tres meses, luego la agencia de acogidas devolvería el niño a su madre biológica o le encontraría un hogar definitivo. Según algunos estudios —prosiguió más animada, porque le encantaba la investigación—, si a un recién nacido lo cogen en brazos cada vez que llora y le sonríen durante los tres primeros meses de vida, sus probabilidades de mantener a largo plazo una buena salud y de ser feliz aumentan como un cincuenta por ciento.

—Increíble —dijo Sylvie—. ¡Emmie, qué buena idea!

Cecelia le sonrió a la pareja.

—¡Pues claro! Es lo vuestro. Tendremos que hacernos con uno de esos columpios para bebés, a Izzy le encantaba cuando era pequeña.

—Ejem —intervino Izzy, con expresión sombría—. Me han dicho que los recién nacidos lloran muchísimo.

—Te prometo que no te pediré que hagas de canguro —aclaró Emeline—. Y el bebé dormirá con nosotras, así que no vas a oír nada.

—Entonces tenéis mi aprobación.

La solicitud se procesó muy deprisa. A las chicas les preocupaba que no las aceptaran, porque a veces las miraban raro en el supermercado y hasta habían sacado a un niño de la guardería cuando sus padres se enteraron de que eran homosexuales. Pero el sistema de acogida estaba tan colapsado que se mostraron encantados de contar con alguien con sus excelentes referencias y experiencia en el cuidado de niños. Para finales de verano, Emeline paseaba por la casa, ya totalmente reformada, con un pequeño bebé en su mochilita.

Sylvie recordaría aquel verano como el momento en que los miembros de su familia se aceptaron por completo tal como eran. El superdúplex con las casas compartidas y su inusual distribución, reflejaba también la extraña distribución de los

Padavano, o lo que quedaba de ellos. Sylvie, sus hermanas y William se habían forjado sus vidas a medida para encajar con la forma y el tamaño que ocupaban. La vivienda compartía un patio trasero y un jardín que era una mezcla de flores y huerto. Cecelia usaba el ático en la casa de Emeline y Josie como un taller secundario, porque le gustaba la luz de aquel espacio. Emeline construyó un armario en casa de Cecelia que todos usaban para secar hierbas y flores del jardín. En ambas casas había biberones y columpios de bebé, así como cunas. William guardaba sus herramientas en la habitación de la colada de Emeline, y tanto él como Sylvie tenían llaves de las dos puertas. La vajilla y los cacharros de cocina estaban mezclados, por las veces que comían en el jardín todos juntos y los turnos que hacían para fregar. Izzy tenía un cuarto en cada casa y se movía de uno a otro a capricho. Si estaba leyendo un buen libro, se quedaba con Emeline porque la lámpara de la mesilla de noche era mejor. Cuando su madre estaba en un periodo sin novio, dormía en su casa.

Con la ayuda de William, Izzy creó un taller en uno de los dormitorios vacíos y construyó un sistema de altavoces que permitía la comunicación entre las dos casas sin necesidad de usar el teléfono. Tanto a Cecelia como a Emeline les pareció al principio una tontería, pero al cabo de poco utilizaban el invento todos los días. «Emmie, ¿dónde has metido mi pincel favorito?» «Josie, ¿estás en casa? ¿Me puedes hacer un bocadillo?» «Izzy, ¿qué estás haciendo ahí con tanto estrépito?»

Cuando Kent terminó su residencia, se trasladó con Nicole a Chicago y también entró a trabajar para los Bulls como médico deportivo. Las dos parejas quedaban para cenar en el restaurante mexicano al menos una vez al mes y a veces se apuntaban también Gus y Washington con sus esposas. Eran los únicos amigos con los que socializaban. Pero, cuando Nicole comenzó a tener dificultades para quedarse embarazada, se le quitaron las ganas de salir y las cenas se volvieron menos frecuentes. William y Sylvie lo sentían por sus amigos, pero no les importaba pasar más veladas en casa. Los

dos se sentían algo incómodos en sociedad. Siempre que les preguntaban cómo se habían conocido, daban una respuesta vaga, pues la verdadera historia era demasiado polémica. Sylvie había leído por ahí que, cuantas más veces se contaba una historia, menos precisa se tornaba. El ser humano tiende a la exageración y, por tanto, se aleja de las partes de la narrativa que encuentra aburridas para centrarse en los puntos álgidos. Los detalles y la cronología cambiaban al cabo de años de repetición y la historia se iba convirtiendo más en un mito que en una realidad. A Sylvie le gustaba que ninguno de los dos relatara su historia a menudo. Como no la contaban, permanecía intacta.

—William y tú os tratáis tan bien el uno al otro… —comentó Emeline una tarde que estaban haciendo recados—. A mí me da la impresión de que estoy siempre echándole a Josie algún bebé encima o pidiéndole que recoja los calcetines.

Sylvie sonrió.

—Bueno, nosotros no tenemos hijos ni vivimos en una estación de tren, como vosotras.

—Es verdad —suspiró su hermana, aunque las dos sabían que le encantaba vivir en un sitio repleto de bebés llorones, niños pequeños a los que todavía no habían ido sus padres a buscar, latas medio llenas de pintura y una niña capaz de entrar en el salón con un vibrador preguntando: «¿Qué es esto?».

Emeline tenía razón: William y Sylvie se trataban mejor que otras parejas. William se tomaba las pastillas por la mañana y por la noche y buscaba la mirada de su esposa cuando comenzaba a sentirse abrumado. Y Sylvie se encontraba tendiendo la mano hacia él en el mismo momento en que él la tendía hacia ella. William le preparaba todas las mañanas el almuerzo para que se lo llevara al trabajo y ella procuraba que su vida fuera serena porque era lo mejor para él. «Tengo mucha suerte», susurraba él casi todas las noches antes de dormirse. Y Sylvie sabía que los dos tenían mucha suerte. Había estado a punto de perder a aquel hombre y, a causa de ello, apreciaba todos los momentos que pasaban juntos, por muchos que fueran.

Alice

Septiembre de 1997 – febrero de 2002

Cuando comenzó noveno, entre los catorce y quince años, Alice ya medía 1,85, lo cual impresionaba a todo el que entraba en contacto con ella. Los entrenadores de voleibol y baloncesto de su colegio privado la seguían por los pasillos tratando de convencerla para que se uniera a sus equipos. Ella explicaba que era demasiado torpe para el deporte. Su altura también trajo a colación a su padre. Todo el mundo, desde la señora Laven hasta el cartero o el director del colegio, se veía impulsado a hacer algún comentario del tipo: «¡Vaya! Tu padre tenía que ser altísimo, ¿no?».

Julia y Alice ya apenas se parecían. Cuando la niña era más pequeña, una cierta semejanza en la forma de los ojos la unía a su madre, pero hasta eso había desaparecido. Además, tenían gustos muy distintos a la hora de vestir. Julia llevaba trajes de falda y chaqueta con blusas de seda durante la semana, y ajustados pantalones negros con alguna camiseta holgada los fines de semana. Alice, por su parte, tenía una colección de zapatillas deportivas y llevaba chándales de distintos colores. Le costaba encontrar ropa y calzado de su talla debido a su altura y su delgadez. Pero la ropa deportiva era unisex, lo cual le daba más opciones.

Una mañana, su madre se la quedó mirando inquisitiva y comentó:

—Tu aspecto no es nada femenino.

Ante lo que Alice se echó a reír y replicó:

—Estamos en 1997, mamá. No necesito ser femenina.

En cierto modo, a Alice le gustaba parecerse a su padre. Le hacía sentir como si tuviera dos progenitores, aunque uno de

ellos no existiera. Su padre caminaba con ella, o al menos sus genes, y con ello se sentía más fuerte, cosa que necesitaba. Cuando comenzó el instituto, era tan alta que la táctica de andar encorvada para parecer «normal», algo que había llegado a dominar en cursos anteriores, ya no daba resultado. Ya no tenía manera de contorsionar su cuerpo para parecerse a las niñas bajitas de su colegio. Carrie había dejado de crecer cuando apenas había superado el metro y medio, lo cual todavía llamaba más la atención sobre Alice, puesto que siempre estaban juntas. Cuando Alice la abrazaba a ella o a su madre, tenía que doblar las rodillas en una postura muy rara. Andaba más deprisa que nadie porque tenía una zancada muy larga. Al final del día, casi siempre le dolía el cuello de tanto agachar la cabeza para hablar con la gente. Los niños con los que se había criado a menudo la llamaban «la jirafa» o «la giganta». Una profesora de Matemáticas le dijo, con la mejor intención: «Debes llevar siempre zapato plano, cariño, para que los chicos no se sientan muy incómodos». Los hombres por la calle se alzaban en toda su altura y sacaban pecho al pasar junto a ella, como si el tamaño de Alice desafiara su virilidad de alguna forma.

Al final, al empezar noveno decidió dejar de perder el tiempo avergonzándose de su apariencia, porque tanto si se sentía avergonzada como si se sentía segura, el resultado era el mismo: era muy alta, llamaba la atención y la gente lo iba a comentar y se iba a burlar de ella. Su altura la mantenía apartada de todos los demás, de manera literal, con lo cual se sentía sola, pero como no tenía otra alternativa, decidió aceptar la realidad. Recorría los pasillos del instituto bien erguida y se esforzaba por sonreír cuando algún chaval enclenque bromeaba diciendo que iban a tener que subir los techos. Para demostrarse a sí misma que era capaz de hacerlo, llevó tacones al primer baile del instituto.

—Eres muy valiente —susurró Carrie mientras entraban en el gimnasio.

—Qué va. No es valentía. Es que todo el mundo se me queda mirando me ponga los zapatos que me ponga.

Pero se llevó una buena sorpresa cuando el capitán del

equipo de baloncesto la invitó a bailar. Era un chico tímido y tartamudo, pero la miró directamente a los ojos mientras bailaban, lo cual le resultó muy excitante. Más tarde, esa misma semana, el chico le pidió una cita y ella volvió a sorprenderse. Y esa sorpresa despejó un espacio en su interior y le permitió oír una vocecilla —¿era suya o de su madre?— que le susurró: «No». Se había mantenido apartada de otros chicos de su edad y seguiría al margen. Se sentía más segura así.

—No, gracias —rehusó, con toda la amabilidad de que fue capaz.

Se alejó con un inmenso alivio. El chico alto le había planteado una pregunta que ella jamás había considerado antes y de su boca había salido la verdad. Quería ser como su madre: independiente. Alice no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Carrie, pero para el final de las clases todo el colegio se había enterado de que había rechazado a un estudiante popular de último curso.

Resultó muy raro que en las siguientes semanas los rostros de otras chicas y otros chicos se volvieran hacia ella como girasoles. La mayoría eran tímidos o inadaptados de alguna manera. La miraban desde detrás de sus flequillos o de un libro de texto, se las apañaban para ir a las taquillas al mismo tiempo que ella, se ponían a su lado por los pasillos. Pensaban que Alice era valiente y eso también los hacía sentirse valientes. Querían sentirse mejor con ellos mismos y descubrieron que lo conseguían en compañía de Alice. «No soy valiente», quería decirles ella. Porque a aquellas niñas, a aquellos niños, los insultaban todos los días como a ella —los llamaban gordos o tontos o feos—, y no quería que se engañaran. Pero no daba con la manera de explicárselo sin herirlos, de manera que guardó silencio.

—Pero ¿qué demonios es esto? —preguntó Carrie con cara de pasmo.

Se había pasado varios cursos regañando a niños y niñas por meterse con Alice por su altura y había comenzado el instituto dispuesta a hacer lo mismo. Alice se encogió de hombros. Intuía cuál era la verdad: al negarse a sentirse avergonzada, les

había dado a sus compañeros permiso para hacer lo mismo. Pero no sabía expresarlo con palabras. No volvieron a pedirle una cita, lo cual fue un alivio.

Como ya tenía más vida fuera de su casa, Alice de pronto era capaz de aceptar los silencios de su madre sobre su pasado y la falta de fotografías en las paredes. Lo reducido de su familia de dos miembros ya no le parecía tan precario. Seguían preparando la cena juntas casi todas las noches y veían películas con sus mullidas batas los viernes, cuando Alice no dormía en casa de Carrie. Se hacían reír la una a la otra poniendo voces tontas y compitiendo por contestar las preguntas del concurso de la tele. Pero Alice también sentía una cierta satisfacción al pensar que su cuerpo —con su ridícula y torpe altura, y su pelo lacio y rubio— era de alguna manera la encarnación del pasado que su madre se negaba a mencionar. Seguía sin saber los detalles, ni siquiera a grandes rasgos, de la vida de Julia en Chicago, pero ya no necesitaba esa información. Se estaba convirtiendo en ella misma y ya era bastante mayor para estar segura de que, si llegaba el momento de tener que salvarse, tendría las fuerzas para ello.

Al final del instituto, ya sabía cómo llevar su vida. Ya no se sentía tanto un bicho raro por los pasillos. Dormía en casa de Carrie casi todos los fines de semana y por la noche citaban frases de sus películas favoritas, ponían discos, cantaban y charlaban de todo lo que se les pasaba por la cabeza. Seguía visitando a su abuela en Florida una vez al año, aunque iba ella sola porque su madre y su abuela ya no se llevaban bien. Era muy consciente de que Julia había expulsado de su vida a sus hermanas, su ciudad natal y, en gran medida, a su propia madre, que había erigido unas fronteras que las dejaban fuera. Y ella tenía cuidado de no traspasar esos límites. Quería mucho a su madre y, aunque no tenía miedo de perderla, los datos apuntaban a lo contrario. Aun así, advertía la expresión que a veces cruzaba el rostro de Julia cuando la veía llegar o ponerse de pie. En esos momentos, se producía como un temblor, una apertura hacia otra vida, y aunque a Alice no se le permitía entrar, se alegraba de sacudir esa puerta de vez en cuando.

Julia la llevó a la universidad de Boston al principio de su primer curso. Iba charlando en el coche y, aunque Alice creía conocer todos los estados de ánimo de su madre, ese día lanzaba chispas que a veces parecían de ilusión y otras eran como el piloto encendido de un motor estropeado.

—Quiero que te diviertas en la universidad.

—Claro. —A Alice le sudaban las manos, como siempre que estaba nerviosa. Se las secó en los pantalones cortos.

—En el instituto no te lo pasaste muy bien. Quiero que seas feliz. —Julia miró un instante a su hija para dejar claro que hablaba muy en serio.

—Sí que me lo pasé bien. —Y era cierto. Se lo pasaba bien oyendo música hasta tarde en casa de Carrie y viendo películas con su madre. Había empezado a tomar café hacía un tiempo y, cuando envolvía con las manos la taza caliente por las mañanas, se estremecía. Y eso era pasarlo bien, ¿no? De hecho, le preocupaba, entre otras cosas, que en la universidad el café no fuera tan bueno como el de casa.

En realidad, eran muchas sus preocupaciones. No le gustaba la idea de vivir en una residencia atestada de chicas de su edad, que solían ser caóticas y ruidosas. No iba a tener ocasión de estar sola. Por suerte, Carrie iba a asistir a Emerson, que también estaba en Boston. Fue un gran alivio saber que su mejor amiga no estaría lejos.

—¡Cómo conduce la gente! —exclamó Julia. Viajaban de Nueva York a Boston por la Interestatal 95, una gigantesca autopista que recorría toda la costa Este y por la que circulaban motos, coches y camiones descomunales de dieciséis ruedas, todos compitiendo por el espacio—. Deberías salir con chicos, ir a fiestas, quedarte despierta toda la noche, cosas de esas.

—¿Eso hacías tú en la universidad?

Julia se lo quedó pensando.

—Mi situación era distinta. Yo tenía que vivir en casa por motivos económicos, así que en realidad no formaba parte de la vida del campus. Pero tú puedes hacer lo que quieras, cariño. Hasta fumar porros. O, ¿cómo se dice ahora?, enrollarte con alguien.

—¡Por favor, mamá!

La señora Laven había pasado de llamar a Alice «mi pequeña», una vez que la pasó de altura, a «mi alma vieja». A Alice no le importaba. De hecho, el mote la enorgullecía un poco porque sugería madurez. Era una de las razones por las que no tenía el menor interés en salir con chicos. Ella era distinta, vieja por dentro, y le iba mejor sola. La idea de flirtear, enrollarse, acostarse con alguien, la llenaba de horror. Su alma vieja explicaba también el miedo que habitaba en su pecho al pensar en los siguientes cuatro años.

Suspiró. Su madre se asustaba si creía que estaba triste y no hacía más que insistirle en que fuera feliz. Alice había aprendido a sonreír siempre que se cruzaba con ella para que estuviera tranquila. Pero ya le resultaba agotador, de manera que, con una voz más cercana a las lágrimas de lo que habría querido, contestó:

—Haré lo que pueda, ¿vale, mamá?

Con esto pareció extinguirse la electricidad de Julia. Guardaron silencio el resto del camino. Ya en el campus de la Universidad de Boston, Julia la ayudó a llevar sus cosas a la habitación de la segunda planta de la residencia. Llegaron antes que su compañera, una chica de Luisiana llamada Gloria, de modo que Alice pudo elegir la litera de abajo y la mesa que estaba más cerca de la ventana.

Dejó que su madre se despidiera con un abrazo, pero no fue capaz de devolvérselo por miedo a que algo se le rompiera por dentro, por temor a echarse a llorar. Alice no lloraba nunca, otra pérdida de control que la espantaba, y no podía permitirse empezar entonces.

El primer mes del curso le resultó estresante. Le había preocupado no poder estar sola y, en efecto, esto la molestaba. Le caía bien su compañera, con su maravillosa y sonora risa, pero Gloria solo hablaba de cotilleos: «¿Has visto al tipo de la gorra de béisbol ligándose a la rubia?» o «Está claro que esos dos no pueden ni verse». Alice asentía sin mucho entusiasmo. Parecía un poco pronto para chismorreos, era como irse de

vacaciones y comprarse una casa el primer día. «Si no conocemos a ninguna de estas personas —pensaba—. No te conozco ni a ti. Somos todos desconocidos.»

Su altura le impedía pasar desapercibida. Cuando atravesaba el campus para ir a clase, notaba las miradas. Las chicas se sobresaltaban al verla, pero casi nunca decían nada. Algunas adoptaban una expresión compasiva, estaba claro que pensaban: «Pobrecita». Era obvio que daban gracias a Dios por ser bajitas, por ser femeninas y poder esconderse cuando era necesario. Los chicos le preguntaban si estaba en el equipo de baloncesto o el de voleibol, y se sorprendían al enterarse de que no. Uno le preguntó si era hija de Larry Bird. Ella pensaba que lo decía de broma, pero resultó que no. Por lo visto, algunos chicos solo podían aceptar su altura si era una atleta o estaba emparentada con una figura del deporte. En caso contrario, su tamaño les molestaba, como si fuera una carta para la que no encontrasen buzón. Aun así, había otros chicos, versiones algo mayores de los chicos del instituto, que sonreían al verla.

—¡Toma ya! —exclamó un chico llamado Rhoan cuando los presentaron en la sesión de orientación—. ¡Mola! —Su sonrisa era tan contagiosa que Alice no pudo evitar devolvérsela.

Se hicieron amigos y, una noche, después de fumarse unos porros, él intentó explicarle su reacción inicial:

—Eras toda una giganta y no te cortabas ni medio pelo. Eres la bomba, Alice.

—Pues la verdad es que no. La gente confunde mi altura con valentía. Me pasa desde hace ya tiempo.

Rhoan se lo quedó pensando.

—Vale —dijo por fin—. Bien. A lo mejor lo que veo en ti es tu potencial para llegar a ser la bomba.

Alice sonrió.

—Eso no va a pasar, pero gracias.

Carrie fue a verla un sábado de octubre por la tarde. Después de pasear por el vasto campus de la universidad de Boston, Alice, Rhoan, Gloria y ella pasaron un rato en la habitación. La puerta estaba abierta, de manera que veían el tráfico de estudiantes. Alguien tocaba a James Taylor al fondo

del pasillo y su voz melancólica flotaba en el aire.

—Me caes bien —le dijo Gloria a Carrie—. Me alegro de que mi chica tenga una amiga guay. Alice es tan tímida que empezaba a preocuparme. Yo intento emparejarla con distintos tipos altos del campus. La tía es un bellezón y la gente la mira.

—¡Ay, por favor! —Alice puso los ojos en blanco.

—Tú a mí también me caes bien. —Carrie estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el puf de la esquina, radiante con su corte de pelo de duendecillo—. Lo que le pasa a Alice es que tarda lo suyo en abrirse. Ya llegará el momento, pero es que se hace la dura. —Antes de proseguir, lanzó una advertencia a Alice con la mirada: «Voy a ser sincera»—. Ahora que no está pegada a su madre, espero que empiece a vivir más.

—¡Oye! —se sorprendió Alice.

—¿Ese es el problema? —dijo Gloria—. Pues pobrecilla. He conocido a más de una y más de dos madres controladoras, ya os lo digo.

—Alice va de maravilla —intervino Rhoan. Era un chico alentador por naturaleza, iba a las carreras de la universidad solo para animar a los corredores más lentos—. Tú y yo podemos buscar hombres juntos —le dijo—. O puedo buscarlos yo y tú me acompañas. Tú a tu rollo, cariño.

Alice agradecía la amabilidad de Rhoan y la atención de aquellos amigos, nuevos y antiguos, pero por otra parte se sentía incómoda. Aquella tarde era un perfecto ejemplo de lo que había temido que fuera la universidad: demasiado tiempo libre, demasiadas horas con los compañeros sin nada que hacer, inventando dramas en unas vidas sin problemas.

—A ver si queda claro: lo que yo vivo no tiene nada que ver con mi madre. Yo la quiero mucho.

Carrie miró a los ojos azules de su amiga.

—Yo no he dicho que no la quieras.

Alice frunció el ceño para indicar que no quería seguir hablando del asunto. Carrie sabía que su amiga era muy susceptible con el tema de su madre, de manera que solía mantener la boca cerrada. Pero una vez le había aconsejado en el instituto que no tomara a Julia como modelo a imitar.

—A mí me cae muy bien tu madre —le había dicho entonces—, pero cualquiera que se viste y se arregla con el cuidado que pone ella todos los días no es feliz por dentro. Intenta ocultar su caos. Y yo quiero algo mejor para ti.

Un martes por la tarde, en pleno febrero, Alice volvió a su habitación después de las clases y se detuvo en la puerta. Su madre estaba junto a su mesa, trajeada y peinada con un sofisticado recogido en capas. No había vuelto al campus desde que la había dejado allí al principio de curso, pues Alice había ido a casa a pasar fines de semana largos y las vacaciones. Además, jamás aparecía en ningún sitio sin avisar y sin planearlo.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

Julia se inclinó hacia la pared sin mirar a su hija.

—Estas fotos —comenzó con voz tensa—. ¿De dónde las has sacado?

A Alice se le cayó el alma a los pies. Entró en la habitación, cerró la puerta y se quitó el abrigo. La pared de la mesa estaba cubierta con fotografías de los murales de Cecelia Padavano. Rhoan aspiraba a ser archivista de arte y había ayudado a Alice a reunir las imágenes de varias revistas. Algunas tuvieron que encargarlas por correo y enviaron un cheque de un par de dólares a un oscuro diario de arte de Chicago que parecía cubrir casi toda la obra de Cecelia. El chico había ampliado algunas de las fotografías más pequeñas con el equipo que tenían en el departamento. Era un proyecto en construcción. De hecho, Alice estaba en ese momento esperando la llegada de una revista en la que salía un mural que Cecelia había pintado para un colegio de la ciudad.

—Son de tu hermana.

Hacía años que no sacaba el tema de la familia. Mientras estaba en el instituto, madre e hija se habían comportado como si no tuvieran más parientes. Ni siquiera hablaba del viaje cuando volvía de Florida de ver a Rose. Julia había cerrado esa puerta tantas veces que Alice había terminado por echarle la llave.

Fue Rose quien había mencionado una vez que su tía Cecelia era artista. Alice había intentado encontrar las pinturas de su tía durante los años del instituto, pero no sabía dónde buscar. La obra de Cecelia no estaba en museos ni en libros de historia del arte. También sabía que, mientras viviera en su casa, cualquier cosa que encontrase tenía que ocultársela a su madre. Había decidido reanudar su investigación en la universidad, donde sus pertenencias y pasatiempos escaparían a su supervisión. La promesa de buscar la obra de Cecelia y poder tenerla a la vista era una de las zanahorias con las que Alice se había ilusionado a la hora de ir a la universidad. Y sí que fue un aliciente. Aquella pared era su paisaje favorito. Si Gloria se iba a alguna fiesta, ella se quedaba en la habitación leyendo o mirando esa pared sin más. Cuantas más imágenes añadía, más satisfecha se sentía.

—Ha llegado a ser muy buena —murmuró Julia, apoyada sobre la mesa para acercarse lo máximo posible a la pared.

—¿Te has dado cuenta? —A Alice le latía fuerte el corazón en el pecho—. Tú y yo salimos en los murales.

Julia le dedicó a su hija una expresión difícil de interpretar, una mezcla de miedo e incredulidad, y volvió a mirar las fotografías.

La mayor parte de los murales, y por tanto de la pared de Alice, eran retratos de mujeres, primeros planos pintados de vivos colores sobre muros de ladrillo. Una cara en particular aparecía en unos cuantos edificios y debajo de un paso elevado. Casi siempre tenía los ojos abiertos, menos en una pared, donde aparecía con ellos cerrados. Había algo viejo en ese rostro, como si perteneciera a otra época. No todos los murales eran retratos individuales. Rhoan había ampliado la imagen de un grupo de niños, unos veinte más o menos en total, todos sonrientes como si alguien acabara de darles una muy buena noticia. En la última fila, había una niña de pelo rubio castaño que era sin duda Alice, tenía unos diez años de edad.

—Yo le enviaba fotos de ti a Cecelia cuando eras pequeña —explicó Julia, todavía con tono apagado, como si no se dirigiera a nadie.

—Ahí estás tú —señaló Alice.

En la imagen aparecía una pared con un fondo de vistoso azul sobre el que se veía el perfil de un rostro de mujer con el mentón bien alto. Unos rizos fieros inundaban el espacio que la rodeaba. El retrato era distinto de los demás, más sobrio. No había duda de que era Julia, pero solo los que la conocían bien lo sabrían.

El silencio inundó la habitación. Gloria se encontraba en el laboratorio de biología y no volvería hasta la hora de cenar. Julia estaba pálida y Alice sabía que, si le tocaba la mano, la encontraría sudorosa.

—Siéntate si estás mareada.

—No estoy mareada.

—Es solo que me gusta su obra —explicó Alice—. No me he puesto en contacto con ella ni nada. No tienes que preocuparte.

Julia miró a su hija. El carmín de sus labios destacaba en la palidez de su rostro. Fue a decir algo, pero calló. Se limitó a asentir con la cabeza.

Madre e hija se dirigieron en silencio bajo el frío hasta un restaurante italiano cercano. Una vez sentadas, entre el ajetreo del local, Julia comenzó a revivir. Pareció recordar al fin quién era y por qué estaba allí.

—He aceptado a unos clientes de Boston —explicó—. Me he reunido hoy con ellos. Claro que mi decisión —y sonrió a su hija— me daba una razón para venir a Boston a verte. Estoy muy sola en Nueva York.

Alice también echaba de menos a su madre. Pero en ese momento, con ella en la mesa, también se sentía sola. Sabía que le preguntaría si había decidido ya en qué se especializaría —no lo había decidido—, si tenía novio —no lo tenía—, si se lo estaba pasando bien. Pero también sabía que una parte de ambas estaba todavía delante de la pared de la habitación, mirando sus propios rostros pintados en otra ciudad por una mujer, una mujer de la otra vida de Julia.

Alice se acordó de aquella época en la que sobrepasó a su madre en altura y se dio cuenta de que Julia no era una superheroína perfecta, sino una mujer humana, lo cual significaba que tenía defectos, que tenía una vida anterior que

hacía juego con su pelo rebelde. Se había pasado la vida viendo a su madre intentar dominar tanto su pelo como su pasado, recogiéndolos, intentando ejercer sobre ellos su control todos y cada uno de los días. «Conmigo ha hecho lo mismo», pensó. Y deseó estar de vuelta en su habitación, a solas delante de la pared de las imágenes.

Sylvie

Septiembre de 2008

Sylvie salió temprano de la biblioteca tras decirle a su ayudante que le dolía la cabeza. Volvió andando a su casa por la ruta habitual, pasando por delante de los murales de Cecelia. Pilsen estaba especialmente colorido aquella tarde de finales de septiembre. Se alegraba de estar rodeada de la obra de su hermana. Cada vez que iba a casa de las gemelas, recorría el pasillo para ver si se había añadido o eliminado algún retrato. Estaba garantizado que vería a todas las mujeres de su vida: sus hermanas, sus sobrinas, su madre y ella misma. Ese día deseaba volver temprano a casa en parte para ver el cuadro de Cecelia que colgaba en su salón: el paisaje que había pintado para William poco después de que saliera del hospital.

Entró en el apartamento con la llave. William tardaría un par de horas en volver. Se le relajaron los hombros. Era un espacio sereno, diseñado exactamente a su gusto. Rara vez tenían visitas: las grandes comidas tenían lugar en el superdúplex, y Kent era un sibarita con la comida, de manera que siempre sugería algún restaurante que quería probar. El apartamento era el lugar donde ellos no tenían que amortiguar su amor ni prestar atención a nadie más. Les gustaba estar en la misma sala, de manera que Sylvie leía junto a William mientras él veía partidos de baloncesto con el volumen apagado. Cuando cocinaba, ella preparaba los platos que más le gustaban a su esposo: cualquier receta de pasta, cualquier guiso. Cuando cocinaba William, la receta solía incluir garbanzos porque eran los favoritos de Sylvie.

Se apoyó contra el respaldo del sofá y contempló el cuadro: viento, lluvia y luz. El paisaje siempre le había parecido un

retrato de esperanza y en ese momento la necesitaba. Había ido al médico la semana anterior por un extraño y recurrente dolor de cabeza. Siempre lo veía llegar: era color lavanda y emanaba de algún punto cercano a la sien derecha en círculos concéntricos. Se lo había dibujado al médico, que la había remitido al especialista. Este le hizo pruebas y le pidió una resonancia. Sylvie sintió un peculiar orgullo por su capacidad de mantener una inmovilidad total dentro de la máquina, porque el técnico estaba contento. No le había mencionado nada a William ni a las gemelas, ni siquiera había dicho que iba a ir al médico. Pensaba que los dolores de cabeza al final no serían nada o tal vez se debieran a la perimenopausia. Al fin y al cabo, tenía cuarenta y siete años.

El especialista, un hombre que hablaba a toda velocidad, seguramente porque estaba muy solicitado y por lo tanto disponía de poco tiempo, le diagnosticó un tumor cerebral. Sylvie asintió con la cabeza por educación. Él le habló de la localización del tumor y su tamaño. Usó la palabra «terminal». Sylvie volvió a asentir, siguió escuchando un rato y salió de la consulta, que no estaba lejos de Northwestern. Decidió ir a casa andando, sin prestarle atención a la ruta: sabía que, como una paloma mensajera, su cuerpo la llevaría hasta Pilsen.

Mientras caminaba, descubrió que el diagnóstico no la sorprendía. Lo había asimilado tan deprisa que debía haberlo sabido de alguna forma. Cuando el médico usó la palabra «incurable», ella pensó: «Claro. Normal». Durante su infancia, cada vez que había un contratiempo en su casa —se iba la luz, se salía el agua de la lavadora, se estropeaba la nevera— las primeras palabras de su madre eran: «Nos están castigando». Y era su momento de recibir el castigo por la decisión que había tomado veinticinco años atrás. A pesar de que había dejado de considerarse católica después del funeral de su padre, llevaba grabada en los huesos la justicia vengativa de la religión. Lo que sí le sorprendió fue haber mantenido de manera inconsciente aquel sistema de creencias. Creía haber evolucionado más allá de la culpa que impregnaba el catolicismo y su infancia, estar más allá del concepto del ojo por ojo. Pero, por lo visto, se había tragado aquel rencoroso

marco de referencia, tal vez en los bancos de la iglesia de St. Procopius, de pequeña. Sylvie había traicionado a su hermana y, por lo tanto, su cuerpo se había traicionado a sí mismo.

También era posible que estuviera conmocionada, nada más. El cuadro ante ella se hacía menos potente; la luz, la esperanza del lienzo se desvanecía. Llevaba demasiado tiempo mirándolo y había perdido su sentido, al igual que se pierde el significado de una palabra que se repite cincuenta veces. Sabía que la esperanza seguía en el lienzo, solo que ya no podía verla.

Todavía no le había dicho nada a William. Se lo contaría esa noche. Aunque habría preferido que él no se enterase, habría deseado ponerse enferma sin más y morirse sin que él tuviera que verla. Sabía que cuando William la miraba, veía a la chica de veintitantos de la que se había enamorado. Parecía posible, y a la vez imposible, irse desvaneciendo mientras permanecía entera ante su mirada. «¿Es eso lo que deseo?», pensó. Pero se interrumpió porque los deseos la llevarían por un camino peligroso. Tenía que afrontar la realidad.

No estaba preocupada por ella misma. Se encontraba en la situación poco común de saber cómo terminaría su historia: moriría a causa de una agrupación aberrante de células en el cerebro. Pero sí estaba asustada por su marido. ¿Cómo iba a seguir viviendo, si es que seguía viviendo, cuando ella ya no estuviera? William estaba mucho más sano y mucho más fuerte que cuando era joven, pero sus sólidos cimientos se habían construido con tres pilares: la medicación para la depresión, el cuidado diario de su salud mental y su amor. Si desaparecía un tercio de esa ecuación, ¿William se desmoronaría? Si eso sucedía, ella ya no estaría allí para salvarlo. Desde que había salido de la consulta del médico no hacía más que pensar en William, intentando dar con alguna fisura por la que pudiera escapar de la situación. Y, al mismo tiempo, el resto de su ser, su mente y su cuerpo, se había vuelto en una sorprendente dirección: hacia Julia. El diagnóstico le provocó un fuerte anhelo por su hermana mayor, una añoranza tan profunda que la dejó sin aliento. Echaba de menos el timbre de su voz cuando elaboraba un plan; echaba de menos la específica

conexión de sus abrazos; echaba de menos su olor. Echaba de menos su cuarto infantil, cuando en la oscuridad Julia organizaba las vidas de todas. Y aquel anhelo le envolvía todo el cuerpo cuando intentaba encontrar la luz en el cuadro. Tal vez el tumor era un castigo por haberle hecho daño a su hermana, tal vez incluso se había creado cuando se habían separado. Tal vez su cuerpo había resultado incapaz, en último término, de soportar la distancia entre Chicago y Nueva York.

Esa noche, en la cocina, Sylvie le contó a William lo que le había dicho el médico. Hubiera querido cerrar los ojos para no ver la fractura en aquel ajado y amado rostro, pero no se lo permitió. Tenía que cogerlo si caía.

—¿Estás segura?

—Sí.

Al cabo de unos minutos, William le preguntó:

—¿Qué necesitas? ¿Qué puedo hacer?

El anhelo seguía dentro de ella. No dijo nada, pero William siempre veía todo su ser, amaba todo su ser.

—Necesitas a Julia. —Y el nombre sonó raro en sus labios. Ya nunca hablaban de ella.

Sylvie negó con la cabeza.

—Es imposible. Yo nunca le pediría nada.

William miró a su esposa con los ojos vidriosos por la tristeza y el shock. Después de todo lo que había pasado, no creía en palabras como «imposible». Creía en ayudar. Eso es lo que hacía en el trabajo, ayudar a los jóvenes atletas a mantenerse sanos y enteros, y creía en su matrimonio con Sylvie. Se notaba que intentaba dilucidar qué podía hacerse con los materiales con los que contaban mientras el sol iba desapareciendo del cielo a sus espaldas.

William

Septiembre de 2008

Cuando llegó al centro de entrenamiento de los Bulls, saludó con la cabeza al oficial de seguridad y al chico que estaba detrás del mostrador. Le faltaba el aliento desde que Sylvie le dio la noticia la noche anterior. Sentía la situación solo en su cuerpo, entrando y saliendo de sus pulmones. Necesitaba estar allí antes de permitirse asimilarla del todo. Se dirigió hacia las canchas, entre el golpeteo de las pelotas en el suelo. Recorrió el borde del cavernoso espacio hasta entrar en la sala de exámenes, donde estaría Kent. Y sí, allí estaba, dando golpecitos en la rodilla de un jugador novato.

El chico fue el primero en ver a William y adoptó la expresión que casi todos mostraban en torno a él cuando cojeaban, estaban magullados o tenían cualquier lesión. No era raro que un jugador lesionado, al atisbar a William, intentara escabullirse andando como un cangrejo.

—Esto no es nada, Will —aseguró el novato—. Kent está seguro. Porque estás seguro, ¿verdad, Kent? Estaré listo para el primer partido.

William hizo un gesto con la mano.

—Te vi calentar ayer. Te pondrás bien. Vas por buen camino.

El chico volvió a desplomarse sobre la camilla con evidente alivio.

Kent se echó a reír, con el rollo de venda en la mano, y todas sus rastas se sacudieron.

—Tú ves cosas —aseguró el chico, todavía tumbado—. Lo sabe todo el mundo. Hemos oído hablar de las lesiones que predices. Tienes fama de ser… —se interrumpió un momento

para dar con la palabra adecuada— clarividente, o algo. O como se diga.

William se apoyó contra la otra camilla, de pronto se sentía cansado.

—Un brujo.

—No. No es eso. Pero que puedes ver cuando no estamos bien.

A William ya no le quedaban sonrisas, pero si las hubiera tenido, habría empleado una en ese momento. El muchacho tenía razón. Su trabajo consistía en saber cuándo un jugador no estaba bien.

—Lo que William ve puede arreglarse casi siempre —intervino Kent, apretando o la última tira de venda sobre la rodilla y examinando su trabajo—. Vosotros, cobardes, deberías estarle suplicando que os eche un vistazo, no escondiéndoos de él como críos. Anda, ya te puedes ir.

—Voy por buen camino. Genial.

El joven bajó de la camilla saltando sobre su pierna buena, cogió sus zapatillas y se marchó.

Kent se enderezó. Parecía un jugador de fútbol americano más que el ala-pívot que había sido. Gracias a la combinación de las pesas y su entusiasmo por la comida, había engordado de manera considerable desde la universidad. Se había divorciado de Nicole el año anterior y hacía poco que había comenzado a recuperar su enorme energía y su sonora risa. A menudo, al entrar o salir del edificio, se metía en la cancha para robarle la pelota a algún jugador, a pesar de que tenía ya casi cincuenta años y sus pacientes eran atletas de élite en su mejor momento. Los jóvenes huían de William, pero les encantaba estar con Kent.

El hombre miró muy serio a su amigo a través de sus gafas de montura negra. Le hizo un leve gesto con la cabeza para que empezara a hablar.

—¿Te ha enseñado Sylvie su resonancia?

A Kent se le hundieron los hombros.

—Te lo ha contado.

William cerró los ojos un momento. Kent era la persona a la que ambos acudían en caso de emergencia. Tal vez Sylvie

había pensado que él podía salvarla.

—Ya me imaginaba que habría hablado contigo primero, a ver qué pensabas.

—La ha visto el mejor especialista de Northwestern. Hice unas llamadas para comprobarlo. Se pidió también una segunda opinión. El diagnóstico es correcto.

El aire en la sala era oscuro. O tal vez era William el que se tornaba oscuro.

—Me ha dicho que ha rechazado casi todo el tratamiento, que le quedan como seis meses.

Kent asintió con fuerza, como si el aire le impidiera moverse.

—Ya lo suponía.

—¿A ti qué te parece?

—Pues que yo haría lo mismo en su lugar. Es la decisión más valiente. El tratamiento es casi tan malo como la enfermedad.

William advirtió que Kent movía el brazo.

—No necesito un abrazo —dijo.

—Ya lo sé.

William se miró el reloj, aunque no le importaba la hora. Ya había obtenido allí lo que necesitaba: confirmación. La noticia de Sylvie era real porque Kent lo había dicho.

—Tengo cosas que hacer —se disculpó—. Puede que venga esta tarde. O igual no.

—Voy a estar contigo en esto. —Kent salió al trote para alcanzar a William—. No pienso dejarte solo. Saldrás de esta. La medicación te va bien. Va a ser muy duro, pero podrás soportarlo.

—Tengo que pensar.

Pero cuando lo dijo, ya había abierto la puerta principal del edificio y había salido a la calle. Sabía que su amigo estaba tras él, quería seguirlo, pero se dominó.

Caminó hacia Pilsen. Le dolía la piel, le dolía el pelo, le dolía la rodilla, que ya rara vez le molestaba. Había albergado la esperanza de que Kent le dijera que Sylvie no había entendido bien al médico o que existía una cura de la que no le habían hablado. Fue su memoria muscular la que lo llevó al

parque Throop. Allí era donde Arash todavía seguía ejerciendo todas las semanas, de manera que William conocía cada centímetro de la cancha exterior. Encontró una gastada pelota debajo de un banco y comenzó a botarla. El sonido que hacía contra el suelo lo calmaba, desenredaba los latidos de su corazón y le permitía pensar con más claridad.

Era cierto que unos meses antes ya había advertido un cambio en Sylvie, una ligera vacilación en sus movimientos, una desaceleración infinitesimal de sus músculos, articulaciones y tendones, pero lo había achacado a la edad. «Al fin y al cabo —se dijo—, hemos alcanzado la mitad de nuestras vidas.» Sin ella, jamás habría llegado hasta ahí, hasta la mitad.

Seguía martilleando el cemento con la pelota. La noche anterior, su esposa lo había mirado con su hermoso y franco rostro. Ella era su ciudad, su cielo. Le había dado una vida hacía dos décadas y media. Y él no se lo merecía. Durante los primeros años de su relación, no hacía más que decirse: «Deberías marcharte. Deberías romper con ella». Pero no podía soportar la idea. Siempre había sabido que el abismo que se había abierto entre las Padavano era culpa suya, que el silencio entre Sylvie y Julia era culpa suya, que el viaje sin retorno de Julia a Nueva York era culpa suya. Sylvie no estaba de acuerdo, pero era demasiado buena y lo amaba, con lo que se había convencido de que William no tenía la culpa de nada. Y él había dejado que la mentira prosiguiera tanto tiempo porque adoraba su vida con Sylvie; la quería y era todo lo feliz que podía llegar a ser. No estaba dispuesto a que cambiara nada. Había sido un cobarde.

«Se acabó», pensó. Iba a perderlo todo, pero antes haría lo posible para que Sylvie se sintiera amada y completa.

La noche anterior, al ver la expresión de su esposa, supo lo que tenía que hacer. Solo había una respuesta. Una vez que ya había driblado lo bastante como para romper a sudar y tenía todo el cuerpo caliente, se sacó el móvil del bolsillo y llamó a su primera esposa.

Julia

Septiembre de 2008

Julia estaba sentada a su mesa, esperando recibir una presentación de su ayudante y pensando en Alice. Su hija era ya mayor y tenía su propia vida —al fin y al cabo, había cumplido veinticinco y no vivía con ella—, pero los patrones de su cerebro se habían establecido años atrás y estaba programada para preocuparse por ella por lo menos una vez cada hora. Aunque tal vez «preocuparse» no era la palabra exacta, más bien le daba vueltas en la mente como si la joven fuera un cubo de Rubik que no pudiera resolver. La conocía mejor que nadie, pero había una parte que Alice mantenía cerrada a cal y canto, y a Julia le preocupaba ser la responsable de ello. La vida de su hija era demasiado simple y demasiado recta para alguien de su edad. Jamás salía hasta muy tarde ni se emborrachaba demasiado. Jamás lloraba por un hombre, o más bien jamás lloraba por nada, que ella supiera. Y lo más preocupante era que Alice nunca había tenido novio. No se atrevía a preguntárselo sin rodeos, pero había muchas probabilidades de que su hija fuera virgen. Esa carencia en la vida de su hija —carencia de amor, de caricias, de relaciones— le daba pánico. ¿Por qué la hermosa Alice rehuía la intimidad? Era cierto que su altura debía de intimidar a algunos hombres, pero no a todos. Julia solo se acostaba con hombres que respetaran sus condiciones y, aunque había renunciado a tener una relación estable hacía años, jamás tuvo problemas en encontrar a hombres dispuestos. Lo más seguro era que aquel espacio en blanco en la vida de su hija fuera deliberado y ella quería entender el porqué. Pero Alice tenía la habilidad de desviar las conversaciones de su vida personal. En

una ocasión, Julia ignoró todas sus evasivas y presionó demasiado, entonces su hija le respondió:

—¿Por qué tengo que vivir como tú crees que debería vivir? Tú nunca necesitaste a ningún hombre y yo tampoco.

En la universidad, Alice había retrasado el momento de elegir una especialidad, pues le parecía que casi todas las asignaturas eran igual de interesantes, cosa que tenía a Julia pasmada. Su hija era inteligente, pero no se centraba en ninguna carrera.

—Se te dan bien las ciencias —le sugirió—. Yo estaría más que dispuesta a pagarte los estudios de Medicina.

Alice negó con la cabeza con aire distraído.

—No, gracias.

Al final, empezó a trabajar como correctora autónoma para unas cuantas editoriales, lo cual requería que se pasara unas diez horas al día repasando textos con lupa y apenas ganaba bastante para vivir. De pequeña nunca había sido una ávida lectora, prefería ver la televisión, pero ahora le recordaba a Sylvie, con la atención siempre fija en algún libro. A su hermana le había encantado de verdad leer; en cambio, era difícil saber qué hacía que Alice mantuviera la vista fija en las páginas. «¿Qué es lo que vas a hacer de verdad? —se preguntaba Julia—. ¿Quién vas a ser?» Porque aquella versión controlada y descafeinada de su hija no podía ser el producto final. A Julia le preocupaba, desde siempre, que estuviera deprimida. Pero la joven parecía demasiado estable para eso. Y, cuando le preguntaba si estaba bien, siempre respondía que sí.

En ese momento, la luz de su teléfono parpadeó y se alegró de distraerse de sus pensamientos. Descolgó el auricular y, con el tono seguro y profesional que había dominado hacía años, dijo:

—Aquí Julia Padavano.

—Hola, Julia. —Una pausa—. Soy William.

Aquella voz resonaba con un eco. Julia había cerrado su pasado como con una llave de paso y el crujido de la válvula al abrirse era estrepitoso. Repitió el nombre porque no se le ocurría nada más que decir:

—¿William?

Nunca pensaba en él, ¿por qué iba a hacerlo? Su trabajo era pensar en Alice, de manera que se imaginó a la joven inclinada sobre un manuscrito, buscando errores. Y en ese mismo momento le vino a la memoria el apartamento de Northwestern, cuando tenía los pechos llenos de leche. Se sintió acalorada, como si el aire caliente de aquel lejano salón hubiera atravesado el tiempo y la distancia para dar con ella.

Carraspeó.

—¿Por qué me llamas?

—Por Sylvie.

Sylvie. Julia miró alrededor, pero nadie se fijaba en ella. Nadie se había dado cuenta de que su pasado acababa de viajar por una línea telefónica para arrancarle el corazón del pecho.

—Sylvie se muere, Julia. Ahora mismo está bien, pero le queda menos de un año.

Julia apenas tocó la superficie de esas palabras. No podía acercarse demasiado porque eran como ascuas ardientes. «Me encanta mi trabajo —sintió el impulso de decir—, y soy una de las mejores del mundo en mi campo. El año pasado gané trescientos mil dólares.» Quería hacerle saber que tenía éxito y que, por lo tanto, estaba demasiado ocupada, o tal vez era demasiado importante, para esa clase de noticias. Pero no podía decirlo. También tuvo la tentación de colgar, como una niña que hubiera cogido la llamada de otra persona.

—No —fue lo único que respondió.

—Solo quiere tenerte a ti, Julia. Te necesita.

Julia bajó la vista. Llevaba un traje gris azulado. Se había hecho una pequeña carrera en las medias, que ya detendría con un poco de esmalte de uñas. Intentó comprender, porque era como si William le estuviera pidiendo que hablara un idioma que no practicaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Te ha pedido Sylvie que me llames?

William guardó silencio. Julia recordó que así era como hablaba siempre: con reticencia, con vacilación, sin estar nunca seguro de usar las palabras precisas. Daba por sentado que seguía casado con su hermana, pero solo porque no le había llegado noticia alguna de su divorcio. Julia jamás

pensaba sobre la vida en Chicago, ni pasada ni presente.

—No —contestó él por fin—. Sylvie no sabe que te estoy llamando.

—Tengo la agenda completísima. Llevo mi propio negocio. No tengo tiempo para ir a ningún sitio. —Alzó la mano y la agitó. Al otro lado del cristal, su joven ayudante se levantó de un brinco, cuaderno y bolígrafo en ristre, y se dirigió hacia ella. Pero Julia no tenía nada que decirle, por supuesto. Solo la había puesto en movimiento presa del pánico. La iba a despachar, igual que iba a despachar a William. Ambos eran callejones sin salida, muros en blanco.

—¿Julia?

Julia aguardó mientras los años palpitaban entre ellos a través de la línea telefónica.

—Nunca he visto a dos personas quererse como os queréis Sylvie y tú. —William carraspeó—. Al principio creía que era por mi infancia, porque en mi casa no existía esa clase de relación. Pero no. Nunca he visto nada como lo que hay entre tu hermana y tú.

Algo en el interior de Julia comenzaba a desmoronarse, como en esas horribles imágenes de glaciares, cuando unas secciones de hielo gigantescas se caen al mar helado. Sylvie se estaba muriendo. Su hermana, que había llegado a ser para ella tan familiar como su propio cuerpo. Su hermana, que no había sido su hermana durante más de dos décadas. Julia tosió y le salió un extraño sonido, como si sus tripas se hubieran echado a llorar sin que ninguna lágrima surgiera a la superficie. Todo su ecosistema estaba cambiando bajo su piel.

—Por favor, ven a casa —suplicó William.

Julia sabía controlar la voz. Llevaba décadas enfrentándose a hombres, tanto en las salas de reunión como en sus citas. Era experta en marcar un objetivo, dirigirse hacia él y alcanzarlo. Le complació ver que su voz sonaba segura y clara en ese momento:

—Lo siento, William, pero no puedo.

Al colgar, se dio cuenta de que le temblaban las manos. «No hay problema —se dijo—. Puedo gestionar esto.» Se levantó y se concentró en caminar con elegancia hacia el baño. Escogió a

dos empleados al azar a los que sonreírles mientras cruzaba la oficina. Ya en el servicio, se echó agua fría en la cara. «Tú sigue con tu plan, Padavano. ¿Qué te toca hacer ahora? No pienses en otra cosa.» Al fin y al cabo, si Sylvie estaba enferma, no era asunto suyo. La llamada telefónica no había cambiado en nada su vida actual. Su hermana ya no formaba parte de su mundo.

Cuando salió del baño, se detuvo ante uno de los empleados más inteligentes, graduado del Instituto Tecnológico de Massachusetts, que no creía que Julia mereciera ser su jefa. Se puso a comentar con él un proyecto en el que estaban trabajando, pero le costaba mucho trabajo prestar atención a la voz del joven. Su atención se centraba y se descentraba como los latidos de su corazón. Por fin, se disculpó alegando que tenía que hacer una llamada urgente. Al volver a su mesa, se dio cuenta de que iba descalza. Se quedó mirando los tacones, bien alineados debajo de su mesa. Se los debía de haber quitado mientras hablaba con William, aunque no se acordaba en absoluto. ¿Habría notado el joven ingeniero que iba descalza por la oficina? Julia tenía al respecto una regla personal: no quitarse jamás los zapatos en el trabajo, ni siquiera cuando se quedaba hasta tarde. Y había violado esa regla.

Abrió y cerró los cajones del escritorio como si buscara algo porque necesitaba dejar la mente en blanco unos momentos para resetear. De pronto, le sonó el móvil, vio en la pantalla que era Alice y sintió un hipido de miedo. ¿Habría presentido de alguna manera que acababa de hablar con su padre? Recibir la llamada de William y a continuación la de Alice era una casualidad imposible. William estaba muerto, Chicago estaba muerto. Sylvie estaba… Julia no logró terminar esa frase mental.

—Hola, cariño —saludó, poniendo todos sus esfuerzos y concentración en usar su voz normal.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? A mí me da igual una cosa u otra. Tengo un nuevo proyecto, así que me puedo quedar trabajando.

Una vez a la semana, madre e hija se reunían en casa de

Julia después del trabajo. Pedían comida a domicilio y veían una película o un programa de televisión, sentadas con las piernas cruzadas en el sofá, como habían hecho desde que Alice era muy pequeña. Para las dos era una experiencia reconfortante, aunque Julia también se sentía incómoda sabiendo que su hija debería estar por ahí, viviendo su vida, y no con su madre como si todavía tuviera diez años.

—Estoy muy liada. Me vendría mejor otro día —contestó. Tenía la sensación de que la planificación del día se le escapaba de las manos, como un plato que se le escurriera. Seguía descalza, una parte de ella se negaba a calzarse. Pero como la Julia normal, la que había sido antes de la llamada de William, habría proseguido con la conversación, preguntó—: ¿Qué proyecto es ese?

—Ah, pues estoy corrigiendo una novela. Ya le dije a Naveen que no me gusta hacer literatura, que prefiero no ficción, pero me dice que la ficción es buena para mí.

—¿Y de qué va?

—Es como una versión moderna de *Mujercitas.* ¿Tú lo leíste de pequeña?

—*¿Mujercitas?* —Julia de pronto sentía el cuerpo como lleno de arena mojada y grumosa. Logró emitir un ruido para asentir. Recordaba estar tumbada en la cama, junto a Sylvie, en la oscuridad, en su pequeña habitación del número 18 de Place. Se había quedado dormida oyendo la voz de su hermana incontables veces. Siempre acababan manteniendo la misma discusión: cuál de ellas estaba mejor cualificada para ser Jo March. «Yo tengo el valor y la determinación de Jo», sostenía Julia. «Pero yo voy a ser escritora —replicaba Sylvie—. Soy la que podría contar nuestras historias.»

—Jo dirige una editorial feminista en Nueva York —contó Alice—. Meg todavía se casa por amor. Amy es una peleona y Laurie es una mujer de la que todas están enamoradas.

—¿Y Beth se muere?

—Beth se muere. Es muy triste.

Así, sin más, las dos niñas en sus camas de Place fueron silenciadas. La niña que Julia llevaba dentro yacía con los ojos muy abiertos en la oscuridad. Sabía con certeza que era Jo,

pero solo porque Sylvie era Beth.

Sylvie

Octubre de 2008

Sylvie cogió un libro y lo dejó en otro sitio. Llevó tres carritos de libros a la pared lateral para que los chicos los colocaran en las estanterías al día siguiente. Echó un vistazo a uno de los carros: estaba lleno de novedades. Las vistosas y brillantes cubiertas de los libros nuevos siempre la entristecían un poco. Autores y editores esperaban que sus libros arrasaran en el mercado y eso casi nunca sucedía. Sylvie llevaba trabajando en esa biblioteca desde que tenía trece años y había visto cientos de miles de libros aparecer y desaparecer de los estantes.

Pensaba que aquel interminable carrusel de libros era lo que la había disuadido de publicar el suyo. Lo que estaba escribiendo era demasiado precioso para introducirlo en el mercado comercial. Además, la publicación exigía que la historia tuviera un final, y ella todavía no había terminado. Había seguido escribiendo y revisando años después de que encuadernara el libro para Izzy, incluyendo algunos recuerdos que las gemelas le habían contado. Le interesaba ver cómo las distintas historias y los distintos periodos exigían un ritmo diferente. Escribir sobre el embarazo de Cecelia y el de Julia y la ira de Rose había sido como intentar entrar en un tornado. Los recuerdos de la infancia, sin embargo, estaban separados, como unas esponjosas nubecillas blancas que estaban en el mismo cielo azul y no se tocaban: aquella vez en la que el padre Cole la regañó delante de toda la iglesia por leer una novela durante la misa, cuando Cecelia dejó a toda la familia fuera de la casa durante una hora mientras terminaba un cuadro, cuando se les estropeó el coche alquilado en la cuneta y Rose les enseñó una canción de su infancia para pasar el

tiempo. Pero, ya al llegar a la juventud, los sucesos parecían solaparse los unos sobre los otros. Solo al escribir sobre ellos llegaba Sylvie a entender que el mismo día que su queridísima Izzy llegó al mundo, Charlie lo había dejado. Y el día que nació Alice, Rose se había marchado de Chicago.

No podía evitar preguntarse qué implicaría su propia muerte. ¿Qué cascada de golpes provocaría? En su familia no había ningún embarazo: sus hermanas eran ya muy mayores e Izzy estaba todavía muy lejos de la maternidad, aunque tenía un novio muy simpático a quien le gustaba verla jugar al ajedrez y que le llevaba las cuentas de sus clases particulares. Cecelia se burlaba de ella diciendo que parecía más un ayudante que un novio.

—A mí me viene bien —se encogía de hombros Izzy—. En la cama es genial.

Tal vez Alice estaba embarazada, pensó Sylvie. Y se recriminó sus pensamientos. No sabía nada de Alice; no era asunto suyo y no podía tener nada que ver en absoluto con su vida o su muerte.

Desde que había recibido el diagnóstico, había vuelto a leer *Hojas de hierba.* Quería asimilar el enfoque optimista de Whitman sobre la muerte, quería compartir la mente abierta del poeta sobre lo que vendría a continuación. Cada vez que sentía un ramalazo de miedo, se repetía el verso: «Y morir es distinto de lo que todos suponen y más afortunado». Oía las palabras con la voz de Charlie, lo cual la llevaba de nuevo a aquel jardín detrás de la tienda. Ese día su padre estaba cerca de la muerte y le había llegado el momento a ella. Su padre le había dicho algo que tal vez necesitaba creer él mismo: que todo era hermoso, lo cual significaba que su vida —a pesar de ser un fracasado a ojos de Rose, a pesar de que casi había tocado a su fin— era hermosa. Y era cierto: todo era hermoso. Desde el diagnóstico, Sylvie veía belleza por todas partes: en un estante bien ordenado de libros, en la sonrisa que Emeline le dirigía al bebé que tuviera en ese momento en brazos, en las conocidas arrugas del rostro de William. A veces se sorprendía mirando maravillada las preciosas bandas de luz que había en el suelo de la biblioteca.

No pensaba en su enfermedad excepto cuando sufría uno de sus peculiares dolores de cabeza. Había seguido dibujándolos, con sus círculos concéntricos, casi como si llevara un diario. Aquel dolor era tan personal, tan único, que quería documentarlo. Si se lo hubiera pedido, William habría mirado sus dibujos y la habría escuchado explicar que a veces hasta oía una música lejana dentro del dolor. Pero habría sido una crueldad. Sylvie quería ayudar a William, no aumentar su sufrimiento. Todos los días buscaba la manera de asegurarse de que William siguiera viviendo, o más que eso, de que quisiera vivir, cuando ella ya no estuviera.

Cuando quedó con Kent en una cafetería bien alejada de Pilsen o de las instalaciones de los Bulls, le mostró su resonancia y le dijo:

—Igual tienes que volver a salvar a William cuando yo no esté. De una forma u otra. Lo siento.

Kent, más serio desde su divorcio, contestó:

—No te preocupes, Sylvie. Me las apañaré.

Le habría gustado que William siguiera trabajando en su manuscrito porque escribir podría ofrecerle cierto apego a la vida. Pero él lo había dejado a los seis meses de estar saliendo con ella, aduciendo que ya no lo necesitaba. Sylvie lo entendió. Para entonces, William trabajaba para el equipo de Northwestern y había sustituido el silencio de su interior por amor y amistad, su medicación y el martilleo diario de las pelotas contra el suelo de la cancha. Al fin y al cabo, el manuscrito de William jamás había sido un libro, sino más bien una lucha interna. Cada frase que escribía sobre el deporte que amaba era una cerilla encendida contra su oscuridad. Pero, en su vida con Sylvie, ya no le hacía falta.

Alguien la llamó por su nombre. Sylvie se volvió. William se dirigía hacia ella andando sobre la moqueta de la biblioteca. Sonreía, pero era una sonrisa artificial, la misma que había esbozado cuando se habían conocido hacía ya tantos años. Su esposo había vuelto a necesitar poleas y palancas para que su rostro respondiera a su voluntad. Casi se le podía leer la mente: «A lo mejor Sylvie piensa que estoy bien y así no se preocupará».

Porque Sylvie no podía permitirse preocupaciones. William había ido a buscarla para ir juntos a contarles a las gemelas su diagnóstico. Había insistido en acompañarla, a pesar de sus protestas. El rostro de su esposo permanecía pétreo desde que le había contado que estaba enferma hacía dos semanas. Algo en su interior se había vuelto en otra dirección y estaba decidido a que sus palabras y sus actos se alinearan con esta nueva ruta. Sylvie sabía que la ruta tenía que ver con ella, pero ignoraba qué implicaba. Hacía poco que advertía que la energía se le escapaba, como el agua por el desagüe de una bañera. Ya no podía intentar comprenderlo todo. Tenía que dejarlo. Se preguntó si morirse iba a consistir sencillamente en ir dejando una cosa detrás de la otra.

Caminaron cogidos de la mano las pocas manzanas que los separaban del superdúplex. No hablaban, no les hacía falta. Estaban a mediados de octubre y las hojas cambiaban de color. «Menudo árbol», pensó Sylvie al pasar junto a un viejo roble. Señaló con la cabeza a un cardenal posado en el techo de un coche. Era un día nublado, pero se veía un triángulo azul en el rincón izquierdo del cielo.

Las gemelas salieron a recibirlos a la puerta de la casa de Emeline con una expresión de preocupación. Sylvie les había pedido que estuvieran en casa, que tenía algo que contarles. Y se lo contó de pie en la cocina. Josie estaba trabajando e Izzy había salido. Sylvie se acordó de la última vez que había reunido a sus hermanas pequeñas para contarles algo que no querían oír. El doble impacto de ese día fue que tuvieron que renunciar a Julia, como el que suelta un globo. Ella todavía les agradecía que la hubieran perdonado y le dolía en el alma tener que romperles de nuevo el corazón. Por suerte, Izzy no estaba. La joven tenía su propio apartamento, aunque todavía flotaba de una habitación a otra como había hecho toda su vida. Habría sido demasiado tener que contárselo a ella también. Necesitaba ir poco a poco, a un ritmo soportable. Tendría que decírselo también a Rose, pero de momento no se veía capaz de aguantar la reacción de su madre. En unos pocos meses, cuando estuviera más enferma, la llamaría o le pediría a alguna de sus hermanas que lo hiciera.

Cuando por fin consiguió contarlo, las gemelas reaccionaron de la manera más inesperada: Cecelia se echó a llorar y Emeline se puso furiosa.

—¡Ni hablar! —exclamó a gritos—. ¡De eso nada! ¡No es justo!

—No hay nada justo en esta situación —le dijo William.

—¿Lo habéis consultado también con Kent? —preguntó Cecelia.

Sylvie asintió. Era increíble lo mucho que todos confiaban en él. Era médico deportivo —ni siquiera era médico de familia, ni mucho menos oncólogo—, pero todos lo llamaban cuando tenían mucha fiebre o le mandaban fotos de un corte en la mano para preguntarle si la herida necesitaba puntos. Era imposible deshacerse de la identidad de «médico», y tanto Sylvie y su familia como todos los amigos de Kent le mostraban síntomas y heridas con una expresión que decía: «¿Me puedes curar?».

Emeline paseaba por la cocina. Cecelia se enjugaba las lágrimas de la cara y volvía a llorar.

—Tenía que ser yo —dijo Emeline con tono agresivo.

Sylvie y Cecelia se volvieron hacia ella, sorprendidas.

—¿Por qué?

—Porque se supone que yo soy Beth. No tú. Siempre he sabido que yo me moriría la primera. —Y añadió con voz más calmada—. Beth y yo hasta tenemos la misma personalidad. Yo soy la más callada, la más casera.

Sylvie la miró incrédula. Por lo visto, Emeline ya había escrito la historia de su propia vida, seguro que desde que eran pequeñas, y ella acababa de borrarle el final. Era cierto que Emeline siempre había protegido a sus hermanas, siempre les había hecho de madre, había cargado ella con cualquier sufrimiento. Si había una bala, Emeline quería ponerse delante. Eso era lo que tenía planeado y le ponía furiosa que esos planes se torcieran.

—Ay, Emmie… —se compadeció Sylvie—. Lo siento.

—Pero… —comenzó William vacilante—. ¿Beth no es un personaje de ficción?

—Esto es espantoso —se quejó Cecelia.

—No puedo soportarlo —dijo Emeline.

Sylvie se sintió de pronto muy débil, como si toda la sangre se le hubiera vuelto pesada. Eso fue lo que sintieron cuando Julia se marchó, pensó. Pero se habían acostumbrado a esa ausencia. Lo cual significaba que también se acostumbrarían a la suya.

Sylvie estaba sentada en la cama con un libro en el regazo. Tenía demasiado sueño para leer, pero la proximidad del libro la reconfortaba. La conversación con sus hermanas le había exigido más fuerzas de las que tenía, pero le aliviaba habérsela quitado de encima. William estaba tumbado junto a ella, sin ningún libro. Si no tenía ganas de leer, no iba a fingirlas. Sylvie siempre lo había admirado por ello. Ella llevaba un libro encima a todas horas para leer, sí, pero también como un útil escudo para desviar la atención de los demás. Se ponía el libro delante de la cara y se dedicaba a pensar, o tan solo se escondía. Pero William solo cogía un libro cuando deseaba leerlo.

—Tus hermanas y tú tenéis muchos puntos de referencia, una historia muy densa —comentó—. No me acostumbraré nunca.

Sylvie le estudió la expresión. Veía en ella algo nuevo, la sugerencia de que estaba pensando en una pieza muy lejana de su propia historia, un punto de referencia propio.

—¿Estás pensando en tu hermana? —preguntó.

William esbozó un atisbo de sonrisa.

—¿Cómo lo sabes? Hace que no pienso en ella… No sé, mucho tiempo.

«Lo sabía», pensó Sylvie. Era consciente de que los últimos tiempos había comenzado a pensar en lugar de hablar en voz alta, como si la voz y el pensamiento fueran lo mismo, como si llevaran el mismo peso y cubrieran la misma distancia.

Pero William parecía oírla de todas formas.

—Me acordaba de cuando me rompí la pierna en el instituto. Es la única vez que recuerdo haber pensado en Caroline de pequeño. No podía jugar al baloncesto y quería

estar muerto, como ella. Pero creo… Creo que quería morirme en parte porque quería estar con ella. No me gustaba vivir en casa sin ella. Nunca llegué a pensarlo en estos términos, pero la echaba de menos. —Guardó silencio un momento—. De alguna manera, la echo de menos a pesar de no haberla conocido. ¿No es raro?

Sylvie puso la mano sobre la de él. Ambos habían visto esa tarde un dolor inmenso en la cara de sus hermanas, cuando se vieron obligadas a considerar la vida sin Sylvie. No era extraño pensar que, si alguna de las cuatro hermanas Padavano hubiera muerto siendo un bebé, las otras tres la habrían echado de menos, habrían echado de menos una parte de ellas mismas durante toda su vida.

—A mí me parece comprensible —dijo, dándole un apretón en la mano. Se acordó de cuando le cogió la mano helada en la ambulancia, hacía décadas. En aquel momento, también quiso mantenerla agarrada, con tanta fuerza que nada pudiera separarlos.

William

Octubre de 2008

Pasaron tres semanas desde que William llamó a Julia. Luego cuatro. Octubre tocaba a su fin. ¿Sería posible que no acudiera? Julia era la persona más terca y decidida que había conocido en su vida, desde luego que no iba a presentarse en Chicago sencillamente porque él se lo pidiera. Aun así, se despertaba todas las mañanas pensando: «Hoy es el día». No le había contado a nadie, ni siquiera a Kent, que la había llamado. Cuando Sylvie volvía a casa de la biblioteca por las tardes, se fijaba en su expresión para ver si había sucedido algo. Ella les había hecho jurar a las gemelas que no le dirían nada ni a Julia ni a Rose, de manera que estaba convencida de que todos los caminos hacia su hermana estaban bloqueados. Pero todas las tardes se la veía igual, un poco cansada y contenta de verlo, lo cual era en parte un alivio, a pesar de que William estaba convencido de que Sylvie necesitaba a Julia. Aun así, la idea de que su exmujer, tal vez incluso con su hija, se presentara en su ciudad y en su vida le resultaba inconcebible. No le daba muchas vueltas, pero la mera posibilidad permanecía en su visión periférica, como si Julia y Alice estuvieran en el horizonte.

Había llegado tan lejos porque casi nunca pensaba en Alice. Había logrado cerrar esa parte de su historia. No se había permitido tener una hija, de manera que, en su mente, no la tenía. Esta convicción no la alcanzó sin esfuerzo. Había retratos de Alice que tenía que evitar en casa de Cecelia y, cuando Izzy tenía diez años, había pasado por una fase de insistir en preguntarle por su hija. Siempre le había gustado Izzy, que no tenía paciencia para hablar de naderías, algo que

a él no se le daba nada bien. Pero hubo un tiempo durante su infancia en el que se mostraba tan directa que resultaba chocante y todos los adultos que la rodeaban habían sentido su aguijón de una manera u otra. «Siempre comes más de lo que necesitas», le soltó a Josie una vez. La mujer, con una cucharada de *mousse* de chocolate en la mano, se puso como un tomate.

—¿Por qué no vas a Nueva York a ver a Alice? —le preguntó a su tío un buen día—. ¿No tienes curiosidad por ver cómo es? ¿Y si no está bien porque tú no estás?

William se había visto obligado a contestar, en lugar de marcharse como habría hecho si Izzy hubiera sido una adulta.

—Tú estás bien sin tu padre.

Ella se quedó pensando.

—Sí, pero te tengo a ti y a toda mi familia. ¿Y Alice qué tiene?

—Tiene a su madre. —Aquello, para William, había sido siempre lo fundamental.

Todo el mundo —Kent, Sylvie, las gemelas— entendía que solo se podía hablar de Julia o Alice en ausencia de William. Esta nueva situación, este estar esperando el estallido de una bomba que él mismo había detonado, resultaba agotador. Sus días consistían en ir al trabajo, ver jugar al equipo, almorzar con Kent, cenar con Sylvie… y esperar. Ni siquiera intentaba ya estar tranquilo. Estaba comprometido con el proyecto a largo plazo de erradicar las mentiras y los secretos de su vida, y de cuidar de Sylvie de cualquier forma que pudiera ocurrírsele.

Una mañana, cuando esta ya se había marchado a la biblioteca, William abrió el armario del dormitorio y sacó una caja de cartón de tamaño medio que solo contenía un objeto: la foto enmarcada de Caroline. La miró por primera vez desde que le había llegado por correo tras la muerte de sus padres, dos años atrás. La misma noche que Sylvie habló con las gemelas de su enfermedad, Caroline acudió a su mente como una invitada sorpresa. La vida parecía estar repleta de pequeñas sorpresas desde que Sylvie había caído enferma. Emeline gritaba furiosa sobre un personaje de una novela

infantil; William llamaba a su primera esposa; su hermana ocupaba un nuevo lugar en su corazón… Y una vez que Caroline apareció, ya no se fue. La pequeña pelirroja, tan lejos ya en su pasado, lo acompañaba todos los días desde entonces. Quería ver su rostro.

Por lo visto, su madre había muerto de una dolencia hepática y su padre sufrió un infarto letal en la mesa de su oficina pocos meses después. Habían dejado su patrimonio a la parroquia católica. El abogado llamó a William para contarle la noticia y pedirle que volviera a Boston para recoger la casa y disponer de los enseres personales.

—¿Como qué? —preguntó él, incapaz de imaginar en realidad qué serían esos objetos.

—Álbumes de fotos, porcelanas, joyas…

William contrató a una empresa para que recogiera y vendiera o regalara todo lo que hubiera en la casa, salvo la fotografía enmarcada de la niña pelirroja sentada a la mesa del salón. Se la enviaron por correo y, aunque Sylvie había querido colgarla en la pared, pues estaba tan encantada de ver la foto como lo habría estado de conocer a su hermana, William la había metido en el armario del dormitorio.

Pasó el pulgar por la fotografía con suavidad. Era cierto que había hablado con Sylvie de Caroline mientras estaba en el hospital, pero luego había vuelto a encerrarla en lo más hondo de sus pensamientos. Siempre supo que sus padres habrían preferido que muriese él en su lugar. En la casa donde se crio, siempre estuvo claro que la pérdida de la pequeña había supuesto el mayor dolor imaginable. La muerte de Caroline había acabado con sus padres, y vivir con esas dos personas destrozadas había provocado en William un cierto miedo hacia su hermana. En ese momento, con la foto en las manos, se daba cuenta de que le había dado la espalda tanto a su hermana como a su hija para protegerse de aquel específico dolor. Por supuesto, lo más irónico era que, para no perderlas, las había apartado por completo de su vida.

Le sudaban las manos. Las verdades se iban desvelando en su interior. Sus padres habían quedado aplastados bajo el peso de su inmenso dolor, habían decidido fingir que vivían en

lugar de vivir. Y tal vez él habría tomado esa misma decisión cuando salió del hospital de no haber sido por Sylvie. Los días habrían ido pasando como pasan los minutos en el reloj, con todo bien cerrado en su interior, si Sylvie no hubiera insistido en que se permitiera amarla. Pero sus padres no habían tenido a nadie que los salvara y no podían mirar a su hijo sin acordarse de la pérdida de su hija. Le habían dado la espalda y en ese momento William entendía que él había hecho lo mismo con Caroline y con Alice. En realidad, no era mejor que sus padres. Los tres les habían escatimado tiempo y amor a personas que merecían ambas cosas. Se acordó de cuando era pequeño, un niño solitario botando una pelota en el parque, y quizás por primera vez llegó a creer que había merecido la atención de sus padres. Y, en ese momento, los perdonó.

Su hermana le sonreía desde la fotografía, ignorante de su propio poder. Se la veía ilusionada, dispuesta a divertirse. ¿Cómo habría sido la vida de William si ella no hubiera muerto, si se hubiera criado con una hermana mayor, en una familia que no hubiera quedado silenciada por la pérdida?

Tras el fallecimiento de sus padres, aquella foto era la única prueba de la existencia de Caroline, y él era el único que sabía que había vivido. William salió de casa con la foto y recorrió el entramado de manzanas que lo separaban del superdúplex. Le divertía que Izzy hubiera bautizado así a las dos casas años atrás. En el momento le pareció una tontería, pero el nombre había calado. Por fin, llamó a la puerta de Cecelia, aunque sabía que podía estar en la casa de al lado o subida en una escalera en algún punto de la ciudad, pintando. No había visto a ninguna de las gemelas desde que Sylvie les había dado la noticia.

Sintió alivio cuando Cecelia le abrió la puerta con unos vaqueros y el pelo recogido con la bandana amarilla que llevaba para trabajar. Estaba pálida, pero seguía siendo ella. Después de haber visto a la plácida Emeline montar en cólera y a la curtida Cecelia llorar, a William le preocupaba que la perspectiva de perder a Sylvie las hubiera vuelto irreconocibles. Hasta aquel día, jamás había oído a Emeline alzar la voz. Claro que Cecelia podía estar totalmente

cambiada bajo la piel, igual que lo estaba él, pero su rostro familiar seguía siendo un alivio. William quería a las hermanas pequeñas de Sylvie, un amor que se había ido afianzando con los años. Las gemelas lo habían aceptado a pesar de que sus actos habían separado a la familia y aquella generosidad —al fin y al cabo, ninguna de las dos tenía nada que ganar de él— seguía pareciéndole extraordinaria.

—William —se sorprendió Cecelia—. ¿Qué pasa? ¿Está Sylvie…?

—Sylvie está bien. No vengo por ella. —Le tendió entonces la foto enmarcada—. Me gustaría que pintaras a Caroline. —Carraspeó, de nuevo falto de aliento—. Por favor.

Cecelia miró la foto.

—Es tu hermana —declaró, como vacilante—. William, es preciosa.

Él tuvo miedo de echarse a llorar si no se iba. Quería dejar con Cecelia a su preciosa hermana para que la replicara y tal vez la pintara en un enorme lienzo. Así seguiría existiendo de manera independiente. No la había tratado bien al tenerla durante tantos años secuestrada en su interior: tenía miedo de que, si le abría la mirada y el corazón, ella le hiciera daño como les había hecho daño a sus padres. Pero ese temor había sido absurdo. La pequeña de la foto merecía mucho más.

—¿Lo harás?

—Pues claro. —Cecelia sostenía el marco con las dos manos, como si temiera que se le cayera.

William asintió con la cabeza, incapaz de hablar, y dio media vuelta para marcharse.

—Gracias por pedírmelo —le dijo ella a su espalda.

Esa tarde era el día de la semana que abría la clínica de Arash. William había faltado unas cuantas semanas desde el diagnóstico de Sylvie, pero ya era hora de volver. Cuando estaba a una manzana de distancia, ya podía ver a Kent, Arash y varios chicos en la cancha. Izzy, que les daba clases particulares a varios chicos que estudiaban en el instituto, estaba charlando con una joven jugadora. Arash dedicaba su

jubilación a ayudar a jóvenes jugadores, tanto en la clínica como en varios equipos de institutos públicos. «Si podemos ayudar a un solo niño…», había dicho al abrir la clínica para convencer a William y a los demás de que se le unieran. Y todos estuvieron de acuerdo en que ayudar a un solo niño podría significar mucho.

—¡William! —lo saludó Arash.

Kent sacudió la mano desde la cancha, encantado de verlo. Las pelotas botaban contra el cemento y William se concentró en el sonido. En las canastas no había red, pero se imaginaba el siseo de la pelota al entrar por el aro. Solo al acercarse se dio cuenta de que allí había más gente de lo habitual. Estaban los adultos de siempre y los chicos, por supuesto, ya calentando y lanzando en el extremo de la cancha, pero también veía a Washington y a Gus. Ambos tenían trabajos en el mundo real, que es como Kent y William llamaban a cualquier empleo fuera del baloncesto. Washington era estadista, funcionario; y Gus era profesor de literatura en el instituto. Nunca habían estado en la clínica.

—Hola a todos —saludó William, con algo de recelo.

—Qué alegría verte por aquí —dijo Arash.

Todos asintieron a la vez con la cabeza, como queriendo demostrar que estaban de acuerdo. Izzy siguió hablando con la joven jugadora sin hacer ni caso. William sintió una oleada de gratitud hacia su sobrina. Había oído hablar de lo de su tía, por supuesto, pero no abordaría con él el tema en público.

Fue a sentarse a las gradas. Sabía que ese día no podría enseñarle nada a nadie, que estaba allí solo como una de las columnas que sostenía sus esfuerzos. Era el menos jovial de los adultos, de forma que su presencia imponía un buen comportamiento a los chicos.

Washington y él se sentaron a su lado.

—Qué alegría verte, colega —dijo Washington—. ¿Qué tal van los Bulls este año?

—Yo estoy deseando ver a Pooh en acción —declaró Gus. Pooh era el apodo del fichaje estrella del equipo: Derrick Rose —. Podría ser nuestro próximo Jordan. —Era lo que Chicago ansiaba desde que Michael Jordan había dejado los Bulls hacía

nueve años. Cada nuevo fichaje que entraba llevaba un peso imposible sobre los hombros.

William los miró a los dos.

—Supongo que estáis aquí porque Kent os ha contado lo de Sylvie.

Ellos apartaron la vista con expresión sombría. Se quedaron un rato mirando a los chicos correr a un lado y otro de la cancha.

—Kent es muy listo —dijo por fin Washington—. Sabe que serás amable con nosotros y nos dejarás quedarnos contigo.

Si hubiera tenido energía, William habría sonreído ante la astucia de su amigo. El razonamiento era correcto. Kent formaba parte de la vida de William de tal manera que este no tenía que preocuparse de herir o no sus sentimientos. Pero los otros dos se habían pasado veinticuatro horas recorriendo la ciudad buscándolo y lo habían salvado; desde entonces William se sentía en deuda con ellos. Cuando salió del hospital, insistió en hacerles favores. Había ayudado a Washington en dos mudanzas y todas las temporadas iba a darle charlas al equipo de baloncesto del instituto de Gus. Otros dos compañeros del Northwestern habían necesitado apendicectomías en plena noche y ambos habían llamado a William para que los llevara al hospital. William estaba programado para no sentir sino gratitud por los dos hombres que en ese momento estaban sentados a su lado.

—No tienes que decir nada, William —aseguró Gus—. Tan solo nos quedaremos aquí viendo jugar a los chicos. Vendremos también la semana que viene. Y, si quieres decir algo, pues adelante, claro.

—Eso es. —Washington le dio unas palmaditas en la rodilla.

Sylvie

Octubre de 2008

Diez días después de hablar con Emeline y Cecelia, Sylvie se marchó de la biblioteca durante la pausa del almuerzo para comprarse un helado. Era una nueva costumbre. Antes había sido firme defensora de que el helado y los dónuts eran cosas de niños, pero cuando eliminó todas las reglas y la culpa de la comida, se dio cuenta sorprendida de que eran sus dos chucherías favoritas. Desde entonces iba a una pastelería muy cara, de la que emanaba un olor delicioso, se comía un dónut y luego se compraba un helado para el almuerzo. La heladería estaba a un paseo de tres manzanas desde la biblioteca, tres manzanas que le resultaban tan familiares que, más que aceras, calles y tiendas, eran recuerdos. Estaba sentada en la acera con Cecelia cuando se enteró de que estaba embarazada de Izzy. La lavandería de la esquina era antes la carnicería donde su madre hacía trueques: una variedad griega de calabaza que Rose cultivaba en su jardín a cambio de la carne. Sylvie pasó por delante de su primer apartamento y alzó la cabeza para mirar las ventanas. Le había encantado en su momento, allí había estado desnuda con un hombre por primera vez. Este recuerdo la divertía porque justo al otro lado de la calle había una parada de autobús con un anuncio de la empresa de electricidad de Ernie, donde aparecía una foto de este sonriente, más gordo, con bigote. Vivía allí cerca con su esposa y sus cuatro hijos. El paso del tiempo y los detalles que convertían algunos momentos en recuerdos imborrables, mientras que otros se desvanecían en el aire, acompañaban a Sylvie en su paseo, como la bruma de su propia vida.

Cuando entró en la biblioteca, vio a Emeline en el

mostrador, de espaldas a ella. «Ay, Dios», pensó. Estaba cansada y, en ese momento, hablar con su hermana iba a suponerle un gran esfuerzo. Hizo acopio de fuerzas y se acercó. No la había visto desde que le había contado la noticia, pues solo se comunicaban por teléfono o por mensajes, pero confiaba en que Emeline hubiera tenido tiempo suficiente para recuperar su habitual equilibrio. Al acercarse, la invadió un extraño sentimiento. Emeline no llevaba blusas de seda como aquella y el pelo también lo tenía raro…

Cuando la mujer se dio la vuelta, Sylvie sintió una auténtica sacudida eléctrica.

Era Julia.

Las hermanas se quedaron mirando. Sylvie se bamboleó un poco. Llevaba tanto tiempo imaginándose a su hermana que era como si su propia imagen hubiera salido de un espejo.

—¿Eres tú de verdad?

Julia, a sus cuarenta y ocho años, estaba imponente. Su melena —parecida a la de Sylvie, pero más densa y por tanto más pesada— enmarcaba su rostro. Iba vestida con elegancia. Sylvie, en cambio, llevaba la ropa habitual para la biblioteca, unas zapatillas Converse y un jersey. La última vez que había estado con Julia, si es que estaba con ella en ese momento, su hermana vestía tejanos y una camiseta vieja. Se encontraban entre cajas de mudanza, con un bebé a los pies, y Julia le decía que sabía que le estaba ocultando algo. Luego le tendió los papeles del divorcio y Sylvie no volvió a verla jamás.

—Supongo que sí, que soy yo —contestó frente a ella, como si no estuviera muy segura.

—Pensaba que no volvería a verte nunca. ¿Te lo han contado las gemelas? Habían prometido no hacerlo, pero cambiarían de opinión. Ha sido Emeline, ¿no?

—No. William.

—¿William? —se pasmó Sylvie. Pero su voz era muy débil y no pudo escuchar ninguna respuesta. La electricidad de su interior zumbaba demasiado.

Cuando era pequeña, se maravillaba cuando sus amigas se echaban a llorar delante de sus madres si habían tenido un mal día en el colegio o las había rechazado el chico que les

gustaba. Esas madres eran su lugar seguro, de manera que con ellas podían permitirse sentir cualquier cosa. Julia había sido esa persona para ella. Rose era demasiado volátil y siempre parecía tener algún conflicto con ella, incluso cuando Sylvie era demasiado pequeña para que ese fuera el caso. Por ello, en lugar de acudir a su madre, se iba a su cuarto para arrojarse a los brazos de Julia. Había empapado de lágrimas el uniforme de su hermana incontables veces. Si alguna vez no sabía muy bien cuáles eran sus sentimientos, la mera presencia de Julia le ofrecía claridad.

Hasta el momento, había estado bien, calmada, racional. Pero entonces entendía por primera vez que se estaba muriendo. Perdería todo lo que amaba, a todos sus seres queridos. Su hermana estaba allí, lo cual ya era imposible de por sí y Sylvie lo sentía todo solo por eso.

Cerró los ojos y en ese instante oyó una voz masculina:

—¿Eres Julia Padavano?

—Sí —contestó ella, en un tono que dejaba claro que no conocía de nada a su interlocutor.

—Eso pensaba. Yo vivía en la misma calle de tu familia. Tu hermana Cecelia dormía en mi habitación cuando estaba embarazada y yo estaba en rehabilitación.

—Ah.

Julia recordó entonces al adolescente Frank Ceccione, que se paseaba por el barrio las tardes de sábado con su uniforme de béisbol, fuerte y guapísimo. Rose había llevado aquel uniforme en su jardín después de que él dejara el equipo.

—Qué sorpresa.

—Tú siempre andabas de un lado para otro como si supieras lo que estabas haciendo. Como una abeja que sabe dónde está la miel. Y tenías un novio muy alto.

«Ay, Dios —pensó Sylvie—. El novio alto.» Esperaba que Julia no se marchara al oír aquello, justo cuando acababa de llegar. Pero se llevó una buena sorpresa al ver que Julia le sonreía a aquel hombre avejentado y sonrió ella también. Advirtió por primera vez que su hermana parecía cansada. Tenía unas ojeras oscuras.

—¿Qué gracia tiene eso? —Frank entornó los ojos.

—Ninguna —respondió Sylvie—. Ninguna, de verdad. —Y se dirigió a Julia bajando la voz—: ¿Podemos ir a hablar a algún sitio?

—Al bar favorito de papá.

Fueron recorriendo las calles en silencio. Ninguna se podía creer que estuvieran juntas. Sylvie se preguntó qué sentiría su hermana paseando por allí después de más de veinte años. Y cómo habría encontrado William el valor para llamarla, en contra de sus expresos deseos, cuando él no podía ganar nada con ello. Pasaron por la floristería del señor Luis, cuyo escaparate estaba tan lleno de rosas que el anciano no habría podido ver, y mucho menos reconocer, a las dos hermanas. En el aire flotaba un denso olor a flores.

Sylvie tenía un mapa interno de los murales de Cecelia en el barrio. Divisó uno de reojo, en una calle lateral. Julia, junto a ella, abrumada y con los ojos vidriosos, no parecía verlo. Era un retrato de santa Clara de Asís. Sylvie lo había visto tantas veces, casi todos los días desde que Cecelia lo había pintado, que le parecía ya una mujer real. Más real, de hecho, que la hermana que caminaba a su lado, que había aparecido de la nada como si se materializara de sus sueños. La santa era como una vieja amiga y Sylvie tuvo el impulso de señalar a Julia y susurrarle a santa Clara: «¡Mira quién ha venido!». Pero no lo hizo. Siguió andando, sin saber del todo si el momento era real, mientras la santa gigante miraba en su dirección, como había hecho desde la pared del comedor de la casa de su infancia.

Julia

Octubre de 2008

Julia se sentía mareada junto a su hermana, tenía la extraña sensación de formar parte de todo lo que veía. En Nueva York, paseaba por las calles, pero aquí era como estar dispersa sobre las aceras, como el polen. La ferretería, el pequeño y mísero supermercado, la floristería del señor Luis… El perfil familiar de los edificios contra el cielo. Ancianas, muy parecidas a su madre, empujando sus carritos. Se acordó de la niña y la joven que había sido cuando vivía en Pilsen: siempre con tanta prisa por triunfar, lo cual había imaginado que requería un marido ambicioso y una casa en propiedad desde el primer día. Había corrido hacia la edad adulta porque siempre quiso encargarse de las cosas. De pequeña, se complacía en alinear a sus hermanas por orden de altura para que la siguieran por la casa.

Advirtió de reojo uno de los murales de Cecelia, un retrato de su santa. Julia había visto la imagen por primera vez en la pared del cuarto de Alice, en la residencia universitaria. La mujer gigante miraba en su dirección y ella apretó el paso. No quería que nadie mirara dentro de su alma, sobre todo porque no sabía qué guardaba en ella. Se sentía perturbada en todos los sentidos.

Llegó con Sylvie al bar irlandés, que no había cambiado en nada excepto por el camarero, que parecía demasiado joven. Los que habían servido a Charlie estaban jubilados o muertos. Julia pidió un whisky y Sylvie una Coca-Cola Light, y se sentaron en un cubículo.

—No puedo beber alcohol con la medicación —se disculpó Sylvie. Estaba mayor, pero seguía siendo ella. Tenía las pecas diseminadas, el leve tono verde en sus ojos castaños… Julia

sintió que todo se le removía por dentro. Mirar a Sylvie era como mirarse al espejo y, a pesar de todo, no verse ella misma. Sylvie era la otra parte de ella, la parte que llevaba escondida veinticinco años.

—No pensaba venir. Le dije a William que no iba a venir.

—Pensaba que me odiabas —intervino Sylvie—. Yo jamás te hubiera llamado. Creo que debería disculparme en nombre de William por haberte molestado.

—No. Deberías disculparte por haberte casado con él.

Sylvie se quedó paralizada un segundo.

—Tienes razón. Lo siento. No tenía otra opción.

Julia bebió un largo trago de la que había sido la bebida favorita de Charlie. No solía beber alcohol, pero cuando lo hacía solía optar por el vino blanco. El whisky sabía a colores. Rojo y naranja y dorado y blanco. Había tomado muchas decisiones en su vida, creía en las decisiones más que en ninguna otra cosa: marcar un objetivo y trabajar como una mula para lograrlo. No había aceptado que Sylvie no hubiera tenido otra opción cuando Emeline se lo había dicho décadas atrás y tampoco lo aceptaba en ese momento. Pero no estaba enfadada. No sabía qué sentía.

Después de que William la llamara, ya no pudo dormir. Conseguía cerrar los ojos como mucho un par de horas por las noches. Dos veces le dio al taxista mal la dirección de su oficina. También tenía la extraña sensación, desde el momento en que había colgado el auricular, de que su sombra había adquirido voluntad propia: unas cuantas veces la sorprendió alejándose, como queriendo escapar. Tras una semana de insomnio, se sentía como un cuadro de Picasso: los ojos desiguales, los hombros a diferentes alturas. Se esforzó por seguir siendo ella misma, pero estaba tan cansada que se le olvidó cómo era. Se le olvidó cómo comportarse y llamó al trabajo para decir que estaba enferma. Se comunicaba con Alice mediante mensajes, pero no hablaban por teléfono porque había perdido la confianza en su voz.

—Esta mañana no quería ir a trabajar —le explicó a su hermana—. Así que cogí un taxi y me fui al aeropuerto. Solo he traído el bolso. A las tres de la mañana se me ocurrió que a

lo mejor si te veía, tal como quería William, podría volver a sentirme normal.

Sylvie asintió, como si aquello tuviera lógica.

—Solo son dos horas de vuelo. Y, por favor, no pongas cara de que lo que digo es razonable, porque no lo es.

—Ay, venga ya —replicó Sylvie. Por un momento Julia la vio como era antes: la hermana que no tenía miedo de hablar con ella, que no estaba carcomida por la culpa—. ¿Qué es razonable? Me estoy muriendo, por Dios bendito.

A Julia se le ocurrió pensar que tal vez se sentía fatal porque Sylvie se sentía fatal. ¿Era posible que se estuviera desmoronando en Nueva York porque su hermana se moría en Chicago? ¿Tal vez unos hilos invisibles las conectaban y, como no los veía, jamás había podido cortarlos? Se sentía tan confundida y agotada y tan fuera de su cuerpo en ese momento que cuando preguntó: «¿Cómo te sientes?», en realidad se lo estaba preguntando a sí misma.

Sylvie extendió las manos y se las miró.

—Pues pensaba que me sentía bastante bien, hasta que te he visto. A veces me duele la cabeza. Algunas tardes me acuesto a las siete. —Se inclinó hacia adelante—. Julia, ¿estás aquí de verdad? Es que a lo mejor estoy alucinando por la medicación. Te he imaginado conmigo durante muchos años, pero esto me parece mucho más real.

En el bar se oía un zumbido bajo: era el principio de la tarde de un día laborable y los parroquianos eran bebedores profesionales. Nadie armaba jaleo ni hacía ruido. Los clientes eran sobre todo hombres mayores, algunos de los cuales podrían haber conocido a Charlie. Y todos y cada uno de ellos parecían cansados. Vivir los había agotado. No sabían que Sylvie, que estaba en la mediana edad, aunque pareciera más joven, no tendría la ocasión de cansarse de nada.

—Ojalá estuvieras alucinando —replicó Julia—. Para mí tampoco tiene sentido estar aquí.

Sylvie miró a su alrededor, como dilucidando lo que podía ser real y lo que no.

—Me encanta esta alucinación. Hacía mucho tiempo que no me pasaba nada tan fantástico.

Julia suspiró.

—Se hará real cuando les digas a William y a las gemelas que me has visto.

—Es verdad. —Sylvie se lo quedó pensando—. Pero, por lo general, no les hablo de mis sueños y de mis visiones. Esta me la voy a callar un tiempecito. ¿Le vas a contar a Alice que has venido?

—¡No, por Dios!

Sylvie no sabía la mentira que había contado Julia y esta no tenía ganas de explicarla. Con su hermana delante, recordó que en parte había «matado» a William por miedo a que Alice la abandonara para irse a vivir a Chicago, porque su hija querría más a Sylvie que a su propia madre. Había sido una preocupación absurda, ya lo sabía. Pero lo había creído posible cuando había sido más joven porque ella siempre había querido a Sylvie más que a nadie en el mundo. En ese mismo momento la quería, al otro lado de la mesa de madera. Hacía mucho tiempo que la había echado de su vida cerrando una puerta a cal y canto. Y esto había funcionado hasta la llamada de William. Pero en ese instante, con su hermana en la misma estancia, se daba cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

No era una alucinación, pensó Julia, pero al mismo tiempo en Chicago no había nadie que perteneciera a su vida. Esto no estaba en sus planes, lo cual significaba que ese momento solo podía existir como un bálano en la carcasa externa de su vida auténtica. Estaba ahí y a la vez no estaba, como en una incertidumbre cuántica.

—Mira, me alegro de que te sientas culpable por lo que pasó. Pero lo más probable es que me hicieras un favor al ir a ver a William al hospital. Me extrañó que su médico no quisiera hablar conmigo, aparte de una única llamada telefónica, pero es porque tú estabas allí. Si lo hubieras dejado solo, como yo quería, al final tendría que haberlo ayudado yo. Mamá me habría obligado. O alguien habría necesitado mi firma en algún papel, lo que fuera. Pero tú interviniste y me permitiste marcharme. Y eso te lo agradezco.

Sylvie la miró y Julia vio en su rostro los años de

separación. Ya no la leía a la perfección, no sabía lo que su hermana estaba pensando. Recordaba lo frenética que había estado la última vez que la había visto. Su marido la había abandonado y luego había intentado suicidarse, luego la abandonó de nuevo, y Julia había aceptado un trabajo lejos de su hogar y de sus hermanas. Durante aquellas semanas, fue como si le quitaran la vida de debajo de los pies, como quien tira de una alfombra. Julia se había jurado no volver a perder así el control de sus circunstancias nunca jamás. Y no lo había hecho, hasta entonces.

—Háblame de Nueva York —le pidió Sylvie—. Háblame de Alice.

—Alice…

Sylvie la miraba expectante. Julia se acordó de cuando cogía en brazos a Alice de bebé. Guardaba una foto de las dos juntas en su mesilla de noche. Y en ese momento veía, en el rostro de su hermana, una verdad que había pasado por alto: que había querido a Alice con todo su corazón. De alguna manera, no se le había ocurrido pensar que al dejar Chicago las estaba separando. Le preocupaba la posibilidad de que Alice quisiera a su tía, pero solo como un peligro futuro, no como algo que ya había sucedido. Pero Sylvie estaba muy animada, deseaba oír noticias de aquella niña pequeña a la que le había susurrado «te quiero» cada vez que la veía.

—Está genial —dijo por fin—. Bueno, a lo mejor genial no, pero está bien. Se ha graduado con honores en la escuela técnica, lo cual es fantástico. Tiene un trabajo decente como correctora. A ver… Le gusta correr. Corre en el parque Prospect todas las mañanas. —Julia advirtió la mirada inquisitiva de Sylvie. Recordó tantos momentos en el cuarto que compartían de pequeñas, tumbada junto a ella en la oscuridad, cuando no se contaban nada más que la verdad. Tal vez podrían fingir ante otras personas, pero no entre ellas.

—La verdad es que creo que me he equivocado.

Le contó a su hermana lo cuidadosa que era la sonrisa de su hija, lo artificioso de su comportamiento despreocupado, lo monótona que era su vida. Y le repitió algo que Rose había dicho hacía poco: que Alice vivía como un gato que se niega a

salir de su caja de cartón.

Sylvie sonrió.

—Sigue siendo una niña pequeña. ¿Te acuerdas de lo jóvenes que éramos a los veinticinco años? Si le pasa algo, tienes tiempo de arreglarlo.

«Arreglarlo», pensó Julia. ¿Podía arreglarlo? En compañía de su hermana se sentía valiente para considerar la posibilidad. Intuía de alguna forma lo que haría falta. Sería como saltar de un acantilado sin saber si sobreviviría a la caída.

—No nos hemos tocado —dijo Sylvie—. Tú y yo. ¿Te das cuenta? No nos hemos dado un abrazo. Lo cual tiene lógica si esto no es real. Los fantasmas no dan abrazos porque te atravesarían. Los fantasmas tan solo disfrutan de su mutua compañía.

Julia sonrió ante la extravagancia de su hermana. Sylvie era parte de ella y, al separarse, se había perdido aquella clase de ideas. Sylvie era la parte de ella que salía de las páginas de una novela, que besaba a los chicos durante noventa segundos por diversión, que hablaba de terceras puertas y de fantasmas como el que habla de la lista de la compra. A lo mejor las dos eran fantasmas, o alucinaciones, o a lo mejor no importaba. El caso era que se sentía mejor, más contenta, más relajada, como no se había sentido en mucho tiempo. Tendría que estar en otra ciudad, pero estaba con Sylvie, a quien había expulsado de su vida hacía un cuarto de siglo. Durante unas horas, se había librado de su verdadero yo, de su verdadera vida. Cuando se marchó al aeropuerto un poco después, aunque ninguna dijo nada, las dos sabían que volvería. Habían encontrado un resquicio que les permitía estar juntas sin que nadie lo supiera, lo cual quería decir que ese tiempo no significaba nada, lo cual lo significaba todo.

Alice

Noviembre de 2008

Alice aguardaba en el restaurante griego que tanto le gustaba a su madre. No le importaba que Julia llegara tarde. Durante las horas de trabajo, Alice vivía en su cabeza y en el manuscrito que estuviera corrigiendo, cuestionando los detalles de cada frase, de manera que al cabo de unas horas le costaba trabajo mantener una conversación con sus violentas pausas, sus preguntas y sus cambios de tema. Le gustaba su trabajo porque era callado y detallista. Podía comprobar, cambiar y verificar que todos los hechos y la cronología de un libro fueran perfectos. Cuando terminaba, sabía que entregaba algo tan correcto como era humanamente posible, cosa que su jefe apreciaba y agradecía.

El camarero le llenaba una y otra vez el vaso de agua, y Alice seguía bebiendo por pura cortesía.

—No quisiera molestarla —dijo el hombre por fin, acercándose de nuevo con la jarra—. Pero ¿no juega usted con el Liberty?

—No. Trabajo en edición.

El camarero se sonrojó.

—Ah, perdone. Es que pensé…

—No se preocupe.

Cuando estaba de humor, le divertía lo mucho que desconcertaba su altura. Era un detector de hombres inseguros, porque por lo general eran hombres. Si un tipo se mostraba como un cretino debido a su tamaño, es que era un cretino. Alice no pensaba que el camarero tuviera por qué ser un cretino, pero no decía mucho en su favor que no pudiera imaginar para una mujer alta cualquier alternativa que no

fuera el deporte. O que no supiera tener el pico cerrado.

Alice notó en la sala la energía de su madre y olió su perfume. Miró hacia la puerta.

—Hola, mamá.

La golpeó en la nuca un soplo de aire frío. Ya había llegado noviembre y Nueva York jugueteaba con la idea del invierno. Hacía unas cuantas semanas que no veía a su madre, lo cual ya era raro. Julia había estado muy ocupada en el trabajo.

—Llevas demasiado perfume —comentó, arrugando la nariz.

—¿Sí? —Julia se sentó frente a ella y miró de inmediato la carta, aunque siempre pedía lo mismo: ensalada griega con una copa de vino blanco—. Se me habrá olvidado y me he vuelto a echar al salir de la oficina.

Alice advirtió que también se acababa de pintar los labios. Julia solía despojarse de su aspecto ejecutivo antes de ir a ver a su hija, pero ese día parecía más bien haberlo redoblado. Llevaba el pelo recogido, como de costumbre, pero un rizo se le había escapado. Alice se estaba fijando en él cuando Julia comenzó:

—Tengo varias cosas que contarte.

—¿Varias? —sonrió Alice.

Pensaba que se trataría de algún cliente nuevo, de que iba a contratar más empleados o tal vez de alguna obra de arte que acabara de adquirir. Su madre a veces le comentaba sus transacciones porque le resultaban emocionantes, pero no se daba cuenta de que ella jamás había mostrado el menor interés en su cúmulo de riqueza ni en su prestigio profesional. De hecho, cuando obtuvo su primer trabajo de corrección, Rose pronosticó:

—Sé que has elegido esa clase de trabajo para poner furiosa a tu madre. Y te va a dar resultado.

Se refería a un trabajo mal pagado, sin una estructura por la que trepar y sin forma de «tener éxito». Alice se había echado a reír.

—Ay, abuela, un poco de razón sí que tienes.

Pero era cierto que le gustaba su trabajo y le gustaba que careciera de intrigas. La bolsa había sufrido una caída ese mismo otoño y Alice pensaba que los escalafones que tanto

valoraba su madre eran escaleras de madera podrida. Todos sus amigos lo estaban pasando mal en lo económico, a pesar de que se hubieran graduado en la universidad. Carrie había publicado seis poemas en revistas literarias y trabajaba en una antología, pero era camarera. Rhoan vivía en un piso de una habitación con sus tres hermanos y ganaba el salario mínimo como becario en una biblioteca de arte, aunque se había sacado el máster.

—Mi hermana Sylvie se muere.

La atención de Alice volvió de golpe al presente.

—¿Se muere? —Recordó las fotografías que había encontrado en la mesilla de noche de su madre, años atrás: las cuatro hermanas de pelo rizado—. Lo siento. Sylvie es la más cercana a ti en edad, ¿no?

—Cuando estaba embarazada de ti, a veces dormía con Sylvie en un sofá. Y de niñas compartíamos el cuarto. Estábamos muy unidas.

Alice intentó imaginarse a su madre de pequeña, compartiendo habitación con otra niña. Julia había hablado más de su infancia en los últimos noventa segundos que en toda su vida. Alice se sentía incierta por dentro, como si alguien estuviera metiendo muebles al tuntún en una habitación vacía.

—¿Vas a ir a Chicago a verla?

Julia compuso una extraña mueca, como conteniendo las lágrimas, o tal vez una sonrisa.

—No. —Se tiró ligeramente del pelo y añadió—: Sylvie está casada con tu padre.

«Sylvie está casada con tu padre.» Alice repasaba la frase en su mente, pero contenía demasiados errores para cualquier corrector. La estructura se hundía bajo su propio peso. Intentó cambiar el tiempo verbal:

—Dirás que Sylvie estaba casada con mi padre.

Julia negó con la cabeza.

El interior de Alice resonaba como una caverna.

—No entiendo nada, mamá.

—Fue tu padre quien me llamó para contarme que Sylvie está enferma.

—Pero mi padre está muerto.

—Te dije eso porque tu padre había renunciado a tu custodia cuando todavía eras un bebé. Tenía problemas mentales y creo que no se sentía capaz de ser padre. Pero yo no quería que te sintieras rechazada o culpable, como si tú hubieras tenido algo que ver, porque no es así.

—Espera.

Julia esperó.

Alice quería asegurarse de que comprendía los entresijos de lo que le estaban contando.

—¿Me estás diciendo que mi padre me abandonó y que por eso me dijiste que había muerto?

Una vena apareció en la sien de Julia.

—Contarte eso me parecía lo más sencillo. Para mí era verdad, en cierto modo. Se llama William Waters y vive en Chicago.

Alice sacudió la cabeza. Notaba los latidos del corazón en los oídos, como si los órganos se movieran por su cuerpo. Después de aquello ya no supo muy bien lo que decía su madre o si decía algo. Sonrió pensativa al camarero que pasaba junto a la mesa y sintió que una lanza la atravesaba. Sentía una carencia. Sentía la descomunal carencia de todo lo que había deseado cuando era pequeña. Necesitaba un apoyo frente a su madre, que estaba diciendo locuras y llevaba demasiado perfume y demasiado maquillaje. Necesitaba una hermana a la que hacerle un gesto exasperado. Necesitaba a alguien que le dijera: «No le hagas caso. Se ha vuelto loca. Tú estás bien. Nada de esto es verdad».

—Perdona —dijo, no dirigiéndose a su madre, sino al mantel y al camarero, si es que estaba escuchando.

Apartó la silla, atravesó el restaurante con las piernas temblonas y salió a la penumbra y el aire de la noche. Broadway se extendía ante ella en un constante refunfuño de taxis y autobuses. Las ventanas de los edificios se iluminaban amarillas. Los latidos del corazón seguían resonándole en los oídos.

Se sacó el móvil de la mochila, repasó a toda prisa los contactos y pulsó el botón de llamada. El teléfono sonó tres

veces.

—¿Diga? —contestó Rose.

—Abuela.

—¡Alice! —exclamó la mujer encantada. Alice solía llamarla varias veces al mes porque sabía que se sentía sola.

—Mi madre acaba de decirme que mi padre está vivo.

Se hizo el silencio en la línea.

—Dios bendito —dijo Rose por fin.

—¿Es verdad?

—Bueno… A ver, yo hace tiempo que no hablo con él, pero sí, supongo que es verdad. Si no, me habría enterado. —Una pausa—. Pero ¿por qué demonios te lo cuenta justo ahora?

—Sylvie está enferma —respondió Alice, como quien le entrega una carta a otra persona.

Desearía estar en su casa, en el apartamento que compartía con Carrie, donde una pared estaba empapelada con los murales de Cecelia. Desearía estar delante de esas imágenes, viendo rostros de mujeres fuertes, y no en plena calle, con su abuela haciendo ruiditos al teléfono y su madre en algún lugar a su espalda, convertida en una especie de martillo pilón que le había caído encima.

Alice había dejado de hacer preguntas sobre Chicago y el pasado cuando era niña y lo había hecho por su madre. Había aceptado que el lugar y las personas a las que Julia había decidido renunciar jamás formarían parte de su vida. Cuando ya estaba cerca de cumplir treinta años y el uso de internet estaba extendido, había considerado buscar a sus tías, pero aparte de localizar la obra de Cecelia, había renunciado a la idea casi de inmediato. Sabía que a su madre no le haría gracia y, puesto que ya no necesitaba más familia para sentirse a salvo, no buscó más información.

Había sido una idiota. Siempre había sabido que su madre ocultaba algo y por eso le había registrado los cajones. Pero creyó que sería un secreto personal, que no era asunto suyo. Alice vivía de comprobar datos, sabía buscar pruebas y verificar fuentes. Sin embargo, Julia nunca le había ofrecido muchos datos y no había fuentes que verificar. Todo lo que su madre le dijo quedó sin confirmar. Entonces lo veía. Entonces

veía lo débil que era lo que su madre le había contado y veía su propia debilidad al aceptarlo como cierto.

Tal vez otras personas podrían haberla ayudado en esto —Rose, Carrie, Rhoan—, pero Alice había crecido tanto que a nadie se le ocurrió ofrecerle ayuda y ella se enorgullecía de no pedirla nunca. Todo el mundo acudía en tropel a ayudar a Carrie, hombres y mujeres, incluso cuando Carrie estaba perfectamente, y todo porque era muy mona y apenas medía metro y medio. Pero se daba por sentado que Alice no necesitaba ayuda, puesto que al fin y al cabo llegaba a los estantes más altos y podía cargar con su propio equipaje sin problemas. De hecho, cuando alguien intentaba ayudarla, a ella le parecía sospechoso.

—¿Sigues ahí? —preguntó Rose.

—Sí.

El sonido se intensificó de pronto en la calle, como si fuera un tornado de incontables decibelios estallando a la vez. Dos ambulancias se cruzaron por delante de Alice. Los taxistas tocaban las bocinas. El aire vibraba con el estrépito y la conversación tuvo que interrumpirse hasta que hubiera ocasión de oír algo. «La ciudad nos habla», habría dicho Carrie.

—Tu madre y tus tías la han liado bien gorda a lo largo de los años —prosiguió Rose por fin—. Eso no hay quien lo niegue.

—¿Y tú por qué no me dijiste la verdad, abuela?

Rose emitió un gruñido.

—¿Tú te crees que yo no le dije a tu madre que era una locura mentirte? Pues solo por eso se pasó dos años sin hablarme. Me empezó a enviar aquellas malditas postales.

—No. —Alice se había apuntado en el instituto a una clase de Economía Familiar que básicamente consistía en aprender a coser. Se le daba fatal. La profesora, que olía a canela, solía inclinarse sobre su pupitre para ir cortando sus hilos con unas diminutas tijeras. Allí, en la calle, Alice se sentía como si alguien, su madre, tal vez, estuviera cortando pequeños hilos en su interior—. Eso no es lo que te he preguntado. Entiendo que no quisieras decirme nada cuando yo vivía con mamá, supongo. Pero tengo veinticinco años. Podías haberme contado

la verdad cuando fui a verte el otoño pasado. Me la podrías haber dicho en cualquier momento.

Oía a su abuela removerse en su silla de la cocina, convirtiéndose en un tormentoso nubarrón.

—Me parece que no es conmigo con quien deberías enfadarte. Te lo podía haber contado el propio William, ¿no te parece? Es tu padre y, si hubiera dado la cara, tu madre ya podría haber dicho misa.

Alice lo pensó un momento.

—Es verdad. Necesito conocer la cronología.

—¿La cronología? ¿Eso qué es?

Alice meneó la cabeza. Oyó abrirse y cerrarse a su espalda la puerta del restaurante y volvió a sentir cerca la energía de su madre. Tensó los hombros, como para protegerse. No iba a explicarle a su abuela lo que eran las cronologías, que si la cronología de una historia no estaba clara, nada tenía sentido. Estuvo a punto de escapársele un grito, porque Julia estaba a su lado, y las tijeritas cortaban, cortaban, cortaban en su interior.

—Pero ¿qué le pasa a esta familia? —exclamó.

—Es una buena pregunta —concedió Rose.

Julia, con expresión incierta, se aferraba a su bolso como si fuera un salvavidas. «Podría enfadarme contigo —pensó Alice —. Podría gritarte. Pero no. Me has criado para que supiera cuidar de mí misma y eso haré.»

William

Noviembre de 2008

Cecelia le envió a William una dirección. «Es solo el primero —rezaba el mensaje—. Habrá más. Pero quería que lo vieras.»

William salió del trabajo un poco antes de su hora y recorrió a pie varios vecindarios. Era la primera semana de noviembre y se alegraba de que hubieran bajado las temperaturas y de tener la oportunidad de avanzar a toda velocidad. Terminó en North Lawndale, una parte de Chicago no solo abandonada por el ayuntamiento, sino maltratada durante cientos de años. Al ver las ruinosas casas, se acordó de haber pasado por ahí la noche anterior a su intento de suicidio. En aquel momento no supo dónde estaba, porque por entonces solo conocía la zona que limitaba con Northwestern. Allí fue donde vio a Charlie. Sonrió al recordar que su suegro había aparecido en un portal. Durante toda su vida, Charlie había sido considerado un fracasado, pero casi treinta años después de su muerte, sus hijas seguían queriéndolo tanto que en realidad podría pensarse que había sido un auténtico triunfador. Después de tanto tiempo, la gente seguía acudiendo a la biblioteca para contarle a Sylvie algún favor que su padre le había hecho. Sylvie, Cecelia y Emeline le habían relatado a Izzy tantas historias de su abuelo que la chica podría ganar un concurso de trivial sobre el obrero de la fábrica de papel que había muerto cuando tenía casi los mismos años que William en ese momento. Todos los recuerdos que Sylvie escribía sobre su familia se centraban sobre todo en su padre o en su hermana mayor, como si fueran las dos piedras angulares de su vida.

La dirección resultó ser un parque. Había una cancha de baloncesto desgastada, unos columpios y un trepador en

terribles condiciones. Varios adolescentes jugaban en la cancha, tres contra tres. Uno de ellos vio a William.

—¡Ey, entrenador! ¿Qué haces aquí? —Era uno de los jugadores de la clínica de Arash.

William saludó con la mano y se encogió de hombros. El parque rectangular no estaba muy concurrido, debido a la hora y la estación del año, pero algunos chicos paseaban en pequeños grupos y varias niñas estaban posadas en lo alto del trepador como si fuera su nido.

Cuando llegó al centro del parque, dio una vuelta sin saber lo que estaba buscando. Hasta que lo vio: un mural gigante en la pared del fondo. Se dirigió hacia allí y se sentó en un banco que ofrecía una buena vista. Examinó la esquina inferior y vio la floritura «CP», la firma de Cecelia. Varios chavales corretearon alrededor de su banco, ahogados de risa, y se dispersaron a toda velocidad.

El mural mostraba a unos veinte chicos juntos, como posando para una foto del colegio. Todos mostraban radiantes sonrisas, lo cual sugería que el fotógrafo acababa de contarles un chiste. William pasó la vista por la hilera superior: era un hábito, porque a él siempre lo colocaban en última hilera de todas las fotos de grupo. En un extremo de la fila, había una niña de pelo castaño claro con una tímida sonrisa. William se quedó sin aliento un instante. El rostro de la niña era exactamente como el suyo cuando tenía diez años. No podía ser otra que su hija. Era Alice. Siguió pasando la mirada por la imagen, como el rodillo de una máquina de escribir, incapaz de asimilar lo que acababa de ver. Contempló la hilera media, donde los niños se apretujaban. Parecían versiones más jóvenes de los chicos y las chicas de la clínica de Arash, y bien podían serlo, puesto que muchos de los jugadores vivían en el barrio. Al final de la primera fila, había una niña pelirroja, más vistosa que todos los demás, probablemente porque acababan de pintarla en la pared. Cecelia había puesto buen cuidado en integrarla en el grupo, y había modificado algunas hileras en el resto de la obra para que Caroline no destacara demasiado. Pero, aun así, con su melena pelirroja y su ilusionada sonrisa, parecía la más viva, la más dispuesta a salirse del mural para

correr hacia los columpios.

Se quedó sentado en el banco mucho tiempo. Se enfadó un momento con Cecelia porque lo había engañado para que se fijara en el rostro de su hija. Pero su enfado se desvaneció al instante. Se forzó a mirar sin estremecerse, sin miedo a extinguir la luz y la belleza de Alice con su mera mirada. Era la primera vez que dedicaba a su hija toda su atención. Los padres modelaban a los hijos, él lo sabía mejor que nadie, y entonces se dio cuenta de que debía de haber modelado a Alice con su ausencia, con su silencio, aunque lo que él siempre había pretendido era salvarla. Aquella certeza fue un golpe para él y llegó a disculparse en voz alta. Sus premisas habían resultado erróneas. ¿En qué más se habría equivocado?

Sabía que volvería a aquel mural muchas veces. Había imaginado que Cecelia pintaría a su hermana sola, porque en general pintaba retratos individuales. Pero agradecía que hubiera puesto juntas a su hermana y su hija perdidas. Ambas existirían mientras existiera el mural, en el mismo barrio por el que él había vagado cuando estaba en su peor momento, el mismo barrio en el que también había visto a Charlie. Sylvie había escrito una anécdota sobre Emeline, que una vez se había quedado encaramada en un árbol de pequeña y se había negado a bajar hasta que su padre apuntó hacia ella el foco de su amor. Charlie habría elegido esa zona de la ciudad para aparecerse, para poder seguir queriendo a su familia. Pasaría sus días infinitos en aquel parque, admirando el arte de su hija, leyéndoles poesía a las dos pequeñas e iluminándolas con su cariño.

William meneó la cabeza, pasmado. ¿Cómo podía creer que dos niñas se hacían compañía en una pintura y que un muerto andaba paseándose por Chicago? De joven apenas había creído en nada y resulta que había cambiado. Antes también le preocupaba lo que merecía y lo que no, pero por lo visto nadie pensaba en esos términos y entonces él tampoco. Envió por el móvil un mensaje a su cuñada: «Gracias». Ella contestó: «<3». William se quedó un momento mirando ceñudo la pantalla, desconcertado, hasta que se dio cuenta de que Cecelia le había enviado un corazón.

Sylvie

Noviembre de 2008

Sylvie y Julia pasaron andando por delante de una mísera fonda y una taquería. Era la segunda visita de Julia, tan solo diez días después de la primera.

—He hecho una cosa —suspiró.

—Pues qué bien, ¿no? —Sylvie se dio cuenta de que su hermana todavía parecía cansada, pero también más tranquila, como si se le hubiera desecho un nudo que tuviera bajo la piel.

—Sí —replicó ella en tono seco—. Estupendo. Hice algo para intentar arreglar la situación con Alice. Pero para eso primero tuve que armar un buen caos y ahora está enfadada conmigo. Tanto que a lo mejor nunca me perdona.

—Pero ella sabe que la quieres.

—Más que a nada en el mundo.

—Entonces, es probable que todo se arregle.

Julia dibujó una mueca.

—Siempre he odiado esa palabra: «probable». —Miró hacia arriba, como si leyera los letreros de las calles—. Cuando Alice era pequeña, yo lo tenía todo bajo control. En serio. Todo. Era genial. Pero no estaba preparada para que se hiciera mayor. No sé por qué.

Sylvie se detuvo. Estaban frente a un antiguo cine que habían frecuentado de pequeñas, donde habían visto *La fábrica de chocolate, La guerra de las galaxias* y las películas de Buster Keaton que tanto le gustaban a su padre.

—Oye, vamos a ver una peli.

Julia leyó con los ojos entornados los títulos de la marquesina.

—Hace años que no voy al cine. Nunca tengo tiempo.

Ninguna de las dos había oído hablar de la película que estaba a punto de empezar, pero sacaron dos entradas de todos modos. Compraron sendos cubos gigantes de palomitas con extra de mantequilla y refrescos enormes. Una vez sentadas en las lujosas butacas, Sylvie bajó la vista, preguntándose a qué sabrían las palomitas. La comida y la bebida comenzaban a cambiar de sabor en su boca. Un dónut podía saberle amargo, por más que estuviera glaseado de azúcar. Esa mañana, el café le había sabido como si le hubieran echado sirope a mansalva, aunque no le había añadido nada para endulzarlo. Se metió una palomita en la boca, vacilante, y le alivió descubrir que sabía igual que siempre: salada y crujiente. Eso era porque estaba con Julia, se dijo, en esos momentos en que ambas estaban fuera de sus vidas reales. Los dolores de cabeza se habían vuelto más frecuentes e intensos, pero con Julia a su lado jamás los sufría. Tenía lógica que, con su hermana, también se le permitiera disfrutar de unas papilas gustativas normales.

Sabía que debería contarle a William que se veía con Julia. Lo haría pronto. Pero aquellas visitas de su hermana le recordaban aquel tiempo en que su amor estaba confinado a la habitación de la residencia universitaria, antes de que Kent los descubriera. En aquel entonces, Sylvie y William se aseguraban el uno al otro que lo que hacían no era tanto guardar un secreto como posponer una verdad, robar unos cuantos momentos preciosos, antes de que interviniera la vida real con todas sus complicaciones. Durante aquellas semanas clandestinas, el aire que respiraban era denso, estaba cargado con cada molécula de su amor y su alegría por haberse encontrado. Sylvie sentía en esos momentos con su hermana todas esas emociones, esa mágica alquimia. Al fin y al cabo, en su vida había habido dos grandes amores: primero sus hermanas y luego William. Y algo importante estaba sucediendo en su interior: estaba uniendo a la persona que había sido durante la primera mitad de su vida con la persona en la que se había convertido. Estaba cosiendo su vida y su corazón, y deseaba mantenerlo todo ante ella: un hermoso todo.

«La semana que viene —pensó—. Se lo contaré la semana que viene.» Sabía que la demora y sus razones eran en teoría una mentira y un secreto a la vez, según los términos del mantra de su marido, pero también se dijo que ese lema era para los vivos. Ella se moría, lo cual significaba que podía sentarse junto a Julia en ese momento y, por la noche, acurrucarse en los brazos de William.

La película iba de carreras de coches, estaba dirigida a un público juvenil. Sylvie se reía cada vez que un coche estaba a punto de volcar, mientras el resto de la audiencia contenía el aliento. Se dio cuenta de pronto de que podía responder a cualquier estímulo como le diera la gana. Si pasaba algo triste, no tenía por qué llorar. En mitad de la climática escena de un accidente de diez coches, le cogió la mano a Julia. Hasta ese momento no se habían tocado. Las dos habían puesto mucho cuidado en ello porque ese era el parámetro que las mantenía en aquella especie de limbo donde podían verse tranquilas sin que hubiera consecuencias. Tocarse sería un obstáculo en ese extraño pasillo de bolos en el que estaban jugando. Pero a Sylvie se le acababa el tiempo y ya no le interesaban ni los parámetros ni las reglas, ni siquiera las que ella había inventado.

Julia se tensó un momento, pero después se relajó. No apartó la mano. En la oscuridad de aquel cine, las hermanas no tenían edad. Tenían diez años y trece y cuarenta. Julia estaba segurísima de que podía diseñar su propio destino y Sylvie se abría a los libros y a los chicos que acudían a la biblioteca. Había muchos momentos, apilados unos sobre otros, entre ellos el largo periodo en el que se habían dado la espalda, para bien y para mal.

«Por esto vale la pena morir», pensó Sylvie.

Un conductor que tenía una firme mandíbula y unos espectaculares ojos azules trazó la figura de un ocho para evitar un accidente. Los adolescentes del público lo vitorearon, Sylvie sonrió y Julia le apretó la mano. Sylvie pensó en la novela que acababa de empezar —un clásico que llevaba años posponiendo, pero ya no tenía tiempo de posponer nada más —, en la que el protagonista se dormía mientras leía y al

despertar, todavía un poco atontado, creía ser aquello sobre lo que estaba leyendo: un caballo o la rivalidad entre dos reyes o un chalet. A ella le encantaba la idea y, desde que la había leído, se había estado imaginando a ella misma de distintas formas. Era el pelo rebelde de Julia, era el lago del que un día sacaron a su marido. Y, en cualquiera de los casos, era amor.

Después de su diagnóstico, Sylvie había comenzado a acompañar a Cecelia y Emeline en los viajes que hacían cada dos semanas al hipermercado para comprar las enormes cantidades de papel higiénico, pañuelos de papel, bolsas de plástico, leche en polvo para bebés y agua con gas que necesitaban en el superdúplex. Cecelia tenía un sedán de color amarillo limón, así que ya no necesitaban pedir prestado el coche a los vecinos. Sylvie no compraba nada en el almacén, por supuesto, puesto que en su casa solo vivían dos personas y no necesitaban grandes cantidades de nada, pero le gustaba ir con sus hermanas, como cuando era joven y las tres volvían de casa de Julia charlando en el coche. Le gustaba mirar por la ventana y ver pasar la ciudad. Se llevaba un libro y esperaba leyendo mientras sus hermanas compraban, y en el trayecto de vuelta compartía el asiento trasero con los productos de papel. No se sentía culpable por ocultarles que estaba viendo a Julia. Ya tendrían tiempo de sobra para estar con su hermana mayor en su ausencia. Tampoco creía que fueran a molestarse…, por lo menos no mucho. Lo entenderían y se alegrarían de que hubiera tenido la suerte de reconciliarse con ella.

De vuelta a casa, Cecelia siempre pasaba por el parque donde estaban pintados los retratos de Alice y Caroline. Aminoraba la velocidad y todas miraban el mural por la ventana. A Sylvie le encantaba, le encantaba que William le hubiera pedido a Cecelia que pintara a su hermana.

Una tarde, ya de camino a Pilsen, Sylvie estuvo a punto de pedirle a Cecelia que no tomara esa ruta porque le estaba entrando dolor de cabeza y quería llegar a casa. Pero no dijo nada y Cecelia entró en North Lawndale y aminoró la velocidad en el lugar habitual. Sylvie se volvió para mirar por

la ventana y respiró hondo porque William estaba en el parque. Alto y rubio, sentado en un banco delante del mural. Solo se le veía la nuca y los hombros, pero era inconfundible.

—¿Ese es…? —comenzó Emeline.

Sylvie asintió.

Cecelia también lo había reconocido. El coche se detuvo y las tres se quedaron mirando a William, que a su vez estudiaba a Caroline y Alice. Estaba muy quieto en el banco y la ligera inclinación de sus hombros le indicó a Sylvie que estaba tranquilo.

Durante aquellos días, cuando la embargaba la felicidad, se adueñaba de todo su cuerpo. En aquel coche, se sentía inundada de alegría por estar justo allí con sus hermanas. No quería que William la viera y en un par de minutos le diría a Cecelia que arrancara. Pero el pellizco de preocupación que le atenazaba el corazón desde que se había enterado de que estaba enferma comenzó por primera vez a mitigarse. Iba a abandonar a William, pero le quedaría ese parque, ese banco, el mural. Y su presencia indicaba que ya no quería darle la espalda a las niñas a las que había renunciado. Estaba contemplando a su hija y a su hermana, lo cual quería decir que las puertas que tanto tiempo llevaban cerradas en su interior podrían abrirse. Y eso a su vez significaba que William podría estar bien sin su esposa. Estaba ganando terreno, no perdiéndolo.

Alice

Noviembre de 2008

De lunes a viernes, el móvil le zumbaba en el bolsillo cada pocas horas. Eran mensajes de su madre. Julia le había enviado lo menos veinte desde aquella cena en el restaurante griego. Los mensajes, dijeran lo que dijeran, la agotaban. Pero le gustaba que se fueran apilando en su teléfono, como si estuvieran documentando que su madre estaba perdiendo la cabeza. Al principio, los textos eran disculpas o explicaciones incoherentes.

Lo siento, pero tenía mis razones.

¿No podemos quedar un ratito para hablar?

Te quiero te quiero te quiero. Pensé que no decirte nada era lo mejor para las dos.

Tenía miedo de que quisieras irte con tu padre si llegases a saber que estaba vivo. Me convencí de que, si ibas a Chicago a verlo, preferirías vivir con él y Sylvie. Ellos te habrían ofrecido una familia normal, con un padre y una madre. Ya sé que parece una locura, pero es que en aquel entonces estaba un poco loca.

Tendrás preguntas que yo podría responder. Echo de menos tu voz.

Sí que tenía preguntas, pero no pensaba acudir a su madre ni a Rose en busca de respuestas. Su madre la había manipulado con sus silencios durante toda su vida. Conversaciones zanjadas, preguntas evadidas… Había dejado que Alice se imaginara respuestas y trazara estrategias sin ninguno de los datos necesarios. Las dos le habían mentido,

Rose tal vez por omisión, así que no eran fuentes de información fiables.

Cuando se alejó del restaurante griego y de su madre aquella noche, recorrió andando todo el camino desde el Upper West Side hasta su casa en Brooklyn, un apartamento que compartía con Carrie, de una habitación y un sofá cama en el salón. La regla oficial era que las dos se turnaban por semanas para ocupar la habitación, aunque mantenían una cierta flexibilidad si Carrie dormía en casa de algún chico, o si una de ellas estaba demasiado cansada para abrir el sofá y entonces dormían las dos en la cama doble.

Al llegar, se encontró a Carrie ya en pijama, escribiendo en su diario en el sofá cama. Esa semana le tocaba a ella. Parecía una versión adulta de la chiquilla de la que se había hecho amiga en la guardería: menuda, de grandes ojos azules y el pelo corto castaño. Ella, en cambio, al haber crecido tanto con los años, ya no se parecía en nada a la niña que había sido.

Carrie la miró de arriba abajo.

—Es evidente que ha pasado algo tremendo. —Se puso en pie y, como si estuviera dispuesta a hervir agua y buscar toallas, preguntó—: ¿Qué necesitas?

Alice se quedó en la puerta hasta que terminó de contárselo todo. Luego dejó caer al suelo la mochila y el abrigo, se quitó las botas y se acurrucó en el sofá cama abrazándose a las rodillas. Carrie le frotó la espalda.

—Tienes padre —dijo maravillada.

—De aquella manera. Legalmente no es mi padre. No me quiso. —Alice hablaba tras la cortina de color claro que formaba el pelo que le caía sobre la cara.

—Solo tu madre sería capaz de mantener un secreto así durante veinticinco años.

Carrie le iba contando a cualquiera los detalles más íntimos de su vida y el autocontrol de Julia la dejaba pasmada. Una vez, cuando eran adolescentes y Carrie se había quedado a dormir en su casa, la niña le preguntó a Julia cuándo había perdido la virginidad. A Julia se le puso la cara de un tono claro de púrpura, dijo que tenía que hacer una llamada de trabajo, a las nueve de la noche de un viernes, y salió

disparada.

—Podría haber mantenido el secreto toda la vida —dijo Alice—. Creo que quería hacerme daño. Estaba… No sé, como un poco alterada.

—¿Por el daño que podría causarte?

—Sí. —Alice notaba las lágrimas presionándole contra los ojos—. No entiendo por qué le irrita tanto la vida que he elegido, que no le hace daño a nadie.

—Ay, Alice.

—Me gusta tener una vida sencilla. —Alice notaba en su interior los hilos sueltos, las diminutas tijeras los habían cortado todos—. No me gusta… sentir tanto.

—Ya lo sé. —Carrie guardó silencio un momento—. La verdad es que desde siempre me he callado lo que pienso de la relación que tienes con tu madre. Ya lo sabes.

Alice asintió con la cabeza, resignada a oír cualquier cosa.

—Pues venga, di lo que quieras.

Carrie esbozó un gesto serio. Se había tomado ese permiso, esa oportunidad, muy a pecho.

—Vale, pues esto es lo que creo que pasó. Desde mi punto de vista, tú te encerraste en ti misma, probablemente justo después de que tu madre te dijera que tu padre había muerto. Las únicas personas a las que querías antes de esa noticia, esa mentira, más bien, siguen siendo las únicas personas a las que quieres hoy con todo tu corazón. Las únicas personas a las que te permites amar. Tu madre, tu abuela y yo. Cuando éramos pequeñas, a veces casi te abrías. ¿Te acuerdas de aquel chico del pelo de punta que te gustaba en el instituto? Pero luego te cerraste por completo. Tienes un corazón enorme y no lo usas. Y de eso tiene la culpa tu madre. Es como si te hubiera criado para que fueras un soldado de las fuerzas especiales o algo, con un conjunto de habilidades de lo más inusual. Y resulta que Julia es todavía más culpable de lo que yo pensaba, porque es que la tía te ha estado mintiendo durante toda tu vida. Y ahora es evidente que se ha dado cuenta y pretende enmendar sus errores.

—Yo no necesito que enmienden nada. —Alice notaba su propia tozudez, como un bulto en la moqueta, pero le daba

igual—. Ojalá no me lo hubiera dicho.

Carrie le dio un beso en la mejilla. Parecía más radiante, como una lámpara recién limpia, después de que le permitieran lanzar el discurso que llevaba años callando.

—Pero el caso es que te lo ha dicho. Y la cosa también es emocionante, ¿sabes? Tu padre está vivo. Puedes ir a verlo y preguntarle por qué hizo lo que hizo. Al fin y al cabo, llevas sus genes. Puedes ir a conocer a ese tipo tan alto.

—Antes de planteármelo siquiera, tengo que establecer la cronología. Tengo que averiguar qué pasó en Chicago. Es que no sé nada, Carrie.

Carrie la miró. Sabía cómo funcionaba Alice. Las dos eran extremos opuestos en muchos aspectos, pero ambas sabían muy bien cómo querían vivir, no toleraban a los imbéciles y siempre se apoyaban la una a la otra.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó.

—Puedes quedarte conmigo mientras lo busco en Google. Y darme tiempo para asimilarlo todo. Sin prisa.

Las dos se quedaron levantadas hasta las cuatro de la madrugada en el sofá cama. Era difícil trabajar, porque a Alice le pitaban los oídos, le costaba leer las frases en la pantalla del ordenador y las imágenes le resultaban abrumadoras. Su padre era el fisioterapeuta principal de los Chicago Bulls, de manera que había numerosas fotografías suyas online. En unas cuantas salía hablando con jugadores de baloncesto, lo más seguro que sobre sus lesiones. También aparecía en las fotos de la plantilla, con otros treinta hombres ataviados con el mismo polo. Solo había una foto de un periodo anterior en su vida, de la universidad de Northwestern: una imagen del equipo de baloncesto de la universidad. Él estaba en el extremo de una hilera, con un jersey y unos pantalones normales, y llevaba muletas.

—En esta foto está monísimo —comentó Carrie. En las más recientes, se le veía no solo mayor, sino agotado, erosionado como un guijarro en la playa—. Es de 1982, o sea, un año antes de que tú nacieras.

Alice asintió. Se sentía como borracha, solo que no había bebido nada aparte de un montón de litros de agua en el

restaurante. Las dos se quedaron dormidas en algún momento y, puesto que al día siguiente era sábado, no sonó ninguna alarma y no se despertaron hasta bien entrada la mañana. A Alice le dolía la cabeza, pero también se sentía aliviada, como si le hubieran quitado un peso de encima. No fue hasta el desayuno cuando se le ocurrió que había acallado sus preguntas y había evitado buscar respuestas durante toda su vida en deferencia a su madre. Pero ya no tenía por qué seguir haciéndolo. Podía preguntarle a cualquiera lo que se le viniera en gana. Aquello le provocó una sonrisa tan ancha que la notó en las mejillas. Carrie alzó la vista de sus cereales y también sonrió.

¿Qué significaba eso?, se preguntó Alice. ¿Cuáles eran sus preguntas? ¿Qué quería saber? ¿Qué quería decir? Nunca había considerado esas posibilidades. Era como si de pronto le hubieran quitado una venda de los ojos. El horizonte era infinito en todas direcciones. En ese momento, llamaron a la puerta. Era Rhoan.

—Ya me ha contado Carrie —anunció, sentándose a la mesa de la cocina como quien entra en una reunión que ya ha comenzado—. Alice, esto es la bomba. Siempre tuve la impresión de que estabas esperando algo, como si tuvieras la oreja pegada al suelo y no quisieras moverte por si te lo perdías. Yo pensé que esperabas a un tipo o algo, pero esto mola mucho más.

—Exacto —convino Carrie.

—Voy a poner en marcha mi casi doctorado. Soy un investigador de nivel mundial, ¿sabes? Vamos a ayudarte a encontrar hasta el último retazo de información que haya sobre esta gente.

Alice quiso protestar, pero Rhoan la acalló con un gesto de su enorme mano.

—¿Tú sabes lo contentos que estamos de poderte ayudar? Nunca nos dejas echarte una mano, siempre andas diciendo que estás bien. Ya sé que no tienes ni un pelo de *drama queen,* Alice Padavano, pero ¡es que esto es un puñetero dramón!

—No me gusta el drama —le dijo Alice a su plato.

—Ya. Pero tener la ocasión de ayudarte me hace tan feliz

que estoy a punto de echarme a llorar.

—Yo estoy llorando —dijo Carrie. Y era cierto.

—Ya sé que es duro —prosiguió Rhoan—, pero déjanos cuidarte, ¿vale?

Alice se llevó las manos a la cara con una risa. No tenía manera de resistirse porque le habían cortado todos los hilos del interior. El amor de sus amigos le penetraba la piel para llegarle dentro y también lloró.

—Esta mesa —dijo de pronto—. Era la que teníamos en la cocina cuando yo era pequeña. Tenía cinco años y estábamos sentadas aquí, cuando mi madre me dijo que mi padre había muerto.

—¡Hala! —exclamó Carrie.

—Todo tiene una historia. Es que me flipa —exclamó Rhoan.

Trabajaba en una biblioteca de investigación y una semana más tarde le dio a Alice una carpeta con fotos y datos biográficos de William Waters y las otras tres hermanas Padavano. Había encontrado mejores fotografías de su padre, menos borrosas, y el parecido entre padre e hija era asombroso. Delgados, altos, el mismo pelo claro de color indeterminado, los mismos ojos. Había un recorte de periódico con la noticia de la boda entre Julia y William. A ella la describían como futura ama de casa y William estudiaba para llegar a ser profesor de Historia. La fotografía era un primer plano del día de la boda: Julia estaba guapísima con su deslumbrante vestido blanco. William llevaba un buen traje y su sonrisa parecía obediente junto a la radiante de su esposa. Alice contempló la imagen, sorprendida por lo feliz que se veía a su madre, sin rastro alguno de cualquiera que fuera la desgracia que luego la alejaría de su matrimonio y de Chicago dieciséis meses más tarde.

Había información sobre la graduación de William, el único año que pasó en el programa de Historia, un máster en Fisiología del Deporte y el historial de su trabajo. Las notas detallaban dos hospitalizaciones, una para una operación de rodilla en sus años de estudiante y otra en 1983, cuando Alice era un bebé, en un hospital psiquiátrico. Su enfermedad mental

debía de ser la razón del divorcio y también explicaba que su padre hubiera renunciado a ella. Julia y Alice llegaron a Nueva York más o menos en aquella época, cuando William estaba en el psiquiátrico.

Mientras ojeaba la carpeta, su madre le envió un mensaje:

> ¿Me puedes decir qué significa en literatura cuando una persona pierde su sombra? Creo recordar que Peter Pan le robó la sombra a Wendy, ¿no?

Alice le enseñó el texto a Carrie.

—Desde luego, las cosas se están poniendo interesantes en la mente de tu madre. ¿Vas a contestar?

—No. Escucha esto: tengo una prima menos de un año mayor que yo. Isabella. Cecelia tuvo una hija. Se parece a todas las Padavano. Todas se parecen, menos yo.

Estaban sentadas en la cocina, donde acababan de comer espaguetis, uno de los muy pocos platos que a Alice le salían medio bien. Era su recurso habitual para cocinar. El de Carrie eran las ensaladas, en las que echaba todo lo que encontraba, con diversos resultados.

—¿Has terminado de corregir la novela esa tan triste?

—¿Esa tipo *Mujercitas?* Sí.

—Entonces es el momento de ir a Chicago. Te puedes coger unos días libres. Y en esa carpeta tienes toda la información posible.

—Podría haber más. —Alice se sentía pesada, como clavada a la silla. Buscó en la sala alguna distracción, pero no dio con nada. Solo veía muebles heredados y un fregadero lleno hasta arriba de platos sucios—. Carrie, mi padre no me quiere conocer. Nunca ha querido saber nada de mí.

Carrie abrió mucho los ojos.

—No vayas a llorar —le advirtió Alice.

—No. Escucha. Tu padre tomó una decisión hace mucho tiempo, cuando se encontraba peor que mal a nivel emocional. A lo mejor lo que siente ahora es muy distinto. A lo mejor se ha pasado los últimos veinticinco años arrepintiéndose de haber renunciado a ti. O también Julia podría haberte mentido en alguna otra cosa. Qué demonios, si hasta es capaz de

haberle pagado a tu padre para que desapareciera. Rhoan no puede encontrar ese tipo de cosas en los periódicos viejos. Vas a tener que ir a preguntárselo tú misma.

«Ir a Chicago», pensó Alice. Había viajado muy poco en su vida. Conocía bien el trayecto de cuatro horas en coche hasta Boston. Y había visitado a Rose en Florida. Pero había rechazado la opción de estudiar en el extranjero y, de hecho, jamás había entendido por qué la gente se marchaba de Nueva York. Aquella ciudad era su casa y seguro que ningún otro sitio podría comparársele.

Siguió escuchando hablar a su amiga, intentando asimilar lo que le decía, pero la idea de ir a Chicago a conocer a su padre y la idea de seguir con su vida le resultaban contradictorias. El mero hecho de embarcarse en un avión haría que explotara la mujer recelosa, serena y segura que llevaba construyendo desde que era una niña.

William

Noviembre de 2008

Había unas cuantas cosas que William sabía sin que se las dijeran. Sabía que Kent había llamado a su psiquiatra para asegurarse de que su medicación era adecuada y que este lo escrutaba durante sus sesiones con un nuevo nivel de preocupación. Sentía también la preocupación de Kent, una presencia que había existido siempre, a distintos niveles, desde que se conocieron. Cuando Nicole se fue de casa tras el divorcio, William pasó unas cuantas noches en la habitación de invitados para que Kent no se sintiera solo del todo. Y agradeció tener aquella oportunidad de ayudar a su amigo. Cuando Kent se disculpaba por su tristeza, William le decía que era un alivio poder ocuparse de él después de tantos años en los que la preocupación había seguido un sentido inverso. Después del divorcio, aunque Kent había recuperado su entusiasmo y su amor por la vida, todavía se lo veía cansado, y a William no le gustaba nada que su amigo tuviera que volver a su puesto de guardia para vigilarlo a él.

También sabía que él era la razón de que Julia no quisiera ir a Chicago. Mientras estuviera con Sylvie, Julia no cedería, por más que Sylvie mereciera el amor de su hermana mayor. Y, por último, sabía que su esposa había perdido peso las últimas semanas. Ella no había comentado nada, pero estaba más delgada y siempre tenía frío.

Era él quien preparaba la cena todas las noches, procurando compensar la falta de apetito de la enferma. Preparaba garbanzos con bastante sal para acompañar las comidas porque sabía que eso sí se lo comía. Hizo acopio en el congelador de helados de chocolate y todas las mañanas salía a primera hora

a comprar dónuts recién hechos. Sylvie sonreía cuando le ofrecía una chocolatina o empujaba en su dirección un cuenco de garbanzos. Sabía por qué lo hacía. Al fin y al cabo, siempre lo había sabido.

Una noche, durante la cena, le dijo:

—Perdóname. Ya sé que últimamente no hablo mucho.

—No pasa nada —respondió él—. Estás cansada.

—Es más que eso. —Hizo una pausa, como buscando las palabras—. Todo es tan intenso en mi interior ahora mismo que… que requiere toda mi atención. ¿Conoces esa cita de Mark Twain que dice que la única razón de que exista el tiempo es para que no suceda todo a la vez? Pues eso siento, que todo lo que me ha pasado en la vida está pasando a la vez dentro de mí. Ya nunca me aburro. Pienso en todos y en todo. Ahora estoy contigo, pero también estás conmigo aquí dentro. —Se señaló el corazón—. Y mi padre está aquí también. Estamos los dos detrás de la tienda.

William asintió, sabía que estaba oyendo más de lo que entendía, más de lo que podría comprender.

—¿Y es agradable?

Sylvie lo pensó un momento.

—Pues sí.

En cuanto William metió los platos en el lavavajillas, se fueron a la cama. Sylvie necesitaba dormir mucho, de manera que ya no pasaban una hora o dos en el sofá, leyendo y viendo partidos de baloncesto. Después de hacer el amor, durmieron desnudos por primera vez desde que eran jóvenes. Estaban desmantelando sus hábitos y rutinas, era como levantar un suelo y encontrar debajo un tesoro.

—Ah, te quería contar una cosa —dijo Sylvie antes de dormirse, incorporándose sobre un codo—. Estoy orgullosa de mí misma.

Ante la sorpresa en su voz y lo inesperado del comentario, William se echó a reír.

Ella sonrió.

—Es que… no me esperaba estarlo. Cuando tú y yo empezamos a salir, pensé que me iba a odiar, un poco, pero para siempre. Porque de haber sido una buena persona, me

habría mantenido apartada de ti. Me habría quedado sufriendo. Pero al tomar esa decisión…

Sylvie guardó silencio. William se había fijado en que cada vez lo hacía más, que le costaba dar con las palabras, como frutos en las ramas más altas de un árbol.

—Es difícil de explicar, pero nuestro amor era tan grande y tan profundo que me hizo amar a todo el mundo y todo lo que veía. Lo cual me incluía a mí. —Y sonrió de nuevo—. Ya sé que parece una tontería, pero estoy orgullosa de mí misma. Por vivir con valentía, supongo.

Cerró los ojos con la sonrisa todavía en el rostro y no tardó en quedarse dormida. William, en cambio, se quedó despierto mucho tiempo en la habitación oscura, escuchando respirar a su esposa. ¿Estaba él orgulloso de sí mismo? Nunca se lo había planteado. Tal vez se había sentido así alguna que otra vez, algún momento fugaz. Cuando ayudaba de verdad a un jugador, cuando detectaba un problema que no había visto nadie y encontraba una solución… Buscó en su interior y se dio cuenta, sorprendido, de que estaba orgulloso de sí mismo por haber llamado a Julia.

Se acordó de cuando había besado a Sylvie por primera vez en la habitación de su residencia universitaria, que su amor no había salido de allí durante los primeros meses. En cierto modo, William jamás había dejado de contener su amor, de sostenerlo entre las manos. Así se sentía más seguro. No podía perder el amor de Sylvie si sabía dónde estaba. Era cierto que su esposa había sido valiente: ella fue la que perdió a Julia, la que hirió a las gemelas. Él, en cambio, no había arriesgado nada. Había sido un eterno cobarde, temeroso de lo que podría perder. Pero, cuando Sylvie cayó enferma, lo peor que podía pasar sucedió. Para protegerla, tenía que salir de su burbuja. Por eso llamó a su primera esposa para pedirle ayuda a través de la enorme distancia que los separaba, algo que lo había hecho vulnerable no solo ante ella, sino también ante el hombre roto que había sido durante aquel matrimonio. Siempre tuvo la certeza de que abrirse era sinónimo de peligro y de que, si no se aferraba con todas sus fuerzas a su nueva vida, esta desaparecería. Pero, al bajar las barreras, descubrió

que la vida en realidad se había expandido. Una fotografía escondida se convirtió en un mural; Alice y Caroline aparecían una cerca de la otra; su suegro había encontrado la forma de lanzar su cariño a través del tiempo y la distancia; y el amor de Sylvie, una vez que William lo había dejado escapar de entre las manos, multiplicó su fuerza, se difundió para llenar todo el espacio que lo rodeaba y que era toda su vida.

Alice

Noviembre de 2008

El vuelo más barato a Chicago salía a las seis de la mañana, de manera que Rhoan cogió prestado el coche de su hermano muy temprano y, junto con Carrie, llevó a Alice al aeropuerto. De no haber sido por ellos, no habría llegado por sus propios medios. Alice se sentía rara, como si le pesara todo el cuerpo, tras dos semanas sin hablar con su madre, sabiendo que su padre estaba vivo. Necesitaba las manos de sus amigos en la espalda. Carrie se había ofrecido a acompañarla a Chicago, pero Alice sabía que tenía que hacer aquello ella sola.

No dejó que la despidieran con un abrazo.

—Vuelvo mañana.

—Siempre puedes cambiar el billete y quedarte más tiempo —sugirió Carrie.

—Tienes que ir a enseñarle a esa gente lo que se han perdido —terció Rhoan—. Son tu familia. No tengas miedo de cantarles las cuarenta si hace falta. Pero que tampoco te dé miedo sonreír.

Alice cruzó el aeropuerto con su mochila gris. Siguió las instrucciones de los asistentes de vuelo al embarcar en el avión y mantuvo los ojos cerrados durante todo el trayecto. No soportaba que nadie le hablara, ni siquiera para ofrecerle un refresco. Estrujaba los reposabrazos, consciente de cada sacudida del avión, de cada perturbación del aire y el espacio que ocupaba.

En O'Hare, un gigantesco y laberíntico aeropuerto con techos de cristal que parecían de catedral, Alice aguardó su turno en la cola de los taxis y le dio a la taxista la dirección de la sede de los Bulls en el centro de Chicago. Intentó prestar

atención a la ciudad mientras el coche cruzaba el río y entraba en un bosque de altos edificios. Los trenes elevados traqueteaban sobre ellos. En las aceras no parecía haber tanta gente como en Nueva York. Había esperado ver algún mural, tal vez de Cecelia, pero en aquella parte de la ciudad las paredes estaban en blanco.

«Aquí es donde se crio mi madre. Aquí es donde voy a conocer a mi padre.» Se sentía tan sola que era casi una sensación física. Le hormigueaba la piel como si no la tocaran desde hacía días. Apenas se acordaba de la voz de su madre y esto hizo que le entrara el pánico. Al estar en Chicago, se sentía como si hubiera dejado atrás a Julia de manera permanente. Le envió un mensaje por primera vez desde aquella noche en el restaurante griego:

> Una sombra representa el bloqueo de la luz o la otra mitad de una persona. Cuando un personaje pierde su sombra, ha perdido una parte de sí mismo y tiene que ir a recuperarla.

El taxi se detuvo. Alice pagó y se bajó. Sabía que no podía quedarse quieta ni permitirse pensar. Abrió la puerta de cristal que había ante ella y entró en un gran vestíbulo. A lo lejos se oía el golpeteo de las pelotas de baloncesto. En unos sofás que había en una esquina, se sentaban unos cuantos hombres de extraordinaria altura con las rodillas muy elevadas. Un hombre algo mayor con un silbato colgado del cuello pasó junto a ella. Medía más de dos metros. Alice fue de pronto consciente de que se encontraba en un lugar donde a nadie le llamaría la atención su altura: aquel edificio estaba poblado por gigantes.

Se acercó el mostrador. Un joven alzó la vista del ordenador y parpadeó al verla.

—¿En qué puedo…? —Se interrumpió—. Señora, se parece usted muchísimo a uno de nuestros fisios.

—¿William Waters?

—Sí. Es que son clavados.

—¿Puedo verlo, por favor?

—Creo que todavía no está. Pero debería llegar en cualquier momento. ¿Quiere sentarse a esperarlo?

Alice asintió y cruzó el vestíbulo hacia los sofás. Al sentarse,

se dio cuenta de que los muebles eran altos, cosa inusual, estaban hechos para humanos de gran tamaño. Hizo todo lo posible por parecer calmada y relajada y no dar un respingo cada vez que se abría la puerta, lo cual sucedía a menudo. Al cabo de quince minutos, le envió un mensaje a Carrie:

¿Cuánto tiempo espero?

Llegó la respuesta:

Mucho tiempo.

Al cabo de treinta minutos, se le acercó el chico del mostrador.

—Siento que esté tardando tanto. William suele llegar puntual. Le he dejado un mensaje en el móvil para decirle que está usted aquí. Seguro que no tarda en llegar.

Alice le dio las gracias, preguntándose cómo la habría descrito en el mensaje. ¿«Una mujer alta que se parece a ti»? ¿«Ha aparecido la hija a la que nunca has querido»?

Pasó una hora. El estómago le rugía. Era casi la hora de almorzar y ella se había levantado bastante antes del amanecer, había estado demasiado nerviosa para desayunar. Era consciente de las miradas de lástima que le dirigían. «Soy idiota —pensó—. Es evidente que sabe que estoy aquí y por eso no viene. Y les doy pena a todos.»

Le envió otro mensaje a Carrie:

En diez minutos me largo.

Su amiga respondió al instante:

Puedes irte del edificio, pero tú te quedas en Chicago. Te has comprometido a pasar ahí veinticuatro horas. Tu vuelo sale mañana. Llama a una de tus tías. Ve a ver a alguien.

Alice lo pensó. Lo que más deseaba en el mundo era volver al aeropuerto, regresar a su vida cómoda y segura. Ya había tenido el valor de ir hasta allí y no había salido bien. Pero a Carrie no le faltaba razón al decir que Alice se había encerrado en sí misma a los cinco años, cuando había perdido a su padre.

Había estado siempre bajo el ala de su madre, se había bebido el control que esta ejercía sobre ella con el zumo de naranja del desayuno. Pero entonces tenía veinticinco años, era virgen y nunca se había enamorado. Una vez le dio un beso un chico borracho en una fiesta, pero nunca la habían besado de verdad. Le gustaba su vida segura, pero entendía que tal vez necesitara abrir algunas ventanas, aunque solo fuera para demostrarse a sí misma que era capaz.

—Lo siento, señorita. —El joven del mostrador estaba de nuevo ante ella—. He intentado contactar a su colega Kent porque suelen estar juntos, pero también me salta el contestador. No quisiera que esperase usted tanto. ¿Le parece bien darme su número de teléfono? Yo la llamaría en cuanto William aparezca.

Alice le escribió su número en el cuadernillo que el joven le ofrecía y le dio las gracias. Salió del edificio con la cabeza alta, como si no estuviera avergonzada, como si supiera lo que iba a hacer. Y resultó que sí lo supo, en cuanto le dio el aire fresco de la calle. Llamaría a su tía Cecelia, cuya obra empapelaba su dormitorio y sus sueños. Tenía su número de teléfono. En realidad, tenía los de todos, gracias a las investigaciones de Rhoan.

Mientras oía el tono de llamada pensó: «Si no contesta nadie, me vuelvo al aeropuerto».

—¿Hola? —se oyó una voz femenina. A Alice se le cayó el alma a los pies.

—¿Hablo con Cecelia Padavano?

—No. Soy Izzy. ¿Llama del hospital? ¿Me puede dejar un mensaje? Soy su hija.

—¿Qué? No. No llamo del hospital. Soy… eh… me llamo Alice. Padavano. Creo que eres mi prima.

Se produjo entonces un silencio a ambos lados de la línea. Alice se hundió en él como en un profundo estanque, pero no tenía ni idea de si llegaría al fondo.

—¡Madre mía! —exclamó por fin Izzy—. ¡Alice! ¿Dónde estás? ¿Estás en Chicago?

Alice asintió con la cabeza antes de darse cuenta de que tendría que decirlo en voz alta.

—Sí.

—Vente ahora mismo. Te necesitamos. Ven a casa.

Julia

Noviembre de 2008

Julia estaba en su despacho cuando recibió la llamada. Eran más de las seis de la tarde y la mayoría de los empleados ya se habían marchado. Los últimos meses se habían percatado de que la atención total que mantenía su jefa sobre ellos flaqueaba y se aprovechaban de sus distracciones tomándose más tiempo para almorzar y saliendo antes del trabajo. «Me he dado cuenta», quería decirles Julia, pero no habría sabido qué añadir a continuación, de manera que guardó silencio. Ella también remoloneaba y faltaba a la oficina, por lo general para pasarse el día sola en casa. Ya no esperaba que sus actos ni sus pensamientos tuvieran lógica. Miraba sobre el hombro todos los días preguntándose si la auténtica Julia la alcanzaría con una tormentosa mueca de decepción. Aquella Julia se había dejado la piel por lograr el éxito y esta Julia no tenía muy claro que hubiera valido la pena.

Cuando sonó el teléfono, vio que era un número de Chicago. No era el de Sylvie, pero a lo mejor la estaba llamando desde la biblioteca o incluso desde casa, cosa que no había hecho nunca. En su segunda visita, Julia le había enviado un mensaje cuando iba de camino al aeropuerto y esa había sido toda su comunicación. Aun así, contestó con cierta alegría, con la sensación de que iba a ser la única versión de sí misma que podía soportar esos días: la Julia que estaba con Sylvie.

—¿Diga?

—Soy Cecelia —dijo la voz.

Julia se quedó desconcertada un momento, porque su voz sonaba como la de Sylvie. Hacía muchísimo tiempo que no hablaba con las gemelas.

—Ah. —Julia no pudo disimular la sorpresa—. Hola. ¿Cómo estás?…

Cecelia la interrumpió:

—Tengo que decirte una cosa. Sylvie estaba enferma. Tenía un tumor cerebral.

—Ya lo sé. —Las palabras se le hicieron un nudo en la garganta.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo ella?

—¿Por qué lo dices así? —«En pasado», querría haber añadido.

Cecelia le contó que Sylvie había muerto de pronto aquella mañana. William había salido veinte minutos de casa y ella entró en la cocina y se desplomó. William se la encontró en el suelo al llegar.

—Le pregunté qué expresión tenía. Necesitaba saber si parecía asustada. William me dijo que estaba tumbada de lado, como si se hubiera quedado dormida.

Julia era consciente del auricular que tenía junto a la oreja. Tenía que concentrarse en agarrarlo bien. La anterior conversación que había con William, sentada a esa misma mesa, parecía aplastar esta otra de manera claustrofóbica. Sylvie está enferma. Sylvie está muerta.

—Fue muy rápido —prosiguió Cecelia, como si le leyera el pensamiento—. Se suponía que teníamos más tiempo. Pensaba llamarte cuando se pusiera ya muy mala, para que vinieras. Y con mamá, lo mismo. —Una pausa—. He llamado a mamá para contárselo justo antes de llamarte a ti.

—Mamá —dijo Julia, como si nombrara una tormenta inminente. Rose volvería a Chicago. La muerte de Sylvie la desalojaría de Florida. Todas estarían desalojadas de todo lo que habían conocido.

Cecelia suspiró.

—Emmie dice que necesito preguntar y preguntar para lidiar con todo esto. Seguro que tiene razón, pero he hablado con el médico del hospital y me ha dicho que el tumor había presionado una parte del cerebro, no me acuerdo cómo dijo que se llamaba, con lo cual habría muerto en cuestión de segundos. Ni siquiera se enteró.

—Bien —se obligó a decir Julia.

Pensó en la última vez que había visto a Sylvie, hacía una semana. Se habían cogido de la mano mientras veían una película. Era la primera vez que se tocaban y la energía que había provocado el contacto, con todos los años y los cambios que yacían entre ellas y todo el amor, le había llenado los ojos de lágrimas. Era casi demasiado cogerle la mano a su hermana al tiempo que no se hablaba con su hija, durante una tarde en la que no estaba donde se suponía que debía estar, pero de alguna manera estaba justo en su sitio. ¿Sylvie habría sabido que solo le quedaban unos días de vida? ¿Por eso le había cogido la mano y la había abrazado cuando tuvo que volver al aeropuerto? Julia todavía sentía el abrazo, la presión del cuerpo de su hermana contra el suyo.

—Gracias a Dios que Alice está aquí —añadió Cecelia—. No ha podido ser más oportuna. Parece increíble. Es un regalo tenerla con nosotros.

—¿Alice? —Julia creyó haber oído mal—. ¿Alice está en Chicago?

—Ha llegado esta tarde. Izzy y ella se han hecho inseparables al instante. Es alucinante, como si se acordaran de haber estado juntas de recién nacidas. —Cecelia se interrumpió un momento—. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí.

—Tienes que venir a casa ahora mismo.

Julia cogió un taxi hasta su casa y metió algo de ropa en una bolsa pequeña. Lo último que añadió fue el paquete envuelto que Sylvie le había dado la última vez que se habían visto. Julia había querido dirigirse directamente a O'Hare después de la película, pero Sylvie le pidió que primero fueran a la biblioteca porque quería darle una cosa.

—Me lo das la próxima vez.

Sylvie lo pensó un instante, pero se negó.

—Te lo tengo que dar ahora.

Julia enterró el paquete en el fondo de su maleta y volvió al aeropuerto. El trayecto hasta LaGuardia era ya muy familiar y le había dado sensación de libertad las dos veces que lo había realizado durante el último mes. Se había sacudido de encima

su historia y su identidad para volar al lado de su hermana. Y cada vez tuvo la sensación de que se dirigía hacia sí misma. Aquel día, en el aire entre Chicago y Nueva York, sabía que sus tres hermanas eran parte de ella. Se habían criado juntas y durante mucho tiempo sus corazones latieron al unísono. Cuando se reunió con Sylvie, se había sentido más viva, más entera.

Durante su vida en Nueva York, pensó que se había convertido en el cohete de su padre, pero esa identidad parecía más auténtica cuando estaba sentada con Sylvie en un bar de Chicago, pensando cómo ayudar a su hija. Bajo la mirada de su hermana, Julia se sentía como se había sentido al principio de llegar a Nueva York: bullendo de posibilidades, los paneles que la sostenían trémulos de miedo y de emoción. Pensándolo, le parecía evidente que había construido un cohete en Nueva York, que lo había bruñido y le había sacado brillo, pero que jamás había despegado. Para ser el cohete tenía que estar con sus hermanas y tenía que dejar libre a su hija.

Aceptó una bebida de la azafata e intentó imaginarse a Alice en su ciudad natal. La idea le resultaba desconcertante, como si se le añadiera otra pieza a un puzle ya terminado y no hubiera dónde encajarla. La imagen de Alice flotaba sobre el mapa de Chicago en la mente de Julia, no porque su hija estuviera en el lugar equivocado, sino porque ella misma había arrancado a su bebé de aquel escenario hacía mucho tiempo y había sellado todas las entradas y salidas. A pesar de todo, era un enorme alivio que supiera la verdad sobre su padre. Sylvie habría apoyado su sinceridad, por muy tarde que hubiera llegado. La idea de la aprobación de su hermana fue como un anzuelo clavado en el corazón. El dolor la obligó a cerrar los ojos. A partir de ese momento, Sylvie jamás conocería ninguna de sus decisiones.

El avión aterrizó en O'Hare después de las once, de manera que Julia decidió dormir en el hotel del aeropuerto. Sabía que las gemelas la esperaban, pero sentía una necesidad casi física de mantenerse fuera de su ciudad y de su pasado y de la muerte de Sylvie unas cuantas horas más. Avisó por mensaje a Cecelia de que llegaría a su casa por la mañana y se durmió

abrazada a sí misma. Soñó que intentaba alcanzar a Sylvie, que iba unos pasos detrás de ella por las calles de Pilsen. Por la mañana se tomó un café enorme en el trayecto del taxi hasta Chicago. Sylvie le había hablado de la casa doble de las gemelas. Como si la hubiera estado preparando para el momento de su llegada, la había vuelto a familiarizar con Pilsen: le había enseñado los murales de Cecelia, le había hablado de Izzy y le había contado que todas ellas llevaban unas vidas tan entrelazadas que la situación había exigido echar paredes abajo y compartir casas. Sylvie la había preparado para cuando ella ya no estuviera, pero todas las demás siguieran allí.

Julia sabía que las gemelas albergaban hacia ella sentimientos encontrados. Se habían resentido durante muchos años de los límites que les había impuesto a sus comunicaciones. Cecelia y Emeline al principio, cuando Sylvie y William se enamoraron, habían empatizado mucho con ella. Pero era evidente que esperaban y deseaban que su hermana mayor se ablandara con el tiempo, cosa que jamás sucedió. Cecelia le escribió una vez en una postal: «Emeline y yo no hemos hecho nada malo. Déjanos ver a Alice. Déjanos verte a ti. Podríamos irnos de vacaciones a alguna parte, hacer un viaje juntas, hacer algo que no tenga nada que ver con Chicago o Nueva York». Julia leyó la postal en una esquina de la calle, junto a una avenida curiosamente tranquila en una ciudad cuyo estruendo no cesaba nunca. Comenzó entonces a considerar aquella idea, aquella puerta abierta, pero acabó rehusándola. Se sentía incapaz de comprometerse a nada. Había cerrado la válvula de su pasado —la válvula de su corazón, en realidad—, y una válvula medio abierta era una válvula rota.

Pero aquel día vería también a William por primera vez desde que él le había tendido una nota y un cheque y se había marchado de casa. Aquello parecía pertenecer a otra vida y Julia era entonces una persona diferente. Cuando pensaba en William, no recordaba la llamada de teléfono que le había hecho unos meses atrás ni el final de su matrimonio. Solo lo recordaba saliendo del gimnasio después del entrenamiento de

baloncesto, joven, sano y guapo. Recordaba cerrarle las solapas del abrigo con el frío, pedirle que la besara. Recordaba la juventud de ambos, cuando no sabían ni quiénes eran ni lo que querían.

Llamó a la puerta de casa de Emeline con las manos temblorosas, pues sabía que Sylvie no estaría al otro lado. En el velatorio de su padre, un joven obrero de la fábrica de papel había dicho: «Es imposible que ya no esté». Y tenía toda la razón: había sido una pérdida imposible. Y Sylvie también lo era. Pero tal vez lo que resultaba imposible era dejar atrás a esa persona. Cuando tu amor por alguien es tan profundo, esa persona forma parte de ti, y su ausencia se convierte en parte de tu ADN, de tus huesos y de tu piel. Las muertes de Charlie y Sylvie se habían convertido en parte de la topografía de Julia. Sus pérdidas corrían como ríos en su interior. Había sido idiota por mantenerse alejada durante tanto tiempo, por renunciar a pasar tiempo con su hermana. Tan solo había experimentado el principio y el final de la vida de Sylvie, y eso no era suficiente.

Cuando se abrió la puerta, aparecieron Emeline y Cecelia, sus hermanas pequeñas, que rondaban los cuarenta y cinco y mostraban finas arrugas de patas de gallo. Se quedó sin aliento al verlas. Se había esforzado mucho en su vida, pero los últimos veinticinco años se las había apañado ella sola y al verlas se dio cuenta de que eso jamás podría salir bien. Cuando le había contado a Emeline que se marchaba de Chicago, su hermana le había respondido: «Nos necesitas contigo. Igual no te das cuenta ahora, pero es así. Nos necesitamos unas a otras».

Y ahora se oyó decir a modo de saludo:

—Lo siento.

—¡Ay, mi niña! —exclamó Emeline.

Julia las abrazó a las dos a la vez, con la cara enterrada en su pelo. Las tres respiraron dentro de aquella estructura de tres personas, buscando una nueva clase de estabilidad, aunque solo fuera por un momento.

William

Noviembre de 2008

William no discutió cuando Kent volvió con él a casa desde el hospital. No hubiera podido convencer a su amigo para que lo dejara solo. En el hospital, mientras esperaba a que los médicos le dijeran no si podían salvar a Sylvie, porque eso era imposible, pero sí qué había pasado, Emeline le cogió la mano. Hacía mucho tiempo que nadie le cogía la mano, salvo su esposa, y aquel gesto de su cuñada fue una señal más de que era cierto que Sylvie ya no estaba. Cecelia se pasó de pie casi todo el día, intentando obtener información de cualquier médico o enfermera que cometiera el error de mirar en su dirección. Kent también paseaba de un lado a otro. Junto a William, Emeline lloraba sin dramas y sin vergüenza. Las mejillas le brillaban por las lágrimas bajo los fluorescentes.

—Tendrías que comer algo, pero ya sé que no quieres.

—No quiero comer.

Esa noche, le dolió girar la llave en la cerradura. La puerta de su casa se abrió para revelar el paisaje de su felicidad. William había cruzado esa misma puerta hacía once horas con una caja de dónuts en la mano, sonriendo para sí mismo porque, aunque había estado fuera menos de media hora, ya echaba de menos a Sylvie. Al regresar era Kent quien estaba a su lado y él no quería ni acercarse a la cocina. Tampoco entraría en el dormitorio. Declaró que dormiría vestido en el sofá y su amigo asintió y le llevó un vaso de agua y una pastilla.

—Esto te ayudará a dormir.

William se la tragó sin rechistar.

Al día siguiente, se despertó atontado y necesitó de toda su

energía para incorporarse y deslizar los pies al suelo. Miró el paisaje que Cecelia había pintado, pero ni lo veía. Inhalaba y exhalaba un aire que sabía a miedo. No quería existir ni un día sin Sylvie y, a pesar de todo, ahí estaba.

—¿Dónde tienes la medicación? —le preguntó Kent. William se lo dijo y se tomó las píldoras que su amigo le puso en la mano—. Hay que tomar varias decisiones. Sobre el funeral. Vamos a tener que ir a las casas de las gemelas. —El hombre vaciló un momento—. Anoche recibí varios mensajes del trabajo. ¿Me estás escuchando? —preguntó con tono dulce.

William se limitó a mirarlo.

—Por lo visto Alice se presentó ayer en el centro. Para verte.

—¿Alice?

—Llegó allí mientras estábamos en el hospital. Anoche durmió en casa de Cecelia. William, no sé si esto es bueno o malo.

El aludido asintió de nuevo porque Kent estaba siendo sincero. Su amigo casi nunca expresaba dudas.

—No la conozco —dijo William y visualizó la imagen de su hija en el mural: una niña de diez años con una sonrisa tímida —. No sé absolutamente nada de ella. —Le parecía estar explicando que Alice era un examen para el que no había estudiado y para el que ni siquiera había tenido acceso a los libros de texto necesarios.

Pero también pensó: «Sylvie quería a Alice». Sabía que la había querido mucho de pequeña y que se había pasado la vida adulta echando de menos a Julia y a su sobrina. Y justo cuando Alice había llegado, la persona que más la quería ya no estaba. William se estremeció.

—Da igual —dijo, levantándose.

—Pues yo creo que no da igual. —Kent miró su teléfono y comentó, un poco divertido—: Emeline dice que Alice mide 1,85. Ya no es un bebé que se te pueda caer de los brazos, William. Es toda una mujer.

William se imaginó una lámpara gigante y tuvo que entornar los ojos, cegado. Se encontraba en una oscuridad brumosa. Pero una parte de él no se apartó de la luz. Ya no

pensaba seguir huyendo.

Se detuvieron en una cafetería de camino al superdúplex, donde se reunieron con Gus y Washington, que saludaron y le dieron a William unas palmadas en la espalda, pero no dijeron más. Cuando ya estaban cerca de las casas de las gemelas, Arash se bajó de un taxi. Era un día apacible de noviembre, la gente iba con abrigos, pero sin abrochar. William, no obstante, no era consciente de la temperatura ni del radiante cielo azul. Se limitó a reconocer la presencia de sus amigos con un gesto de la cabeza. Era evidente que Kent los había convocado para que se sintiera parte de un equipo el día en que ya no formaba parte de un matrimonio. A Sylvie le habría encantado el detalle, pensó William, mientras todos caminaban con largas zancadas por la calle.

Kent abrió la puerta de la casa de Cecelia y entraron. Solo estaba ella, y como William tenía los sentidos aguzados a todas las maquinaciones que se habían urdido por él, supo que esto también era intencionado. Se trataba de una parada de información, un instante para que recuperase el aliento. Cecelia les contó que Rose volaba en ese momento hacia Chicago y llegaría por la tarde. Alice y Julia estaban en la casa de al lado, con Emeline, Josie e Izzy.

William no tuvo más remedio que asentir, porque no podía decir: «No, gracias», y marcharse sin más. Sylvie no lo habría querido. De manera que salió con todos por la puerta trasera. Cruzaron el patio y entraron también por detrás en casa de Emeline, que olía a café y polvos de talco. Estaban en el recibidor, rodeados de retratos que había pintado Cecelia, cuando sonó el timbre. Todas las mujeres estaban en movimiento cuando entraron los hombres en el salón de cocina abierta. Un bebé lloraba, un adolescente sostenía en la puerta una bolsa gigantesca de papel con la palabra BAGELS escrita, y Emeline buscaba dinero en su bolso. William atisbó en la periferia de su visión a una joven muy alta, rubia, y al otro lado de la habitación, a su exesposa. Y se encontró dirigiéndose hacia ella, tal vez porque sabía qué decirle y porque ella interpretaba un pequeño papel en su angustia.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

Ella se sobresaltó, pero asintió. Se fueron a la zona de la cocina. Era raro estar tan cerca de Julia. Hacía veinticinco años que no la veía y, aunque resultaba familiar, ya no se parecía al recuerdo que tenía de la mujer con la que se había casado. ¿Era posible que le hubiera cambiado la cara? No es que fuera más dura, pero sí más sólida. Él la había conocido en la dulzura de su juventud. Sus rizos seguían siendo los más rebeldes de todas las hermanas, pero no se veía en ellos ningún desorden, a pesar de que llevara el pelo suelto. William la miraba en parte porque todavía no estaba preparado para mirar a su hija. Sylvie había abandonado todas las habitaciones de su vida y resulta que Alice estaba ahí. Ese intercambio de cuerpos era casi insoportable.

—¿Por qué no viniste? Te dije que Sylvie te necesitaba.

—Vine. La vi dos veces.

William tardó en asimilar esta información. ¿Sylvie había visto a Julia? Como golpeado por el alivio, sintió tal presión en el pecho y detrás de los ojos que tuvo que sentarse en la silla más cercana. Aquello no se lo había visto venir, pero tampoco había visto venir nada. Sabía que su esposa se estaba muriendo, pero no esperaba que se muriera.

—¿Quieres un poco de agua? —le ofreció Julia.

William se encontró con un vaso de agua entre las manos. Todos lo miraban. Aquella no era una conversación privada. Todos en aquella sala, excepto tal vez Alice, estaban destrozados, ahogados de dolor, incapaces de fingir que charlaban unos con otros. Solo podían escuchar y esperar que él estuviera bien, porque si eso era posible, cualquier cosa era posible.

—Sylvie quería que quedáramos en secreto —explicó Julia—. Seguro que al final te lo habría contado, pero por lo visto le divertía mucho que pudiéramos vernos sin que nadie lo supiera. Fuimos al cine hace no mucho tiempo. Yo venía para pasar aquí unas horas y me iba en avión el mismo día. Emeline y Cecelia tampoco sabían nada, hasta esta mañana.

Mucho tiempo atrás, William había escrito en su libro: «Debería haber sido yo, no ella». Cuando lo hizo pensaba en su hermana, pero de buena gana habría muerto el día anterior o

en ese mismo instante si con eso hubiera salvado a Sylvie. Un ardiente anhelo lo invadió: si él hubiera muerto, tal vez Sylvie seguiría allí. O tal vez podría estar con ella, donde quiera que estuviera. William quería juntar de nuevo las manos para sujetar bien el amor que sentía por su esposa, para sujetar bien el amor que ella sentía por él.

Pero ya no era posible. Era demasiado tarde. Había abierto las manos hacía semanas y había dejado que todo se escapara. Sus tres cuñadas estaban a su lado con la frente arrugada en gesto de preocupación, los rizos revueltos. Sylvie había pasado tiempo con Julia. Las dos hermanas se habían reconciliado, se habían querido no solo en el pasado, sino también en los últimos días. Habían arreglado lo que estaba roto entre ellas, lo cual significaba que su esposa había vuelto a estar completa. Sylvie había tenido lo que necesitaba y eso hacía posible que él respirase una vez más.

Alice

Noviembre de 2008

Alice se sentía como un astronauta en casa de su tía, como si tuviera que llevar un incómodo traje y una escafandra porque no podía respirar la atmósfera autóctona, y tenía que prestar atención a cada paso que daba para no caerse. Su vida normal y segura había desaparecido y no tenía ni idea de cómo actuar, cómo pensar, qué sentir. Sus tías no hacían más que abrazarla. Emeline y Cecelia se parecían a su madre, y a la vez eran distintas. Emeline le besaba la mejilla igual que Julia y la voz de Cecelia sonaba casi igual que la de su madre. Izzy estaba tan ilusionada con su llegada que era evidente que llevaba toda la vida esperando a su prima. Hablaba mucho, tal vez para enmascarar el dolor que sentía por haber perdido a su tía. Le contaba historias de la familia y charlaba del futuro como si Alice fuera a formar parte de él. Sus tías también hablaban como si su presencia fuera inevitable, como si hubiera salido a hacer un recado y se hubiera retrasado muchísimo, pero por fin hubiera vuelto a casa.

Había pasado la noche en el mismo dormitorio que Izzy, cada una en una cama.

—No deberíamos estar solas —le había dicho su prima— después de lo que ha pasado.

«¿Qué ha pasado?», quería preguntar Alice, porque le habría gustado oírlo, en forma de lista, de alguna manera que ella pudiera comprenderlo. Había llegado a Chicago para conocer a su padre y, ese mismo día, su esposa había muerto. La madre de Alice y su abuela iban a presentarse allí también, y ella se veía rodeada de personas destrozadas a las que acababa de conocer. Había dormido en una cama junto a la de su prima,

en un mundo donde todos los habitantes compartían dos casas unidas y la mayoría de ellos eran sus parientes. En casa de Emeline vivía un diminuto bebé: otro misterio, porque por lo visto el niño solo se iba a quedar allí un tiempo. El pequeño estallaba a veces en llanto y a Alice le daban ganas de poder hacer lo mismo. Únicamente estaba a solas cuando iba al baño. Cada vez que aparecía en alguna estancia, todas se mostraban encantadas de verla, aunque acabaran de estar con ella un momento antes.

Se levantó muy temprano aquella mañana, antes que nadie. Recorrió los pasillos porque quería ver la obra de Cecelia, que estaba por todas partes: allá adonde fuera, había retratos de mujeres de un metro y medio que llenaban todo el espacio entre el suelo y el techo. Se detuvo un rato delante de un cuadro de Julia de adolescente. Le costaba creer que su madre hubiera sido tan joven y tan afable como aparecía en el lienzo. También estaba la antigua mujer de aspecto fiero que Alice ya conocía de sus recortes y que también se veía en las fachadas laterales de los edificios de Chicago. Izzy le había contado que se trataba de santa Clara de Asís, que era alguien importante para las hermanas Padavano. «Parece una auténtica fiera, ¿verdad?», comentó.

Cecelia había pintado a Rose cuando era joven y hermosa, con su pelo negro apartado de la cara, y a una severa bisabuela a la que por lo visto solo había conocido Rose, para cuyo retrato había usado la única foto que Rose tenía de sus padres. Las paredes estaban decoradas con la línea matriarcal de la familia Padavano, más la santa que de alguna manera era reflejo tanto de sus fuerzas como de sus locuras. También aparecía una niña pelirroja, que, según le contó Izzy, era la hermana de William, que había muerto de pequeña. «Otra tía», pensó Alice, porque tener una tía muerta a los tres años tenía tanta lógica como todo lo demás. Solo un hombre se incluía en las paredes: Charlie, el abuelo al que todo el mundo adoraba, el único miembro de la familia del que Alice había oído hablar tanto a Rose como a Julia. En el retrato, Charlie estaba sentado en una butaca con el rostro iluminado por su sonrisa. Había retratos de Alice e Izzy cuando eran bebés, y una pintura

individual de las dos ya algo más mayores. A Alice le conmovió verse a distintas edades en casi todas las paredes. Había estado dentro de aquellas casas antes de saber de su existencia. Tal vez eso explicara la familiaridad con la que su prima y sus tías la habían recibido. Parecían conocerla, aunque solo fuera porque era una de ellas, por más que Alice no terminase de entenderlo.

Cuando llegó Julia, se saludaron con un abrazo, pero desde entonces mantuvieron la distancia. Alice no estaba preparada para hablar y agradeció que su madre lo supiera y no la forzara. En todo caso, eran tantas las personas que requerían su atención que ninguna de las dos tuvo ni un minuto en el que no estuviera frente a alguna emotiva hermana, tía, sobrina o prima, intentando dar con las palabras adecuadas en una situación desconcertante. «Además, he venido aquí por él, no por ti —le dijo Alice a su madre mentalmente—. Tú solo me das preguntas y yo necesito respuestas.»

No hacía más que mirar hacia la puerta principal, sabiendo que su padre llegaría pronto. Quería estar preparada, lo más serena posible. Esperaba poder dar una impresión de independencia, o incluso de indiferencia, que su lenguaje corporal dijera: «Nunca te he necesitado y desde luego no te necesito ahora». Pero su padre entró por detrás, al mismo tiempo que sonaba el timbre y el bebé que Josie tenía en brazos se ponía a berrear. Fue como si el aire desapareciera de la habitación. Alice no podía respirar y solo oía un fuerte rumor en su cabeza. «No me mires», pensó. Y por suerte él no lo hizo, lo cual le dio ocasión de estudiarlo. William Waters iba acompañado de unos cuantos amigos enormes, todos con expresiones apesadumbradas. Su padre no parecía de primeras una mala persona que hubiera podido abandonar a su hija como si nada solo porque no le gustaran los niños. Su expresión era de tristeza desarmada. Tenía el rostro de Alice y sus ojos. Tal como llevaba tiempo sospechando, era cierto que cuando se miraba al espejo estaba viendo a su padre.

William avanzó hacia Julia. Se puso a hablar con ella, a cuatro metros de distancia: el hombre que la había abandonado y la mujer que había sido toda su familia hasta

hacía veinticuatro horas.

La noche anterior, Alice, ya en la cama, había preguntado:

—¿Tú sabes por qué William no quiso ser mi padre?

Izzy guardó silencio un momento antes de contestar:

—Creo que tenía miedo de hacerte daño, por su depresión.

Mientras sus padres hablaban, Izzy apareció a su lado.

—¿Estás bien? —susurró.

Alice le hizo una mueca, porque no quería mentir. No sabía si estaba bien. Ya no sabía nada. Se había encerrado en sí misma hacía años. Jamás le había dicho a un chico que le gustaba, ni había conducido demasiado deprisa, ni se había emborrachado hasta no saber qué palabras salían de su boca, pero aparecía en un mural en algún punto de Chicago y en retratos en las paredes de aquella casa, y se veía reflejada en el hombre que se encontraba en la otra punta de la habitación. Existía fuera de su propio cuerpo, como desperdigada, pero de alguna manera eso la hacía menos vulnerable. Estaba pintada en aquella familia, reflejada en el rostro de su padre. Estaba más expandida de lo que habría creído posible.

William se sentó y, de inmediato, todo el mundo dio un paso adelante, como si fueran una estructura externa diseñada para impedir que colapsara. Aquellos hombres altísimos se inclinaron hacia él, como queriendo pasarle su propia fortaleza. Alice, al mismo tiempo, dio un paso atrás. «Todo el mundo lo quiere —pensó asombrada—. Lo quieren muchísimo.» Había esperado que su padre tuviera una vida más pequeña que la suya. Al fin y al cabo, había renunciado a su hija, lo cual parecía una retirada, una negativa a vivir. Pero alguien que se apartaba de los demás no inspiraba aquella clase de reacción. Alice jamás había estado en una sala tan llena de amor y de dolor, tan llena de emoción.

Retrocedió hasta llegar a una pared y miró por la ventana la calle de Pilsen. El dolor de su padre era algo personal y ella no tenía intimidad con él. No quería mostrarse indiscreta, como si estuviera mirando un accidente en una autopista. También tenía la extraña sensación de que era un contrapeso para aquel hombre que tanto se parecía a ella. Los dos eran pálidos, altos y delgados, sombríos en algo esencial. Alice sentía que, si se

adelantaba y clavaba en él la mirada, William Waters no podría levantarse de la silla, que lo dejaría ahí empantanado, y sus energías se mezclarían hasta que el peso fuera demasiado para moverse. Tenía que mantenerse a distancia, en su lado del balancín que los conectaba, para darle alguna oportunidad.

Al cabo de un tiempo, William se levantó y, todavía con el abrigo puesto, se dirigió hacia la puerta trasera de la casa.

Alice se sintió exhausta solo con el esfuerzo de no moverse de la pared. Notaba el corazón latirle en el pecho como si acabara de subir corriendo una cuesta. ¿Qué le estaba pasando?

Un hombre con rastas y gafas se le acercó.

—Soy el mejor amigo de tu padre. Me llamo Kent. Es un honor conocerte, Alice.

Alice le estrechó la mano. Cada información que recibía era nueva. Su padre tenía un mejor amigo, su propia versión de Carrie.

—Yo te tuve en los brazos cuando eras un bebé —prosiguió Kent y sacudió la cabeza como para despejarse la mente—. Seguro que te parece estar en un torbellino.

Alice se imaginó a un bebé en los enormes brazos de aquel hombre. Había llegado a comprender que había tenido una vida allí de pequeña, que, durante un corto periodo de tiempo, antes de que tuviera memoria, formó parte de ese mundo. Aquella gente la recordaba, aunque para ella eran desconocidos. «Sylvie te quería muchísimo —le había dicho Emeline—. Se habría alegrado mucho de que estuvieras en casa.»

—Cuando muere una persona mayor, por muy maravillosa que sea, en cierto modo está preparada, y también sus seres queridos. Son como viejos árboles, con las raíces ya sueltas en la tierra, y caen con suavidad. Pero, cuando muere alguien como tu tía Sylvie, antes de tiempo, es como si arrancaran las raíces destrozando la tierra. Todo el mundo que los rodea corre el peligro de caer al suelo.

Alice se quedó pensándolo. Su mundo había sido siempre muy pequeño, habitado por menos personas de las que en ese momento se encontraban en la habitación. Solo Julia y ella,

con las raíces entrelazadas bien clavadas en el suelo. Pero entonces, cuando miraba a sus tías y a su madre, que seguía manteniendo la distancia, a su prima morena, por quien había sentido cariño desde que le había abierto la puerta, sabía que algo estaba pasando en sus propias raíces. Algo pasaba bajo el suelo que pisaba.

—Tu padre necesita un poco más de tiempo —dijo Kent—. Por favor, no lo abandones.

Esta última frase la sorprendió. Al fin y al cabo, era William quien la había abandonado a ella. ¿Acaso era posible abandonar a una persona a la que no conocía, que había declarado legalmente, siendo ella todavía un bebé, que no quería saber nada de su hija? Pero el hombretón que tenía delante, amable y cansado, también parecía sostenerse sobre un suelo poco firme.

—No me marcharé —dijo Alice, sin saber por cuánto tiempo se estaba comprometiendo ni lo que significaba no marcharse.

El largo día no obedecía a los movimientos regulares de un reloj. Las horas se hinchaban en burbujas que flotaban por las estancias atestadas. Primero se sacaron unos *bagels;* más tarde, pizzas y galletas. De vez en cuando, se alzaba alguna discusión sobre los planes para el funeral, pero William seguía fuera y nadie quería importunarlo, de manera que no se pudo tomar ninguna decisión final.

—Sylvie no habría querido un velatorio y un funeral católico —declaró Cecelia. En esto estuvieron de acuerdo sus hermanas.

Rose llegó por la tarde, con un vestido negro, dramática en su tristeza. La noche anterior, Izzy había hecho una recopilación de las batallas que su abuela había lidiado un cuarto de siglo atrás.

—A mi madre le retiró la palabra cuando se quedó embarazada de mí, jamás ha reconocido mi existencia, y con la tía Emeline está enfadadísima por ser lesbiana. —Iba contando con los dedos—. Con Sylvie estaba furiosa por casarse con tu padre. Y creo que con tu madre estuvo enfadada un tiempo por

divorciarse, pero eso lo superó.

Justo antes de que Rose llegara, Cecelia advirtió:

—Mamá va a fingir que siempre hemos sido una familia feliz y creo que deberíamos seguirle la corriente.

Tenía razón. Rose entró majestuosa en la casa y abrazó a cada una de sus hijas como si las hubiera visto la semana anterior. Izzy dio un paso adelante, y abuela y nieta se quedaron mirando desafiantes, un momento que evocaba un linaje centenario de mujeres fieras.

—Has hecho un viaje muy largo —dijo Izzy por fin—. ¿Tienes hambre?

Rose sonrió con visible alivio, aceptó la galleta que le ofreció y dijo que era una de las más deliciosas que había probado en años. Alabó a Josie el color de su pelo y le comentó a Emeline que el bebé que tenía en acogida era muy guapo. Volvió a ponerse el abrigo para salir a hablar con William unos minutos y luego se sentó a la mesa de la cocina, como reclamando su trono. Se preguntó en voz alta cómo había podido sobrevivir a su propia hija.

Los amigos de William se turnaban para salir al jardín con él. A veces Alice, al pasar por delante de una ventana, atisbaba su hombro, su pelo claro. Cuando el cielo comenzó a oscurecerse hacia el ocaso, llegó un bocadillo gigante con bolsas de patatas. Mandaron a Izzy y Alice a la tienda de la esquina a por más platos de papel. En la cocina burbujeaba el café y había otra mesa con bebidas alcohólicas para quien quisiera.

—¿Tu madre ya no está enfadada con Rose? —le preguntó Alice a su prima, mientras se dirigían al supermercado.

—La perdonó justo después de que Rose la echara de casa, cuando tenía diecisiete años. Mi madre dice que la perdonó porque quería seguir queriéndola. La tía Emmie dice que es lo más impresionante que ha hecho mi madre. ¿Tú vas a perdonar a tu padre?

Alice volvió a sobresaltarse. No se le había ocurrido perdonar a William Waters. Solo se había preguntado si podría perdonar a su madre. En cuanto a su padre, se sentía en pausa emocional, como si estuviera viendo una película y necesitara

más información antes de decidir quién era el malo. Se encogió de hombros por toda respuesta.

Antes de entrar en la casa, oyeron a Rose hablar con Julia detrás de la puerta, fuera de la vista. Se detuvieron a escuchar.

—Yo creo que os ha hecho bien que quitara yo el pie del pedal durante unos años —comentaba Rose—. Me marché a Florida y vosotras salisteis bien. Construisteis vuestra propia vida. Josie es una chica muy agradable. No veo qué sentido tiene lo de tomar prestado un bebé, pero es una afición que no le hace daño a nadie, supongo. E Izzy me recuerda a mí misma. ¡Es tremenda! —Apenas se detenía a tomar aliento, como si estuviera aliviada de hablar tras años de silencio—. ¿Te has fijado en el jardín de Cecelia y Emeline? No está nada mal, aunque es evidente que no saben un pimiento de verduras de invierno. Están desaprovechando el espacio y las patatas parecen un poco pochas, pero mañana tendré que echar otro vistazo para estar segura.

Alice no veía la reacción de su madre, pero se la imaginaba poniendo los ojos en blanco. Aun así, Julia no emitió crítica alguna. Cecelia había marcado la pauta y ese día todo el que había estado perdido —incluidas Julia y Alice, por supuesto— sería aceptado sin más.

—La abuela es increíble —susurró Izzy sonriente—. Todo esto es increíble.

—Ah, ¿sí? —dudó Alice. Su prima se echó a reír.

—Has hecho un chiste —comentó Izzy encantada—. ¡Ya vas calentando! Has estado petrificada desde que llegaste.

Las jóvenes entraron al fin en la casa y cerraron la puerta. Julia se dirigió hacia ellas e hizo algo que Alice solo la había visto hacer en muy raras ocasiones desde que llegó: envolvió a Izzy en un abrazo y le dio un beso en la mejilla. Julia había echado de menos a ese bebé, mientras todos los demás echaban de menos a la pequeña Alice. Le pareció que su madre era capaz de mantener la distancia con ella en parte porque tenía a otra chica sobre la que volcar su amor.

Las tres hermanas estaban cerca de ellas: Emeline con el bebé en brazos, Cecelia con ojeras y un fajo de servilletas en la mano, Julia con aspecto incómodo y las manos vacías a los

lados.

—¿Es verdad que no se va a celebrar el funeral en St. Procopius? —preguntó Rose.

—No era lo que quería Sylvie, mamá —contestó Emeline con tono amable, mientras se bamboleaba con suavidad sobre los pies para acunar al niño.

Todos pudieron ver que la anciana se esforzaba por disimular su desaprobación, por mantener la boca cerrada. Alice volvió a sentirse como una astronauta, rodeada de aquellas mujeres: tías, abuela, madre, prima. Se sentía cargada de electricidad estática y le costaba respirar.

—Por lo menos Sylvie está ahora con Charlie —dijo Rose.

Sus tres hijas se volvieron hacia ella, hacia esa posible verdad. Por un momento, volvieron a parecer niñas, con la esperanza dibujada en la cara. Se imaginaban a su hermana con su padre. Alice pensó que ella se había marchado de su casa para conocer a su padre y Sylvie se había marchado de su vida, lo cual abría la posibilidad de que se reuniera con el suyo. Aquel paralelismo le resultó demasiado y no quiso darle más vueltas, pero sintió de una manera casi física la presencia de William en el jardín.

—Ya sabéis lo que papá dirá cuando vea a Sylvie —dijo Julia con voz queda.

Emeline e Izzy asintieron, y Cecelia adivinó:

—Hola, preciosa.

Después de una cena a base de bocadillos, patatas fritas y vino, Julia le puso a su hija la mano en el brazo. Alice ya no estaba enfadada con su madre, ya no le quedaba sitio dentro para la ira. Además, si se sentía como una astronauta en las casas de sus tías, reconocía que su madre debía de sentirse igual. Las dos habían estado recorriendo las habitaciones de las dos casas, porque todo lo que Julia le había arrebatado a Alice durante tantos años también se lo había arrebatado a sí misma. Madre e hija habían llegado del mismo sitio y estaban unidas por un fuerte lazo de amor. Para Alice, lo más raro de aquella nueva familia de Chicago era que profesaban una clase de

amor que parecía voluminoso, que requería hablar unos con otros y vivir unos encima de otros. Era una fuerza que incluía tanto a los presentes como a los ausentes, a los vivos y a los muertos. Le llamaba la atención que las paredes de las casas estuvieran cubiertas de retratos de las mismas mujeres que caminaban por sus pasillos.

—La última vez que vi a Sylvie —dijo Julia—, me pidió que te diera una cosa cuando ella ya no estuviera. Yo pensé que le quedaba más tiempo y quería dejarlo para otro momento, pero… —Sacudió la cabeza—. Ven, vamos a un sitio más tranquilo.

Fueron abriéndose paso por la cocina, lo cual no era fácil porque había ido llegando más gente a lo largo de la tarde. El novio de Izzy, un joven pecoso y fornido, correteaba por la casa realizando tareas para las hermanas. Un hombre canoso llamado Frank, que por lo visto se había criado en la misma calle que las Padavano, estaba sentado en la butaca de la esquina. Las bibliotecarias que trabajaron con Sylvie a lo largo de los años se agrupaban en torno al café en la cocina y habían llegado también más gigantes, en tal cantidad que pareciera que William, a sus cuarenta y ocho años, fuera miembro de varios equipos de baloncesto. Algunos eran jóvenes y musculosos, otros de mediana edad con la espalda algo encorvada. Kent los conocía a todos y se movía por la sala abrazando a cuantos llegaban. Formaban un ecléctico grupo. Cuando se sirvieron más fuentes de comida, Izzy lo anunció desde el centro de la sala para llamar la atención de todos.

Julia advirtió que su hija se fijaba en la multitud.

—Es una tontería, pero pensaba que la vida aquí se habría quedado congelada cuando me marché. Que, si volvía, todo sería igual. Pero no es así. Es mucho más grande.

—Y muy ruidosa.

Era cierto. Alice se había dado cuenta, a medida que las horas pasaban, que se percibía un atisbo de alivio en la tristeza colectiva por Sylvie. Los que la querían se alegraban de que no hubiera sufrido más, agradecían que hubiera muerto sin dolor, no haber tenido que contemplar su declive y agonía. Todos se reían de vez en cuando, felices de haber querido a Sylvie,

felices de estar juntos sin más. Solo William albergaba un dolor inconsolable. Entró una o dos veces, pero siempre manteniéndose apartado de su hija, para volver a salir al jardín al cabo de un momento. Tal vez necesitaba aire fresco, se dijo Alice. Sus amigos seguían turnándose para hacerle compañía junto al huerto o la cerca trasera. De vez en cuando, William descansaba en un banco al lado de una pequeña fuente de piedra con la cabeza entre las manos.

Julia le tendió a su hija un paquete rectangular, de aspecto sólido, envuelto y atado con un cordel.

—Es el libro que escribió Sylvie sobre nuestra familia. Yo no lo he leído, pero me contó que es sobre nuestra infancia, sobre tu abuelo y todo lo que ha pasado desde que murió. Por lo visto, estuvo trabajando en él durante años y se ve que es muy caótico. —Julia miró el paquete—. Sylvie quería que te dijera que ahora es tuyo y que puedes hacer lo que quieras con él: editarlo, publicarlo o tirarlo a la basura. Que a ella no le importaba, pero que quería que fuera tuyo.

Alice tomó el libro. El peso familiar del manuscrito en las manos era agradable, aunque la mareaban un poco las perspectivas que albergaba.

—¿Sabía Sylvie que me dedico a la corrección?

—Se lo dije. Le hablé mucho de ti. Quería saberlo todo.

Alice asintió. No imaginaba un regalo más perfecto. Esas páginas le ofrecerían todas las historias y las personas que se había perdido. Su propia historia estaba en él. Y, como un extra, Sylvie le había dado una excusa para esconderse del mundo tan afectuoso como estrepitoso en el que había irrumpido, o al menos tomarse algún respiro. Había decidido, en algún momento indeterminado de la conmoción de las últimas horas, que se quedaría una temporada en Chicago. No sabía cuánto tiempo. Emeline y Cecelia esperaban que fuera para siempre y le ofrecieron habitación a elegir en cualquiera de las dos casas. Alice se tomaría por primera vez en su vida unas vacaciones. Buscaría una habitación tranquila donde leer.

Izzy le había contado alguna cosa de la infancia de las hermanas Padavano y había algo mítico y épico en las historias que en ese momento tenía entre las manos. La idea de

encontrarse ella misma dentro de esa narrativa le resultaba emocionante, por curioso que pareciera. La unión y la separación de sus padres, su propio nacimiento. ¿Y qué haría con las páginas que todavía no estaban escritas? ¿Dónde viviría? ¿A quién y qué amaría?

Julia miró a la multitud que atestaba la estancia y luego a su hija.

—No me puedo creer lo que voy a decir…, pero creo que deberías ir a hablar con tu padre.

Alice se había llevado varios sobresaltos desde que había llegado, pero esto no la sorprendió en absoluto. Era como si hubiera esperado oírlo. Siempre le había gustado vivir ligera de equipaje para, en caso necesario, poder salir huyendo deprisa. Pero era imposible recoger todo lo que había encontrado en Chicago, o más bien desde aquella cena en el restaurante griego. Era algo enorme, lo era todo. Y entonces, la misma conexión misteriosa que antes le indicaba que su padre necesitaba distancia, le decía que el hombre callado del jardín podría soportar su presencia. William Waters estaba preparado e, inesperadamente, ella también.

Dejó el manuscrito en una mesa y envolvió a su madre en un abrazo. Julia la estrechó con fuerza, como cuando era pequeña y quería demostrarle cuánto la quería. Alice sonrió y presionó la cabeza contra la de su madre, el pelo lacio de la una mezclado con los rizos de la otra. Izzy le había hablado del perdón y en ese momento ella se sentía inundada de él. Se perdonó por haberse encerrado en sí misma, perdonó a sus padres por las dudosas decisiones que habían tomado para protegerla, perdonó cada error que pudiera leer en el manuscrito que acababa de recibir. Esa misma tarde, cuando Emeline la vio fijarse en las dramáticas lágrimas de Rose, le había susurrado al oído: «El dolor es amor». Y abrazada a su madre en el pasillo silencioso de una casa que atronaba de vida, Alice pensó: «El perdón también lo es».

—Tengo miedo —dijo Alice cuando se separaron.

—Yo también. —Pero Julia cogió un abrigo de la silla más cercana y se lo tendió a su hija.

Alice se lo puso y se encaminó despacio hacia la puerta.

William

Noviembre de 2008

William daba vueltas por el jardín, febril de pena. Pasear por la hierba parecía la mejor manera de mitigarla, de expulsarla como si fuera sudor por los poros. Aquel asalto del dolor no se parecía en nada a su experiencia con la depresión. La depresión era desconectar, apagarse, sumirse en un peligroso silencio. Pero en ese momento sus sentimientos culebreaban en su interior como una manguera dando latigazos. Tenía que controlarla lo antes posible porque Alice estaba allí. Había tenido la valentía de buscarlo y él tenía que recomponerse lo suficiente como para que no pensara que había cometido un error. Cualquier error, todos los errores, eran suyos.

Su corazón latía al ritmo de las palabras: «Alice está aquí».

A la estela de la marcha de Sylvie, Alice había llegado a Chicago. Pues claro. Sylvie ya le había hablado de aquellos dobletes, como cuando Charlie murió el día que nació Izzy. Y, de alguna manera, había usado su magia para reunirlo con su hija el día que se le había roto el corazón. Su esposa intentaba salvarlo una vez más.

El sol acababa de ponerse cuando recuperó un poco la calma, cuando se vio un poco preparado. Se dirigió hacia la casa, pero se frenó en seco porque Alice había aparecido de pronto en el umbral.

—Iba a buscarte —dijo él.

—Ah. —El rostro de Alice se veía pálido, con expresión ansiosa, inquisitiva—. ¿Sí?

—Sí.

Notaba el aire frío en las palmas de las manos y en la nuca. Cuando conoció a las hermanas Padavano, advirtió sus

semejanzas: el pelo, los ojos castaños, los gestos similares… Las cuatro parecían distintas versiones de la misma persona, eran como partes de un todo. Pero la joven que tenía delante no se les asemejaba en nada. Se parecía a él. Unos ojos solo ligeramente distintos a los suyos lo miraban. Hasta entonces, William jamás se había reconocido en el rostro de otra persona. Era como encontrar respuesta a una pregunta que ignoraba hacerse.

—¿Y qué ibas a decirme? —preguntó Alice.

William casi sonrió, porque la respuesta era muy simple:

—Pues hola. Iba a decir «hola».

El rostro de su hija se relajó; el aire entre ellos, también. Ninguno presentía un ataque, al menos de momento. El aspecto de Alice era más discreto que el de Julia, más contenido. William la recordó de muy pequeña, cuando miraba el mundo que la rodeaba con su expresión afable, incluso optimista. Se dio cuenta del tiempo que había perdido, de la brecha entre pasado y presente. ¿Acaso la vida consistía en salidas y llegadas? Se había casado con una Padavano para luego dejar atrás a su esposa y a su hija; Sylvie había entrado en la habitación del hospital y en su corazón, y ya no estaba. El mismo día, la versión adulta de Alice llegaba a su vida.

—Hasta hace unas semanas, creía que estabas muerto.

—¿Eso te dijo tu madre? —Pero sí, tenía lógica. Lo cierto era que él había estado muerto para aquella joven. Pero ahora, estaba vivo y dolía—. Tengo que decirte muchas cosas. Tengo que explicarte la decisión que tomé hace mucho tiempo.

—No tienes que hacerlo. Por lo menos, no ahora mismo. Siento lo de tu esposa. No tenemos por qué hablar de todo hoy.

Se quedaron mirándose un momento.

—Tenemos tiempo —dijo por fin William.

Quería que su hija supiera que no pensaba huir. La había aceptado mientras estaba sentado en el banco, lo cual significaba que por fin se había aceptado a sí mismo. Alice era la persona a la que más quería proteger de sí mismo. Había sido una niña y a él lo habían herido de niño y esa angustia parecía tener tentáculos que escapaban a su control. Habría hecho cualquier cosa para proteger a su hija: de recién nacida,

se pasaba las noches inclinado sobre su capazo para asegurarse de que respiraba; había renunciado a sus derechos de paternidad; se había intentado ahogar en un lago. Y todo porque Alice era algo tan precioso que él creyó que debía apartarse. Al tenerla delante, todo se reducía a que era algo precioso.

Puede que dijera: «Vamos a sentarnos en el banco». O tal vez no lo dijera en voz alta. No se sentía firme sobre sus pies. Se sentaron sobre el banco de piedra, de espaldas a la casa. Toda la vida de William martilleaba en su interior. Sylvie habría dicho que todo estaba relacionado con el amor: el que le habían negado, el que creyó no merecer, el que luego permitió en su vida. Se sobresaltó al darse cuenta de que amaba a la joven que estaba sentada a su lado. La había querido desde que nació. Una sensación cálida le recorrió el cuerpo.

—No mires —dijo—, pero ¿cuánta gente piensas que nos está espiando?

Alice se echó a reír y su risa resonó en el aire nocturno. No se reía como él ni como Julia ni como nadie. Era un sonido maravilloso.

—Mi madre, seguro. Tendrá la cara pegada a la ventana.

—Emeline y Cecelia también. E Izzy. Y Kent, sin duda.

William se los imaginó, retratos de las personas que los querían, enmarcados en las ventanas de la casa. Sentía su cariño y su preocupación. Y su esperanza. La vida los había sorprendido a todos en un momento de pura tristeza, como si el mar se hubiera alzado en una ola espectacular para elevar sus barcos a una altura de vértigo. Si eso podía suceder, si William y Alice podían sentarse juntos y hablar bajo el cielo nocturno, entonces todo era posible. Julia podía volver a compartir la vida con sus hermanas; Rose podía dejar de lado sus rencores y seguir adelante más ligera; Kent podría encontrar un nuevo amor.

—Cuando entré en la universidad —dijo Alice—, tardé mucho tiempo en sentir que no estaba viviendo con desconocidos.

Guardó silencio y William esperó. Descubrió que estaba bien

esperar sin más en aquel frío banco de piedra, cuando las estrellas comenzaban a brillar, con lo que Whitman llamaba «el hermoso cabello greñudo de las tumbas» bajo los pies. Sentía el placer de su esposa, allá en la ventana desde la que los contemplase, y también el de Charlie. «Te haré sentir orgullosa de mí», prometió.

Alice meneó la cabeza y el pelo claro le ondeó alrededor de la cara.

—Ayer, cuando llegué, todo el mundo me trató como si me conociera. Ya sé que a ti no te conozco, pero me parece conocerte. Es muy raro, porque al mismo tiempo no sé muy bien quién soy yo.

En casa de Emeline se oyeron risas. La gente empezaba a emborracharse entre un brindis y otro, comentando lo maravillosa que había sido Sylvie. Las hermanas, una tras otra, se fueron apartando de las ventanas para contar alguna anécdota de su infancia. No se podían callar. Contaron a todos que Sylvie había estado a punto de suspender varias asignaturas en el instituto porque se iba al parque a leer en lugar de ir a las clases que la aburrían. Los invitados se rieron al saber que, de adolescente, la bibliotecaria en jefe de la biblioteca Lozano se besaba con cualquier chico entre las estanterías. Alguien contó que Sylvie de niña deambulaba por la casa mascullando —según sus hermanas, lanzando hechizos —, memorizando poemas para darle una alegría a su padre.

A William le hacía ilusión volver a oír todas esas historias repetidas en días venideros. Sabía que su esposa no sería olvidada ni dejada de lado. Las Padavano todavía hablaban de Charlie como si formara parte de sus vidas, parte de ellas mismas. Y así era. Había un mural de Sylvie en un edificio no lejos de la biblioteca y retratos enmarcados de ella por todas partes en las dos casas de las gemelas. Desde lejos, por su altura y su pose, Cecelia se parecía a Sylvie. Emeline tenía sus mismos ojos pensativos. Y Julia, de alguna manera, la contenía dentro de sí: como tallos de un rosal, las dos hermanas mayores se habían entrelazado una con otra cuando eran pequeñas.

—Durante mucho tiempo, Sylvie me conoció mejor de lo

que yo mismo me conocía —comentó William—. A veces… —Entonces fue él quien guardó silencio un momento—. Creo que a veces necesitamos otro par de ojos. Necesitamos gente a nuestro alrededor.

Alice alzó la cara como para estudiar el cielo nocturno, como si necesitara una perspectiva diferente desde la que ver su interior. William había escrito una serie de preguntas en su manuscrito, hacía ya mucho tiempo: «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué lo hago? ¿Quién soy?». Allí sentado, sentía esas preguntas en su hija. No estaba hundida, como lo estuvo él. Julia se había encargado de evitarlo. Pero Alice daba unos pasos vacilantes en un nuevo terreno, sin saber si la capa de hielo aguantaría su peso.

—Ya sé que puedes seguir adelante tú sola. Pero, si me lo permites, me gustaría ayudarte.

Agradecimientos

Helen Ellis, Hannah Tinti y yo coincidimos en el taller de Dani Shapiro en la Universidad de Nueva York en 1995. A pesar de nuestras marcadas diferencias, reconocimos algo las unas en las otras y al final de la clase Helen sugirió que siguiéramos reuniéndonos. Esas dos mujeres siguen siendo mis primeras lectoras y, cuando escribo, oigo sus voces en mi mente. Soy la escritora que soy, y este libro es el que es, gracias a ellas.

Es para mí un orgullo y una satisfacción que me represente Julie Barer y The Book Group, y me publique Whitney Frick y The Dial Press. Susan Kamil estaba con nosotros con *Dear Edward* y todavía la siento aquí. Muchas gracias a Rose Fox, Clio Seraphim y Nicole Cunningham por leer los primeros borradores de esta novela y ofrecer reveladoras ideas. Loren Noveck y Kathy Lord fueron correctoras incisivas y minuciosas y cuentan con mi gratitud. Gracias al equipo de The Dial Press/ Random House, sobre todo a Andy Ward, Avideh Bashirrad, Maria Braeckel, Carrie Neill, Debbie Aroff, Madison Dettlinger y Donna Cheng. Tengo suerte de contar con Caspian Dennis, Jenny Meyer y Michelle Weiner como defensores de mi obra, y agradezco a Isabel Wall y Viking Penguin que me publicaran en Reino Unido.

De pequeña, dormía en casa de mi amiga Leah tan a menudo como en la mía, y sus padres, Louis y Cecilia, eran unos segundos padres para mí. Eran muchas las razones por las que me gustaba estar allí y una de ellas era el constante desfile de las muchas hermanas de Ceil (Toni, Celeste, Rosemary, Caroline y Christine) que entraban y salían de la casa como si fuera suya. Las hermanas eran bajitas, casi todas de pelo rizado, y se parecían tanto como si fueran distintas versiones de una misma unidad. Ellas inspiraron a mis hermanas

Padavano y les doy las gracias por tratar siempre tan bien a la niña tímida que solía acompañar a Leah.

Mi tío Ed me mandaba postales de su casa en Chicago cuando yo era niña y el saludo era siempre el mismo: «Hola, preciosa». Mi tío no sabía cuál era mi aspecto, puesto que apenas nos habíamos visto, y por eso me gustaba tanto su saludo. Era como si creyera que yo era preciosa por dentro y, puesto que mi interior (siendo una niña introvertida aficionada a la lectura) era la parte de mí más importante, me hacía ilusión. El título de esta novela y que transcurra en el barrio de Pilsen, en Chicago, se deben a mi tío. En la infancia se alzan en nuestro interior paisajes mágicos, y el barrio de mi tío, lleno de murales, era uno de los míos.

Los libreros y bibliotecarios son los mejores. Los bibliotecarios Kolter Capbell y Catie Huggins, en el McCormick Special Collections and Archives de la biblioteca de la Universidad de Northwestern resolvieron muchas de mis dudas sobre clases y programas en dicha universidad durante los años ochenta. Les doy las gracias por su ayuda. Katharine Slheim, de Pilsen Community Books, me ayudó a decidir en qué calle podía haber vivido la familia Padavano; su dominio de Pilsen fue inestimable. La maravillosa biblioteca Lozano se encuentra en mitad de Pilsen, igual que en mi novela. La biblioteca real abrió sus puertas en 1989; yo me he tomado la libertad literaria de hacer que exista unos años antes. Espero, en cualquier caso, haberla honrado. Agradezco la profunda importancia que todas las bibliotecas públicas tienen en nuestra sociedad.

Doy las gracias a mi amiga JJ Lonsinger Rutherford por contestar a mis preguntas y explicarme cómo era crecer siendo una chica muy alta. JJ es fuerte y graciosa, y un gran reclamo para crecer lo más alto posible. Quiero agradecerle también a Dominic Vendell que contestara con tanta generosidad a mis preguntas sobre cómo se alcanza un doctorado en Historia. Kevin Konty me contó hace años que su madre había tenido a recién nacidos en acogida cuando era adolescente y eso me resultó tan interesante que me sorprende que no haya aparecido hasta ahora en mis novelas.

Mientras escribía esta obra, leí numerosos libros sobre la historia del baloncesto y escuché tantos podcasts sobre el tema que perdí la cuenta. Ahora nada me hace más feliz que sentarme en el sofá con mi marido y mis dos hijos a ver un partido de los Golden State Warriors. Me gustaría dar las gracias a Steph Curry por la alegría con la que juega, a Klay Thompson por su buen rollo, a Draymond Green por ser Draymond Green con tan admirable intensidad, y a Gary Payton II por botar por la cancha como un muelle humano.

Fabrice Gautier —el «itinerante osteópata para jugadores doloridos y magullados de la NBA»— tuvo la amabilidad de dejar que lo entrevistara para que me explicara cómo protege y fortifica los cuerpos de atletas de élite. El tiempo que me dedicó fue de increíble utilidad.

Mis hijos son ya más altos que yo. Quiero dar las gracias a Malachy y Hendrix por hacerme reír, por sus abrazos y por ser mis mayores fans. Estoy agradecida de ser su madre.

Dan Wilde es mi lector final y siempre mejora mi trabajo. Adoro su mente, que es tan distinta de la mía, y su corazón, que es enorme.

Título original: *Hello Beautiful*

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10-13811-7